



EL
ARCOÍRIS
DE LA **D**ISIDENCIA

Novela gay en México

Ana Alejandra Robles Ruiz

El arcoíris de la disidencia

Novela gay en México

El arcoíris de la disidencia

Novela gay en México

Ana Alejandra Robles Ruiz



Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

306.766

R63

Robles Ruiz, Ana Alejandra

El arcoíris de la disidencia. Novela gay en México / Ana Alejandra Robles Ruiz.-- 1a. Ed.-- Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2019.

176 páginas; 17x23 centímetros.

ISBN: 978-607-543-093-5

1. Homosexualidad – Aspectos sociales – Análisis. 2. Homosexualidad – Movimiento lésbico-gay – México.
3. Liberación homosexual – Aspectos políticos – Análisis.

Primera edición: noviembre de 2019

D.R. © 2019, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

1 Av. Sur Poniente 14,60
29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas
www.unicach.mx

Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica
Calle Bugambilia 30, Fracc. La Buena Esperanza
29243, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México
Tel. y fax: (52 967) 678 6921, ext. 139
www.cesmeca.mx
editorial.cesmeca@unicach.mx

ISBN: 978-607-543-093-5

Impreso en México / Reservados los derechos.
Printed in Mexico / All rights reserved.

Cuidado de la edición: Roberto Rico Chong y María Isabel Rodríguez Ramos
Diseño de portada: Irma Cecilia Medina Villafuerte

Este libro ha sido dictaminado por pares que garantizan su calidad académica: Dra. Patricia del Carmen Guerrero de la Llata, de la Universidad de Sonora, y Dr. Rodrigo Laguarda Ruiz, del Instituto José María Luis Mora.

Índice

Prólogo	9
Prefacio	13
Introducción	15
CAPÍTULO 1	
Movimiento LG en México: imaginarios sociales e identidades en novela con temática gay (1978-1984)	21
Homosexual y gay: discusión de nominalismos	21
El contexto de la liberación homosexual en México	23
Categorías de análisis: identidad, imaginarios sociales, representaciones sociales y <i>habitus</i>	35
CAPÍTULO 2	
<i>Utopía gay</i> . Construcción de identidades	43
Sobre <i>Utopía gay</i>	43
Las fronteras de la identidad	51
Nosotros, los otros	58
CAPÍTULO 3	
<i>El vampiro de la colonia Roma</i> . La nueva picaresca: de triunfo y erotismo	85
Sobre <i>El vampiro de la colonia Roma</i>	85
Adonis García, el “chichifo” de la Roma	97
Adonis: homosexualidad, triunfo y erotismo	105
CAPÍTULO 4	
<i>Las púberes canéforas</i> : multiplicidad de voces, diversidad de identidades	123
Sobre <i>Las púberes canéforas</i>	123
Que púberes canéforas te ofrenden el acanto	131
Pensamiento y acción	143
Reflexiones finales	165
Referencias	169

Prólogo



A lo largo de los años los trabajos de investigación dedicados a la literatura que en su momento representó los asuntos fundamentales de la comunidad LGBT (lésbica, gay, bisexual, transexual) se han ido transformando junto con sus propios aparatos conceptuales. Los estudios de género, y dentro de estos los de las masculinidades, han contribuido sobremedida a la comprensión y el entendimiento de semejantes asuntos de la humanidad, así como de su transformación en textos literarios que dieron cuenta en su momento de todo ese cúmulo de esencialidades que urgían un retrato preciso para la época. Hoy podemos observar ya con una distancia histórica aquel momento definitivo en el que salieron a la luz pública los textos literarios analizados en este trabajo de investigación, y podemos comprender, por ejemplo, la importancia que en 1979 tuvo la publicación de la primera edición de *El vampiro de la colonia Roma*. Los cambios históricos y culturales en el mundo habían creado también en México el momento preciso para enunciar de manera significativa la gran complejidad de los asuntos que se reflejan en las historias de los protagonistas de esta literatura.

El periodo que Alejandra Robles estudia en su investigación y análisis marcó una época sin precedentes en la historia de México. La representación de la realidad en la novela gay mexicana se observa de manera particular en cada una de las tres novelas aquí estudiadas: se analiza el modo de enfrentar el mundo por parte de estos protagonistas. Por otra parte, gracias a los aportes de la teoría hoy se ha vuelto más compleja nuestra manera de observar la realidad respecto de los asuntos del género y aquello que conlleva su conocimiento y observancia. Por eso me parece de suma

importancia regresar a aquellos textos que marcaron una época en la enunciación literaria y artística de una comunidad mexicana que en aquel entonces luchaba por la obtención de los derechos más elementales. Mucho ha cambiado la sociedad mexicana desde entonces y, aunque sabemos que queda muchísimo por hacer, hoy nos enfrentamos a nuevos retos que corresponden con los grandes problemas de nuestros tiempos. Por eso siempre será necesario regresar al pasado y releer nuestras propias historias para construir también nuestro presente acompañado de la memoria. El ejercicio analítico del pasado conlleva un compromiso que merece reconocimiento por la tarea de reubicación de aquellos textos literarios desde la mirada teórica del presente, que ayuda a clarificar algunos aspectos difíciles de percibir en la efervescencia del momento que los vio nacer.

En su conjunto, muchos de estos análisis revelan las capas ocultas que definieron la epistemología del México moderno, y en el camino reconocemos nuestra gran diversidad de representaciones y cómo las propuestas se van transformando para trasladarse a un estado de reflexión que permite cuestionar cómo hemos sido contruidos por nuestra propia historia y en qué sentido debemos de reorientar todo aquello que en la actualidad nos sigue pareciendo cuestionable. Los aportes de este tipo se deben al análisis detallado que lleva de la mano para explicar y crear conciencia de lo siguiente: si bien tenemos una identidad polimorfa construida a través de mitos, instituciones, aportes culturales y, por qué no, también de aciertos y prejuicios, el arte siempre será un vehículo para la contemplación y el entendimiento del mundo. Este ejercicio permite crear espacios de democracia y de comunicación plena, que siempre hemos necesitado. La nobleza del arte es que puede seguir mostrando lo bello, aun detrás de cosas tan terribles como la discriminación y los múltiples niveles de la violencia. No podremos trascenderlos hasta comprender su más profunda clarificación, las implicaciones de sus estructuras y de su carácter constitutivo. Este tipo de aportes, estas investigaciones, tienen su razón de ser, fundamentalmente para, con el análisis detallado, crear conocimiento nuevo que permita orientarnos en los cambios de paradigmas que hoy tanto necesitamos.

Urge que vivamos en sociedades más democráticas, y para llegar a lograrlo necesitamos explicarnos el porqué de nuestras vastas desigualdades. La esperanza está en el entendimiento profundo de la realidad y este solo se puede dar a través del análisis crítico de la misma. Hagamos la prueba; no es un camino fácil, pero sin duda es mejor que el del resentimiento y la autovictimización. Hay huellas impresas en las capas más profundas del Ser y se reflejan en nuestra Literatura. Obedece esto a necesidades primigenias que alimentan la necesidad de comunidad, la necesidad de seguir creando.

Las posibilidades de representación de la conciencia de estos personajes no están alejadas de muchos aspectos que en su momento solo se veían a través del ojo clínico del discurso psiquiátrico o de la reificación del sujeto de estudio de la antropología social de la época. Sus formas de construcción relacionadas con el impacto de la violencia tanto externa como interiorizada a través de la homofobia han sido materia literaria durante mucho tiempo. La literatura de finales de la década de los setenta y principios de los ochenta del siglo pasado no es la excepción: es un discurso que en su momento, desde su interioridad, parecía “desarticulado”, lo último, la cola de la marginalidad: es la antítesis de la elocuencia de la articulación de un discurso definido y “coherente”. Gracias a esa aparente desarticulación hoy tenemos un retrato de la memoria de aquel tiempo, representada en la Literatura y verosímil en tanto mundos posibles. La realidad se experimenta al percibir el lenguaje trastocado, su propia desarticulación se convierte en una experiencia en sí misma que obedece a una realidad distinta, artística y propia de una conciencia que en aquel momento se encontraba golpeada por las fuerzas institucionalizadas del mundo heteronormativo.

El estudio de la literatura no solo es una ventana a lo que hoy llamamos realidad, es además la descripción y esencia de un mundo poético que nos hace vivir en intensidad. Creo que ese es uno de los aspectos del arte, posiblemente uno de los más fuertes, que solemos olvidar hoy en día. Volvamos al conocimiento vital que nos otorga el gozo y el placer estéticos para volver a encontrar un camino de respeto también hacia toda forma vital que nos rodea.

Hemos vivido durante siglos con un lenguaje prestado, o heredado, según se quiera ver. En cada hito de nuestra literatura y de nuestra historia hemos tenido que reinventarlo para poder conquistar esos espacios del no discurso, o de la realidad previa a la existencia del lenguaje. Al hacerlo, hemos aprendido a reterritorializar nuestra propia existencia mediante las transformaciones del lenguaje que ocupan nuevos territorios de la representación a través de la invención y reinención del mismo. He ahí parte del poder de nuestra literatura, y del gran dilema ante el que se ha enfrentado gran parte de la literatura hispanoamericana. Como Kafka, en otro tiempo y en otras latitudes, aprendimos a reterritorializar el mundo desterritorializándolo del espacio ganado por las formas hegemónicas de representación. Por eso el mundo de Kafka no era un mundo condescendiente. No se puede retratar la crudeza haciendo una apología del poder; tampoco usando formas enunciativas condescendientes que solo reproduzcan o imiten los espacios ya conquistados por la hegemonía. Un lenguaje literario que dé cuenta de esta complejidad a la que me he referido tendrá que ser un lenguaje que, por más paradójico que parezca, llegue

PRÓLOGO

al centro de su propia enunciación y libere la belleza contenida hasta en los actos más brutales de la existencia. Si el lenguaje es vida, solo mediante su práctica y concreción material podremos seguir constatando que tenemos un proyecto de civilización que se pueda enorgullecer en algún momento de sí misma.

La literatura latinoamericana fue uno de los relatos de nuestra propia Modernidad, y es necesario seguir estudiándolos para dar cuenta de nuestra propia esencia y así constituirnos como seres que reconozcan su propia Memoria.

Gabriel Osuna
Universidad de Sonora

Prefacio



El libro que tiene en sus manos surgió a partir de mi curiosidad y las reflexiones a las que llegué durante el periodo comprendido entre 2012 y 2018 en torno a las identidades en la literatura gay mexicana. En esos años tuve la fortuna de contar con el acompañamiento de varios docentes e investigadores del Departamento de Letras y Lingüística de la Universidad de Sonora, quienes se involucraron de manera comprometida con mi proyecto y me hicieron sugerencias puntuales en beneficio del mismo, lo cual no me cansaré de agradecerles.

Siguiendo la recomendación de algunos de los mencionados académicos, tomé la decisión de hacer modificaciones a una primera versión del presente documento con la finalidad de obtener una investigación que fuera benévola con el lector interesado en los imaginarios y las identidades visibles en la literatura gay mexicana de finales de los setenta y principios de los ochenta del siglo XX. En beneficio de dicha intención, fue necesario que prescindiera de ciertos apartados y que expusiera de forma concisa el aparato teórico y la metodología implementada en mi estudio.

El resultado de lo anterior es este libro. Nada me causa más satisfacción que el hecho de que salga a la luz el fruto de tantos años de labor académica y que este pueda ser, desde mi humilde opinión, una aportación significativa para los estudios literarios y de género en México, así como fuente valiosa de información acerca de la literatura gay, tanto para estudiosos como para toda persona que sienta una atracción por el tema.

Por último, no me resta sino expresar gratitud y reconocimiento a mi familia; de nuevo, a los respetables docentes del Departamento de Letras y Lingüística de

PREFACIO

la Universidad de Sonora, y a la institución misma; a mis colegas, a mis amigos, al Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, al Dr. Jesús Morales Bermúdez y a la Dra. Magda Estrella Zúñiga Zenteno. Si bien soy la autora de esta publicación, admito con franqueza que sin sus enseñanzas, orientación, lecturas, críticas constructivas, apoyo, cariño y amistad, no hubiera sido posible que yo alcanzara mis objetivos con precisión.

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, marzo de 2018.

Introducción



En este libro se pretende identificar los imaginarios sociales presentes en tres novelas mexicanas con temática gay¹ que promueven la identidad de sus personajes principales, partiendo del supuesto de que es posible localizar imaginarios sociales en los textos literarios a través del discurso y de las acciones de los personajes. Las novelas analizadas aquí son las producidas en la primera etapa del movimiento lésbico y gay (LG) de México, que va de los años 1978 a 1984; específicamente: *El vampiro de la colonia Roma* (1979) de Luis Zapata, *Utopía gay* (1983) de José Rafael Calva y *Las púberes canéforas* (1983) de José Joaquín Blanco.

Se explica, a partir del análisis de estas obras, cómo los imaginarios sociales que conforman las realidades de los personajes principales de cada una de las novelas inciden en la configuración de su identidad como individuos, como elementos de una sociedad, y en especial como parte de un grupo concreto. Las tres novelas que se analizan en el presente trabajo coinciden en su publicación con la primera etapa de la trayectoria política del movimiento LG de México, mejor conocida por sus activistas como la etapa dorada del Movimiento de Liberación Homosexual Mexicano.

El análisis de las obras se centra exclusivamente en el análisis de personajes, y está focalizado en los imaginarios que dan significado a la vida de los principales. A tales obras me acerco con las siguientes preguntas: ¿Cómo se autoconciben los

¹ “Voz tomada del inglés *gay*, que significa, como adjetivo, ‘homosexual’ o ‘de (los) homosexuales’ y, como sustantivo masculino, ‘hombre homosexual’” (*Diccionario panhispánico de dudas*, 2005).

personajes principales desde su imaginario social como individuos, como parte de una sociedad y como elementos de un grupo social específico? ¿A qué responden sus comportamientos, ideas, creencias, necesidades, acciones, discursos y función en la sociedad? ¿Cómo es el mundo que los rodea? ¿Cómo conciben al otro? ¿Qué lugar tienen en su presente desde su perspectiva y desde la del otro? ¿Cómo está conformada su identidad? ¿Tienen una identidad propia? ¿Comparten una identidad con el grupo social al cual pertenecen? ¿Qué diferencias presentan con respecto a otros grupos? ¿Se puede hablar de un imaginario social e identidad compartidos en la época? ¿Se puede hablar de imaginarios sociales e identidades compartidos en las tres novelas? ¿Qué papel juegan como discurso las novelas que aquí se abordan?

Pienso que la pertinencia de la investigación que hago radica en el hecho de que no se ha trabajado con las novelas que conforman el corpus de esta temática desde una perspectiva con atención en los imaginarios sociales y las identidades. Además, si bien una de las novelas, *El vampiro de la colonia Roma*, ha sido muchas veces considerada por los académicos en sus estudios, las dos restantes, *Utopía gay* y *Las púberes canéforas*, han sido un poco olvidadas y no se les ha prestado la atención que merecen, de ahí que haya de alguna manera un hueco académico que considero relevante llenar. También me parece importante hacer una aportación en cuanto a los estudios sobre literatura con temática gay en México, pues, aunque últimamente empiezan a ser más visibles, sobre todo en el medio internacional, falta mucho por hacer, y creo que trabajos como este pueden contribuir a la labor. La presente investigación puede considerarse entonces como producción de conocimiento en el ámbito de los estudios literarios, así como también en el de la crítica literaria, debido a los juicios de valor que, con base en argumentaciones sólidas, se emiten con respecto a las obras; no obstante, cabe mencionar que también puede ubicarse esta como un estudio cultural interdisciplinario sobre la incidencia de los imaginarios sociales de los gays en la configuración de sus identidades, basado, claro está, en personajes de textos ficcionales.

Si bien la literatura es una construcción artística y su naturaleza se sujeta en principio a una configuración textual, como obra de arte y como texto la literatura es un espacio de representación y significación. Como representación del humano, la literatura, a través del discurso y las acciones, alude directa o indirectamente a temas que abordan la condición humana. Bajtín decía que los diálogos externamente expresados en una novela representaban un fenómeno más extenso, pues estos penetran “[...] todo el discurso humano y todos los nexos y manifestaciones de la vida humana en general, todo aquello que posee sentido y significado [...]” (Bajtín, 2003:67). Es decir, pese a que la literatura no es una réplica de la realidad, como producto cultural se puede reconocer en ella elementos de la realidad misma:

sentimientos, valores, roles sociales o formas de organización. En el caso específico de esta investigación, el reconocimiento de tales elementos es inevitable debido a que los autores de las novelas que se abordan crean mundos análogos al mundo real. Al momento de leer estas obras uno puede hacer conexiones entre ficción y realidad en cuanto a las ideas que tienen los personajes, su comportamiento, el papel que juegan en la sociedad en la que se inscriben y otros elementos. Entre ellos, el género está presente en dichas novelas como un componente de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos. Se puede observar esto ya sea en la interacción entre los personajes de los mundos creados por los autores, como en la producción de las obras, e incluso en la recepción de las mismas. Así, si bien esta investigación es esencialmente de carácter literario, como ya se externó, en la que se trabaja con textos de dicha naturaleza, de alguna manera su trasfondo es social, por dicha razón, al mismo tiempo se intenta dar cuenta de las tres novelas mencionadas también desde la perspectiva de género.

Pero ¿cuál es la razón de estudiar la literatura desde una perspectiva de género? ¿Cuál es la conexión entre los estudios de género y los estudios literarios? En cuanto a estos últimos, puede decirse que cada vez más está aumentando el número de trabajos de investigación que abordan el género o que incluyen dicha perspectiva. En la introducción a *La teoría literaria contemporánea* de Selden hay algunas afirmaciones que son cruciales para entender el estado actual de los estudios literarios, una es la siguiente: “la ‘teoría’ singular y capitalizada ha evolucionado con rapidez en una serie de ‘teorías’ —a menudo sobrepuestas y mutuamente generativas, pero también en controversia productiva—” (2001:19).² Es decir, ya no se puede hablar —e incluso no creo que haya sido posible antes— de que las formas de analizar los textos literarios sean exclusivas y limitadas. Surgen, gracias a nuevas propuestas y desplazamientos epistemológicos, teorías y metodologías muy distintas a las tradicionales, pero que sin duda responden a realidades y necesidades inmediatas. De ahí que en los estudios literarios se incrementen las perspectivas a partir de las cuales se observan los textos, sobre todo los contemporáneos. De igual manera, se apunta en la misma introducción que ha sido notable en el campo de dichos estudios la deconstrucción de las ideas de un canon literario determinado. El reto teórico de los criterios sobre los que se cimienta el canon, así como la aparición de muchos tipos de producciones literarias que se consideran marginales, ha conducido a que se empiece a cuestionar lo que es pertinente y digno de estudiar con

² Nietzsche diría “la teoría ha muerto”. Lacan: “la teoría no existe”, si recordamos su controversial y muchas veces malinterpretada afirmación: “la mujer no existe”.

seriedad. La inclinación ha sido entonces desplazar los estudios literarios hacia formas de “estudios culturales”, en los que se puede estudiar un repertorio más amplio e independiente de cánones (Selden, 2001:19–20).³ Estas formas, asimismo, nos ofrecen la posibilidad no solo de analizar las obras en un sentido formal, sino de reinterpretar el discurso literario como una variante más de representación de la cultura.⁴ Es adecuado resaltar la importancia de ubicar las relaciones de poder basadas en las diferencias en la literatura, y de abonar a las cuestiones que vinculen la literatura con lo real y lo cotidiano, pues como ya se mencionó antes, de las virtudes de la misma es que de alguna manera se emula el mundo social de los hombres y las mujeres. No debería pasarse por alto el aspecto del género ni en lo ficcional ni en lo concreto. El análisis literario desde el género es una forma más de desvelar lo establecido, lo que aceptamos sin cuestionarnos, lo que hay detrás de lo aparentemente normal y natural.

El libro está conformado por cuatro capítulos, además de la introducción y las reflexiones finales. El primer capítulo se titula “Movimiento LG en México: imaginarios sociales e identidades en novela con temática gay (1978–1984)” y se divide en tres apartados. En dicho capítulo se dan a conocer los pormenores de los nominalismos “homosexual” y “gay” empleados a lo largo de todo el trabajo; se proporciona información con respecto a la primera etapa del Movimiento LG de México, que corresponde al periodo en el que se enmarcan las novelas que analizo, y se definen las categorías identidades, imaginarios sociales, *habitus* y representaciones sociales, además del método de análisis empleado en este estudio. El segundo capítulo se titula “*Utopía gay*. Construcción de identidades”, y se divide en tres apartados. En este capítulo se habla de manera general sobre la trama de la novela *Utopía gay*, su composición formal y los estudios que se han hecho sobre ella; se explica la situación de los personajes principales, Carlos y Adrián, como miembros del grupo social de los gays, pero a la vez como individuos que se diferencian de los demás miembros de su grupo por sus rasgos personales y por su relación de pareja; se hace el análisis de la novela desde la perspectiva de los personajes principales

³ En cuanto a esta situación de la literatura, Walter Mignolo afirma que “difícilmente el campo de los estudios literarios puede homogeneizarse a partir de un conjunto de ‘axiomas’ o de presuposiciones sobre la unidad de la disciplina, sino que es más adecuado concebirla como un espacio heterogéneo compuesto por subconjuntos de teorías en formación y problemas en discusión” (citado en Cabo y Do Cebeiro, 2006:34).

⁴ “Estas teorías fomentan una representación global y un cambio de frente de todas las formas de discurso como parte de una política cultural radical, en la cual ‘lo literario’ puede ser simplemente una forma más o menos importante de representación” (Selden, 2001:20).

de la misma y se explican los imaginarios sociales que conforman las identidades de los mismos a través de sus representaciones sociales y *habitus*. El tercer capítulo lleva por título “*El vampiro de la colonia Roma. La nueva picaresca: de triunfo y erotismo*” y comparte la estructura con el anterior. Aquí se narra la trama de la novela y se dan detalles acerca de su producción, forma y algunos estudios críticos que se han hecho sobre ella; se ubica al protagonista dentro de un espacio histórico, económico, social y cultural, y se habla de sus especificidades como sujeto gay; se analizan a través de las representaciones y los *habitus* del personaje principal los imaginarios que conforman la identidad del mismo. El cuarto capítulo, “*Las púberes canéforas: multiplicidad de voces, diversidad de identidades*”, de igual modo coincide estructuralmente con los capítulos anteriores. En él se relaciona la trama de la novela, su disposición, y se mencionan las investigaciones que se han hecho de ella; se reflexiona sobre la metatextualidad de la obra y se perfila a cada uno de los personajes que protagonizan la historia tomando en cuenta sus condiciones históricas, sociales, étnicas, económicas, culturales, políticas y sexuales; finalmente, se extiende el análisis de los imaginarios sociales que construyen las identidades de cada uno de los personajes antes mencionados gracias a la identificación de representaciones sociales y *habitus*.

Por último, agrego que tras largas y profundas meditaciones, tomé la decisión de titular este libro *El arcoíris de la disidencia. Novela gay en México*, un poco para advertir al lector acerca del tema y el tipo de textos que se abordan en el mismo, pero al mismo tiempo para sugerir una de las tesis más valiosas que se desprenden de este trabajo: en las novelas se propone no solo la configuración de una identidad sexual disidente, sino que también en esta misma disidencia podemos encontrar una pluralidad y complejidad de identidades, que en ocasiones son opuestas o similares, pero finalmente muy ricas *per se*.

Capítulo 1



Movimiento LG en México: imaginarios sociales e identidades en novela con temática gay (1978-1984)

Homosexual y gay: discusión de nominalismos

Antes de adentrarme en el contexto, la definición de categorías y el análisis de las novelas que abordo en el presente trabajo, me gustaría aclarar el uso que hago de los términos “gay” y “homosexual”. Los nominalismos son importantes, y es por eso que para ubicar este estudio me compete dedicar un par de líneas al asunto. A través del acto de nombrar es que hacemos posible la existencia del objeto, la persona o la situación nombrada, y al mismo tiempo marcamos sus límites.¹ En cuanto al tema de las identidades sexuales, la propuesta en boga, por lo menos en el ámbito de los estudios de género en Occidente, es la que tiende más bien a alejarse de los absolutos y de las categorías que marcan, definen y fijan a los sujetos.² Pese a estar consciente de ello, me es imprescindible utilizar palabras como “gay” y “homosexual” para referirme al sujeto de sexo masculino que tiene

¹ Estoy consciente de que al usar categorías y términos, y sobre todo categorías de identidad, se corre el riesgo de no describir plenamente lo que se nombra. De igual manera se incurre en reduccionismos o se habla desde una postura o un juicio. Sin embargo, es indispensable el acto de nombrar. En este caso intento explicar los motivos por los cuales nombro como lo hago, al tiempo que ubico las palabras en un contexto. De esta forma, aspiro a argumentar mis denominaciones.

² Revisar *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad* (1990) y *Cuerpos que importan. Los límites materiales y discursivos del sexo* (1993) de Judith Butler. Ambos tratan sobre el tema del género y la teoría *queer*.

preferencias erótico-afectivas por otro hombre.³ Existe la discusión de si la palabra homosexual es una forma peyorativa de referirse al sujeto antes mencionado debido a que se originó en un contexto médico para catalogar al homosexual como un enfermo. Sin embargo, la realidad es que, como dicen Laguarda (2009) y Foster (2009), en lengua castellana, hoy en día la palabra “homosexual” tiene una carga más o menos neutral,⁴ porque con el paso de los años ha perdido considerablemente su connotación negativa. Digamos que hoy en día el uso de la palabra “homosexual” se prefiere para designar a hombres que gustan de hombres porque se encuentra en ella una especie de neutralidad. De este modo, me sumo al empleo de dicha palabra con una intención meramente objetiva. Ahora bien, la palabra “gay”, proveniente de Estados Unidos, surgió en este país para eliminar el contenido patológico que evocaba la categoría de homosexual. Al mismo tiempo, posibilitó la organización igualitaria de la homosexualidad, en la que por un lado se rompía con los esquemas tradicionales del homosexual femenino vs. el homosexual masculino, y por el otro se pretendía el reconocimiento y la agrupación de todos los involucrados en la práctica de la homosexualidad (Laguarda, 2009:25-26). A Latinoamérica el término “gay” llegó precisamente en la década de los setenta (Laguarda, 2009:65). De esta manera, la palabra “gay” es más que una definición sociosexual de individuos, nos habla de un orgullo, de una identidad compartida como grupo entre personas con gustos, necesidades y condiciones similares. Al hablar de “gay” se habla de sujetos que tienen un sentido de pertenencia, que forman conscientemente parte de una comunidad.

En este libro utilizo la palabra “gay” por su carácter positivo y por la aceptación que tiene para los sujetos que se asumen a sí mismos como gays.⁵ Pero sobre todo la uso porque, como se puede apreciar más adelante en esta investigación, las novelas que se analizan aquí no solo abordan el tema del sujeto homosexual, sino que además de tratar el tema de la identidad individual de los personajes, se

³ Aunque homosexual también puede hacer referencia a un sujeto femenino que tiene preferencias erótico-afectivas por otra mujer, en el caso particular de esta investigación, cada vez que me refiero a homosexual hablo de hombres que gustan de hombres.

⁴ No se ha convenido hasta la fecha un término en lengua castellana que sea neutral y que sirva para designar a hombres que prefieren a otros hombres. Por eso se emplean las palabras “homosexual” y “gay”, esta última proveniente del inglés.

⁵ Sobre el plural de la palabra “gay”, en la versión de 2005 del *Diccionario panhispánico de dudas* de la Real Academia Española se dice que debe escribirse “gais”. Sin embargo, es evidente que los usuarios de la lengua hispana prefieren el plural “gays”, forma anglosajona, pues su uso es el que predomina en los medios escritos en lengua hispana. Por ello decidí utilizar esta última variante para el plural.

refieren a una identidad colectiva como un grupo social específico, el de los gays, al mismo tiempo que cuestionan los roles tradicionales de la sexualidad hegemónica de esos años. Y precisamente lo gay no puede pensarse fuera de los términos de una voluntad y conciencia colectiva y de un cuestionamiento del *establishment*. En otras palabras, las novelas que conforman el corpus de esta investigación son el origen de la literatura gay en México porque polemizan la concepción de la homosexualidad que se tenía hasta la década de los setenta del siglo pasado en el país y porque ahondan en la reflexión del reconocimiento de los sujetos homosexuales como parte de una colectividad, cuestiones que al mismo tiempo están relacionadas con la emergencia del Movimiento de Liberación Homosexual Mexicano y la identidad gay en el país en los años en los que fueron producidas tales obras.⁶

El contexto de la liberación homosexual en México

Las tres novelas que analizo aquí coinciden en su publicación con la primera etapa de la trayectoria política del movimiento LG de México,⁷ mejor conocida por sus activistas como la etapa dorada del Movimiento de Liberación Homosexual Mexicano (Diez, 2011:692). El movimiento, como ya se mencionó, se inserta en los setenta, década que ha sido señalada por diversos estudiosos como el período en que emergió la identidad gay (Laguarda, 2009:33). El surgimiento del movimiento LG de México es producto de varios cambios que a nivel social y político se dieron desde la década de los años sesenta en el país. Algunos de estos cambios tienen que ver con el aumento de la tolerancia hacia asuntos de orden moral social, con más altos niveles

⁶ Al referirnos a literatura gay o a estudios gays nos seguimos constriñendo al género binario, aunque con una conciencia y una actitud que llega a cuestionar dichos roles. La literatura *queer* y los estudios *queer*, por su parte, como dice Foster, intentan desprenderse de este binarismo o de cualquier etiqueta y disputan abierta e indudablemente los postulados del patriarcado heteronormativo/heterosexista (Foster, 2009:15). Lo *queer* surge por una necesidad de superar las categorías lésbico/gay, en donde no hay posibilidad para otros sujetos como bisexuales, transexuales, travestis, transgénero, intersexuales, etcétera. O donde lo lésbico/gay excluye cuestiones como la raza, la clase socioeconómica o la nacionalidad. Lo *queer* está siempre en contraposición con la norma, ya sea heterosexual o lésbica/gay (Spargo, 2007; Butler, 2002:313-229).

⁷ En esos años el movimiento LG estaba únicamente considerado como un movimiento de gays y lesbianas. Con el paso de los años pasó a ser el movimiento Lésbico, Gay, Bisexual, Transgénero (LGBT). Hoy en día se han sumado más identidades al movimiento, que finalmente se considera Lésbico, Gay, Bisexual, Transexual, Transgénero, Intersexual y *Queer* (LGBTTIQ).

de educación, así como con la urbanización y la secularización de México. De igual forma, la toma de conciencia por parte de los mexicanos de la poca libertad política y social que había en los años sesenta en el país, que se hizo incuestionable con la matanza de Tlatelolco, y que llevó a la movilización de varios sectores de la sociedad, sobre todo el estudiantil, fue un antecedente significativo (Diez, 2011:693).

Son varios los factores que, tanto en lo local como en lo global, propiciaron un cambio en el país en cuanto a la emergencia del movimiento LG de México y a la apertura de las distintas prácticas y afinidades erótico-afectivas. No es posible atribuir la causa a un hecho o acontecimiento específico. Podemos empezar con 1968, año que comúnmente es considerado como una época en la que se intentaba hacer cambios en el sistema, incrementar las libertades individuales, luchar por la justicia social, oponerse a la guerra y otorgar voz a los jóvenes. Este ánimo se presentó no solo en uno, sino en varios puntos geográficos del mundo simultáneamente. En varios países de Europa occidental, como Francia e Italia, de Europa oriental, como Checoslovaquia o Yugoslavia, y en Estados Unidos, Japón y México. En 1968 se produjeron varias confrontaciones violentas en el mundo. En París, los estudiantes de izquierda ocuparon la Sorbona y se enfrentaron en las calles a la policía, muchos se manifestaron contra el gobierno, las políticas universitarias y el reparto injusto de la riqueza y el poder dentro de la sociedad francesa. Este fue el epicentro de un levantamiento estudiantil continental. En Praga, a finales de 1967 empezaron las protestas estudiantiles contra la ocupación soviética y en 1968 se volvieron más provocadoras durante lo que se conoció como la “Primavera de Praga”, que finalmente acabó en numerosas muertes por los ataques soviéticos que respaldaron la dictadura comunista. En muchas ciudades estadounidenses se llevaron a cabo protestas de estudiantes contra la guerra de Vietnam, las restrictivas políticas universitarias y los tradicionales programas universitarios (Laguarda, 2009:55; Hobsbawm, 1995:300-301; Procacci, 2005:452). El movimiento del 68 fue algo más que político, fue una experiencia colectiva y libertadora, que mediaba en lo más profundo de las conciencias y la sociedad y después arremetía contra el orden político. Una bomba con efectos retardados, pues si bien como contestación juvenil fracasó de forma general, la huella que dejó en la sociedad y en las relaciones interpersonales permanece y forma parte de las costumbres y de nuestra herencia intelectual y moral actual (Procacci, 2005:454).

En la última etapa del llamado “milagro mexicano”, la atención mundial había comenzado a centrarse en el país debido a que los juegos olímpicos del año 1968 se llevarían a cabo en la Ciudad de México. Era la oportunidad perfecta para mostrar los logros de un régimen que se jactaba de su estabilidad y su avance económico y social. No obstante, en ese mismo año estallaron manifestaciones para denunciarlo,

lo que puso en duda los éxitos del partido en el poder, el Partido Revolucionario Institucional (PRI).⁸ Una de las protestas tuvo lugar en la Plaza de Tlatelolco durante el mes de octubre. Dicha protesta terminó en un acto represivo con la matanza de muchos estudiantes y civiles por parte del ejército y la policía, hecho que quedó grabado en el recuerdo de los mexicanos, sobre todo los capitalinos, como impulso transformador y principio de desgaste del régimen político vigente (Laguarda, 2009:55). El 2 de octubre de 1968 el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz vendría a confirmar que las inquietudes de los jóvenes eran ciertas. Había, pues, una urgencia de verdadera democracia, de libertad de expresión sin censuras, de acabar con la corrupción y todos los vicios del gobierno. Con el tiempo, el movimiento estudiantil y contracultural del 68 resultó ser el hecho más importante en la historia del país, después de 1910, pues implicó un proceso paulatino de toma de conciencia de los abusos y la explotación del pueblo por parte del gobierno, y finalmente constituyó la puerta para el cambio (Agustín, 1990:263-264). Más adelante, este hecho repercutió en distintos ámbitos y etapas, como lo hizo precisamente en el Movimiento de Liberación Homosexual Mexicano.

En esos años también ocurrió un evento importante en el país vecino, Estados Unidos, que influyó en la movilización lésbica y homosexual en México, además de en los movimientos estudiantiles. La resonancia de un suceso que tuvo lugar a finales de la década de los sesenta en Estados Unidos, conocido como la rebelión de Stonewall de 1969 (Diez, 2011:693), también fue, sin lugar a dudas, un catalizador para que iniciara el movimiento LG de México.⁹ Carlos Monsiváis, uno de los autores mexicanos que más comprometidamente se dedicó a escribir, con base

⁸ Antes de 1968, varios sectores de la sociedad ya se habían movilizado para que se escucharan sus demandas. Cada una de estas movilizaciones terminó en represiones violentas y tiránicas por parte de Díaz Ordaz: en 1965 los médicos residentes de cinco hospitales de la Ciudad de México y 48 estados iniciaron una huelga en busca de mejoras en sus condiciones de trabajo; en 1966 hubo una lucha estudiantil en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia. En 1967 se presentó también un movimiento estudiantil en la Universidad de Sonora; en 1967 surgió en Chihuahua un grupo guerrillero que asaltó el cuartel militar de Ciudad Madera (Agustín, 1990:233-234).

⁹ Según Braulio Peralta, fue incluso un suceso mucho más lejano en el tiempo el que determinó el Movimiento de Liberación Homosexual en todo el mundo: "Y pensar que esa lucha viene desde 1869, en Alemania, cuando un médico húngaro Karl Benkert (a quien se debe la denominación del término 'homosexual') defendió ante el Estado la no intromisión en los asuntos de la cama. Esto, porque desde 1860 una ley alemana declaraba a los actos homosexuales como un delito. Una ley que fue derogada hasta 1969: ¡100 años después! Justo el año que se conoce como el surgimiento del movimiento homosexual, con Stonewall, en Estados Unidos, que dio inicio a la ya hoy muy conocida 'Marcha del Orgullo Gay' en prácticamente todo el mundo occidental" (Peralta, 2006:113).

en sus investigaciones y vivencias, sobre lo relacionado con la manifestación y la evolución de la homosexualidad en todos los ámbitos, en gran medida en el país y en menor medida en el mundo, describe brevemente en algunos de sus ensayos este acontecimiento:

En junio de 1969, en Nueva York [...], la policía irrumpe en el bar Stonewall en el Greenwich Village, en una de sus redadas habituales de amedrentamiento, chantaje y golpiza. Esa noche se produce una novedad: los parroquianos, encabezados por travestis, y los paseantes alterados por las patrullas, integran la turba de reivindicaciones que libera a los detenidos y hace huir a los policías. Los motines en el Village se prolongan dos días más, hay reuniones incesantes, surge el Gay Liberation Front, los que ya trabajaban en organizar gays y lesbianas se liberan de sus cautelas y se ven tratados como “reformistas” por los militantes instantáneos que pasan a la ofensiva. El sector semiclandestino pasa a ser la minoría de agitadores, y esto, casi de inmediato, repercute en muchos países (Monsiváis, 2010:155-156).

A partir de ese incidente, considerado como la primera revuelta gay de la historia, se empezaron a formar organizaciones y grupos de liberación gay en Estados Unidos. Así, el último cuarto del siglo XX fue un período de reestructuración en Occidente, pues el movimiento gay obtuvo varios éxitos al lograr suprimir leyes en contra de prácticas homosexuales y desafiar concepciones patológicas que la medicina de ese entonces tenía sobre la homosexualidad y alejarla del campo de la enfermedad (Laguarda, 2009:26). De esta manera, bien entrados los sesenta se empezó a visibilizar la práctica abierta de la subcultura homosexual en Estados Unidos y en los setenta apareció públicamente como presión política (Hobsbawm, 1995:335).

El Movimiento en México emergió también gracias a la considerable flexibilidad del gobierno en los años setenta y a la adopción de una identidad que se basó en la liberación de la represión sexual, así como en la aceptación de la homosexualidad (Diez, 2011:692). Es evidente una mayor apertura en el terreno de lo político a finales de los setenta, en el período de José López Portillo, después del período de presidencia priista de Luis Echeverría —de 1970 a 1976—, caracterizado, al igual que el período de presidencia de Gustavo Díaz Ordaz, por la represión ante cualquier muestra de disidencia social. Esto en definitiva permitió la manifestación del movimiento, ya que, sin la facultad de incurrir en este escenario, las posibilidades de su éxito y progreso como movimiento social, en un país en el que el Estado se encargaba de dictar todos los derechos, normas y sentencias de manera tiránica, hubieran sido nulas. El gobierno de José López Portillo fue criticado por los jóvenes por ser muy formalista, paternalista-autoritario, prejuicioso, hipócrita, con criterios

morales dignos del medioevo que desgastaban precipitadamente al culto católico, y por tener metas demasiado materialistas y envueltas en corrupción (Agustín, 1990:241-243); sin embargo, aún con estas características, la apertura fue mayor comparada con los sexenios anteriores.

Luis Echeverría trató de distanciarse de la política represiva de su antecesor Díaz Ordaz, aunque también había estado implicado en actos represivos como el de la tragedia de Tlatelolco, así que de una u otra manera en su sexenio continuó dicha política. Durante el mandato de Echeverría el país obtuvo una imagen internacional progresista debido a la solidaridad que brindó a perseguidos políticos.¹⁰ De igual modo el presidente reconoció por primera vez el pluralismo político y legalizó grupos de oposición y asociaciones políticas que no asentían con el gobierno. En la práctica, sin embargo, las personas seguían organizándose al margen de las instituciones y el PRI buscó ejercer un supremo control sobre el país (Laguarda, 2009:59). Al principio, Echeverría intentó mostrarse como un presidente que se acercaba a los jóvenes, como un líder que estaba dispuesto al diálogo, la apertura, la crítica y la autocrítica con el fin de neutralizar las heridas del 68 (Agustín, 1992:9); sin embargo, rápidamente demostró que su política de diálogo en realidad era un inmenso monólogo (Agustín, 1992:17). En el sexenio de López Portillo, en México también se vio impulsada la modernización gracias a que en 1973 las naciones productoras de petróleo, árabes en su mayoría, decidieron disminuir la producción de crudo como represalia por el apoyo que Estados Unidos y sus aliados europeos le habían brindado a Israel durante el conflicto con sus vecinos árabes. El embargo de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) dio como resultado un incremento en el precio del barril de crudo. En 1977 la confirmación de reservas de hidrocarburos en el Golfo de México hizo posible que se despejara el panorama económico a partir de ese año, lo que condujo a que numerosos inversionistas nacionales y extranjeros apostaran de nuevo por México. El petróleo fue uno de los ejes centrales en un momento en que México se abría ante su deseo de incursionar en el “primer mundo”. Debido al auge petrolero, en el país no se hablaba de desempleo. Por lo que muchos de los habitantes del país tenían la oportunidad de viajar y de estar en contacto con otras culturas, sobre todo la estadounidense, factor que también incidió en la necesidad de una identidad sexual por parte de gays y lesbianas (Laguarda, 2009:62-63). De una u otra forma, esa estrecha cercanía con el país del norte no solo era geográfica, sino que había ideales que transgredían las fronteras y que se estaban reflejando en

¹⁰ Después del golpe militar en contra del gobierno socialista de Salvador Allende, en 1973, la embajada mexicana dio refugio a muchos de los condenados por el nuevo régimen (Laguarda, 2009:59).

los movimientos que se suscitaban en el país. México aspiraba, pues, a tener unas condiciones equiparables a las de Estados Unidos, en donde la libertad sexual era posible, en donde se podía hablar de la construcción de una identidad gay.

Otro de los factores determinantes fue el acogimiento de un tipo de valores específicos por parte de los jóvenes mexicanos, los cuales habían sido promovidos por movimientos estudiantiles a nivel internacional y consistían en transformar la moral tradicional, el recibimiento de métodos anticonceptivos y el amor libre (Diez, 2011:693). El movimiento de liberación femenina, que cobró visibilidad durante los setenta en Estados Unidos y en Francia, fue el que influyó principalmente en la liberación sexual. Las mujeres ahora podían tener relaciones sexuales sin necesariamente estar casadas. En lo local el movimiento feminista mexicano, conformado por mujeres universitarias, protestó en contra de la desigualdad y de la falta de oportunidades que el género femenino sufría en el país. Hacia finales de la década, la liberación femenina era un hecho. Recibieron respaldo de muchos hombres y desde luego de los homosexuales, quienes después construirían su movimiento (Laguarda, 2009:60; Agustín, 1992:219-220). A nivel global se produjeron muchos cambios en las actitudes públicas, tanto en lo oficial como en lo extraoficial, en cuanto a la conducta sexual, la pareja y la procreación. Fue una etapa de liberación para homosexuales, heterosexuales y para las demás formas disidentes en materia de cultura sexual. En Gran Bretaña se legalizó la homosexualidad a mediados de los sesenta. En 1961 en Illinois, Estados Unidos, se legalizó la sodomía. En Italia, en 1970 se legalizó el divorcio, luego confirmado mediante referéndum en 1974; en 1971 fueron legalizadas la venta de anticonceptivos y la información sobre métodos de control de natalidad; en 1975, un nuevo código del derecho familiar sustituyó al viejo, y en 1978 el aborto se legalizó, confirmado ello mediante referéndum en 1981 (Hobsbawm, 1995:324-325). Esto sin duda motivaba a que la sexualidad en general fuera vista desde otra perspectiva, con menos prejuicios. El gobierno mexicano también se sumaba a esta apertura. En 1972 se elaboró un programa de control demográfico, y en enero de 1974 se dio a conocer la Ley General de Población, que promovía el uso de los anticonceptivos a pesar de la oposición de la Iglesia al control natal. En marzo de ese mismo año fue creado el Consejo Nacional de Población (CONAPO) para intentar reducir el crecimiento poblacional. Se hablaba en los medios del uso de anticonceptivos para evitar embarazos no deseados, se fortalecía la educación sexual y comenzaba a haber manifestaciones en favor de la despenalización del aborto. También un suceso importante en la transformación de los papeles tradicionales de género fue la elección de una primera gobernadora en la historia del país: Griselda Álvarez Ponce de León, en el estado de Colima (Laguarda,

2009:60-61). Asimismo, el despido de un empleado de Sears en 1971, por conducta homosexual, en parte contribuyó al inicio del movimiento (Diez, 2011:693).

En 1971, varios homosexuales en México, entre los cuales sobresalen Nancy Cárdenas y Luis González de Alba, se empezaron a reunir para reflexionar y cuestionarse sobre la opresión que en ese entonces sufría el grupo social al que pertenecían (Diez, 2011:693). Según Juan Jacobo Hernández, Carlos Monsiváis le había hecho llegar a la dramaturga y directora de teatro Nancy Cárdenas, desde Inglaterra, mediante cartas y documentos, los postulados del Gay Liberation Front; ella quedó fascinada, y a partir de entonces se empezó a reunir con un grupo selecto de amigos para discutir y reflexionar sobre dichas cuestiones.¹¹ En ese año fue la directora de teatro Nancy Cárdenas quien convocó las primeras reuniones de concientización después de los disturbios de Stonewall (Monsiváis, 2010:156, 205, 256). Juan Jacobo Hernández, en ese mismo año, invitaba a las reuniones que todos los viernes llevaban a cabo un grupo de homosexuales en las que hablaban de su sexualidad. Nancy Cárdenas le había hecho llegar a Hernández un documento de análisis titulado *Awareness*, que usaban los grupos homosexuales en Londres y que tenía la finalidad de hacer que se tomara conciencia sobre lo que uno era para después enfrentar la realidad social, política y sexual (Peralta, 2006:112). Es relevante mencionar que muchos de los individuos que formaban parte de esos grupos habían pertenecido a distintos movimientos sociales en los años sesenta, por lo que el movimiento LG se vincula a la movilización de la sociedad en general (Diez, 2011:693).¹²

Así, en 1971 se formó el primer grupo de liberación homosexual en México; sin embargo, operó de manera oculta debido al estado de opresión que imperaba en

¹¹ Hernández, por lo mismo, opina que las lesbianas fueron las que empezaron el movimiento homosexual en México (citado en Peralta, 2006:182).

¹² Peralta, quien fue y sigue siendo uno de los activistas más importantes del movimiento, ahora LGBTTIQ, en México, da cuenta de que la mayoría de los que integraban los grupos de liberación homosexual que estaban surgiendo en los setenta habían pertenecido a otros movimientos sociales como el del 68, y de que en un inicio estaban apenas reconociéndose estos sujetos como minoría sexual para luego poder salir a la luz pública: “[...] en 1971, esos jóvenes representaban a hermanos que habían luchado en el movimiento estudiantil del 68, que conocían las consignas del movimiento hippie y feminista, que creían en el resurgimiento de la izquierda como una opción de modernidad frente al esclerotizado sistema político mexicano. Y que querían entender sus vidas privadas porque ante lo público eran seriamente rechazados, marginados, estigmatizados. No había entonces espacios públicos, de diversión, como ahora. Las lecturas del tema ni siquiera se planteaban en los medios de comunicación. La lucha, entonces, se reducía a reivindicarse ante sí mismo como principio de pleno conocimiento de su preferencia sexual. Después, después vendría el enfrentamiento ante lo social” (Peralta, 2006:113-114).

el país (Diez, 2011:693). A partir del testimonio de Hernández se sabe que el 15 de agosto de 1971 nació el Frente de Liberación Homosexual de México (FLHM) para luchar por los derechos de este colectivo. Trabajaban a partir de la concientización, que consistía en confesarse, testimoniarse, abrirse a su sexualidad y aceptarse (citado en Peralta, 2006:182).¹³ En 1973, el FLHM se desintegró por varias razones. Después, como Monsiváis lo registra, otro de los grandes pasos para la formación del movimiento fue que:

En 1973 Nancy Cárdenas lleva a escena *Los chicos de la banda* (*The boys in the band*), de Mart Crowley, estrenada en Nueva York en 1968 y filmada en 1970, por William Friedkin. *The boys in the band* es un melodrama preStonewall, un laberinto de revelaciones incesantes, de referencias al canon de las idolatrías queer, de giros histéricos y frases memorizables (Monsiváis, 2010:156).¹⁴

Sin embargo, Delfín Sánchez Juárez, jefe de la Delegación Benito Juárez de la Ciudad de México, prohíbe la representación de la obra, pues, según su juicio, atentaba gravemente contra los valores y la moral de la época. No obstante, la comunidad artística e intelectual se enfrentó a la censura y el presidente Luis Echeverría se convenció de que la comunidad intelectual y artística era fuerte, de modo que la obra se estrenó y tuvo bastante éxito pese a la inquietud de los espectadores, que finalmente no se escandalizaron (Monsiváis, 2010).¹⁵

Un año después, en el medio internacional aconteció algo que afectó positivamente los juicios sobre la homosexualidad: en 1974, la Asociación Psicoanalítica de Norteamérica dejó de considerar la homosexualidad como una enfermedad (Laguarda, 2009:62; Peralta, 2006:157). Más tarde, de igual forma como precedente, aportando más formalidad a los indicios del movimiento, “En 1975, se publica el primer manifiesto en contra de redadas de homosexuales, firmado por numerosos intelectuales y artistas, entre ellos Juan Rulfo, Fernando Benítez, Vicente Rojo, José

¹³ Además, sobre los nominalismos, agrega Hernández: “Se empezó a hablar del ‘ser gay’. Y se adoptó la palabra gay entre los homosexuales, hasta que pasó a formar parte del dominio público” (citado en Peralta, 2006:182).

¹⁴ En 1977 estrenó otra obra polémica: *Las amargas lágrimas de Petra von Kant*, de Fassbinder (Peralta, 2006:184).

¹⁵ La obra impactó en los medios de comunicación, lo que motivó a que Zabłudowsky llevara a Nancy Cárdenas, directora de la misma, a su programa de televisión, *24 Horas*, en horario estelar. Ahí declaró ser lesbiana públicamente y defendió las diferencias sexuales y las necesidades de sus derechos civiles (Peralta, 2006:184).

Emilio Pacheco y cerca de cien más (lo redactan Nancy Cárdenas y C.M.)” (Peralta, 2006:157). En ese mismo año surgió y se disolvió el grupo SexPol, fundado por Antonio Cué, y José María Covarrubias fundó la “Semana Cultural Gay” (Peralta, 2006).

Tras los pequeños pasos y logros ya referidos, de varios individuos en búsqueda del respeto a la diversidad sexual, algunos de ellos, que formaban parte de alguna de las tres organizaciones de homosexuales que habían nacido en esos años en el país,¹⁶ entre las que se encontraba el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR),¹⁷ “En la tarde del 26 de julio de 1978, [...] decidieron por primera vez presentar sus demandas de liberación en público uniéndose a la marcha en conmemoración de la revolución cubana, haciendo así su ‘salida del clóset’” (Diez, 2011:695). Después, tanto el FHAR como las otras dos organizaciones, Lambda y Oikabeth,¹⁸ se unieron tres meses más tarde para conmemorar otra causa social, que presentaba en esencia valores y libertades parecidas, el foro perfecto para expresarse públicamente por segunda vez, pero entonces en conjunto y de manera masiva, y de esa manera hacer formal y real el Movimiento de Liberación Homosexual. Monsiváis da cuenta de ello:

El 2 de octubre de 1978, a la marcha conmemorativa de la matanza de Tlatelolco de 1968 se integra un contingente homosexual de cerca de doscientas personas, encabezado por Nancy Cárdenas. La respuesta a gays y lesbianas, si no estrictamente amable, no es hostil y al anunciarse su llegada a la Plaza de las Tres Culturas hay aplausos, ni demasiados ni inaudibles (Monsiváis, 2010:156).

Como ya se advirtió, el movimiento, debido a los acontecimientos que se estaban produciendo a nivel nacional y mundial en pro de un cambio en las formas

¹⁶ Las tres organizaciones eran FHAR, Lambda y Oikabeth. Según Diez, “FHAR, el grupo más contracultural de los tres, se conformó mayoritariamente por hombres, y sus miembros simpatizaban con el comunismo y el anarquismo. La membresía de Lambda eran hombres y mujeres, mayoritariamente de clase media. A pesar de que compartía algunas perspectivas ideológicas del FHAR, Lambda adoptó claramente una visión feminista y una posición más pragmática. Por su parte, Oikabeth se conformaba únicamente por lesbianas, y sería el grupo con fundamentos ideológicos más claros basados en principios lesbo-feministas” (Diez, 2011:695).

¹⁷ Surgió en 1976 y se disolvió en 1977. Juan Jacobo Hernández, Ignacio Álvarez y Fernando Esquivel, entre otros, fueron los fundadores (Peralta, 2006:188).

¹⁸ El germen, tanto de Lambda como Oikabeth, según Braulio Peralta, brota de la calle Ezequiel, en donde se llevaban a cabo eventos culturales con temática gay organizados por el grupo SexPol, del que él formaba parte (Peralta, 2006:186-187).

de pensamiento, pertenecía, aun con sus particularidades, a una lucha mayor por la autonomía de los individuos, las comunidades, los grupos y los pueblos; es por esto que se solidariza ese día con la causa del 68 y al mismo tiempo se apoya en ella para consolidar su defensa. De esta forma es como se hace público y formal.

Posteriormente, otra serie de agentes propiciaron el progreso del movimiento LG en México, como por ejemplo la creación en Inglaterra en 1978 de la Asociación Internacional de Homosexuales (IGA por sus siglas en inglés), que agrupaba a 450 asociaciones de 80 países para trabajar por los derechos humanos de los gays (Peralta, 2006:188). Otro hecho importante fue que, en 1979, Albert Baker inventó la bandera del arcoíris (seis colores: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul y morado), para la marcha del orgullo en San Francisco (Laguarda, 2009:119; Monsiváis, 2010:157). En ese mismo año, la Marcha de Orgullo Lésbico Gay se inició en la Ciudad de México, para conquistar así por primera vez un espacio público. Asimismo, en 1979, el Partido Comunista Mexicano incluyó en su declaración de principios que nadie podía ser: “[...] sujeto de discriminación, marginación o subordinación por razones de raza, sexo, religión u opción sexual [...]”, pues antes de esa fecha los partidos políticos ni siquiera contemplaban a los gays en sus plataformas. Y en 1982, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) inició una campaña a favor de los derechos de los homosexuales y lesbianas. Max Mejía y Claudia Hinojosa fueron los primeros en lanzarse como diputados a la arena política, sin éxito (Peralta, 2006:155-156).

En cuanto a las manifestaciones artísticas y culturales con temática homosexual que se llevaron a cabo, puede decirse que jugaron un papel muy valioso en ese período de arranque que va de los años 1978 a 1984, pues proporcionaron visibilidad al fenómeno. En cuanto a publicaciones, Peralta recuerda las primeras dos revistas comprometidas con la lucha homosexual en México, surgidas a finales de los setenta (específicamente en 1979): *Política Sexual*¹⁹ y *Nuestro Cuerpo*²⁰ (2006:93-94). En el caso de literatura, menciona Diez: “Autores como José Rafael Calva, Luis Zapata y José Joaquín Blanco publicaron trabajos literarios con una temática abierta y claramente homosexual” (2011:697). De ahí deriva mi decisión de analizar sus obras.

¹⁹ Dirigida por un comité editorial integrado por Juan Jacobo Hernández, Ignacio Álvarez, Teresa Incháustegui, Armando Torres Michúa y Jona Dantes, en realidad seudónimo de Braulio Peralta. El título era una alusión a las ideas de Wilhelm Reich: el defensor de la liberación sexual como vehículo de la liberación política, cuya doctrina gozó admiradores en los movimientos mundiales del 68 (Peralta, 2006:93-94).

²⁰ Fue la segunda revista en la historia del movimiento que editó el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, también en 1979. Fue dirigida por Juan Jacobo Hernández y Fernando Esquivel y solo se publicaron dos números (Peralta, 2006:94).

En 1979 se publicó *El vampiro de la colonia Roma*, de Luis Zapata, que se vendió muchísimo y se convirtió en un clásico de la literatura gay en México y en Estados Unidos; asimismo, inició una corriente con temática homosexual a finales de los setenta y principios de los ochenta con obras como *En jirones*, del mismo Zapata; *Las púberes canéforas*, de José Joaquín Blanco; *Utopía gay*, de José Rafael Calva; *Octavio*, de Jorge Arturo Ojeda, y *Primer plano*, de Raúl Rodríguez Cetina. Aparece también *Ojos que da pánico soñar*, de José Joaquín Blanco, en el suplemento “Sábado”, del diario *Unomásuno* (Agustín, 1992:222; Peralta, 2006:190).²¹ En teatro también se presentó una situación similar al surgir puestas en escena de obras con temática gay como la de Gustavo Torres Cuesta, *Wilder Bataclán*, de Thornton Wilder, traducida por Felipe Reyes, en 1976. Después continuaría en 1978 con *Radio City*, basada en textos de Woody Allen y Elmer Rice (Peralta, 2006:184-185). Luego “[...] en 1980, el músico José Antonio Alcaraz estrenó la obra *Y sin embargo se mueven* en un espacio de la UNAM, que fue todo un éxito. La obra tuvo más de 200 representaciones y marcó el principio de la fusión de la cultura y la identidad gay en la ciudad de México” (Diez, 2011:695). En 1984, escrita y dirigida por Sergio Torres Cuesta, apareció la pieza teatral *Maricosas-Mariposas (ya sabes que no te puedo escuchar bien cuando estás cerca del clóset)*. En 1984, Carlos Téllez dirigió a Tito Vasconcelos en *Una canción apasionada*, de Fierstein, en traducción de Carlos Monsiváis (Peralta, 2006:185). Y en lo que al ámbito musical se refiere, “Mario Rivas ingresó al grupo Música y Contra Cultura (MCC), agrupación de rock que incorporó la temática gay” (Diez, 2011:695). Estos son solo algunos ejemplos.

La primera etapa del desarrollo político del movimiento LG de México se caracterizó básicamente por iniciar en un momento en el que apenas se empezaban a admitir, tanto en el terreno de lo político como en el de lo moral y social, mutaciones en las formas de pensamiento y la concepción de la sexualidad, por lo que su tarea principal fue organizarse, darse a conocer como una agrupación que verdaderamente tenía la necesidad de hacer presencia y defender el derecho a que se les considerara y respetara. Fue un grupo que abrió espacios de expresión y discusión. También otra cuestión clave para sus integrantes como iniciadores fue de alguna

²¹ Monsiváis sobre la literatura de ese año dice: “Dos textos en especial llaman la atención: *Ojos que da pánico soñar* (1979), de José Joaquín Blanco, ensayo y declaración de principios, y *El vampiro de la colonia Roma* (1979), de Luis Zapata, el relato de un joven que se prostituye (un *chichifo*) a modo de Lazarillo de Tormes de la vida gay. Estas obras son la prueba de fuego de la tolerancia, y la rápida demostración de que, en verdad, y de manera en lo fundamental imperceptible, ya hay diversidad en México. Entre pleitos, sectarismos quizás inevitables en un movimiento nuevo, y notables compromisos vitales, lo gay establece su derecho de existir en público” (2010:228).

manera recapacitar y definir, principalmente para ellos mismos, pero también para los demás, su condición y su identidad como seres con una sexualidad particular que los diferenciaba de la sexualidad hegemónica. Así inició la formación de una identidad de grupo. En la siguiente etapa del movimiento LG de México, que va de 1984 a 1997, el movimiento perdería visibilidad debido a las numerosas divisiones internas, a la inhabilidad de conseguir una liberación postliberacionista y a que se cuestionaría la homosexualidad con la aparición del VIH/Sida (Diez, 2011:699). Esto estaba ligado también a que las condiciones del país después de los sexenios de Echeverría y López Portillo resultaron unas de las más severas en la historia reciente. De esta manera inició una fuerte crisis en México. A partir de diciembre de 1982, el sistema se precipitó todavía más hacia una sacudida mortal que se resintió en 1988 y cuyo clímax sería precisamente “la caída del sistema” (Agustín, 1992:293).

Tanto *El vampiro de la colonia Roma* de Luis Zapata, como *Utopía gay* de José Rafael Calva y *Las púberes canéforas* de José Joaquín Blanco, novelas que analizo, son obras cuyas primeras ediciones se imprimieron en esta etapa de fundación, organización y visibilización del Movimiento Homosexual, de ahí la importancia de incluir en el presente trabajo información previa sobre el contexto político y social en el país principalmente, y también en el mundo, durante esos años. Asimismo, incluyo datos sobre el surgimiento y el desarrollo del movimiento LG en México y en esta primera etapa que va de los años 1978 a 1984 porque, si bien las novelas no son producciones creadas por miembros del movimiento, sí aparecen a la par que este y, al igual que otras manifestaciones artísticas con temática homosexual, de manera indirecta le dan visibilidad al mismo como realidad. Son la prueba de que todos los cambios que se estaban gestando repercutían también en el terreno de lo estético y de que varios artistas tenían una necesidad fuerte de expresar esta temática porque correspondía a una realidad. Y aunque el tema de la homosexualidad ya se había presentado en México tanto en narrativa como en poesía,²² solo hasta ese

²² La temática homosexual en literatura mexicana no surge en esta etapa de la historia, hay muchas muestras de que ha estado presente desde mucho tiempo atrás; sin embargo, con la liberación homosexual y la “salida del clóset” de los miembros de la comunidad homosexual, se empieza a reconocer la literatura con esta temática y los autores comienzan a representar esta realidad de manera más abierta y explícita, buscando también un reconocimiento no solo en lo social y político sino en lo literario. Algunas muestras de literatura con temática gay o lesbica previa a la etapa dorada del movimiento LG son: la poesía de algunos de los contemporáneos como Salvador Novo, Xavier Villaurrutia y Carlos Pellicer, así como la de Elías Nandino (Monsiváis, 2010:54). *La estatua de sal*, autobiografía de Novo, escrita en 1945 y publicada hasta 1998 (2010:69). *El tercer Fausto*, obra teatral del mismo autor, de 1934 (Ibíd. 74). En 1906 aparece la novela *Los cuarenta y uno. Novela crítico social*, de Eduardo A. Castrejón, que habla

período circuló la literatura de este tipo de manera más pública y había un grupo de lectores que se apropió de ella como parte también de su nueva lucha por alcanzar reconocimiento, respeto, un espacio y un lugar en la sociedad.

Categorías de análisis: identidad, imaginarios sociales, representaciones sociales y *habitus*

Teniendo en cuenta que el objetivo de la presente investigación es explicar cómo los imaginarios sociales inciden en la configuración de las identidades de los personajes principales de las novelas de Zapata, Calva y Blanco, es necesario definir las categorías y conceptos que me fueron útiles como base teórica para fundamentar y sustentar el análisis. Dichos conceptos y categorías son: identidad, imaginarios sociales, representaciones sociales y *habitus*.

En principio, el concepto de identidad lo retomo de Gilberto Giménez. La concepción principal que tiene este autor de identidad es la siguiente:

[...] nuestra identidad sólo puede consistir en la apropiación distintiva de ciertos repertorios culturales que se encuentran en nuestro entorno social, en nuestro grupo o en nuestra sociedad. Lo cual resulta más claro todavía si se considera que la primera función de la identidad es marcar fronteras entre un nosotros y los “otros”, y no se ve de qué otra manera podríamos diferenciarnos de los demás si no es a través de una constelación de rasgos culturales distintivos. [...] la identidad no es más que el lado subjetivo (o, mejor, intersubjetivo) de la cultura, la cultura interiorizada en forma específica, distintiva y contrastiva por los actores sociales en relación con otros actores (Giménez, 2005).

sobre los hechos de 1941 (2010:53). Efrén Rebolledo y Renato Leduc tratan la temática lésbica, el primero en el soneto “El beso de Safo” y el segundo en “Euclidiana” (2010:63). *Chucho el niño* (1871), uno de los episodios novelados de *La linterna mágica*, la serie costumbrista de José de Cuellar, *Facundo* (2010:78). *La negra angustias* de Francisco Rojas González de 1944 (2010:96). En un ensayo que Julio Torri publica en *Revista de Revistas* en 1913 defiende la homosexualidad de Wilde (2010:93). Las novelas *El diario de José Toledo* (1964) de Miguel Barbachano, *Después de todo* (1969) de José Ceballos Maldonado (Muñoz, 2011:25). También *41 el muchacho que soñaba con fantasmas* (1964), de Paolo Po; *Los inestables* (1968), de Alberto X. Teruel; *Cielo tormentoso* (1972), de Carlos Valdemar; *La máscara de cristal* (1973), de Genaro Solís; *Mocambo* (1976), de Alberto Dallal.; *El desconocido* (1977), de Raúl Rodríguez Cetina, entre otras (Gutiérrez, 2009:285).

Es decir, la identidad sería el conjunto de elementos culturales que se encuentran a nuestro alrededor y de los cuales nos apropiamos, pero a la vez estaría también conformada por elementos singulares, elegidos entre muchos y, por lo tanto, le permitirían al sujeto percibir un contraste entre él y los demás, diferenciarse y asumirse como una totalidad con características propias. De esta manera, la identidad, como la agrupación de rasgos distintivos derivados de la cultura, estaría necesariamente ligada a los imaginarios sociales, que son parte esencial de la misma, por lo que el reconocimiento de estos en las novelas que analizo posibilita el reconocimiento y la explicación de las identidades de los personajes principales de cada obra.

En cuanto al imaginario social, que es una de las categorías principales en la que apoyo mi estudio, es un concepto acuñado por Cornelius Castoriadis en el año 1964. Él define “imaginario social” de la siguiente manera: “El imaginario del que hablo yo no es imagen *de*. Es creación incesante y esencialmente *indeterminada* (social-histórica y psíquica) de figuras/formas/imágenes, y sólo a partir de estas puede tratarse de ‘algo’. Lo que llamamos ‘realidad’ y ‘racionalidad’ son obras de esta creación” (Castoriadis, 1993:29). Es decir, el imaginario social, es el conjunto de estructuras mentales, que pueden estar en constante cambio, alojadas en los sujetos de una sociedad, a partir de las cuales todo lo que los rodea adquiere significación. Es con base en los imaginarios sociales como los individuos organizan y otorgan valor a la realidad, y desde los cuales entienden su presente y pueden ocupar un lugar en el mundo.²³ Mi tarea entonces consiste en identificar, desde el análisis de las novelas, imaginarios sociales presentes en las tres, a través de los discursos y de las acciones de los personajes principales de cada una de ellas, que se traducen en *habitus* y representaciones sociales. A partir de ello podré explicar la realidad

²³ La realidad, desde Castoriadis, es construida simbólicamente, de igual manera interpretada y leída por los diversos sujetos que se ubican en momentos sociales e históricos determinados. De esta manera, todo lo que se nos presenta en el mundo pasa por el filtro de lo simbólico. La sociedad, como parte de esta realidad, es una construcción que se instaura y se mantiene a través de los imaginarios sociales. El imaginario social, como estructuras indeterminadas y en constante cambio, es el que nos posibilita hablar de significaciones, es decir, de entender el mundo y comprender también quiénes somos y qué lugar ocupamos en el espacio. De esta manera, el imaginario social, según Castoriadis (1993), nos permite movilizar nuestra reflexión a las identidades, razón por la cual, en este caso, retomo el concepto de imaginario de Castoriadis y no de otro teórico. En este sentido, como se ha reiterado, lo que me importa es hablar de la incidencia de los imaginarios sociales en la construcción de las identidades de los personajes principales de las novelas que abordo. De igual manera, porque al hablar de obra literaria como construcción artística esta se ubica en el plano de la representación y las significaciones.

emulada que experimentan y viven esos personajes, pues es solo con base en los imaginarios sociales que esta existe y adquiere significado, como revela Castoriadis.

Ahondando un poco en la categoría de Castoriadis, él distingue varios tipos de imaginarios sociales: por un lado, los imaginarios central y segundo, y por otro lado los imaginarios radical y efectivo. En cuanto al primer par, el imaginario central es el originario, centrado en lo “seudorracional”, y el segundo es el que es producido. El central es abstracto, es su propio referente y es el punto de partida para referirse a otros objetos. Y el segundo depende del imaginario central para surgir. Ejemplos de imaginarios centrales son Dios, el Estado y la familia; y ejemplos de imaginarios segundos vendrían a ser conceptos, comportamientos, reglas o leyes que se desprendan de significaciones radicales como las del anterior ejemplo. En las novelas que abordo, un tipo de imaginario central sería la heterosexualidad; y el imaginario segundo serían las normas que se desprenden de esa heterosexualidad, el uso que permite hacerse del cuerpo entre hombres y mujeres. En cuanto al segundo par, el imaginario radical es instituyente, es el que, o se impone, o bien busca romper con lo ya impuesto por las instituciones. Por otra parte, el imaginario efectivo es impuesto por las instituciones que tienen la facultad de hacerlo. El imaginario radical en las novelas sería el que los protagonistas crean con base en la autonomía de su sexualidad. En el caso del imaginario efectivo, es esencial para comprender el mundo de las novelas, por ejemplo, al tratar con un grupo social que visto desde la normatividad es divergente, hay una constante dinámica entre el imaginario radical y el efectivo, en el sentido de que lo impuesto por las instituciones dominantes es continuamente cuestionado y quebrantado por los personajes de las mismas con sus prácticas y discursos como sujetos gays.

Charles Taylor, partiendo de Castoriadis, analiza también el imaginario social. Para afinar el concepto, complementarlo y sobre todo que quede claro, expondré aquí algunas de sus aportaciones. Taylor afirma:

Por imaginario social entiendo algo más amplio y profundo que las construcciones intelectuales que puedan buscar las personas cuando reflexionan sobre la realidad social de un modo distanciado. Pienso más bien en el modo en que imaginan su existencia social, el tipo de relaciones que mantienen unas con otras, el tipo de cosas que ocurren entre ellas, las expectativas que se cumplen habitualmente y las imágenes e ideas normativas más profundas que subyacen a estas expectativas (Taylor, 2006:37).

Es decir, que más que como algo totalmente consciente y racional, el imaginario social vendría a ser todo ese “background” o trasfondo (Taylor, 2006:39),

que hace posibles y significativas las prácticas que ocurren entre los individuos de una sociedad.

El imaginario social es, según Taylor, “[...] la forma en que las personas corrientes ‘imaginan’ su entorno social, algo que la mayoría de las veces no se expresa en términos teóricos, sino que se manifiesta a través de imágenes, historias y leyendas” (2006:37). No es pues un conjunto de razonamientos teóricos o ideas que procedan de la ciencia, sino que más bien es todo ese filtro común, muchas veces compartido debido a que las condiciones entre los individuos coinciden, que hace que el mundo adquiera valor.

Los imaginarios sociales, ahora bien, se manifiestan a través de formas como los *habitus* y las representaciones sociales. Necesitan adquirir este tipo de configuraciones simbólicas para dejar su virtualidad y así existir. Considero que tanto los *habitus* como las representaciones tienen en común que son concretos y definidos, en cambio los imaginarios sociales son abstractos y, si no fuera por este tipo de modelos en los que se expresan, serían difíciles de percibir y explicar. Los *habitus* y las representaciones sociales son útiles para identificar los imaginarios sociales. En los párrafos siguientes expondré ambas categorías y dejaré claro cómo es posible que se hagan visibles los imaginarios sociales a través de estas.

Habitus es una de las categorías fundamentales de Pierre Bourdieu, que define de la siguiente manera:

Los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen *habitus*, sistemas de disposiciones duraderas y transponibles, estructuras estructuradas predisuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, en tanto que principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para conseguirlos, objetivamente “reguladas” y “regulares” sin ser para nada el producto de la obediencia a reglas, y siendo todo esto, objetivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un jefe de orquesta (Bourdieu, 1993:92).

A partir de la lectura y estudio que Enrique Martín Criado hace de esta categoría de Bourdieu presento la siguiente información relacionada con el tema.

Por *habitus* Bourdieu entiende el conjunto de esquemas generativos a través de los cuales los seres humanos perciben el mundo y actúan en él. Son esquemas socialmente estructurados, es decir, que han sido conformados a lo largo de la historia de cada individuo y suponen la interiorización de la estructura social del campo en el que el individuo se ha formado; y al mismo tiempo son estructurantes,

es decir que son estructuras a partir de las cuales se originan los pensamientos, las percepciones y las acciones del sujeto (Martín, s/f, párr. 12). Los *habitus* vendrían a ser entonces los esquemas que han sido producidos dentro de los grupos o campos sociales y que se han introducido en los individuos pertenecientes a los mismos con el paso del tiempo y la repetición de las prácticas, y a partir de los cuales se originan sus ideas, apreciaciones y comportamientos. Por ejemplo, en *El vampiro de la colonia Roma*, en el grupo de los gays se ha aceptado que tienen derecho a usar su cuerpo sexualmente como les plazca, en oposición al *habitus* heredado de usar el cuerpo apegados a las pautas de la heteronormatividad.

A partir de los *habitus* es como los sujetos producen sus prácticas. El *habitus* es la interiorización de las estructuras gracias a las cuales determinado grupo social produce sus prácticas y pensamientos, forma un conjunto de esquemas prácticos de percepción, apreciación y evaluación, a partir de los cuales se generan las prácticas (Martín, s/f, párr. 15). El *habitus* es el que demuestra que las prácticas de los sujetos no pueden entenderse solo en referencia a su lugar actual en la estructura social, pues el *habitus*, al ser un principio generador de prácticas, ha sido adquirido en la “socialización primaria”,²⁴ que es la primera, la de la infancia, mediante la familiarización con prácticas y espacios que son producidos siguiendo iguales esquemas generativos y en los que se encuentran inscritas las divisiones del mundo social (Martín, s/f, párr. 16). El *habitus* se aprende de los demás individuos que comparten el grupo social del sujeto, sobre todo en el período de la niñez, al repetirse como prácticas en un espacio determinado. En cuanto a la visibilidad del imaginario social en los *habitus*, estas prácticas compartidas y socialmente aprendidas son las que dan testimonio de esas formas, figuras e imágenes de las que habla Castoriadis, a través de las cuales la realidad adquiere un significado. Son estas prácticas las que dan materialidad a los imaginarios sociales.

Hay una relación directa del *habitus* con el cuerpo. El *habitus* se aprende mediante el cuerpo, mediante un proceso de familiarización práctica que no es consciente (Martín, s/f, párr. 22). Los individuos son sujetados a través de la educación del cuerpo y su ejercicio por los grupos sociales que los producen. Este proceso de

²⁴ Según Berger y Luckman, la realidad se construye de manera social. El individuo solo llega a ser considerado miembro de la sociedad cuando logra internalizar todo lo que lo rodea y no es él a través de lo que se denomina socialización. Hay dos tipos de socialización, la primaria y la secundaria. “La socialización primaria es la primera por la que el individuo atraviesa en la niñez; por medio de ella se convierte en miembro de la sociedad”. Y en cambio “La socialización secundaria es cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad” (Berger y Luckman, 1968:166).

familiarización práctica no es consciente porque, en primer lugar, como supone Durkheim, las prácticas sociales no son conscientes (s/f, párr. 28).²⁵ En segundo lugar porque reintroduce el factor de la temporalidad, es decir que los sujetos producen sus prácticas en la urgencia temporal, en la inmediatez (s/f, párr. 29), y en tercer lugar porque el *habitus* está relacionado con otro tema central de Bourdieu, la “racionalidad práctica”, según la cual los agentes sociales no son “racionales” ni “irracionales” sino “razonables”, es decir, que aprenden los *habitus* mediante una práctica continua de los mismos (s/f, párr. 30). Dicho esto, para el análisis de las novelas con las cuales trabajo es de mucha importancia la localización de los imaginarios sociales que conforman las identidades de sus protagonistas gays, en los *habitus* como prácticas y en el uso que los mismos hacen del cuerpo. Ya mencioné antes que el grupo social al que pertenecen los personajes principales de estas obras literarias es el de los gays, y mencioné también que no puede hablarse de este grupo sin pensar en el uso del cuerpo que sus integrantes hacen, conforme a las pautas que dicta la heteronormatividad, ya sea en oposición a ella o aceptando su imposición. La apariencia de los personajes, cómo desarrollan estos su sexualidad, sus movimientos, sus ideas con respecto a su cuerpo y al de los otros y demás, son los *habitus* en los que se manifiesta la presencia de un tipo de imaginario social específico; y así es como puedo identificarlos en las novelas.

Una de las dimensiones principales del *habitus* es su relación con las clases sociales y la reproducción social (Martín, s/f, párr. 36). Hay homología entre los diversos *habitus* de los individuos que comparten una misma posición social (s/f, párr. 39), por esto también es importante para el análisis de las novelas tomar en cuenta la pertenencia de los personajes principales al grupo de los homosexuales, pues revela la razón de sus *habitus* y de su visión del mundo.

Por otra parte, en cuanto a las representaciones sociales, puede decirse que este modelo fue creado por Serge Moscovici, quien las define así:

Las representaciones sociales son entidades casi tangibles. Circulan, se cruzan y se cristalizan sin cesar en nuestro universo cotidiano a través de una palabra, un gesto, un

²⁵ Dice Durkheim al respecto: “Lo extraordinario de la coacción social no se debe a la rigidez de ciertas disposiciones moleculares sino al prestigio del que están investidas ciertas representaciones. Es verdad que los hábitos, individuales o hereditarios, tienen en ciertos aspectos esta misma propiedad. Nos dominan, nos imponen creencias o prácticas. Solo que nos dominan desde dentro, pues todos están por completo dentro de cada uno de nosotros. En cambio, las creencias y las prácticas sociales actúan sobre nosotros desde fuera: también la influencia que unos y otros ejercen es, en el fondo, muy distinta” (Durkheim, 1986:29-30).

encuentro. La mayor parte de las relaciones sociales estrechas, de los objetos producidos o consumidos, de las comunicaciones intercambiadas, están impregnadas de ellas. Sabemos que corresponden, por una parte, a la sustancia simbólica que entra en su elaboración y, por otra, a la práctica que produce dicha sustancia, así como la ciencia o los mitos corresponden a una práctica científica y mítica (Moscovici, 1979:27).

Martín Mora explica la teoría de las representaciones sociales según Moscovici; a partir de este punto me centraré en sus reflexiones. Las representaciones sociales son una forma de conocimiento, un conjunto de conocimientos organizados que designan el saber del sentido común, y una de las actividades psíquicas mediante la cual los seres humanos hacen asequible la realidad física y social con la que se integran en grupo. A través de ellas los individuos logran encontrar el lugar de pertenencia tanto de sí mismos como de las otras personas y de las cosas. A través de las representaciones sociales, los sujetos descubren y organizan la realidad. Son sistemas de valores, ideas y prácticas con la función de establecer un orden que posibilite a los individuos orientarse en el mundo material y social y dominarlo, además de que posibilita un código para el intercambio social y un código para nombrar sin ambigüedades los diversos aspectos del mundo (Mora, 2009:7). Los imaginarios sociales, por lo tanto, se expresarán en este tipo de conocimiento común no formal compartido por un grupo social mediante el cual los individuos que lo conforman darán sentido a su realidad, y mediante el cual organizarán sus prácticas y conocerán el lugar que ocupan en el mundo.

La elaboración y función de la representación social parte de dos procesos: el de objetivación-selección y descontextualización de los elementos, formación del núcleo figurativo y naturalización, y el de anclaje. En el proceso de objetivación se seleccionan y se descontextualizan los elementos hasta formar un núcleo figurativo que se naturaliza enseguida. Lo abstracto como suma de elementos descontextualizados se toma como una imagen más o menos consistente en la que los aspectos metafóricos ayudan a identificarla con mayor nitidez. La objetivación materializa lo conceptual a través de una imagen, hace real un esquema conceptual, y se manifiesta en los valores, la ideología y los parámetros de la realidad social (Mora, 2009:11). En el proceso de anclaje la representación social se vincula con el marco de referencia de la colectividad y es un instrumento útil para interpretar la realidad y actuar sobre ella. A través del anclaje la representación se vuelve parte del pensamiento preexistente de la colectividad y sus respectivas transformaciones. El anclaje ayuda a modelar las relaciones sociales y sus expresiones (Mora, 2009:12). Por ejemplo, la objetivación al momento de hacer el análisis de las novelas que aquí se analizan puede manifestarse en las ideas que alguno de los personajes principales

pertenecientes al grupo social de los homosexuales, compartiendo estas con los de su misma clase, poco a poco van alojando en su mente con respecto a un individuo de otro grupo. Y el anclaje vendría a ser cuando estas mismas ideas compartidas por el grupo ya se posicionan de manera acentuada en el pensamiento de este personaje, y lo hacen actuar y reaccionar para con el individuo del otro grupo desde esta posición anclada en su pensamiento.²⁶

²⁶ Conviene agregar que retomo también para mi interpretación y análisis de las novelas, a teóricos y estudiosos que reflexionan acerca de cuestiones relacionadas con el género, como Butler, Bourdieu, Wittig, Núñez y Connell entre otros.

Capítulo 2

Utopía gay. Construcción de identidades



Sobre *Utopía gay*

La novela *Utopía gay* fue escrita por el mexicano José Rafael Calva de abril de 1977 a junio de 1978, y se publicó en 1983. Es una novela que cuestiona los derechos de las minorías y polemiza sobre las diferencias y contradicciones que se dan al interior del grupo social de los gays, a la vez que propone una reconstrucción de la identidad de los grupos marginales. La trama de la obra es básicamente la vida cotidiana de una pareja gay: Carlos y Adrián; el primero es maestro universitario de filosofía, y el segundo es alumno universitario en la Facultad de Filosofía y Letras y empleado en una secretaría. Cierta día los toma por sorpresa la noticia de que serán padres, pues Adrián, el más joven, queda embarazado de Carlos. En la novela se observan, sobre todo, una serie de reflexiones internas de cada uno de estos personajes acerca del evento señalado y acerca de otros temas que siempre vinculan con su condición de hombres homosexuales, como la sociedad, la cultura, la literatura, la religión y la política, entre otros. En la trama también se consideran algunos diálogos entre la pareja, y otros entre esta y sus familiares y amigos. *Utopía gay* plantea, como su título sugiere, un edén subvertido, que intenta no afianzarse por completo en las definiciones y verdades de Occidente, sino que más bien procura identificarse, apegándose a un individualismo fundado en el amor.¹ En este senti-

¹ De acuerdo con Selden (2001), la crítica gay ha estudiado las relaciones entre cultura, historia

do, el amor que experimentan los protagonistas, como más adelante se explica, es cuestionable en el sentido de que se apega en cierta medida a la tradición occidental y al modelo heterosexual de familia. Los personajes esperan alcanzar esta utopía, a la que se hace referencia en el título de la novela, cuando se muden a Baja California a la orilla del mar y formen allá una familia tras la llegada de su hijo, alejados de la civilización occidental consagrada, que ellos perciben como viciada y nociva, y se dediquen al cultivo de un huerto y a la educación de su primogénito. De nuevo, un ideal amoroso que solo es posible en una relación heterosexual. Un imaginario social que se reproduce, como ya se verá en el resto del trabajo.

La novela está construida por cuatro capítulos y un prólogo que insólitamente está colocado después del tercer capítulo y antes del cuarto, rompiendo con formas tradicionales, pues como Calva lo dice en el mismo prólogo, el primer borrador de su novela tenía un tono demasiado formal, y después, en una segunda versión, intentó jugar con la forma y el lenguaje para restarle academicismo y monotonía. De ahí se puede inferir su decisión de ser más flexible también con las estructuras. Como se mencionó antes, la novela se construye a partir de una serie de reflexiones internas de Carlos y Adrián y de algunos diálogos. Estas reflexiones internas corresponden a la técnica literaria conocida como monólogo interior, iniciada por los escritores del *Modernism* de principios del siglo XX,² entre ellos, el ejemplo por antonomasia: James Joyce con su obra *Ulysses*. Se trata básicamente de una técnica que intenta plasmar el pensamiento como tal en el texto sin que pase este por ninguna clase de filtros ordenadores lógicos de lenguaje. En el prólogo de la novela, Calva reconoce el uso de este recurso:

y texto en una versión cada vez más politizada de los estudios literarios. Lejos de ser meros productos estéticos, algunas novelas sobre la vida gay confirman y a la vez cuestionan su entorno histórico y la construcción de la orientación sexual en tanto que diferencia de género. En *Utopía gay* se observan tanto los cuestionamientos al entorno, como la construcción de identidades sexuales no binarias.

² El monólogo interior es fundamental a la hora de definir las características formales y temáticas que buscaban los escritores del *Modernism* quienes, al igual que los realistas, pretenden reflejar la realidad, aunque de manera distinta. Los escritores del *Modernism* se centran en la naturaleza humana que se ubica en un medio de malestar y desazón. Así se obvia la soledad y la falta de comunicación entre los hombres. Los escritores se preocupan por el mundo interior de sus personajes: sus emociones, pensamientos, sensaciones. Así este tipo de literatura se presenta como más subjetiva y personal. Muchas de las críticas a los modernistas giran en torno a esa excesiva concentración en lo que le sucede a los personajes y la falta de compromiso con problemas éticos, políticos o sociales. De igual modo, critican el hecho de que en este tipo de literatura se revelen detalles de la intimidad sin recato, sobre todo en lo referente al tema sexual (Palomo, 2010:96).

La verdad es que el tedio puede más que cualquier prejuicio y decidí escribir ese cuento pero en el momento de tomar la pluma me dio flojera y preferí jugar con el lenguaje y divertirme, porque me acordé de la crítica de Paco Prieto.³ Recordé también que en sus clases decía que para lograr un monólogo interior había que experimentar mucho y asocié esa idea a mi problema de estilo y lenguaje (Calva, 1983:157).

Y justifica en el mismo prólogo esta disposición formal de la obra más bien como diversión y ejercicio mental, lo que finalmente le ayudó con problemas de expresión y estilo a los cuales se enfrentó en un principio y le posibilitó concluir su trabajo de manera satisfactoria:

Mientras más serio y coherente se volvía todo, mientras mayor profundidad adquirían Adrián y Carlos, mientras más seguro me sentía yo usando esa técnica (que por cierto reconozco usarla muy *sui generis*), más se aclaró en mi mente que esta narración la he realizado principalmente como diversión y ejercicio mental más que como otra cosa. De cualquier manera, mi perspectiva literaria cambió radicalmente y el problema de expresión y estilo tienen para mí la vía de solución dentro de una escuela de la que jamás pensé que formaría parte (Calva, 1983:158).

Asimismo, además de como diversión y ejercicio mental, la recomendación de Francisco Prieto de leer más autores modernos, como André Gide, para ver el tratamiento literario que le daban a la homosexualidad (Calva, 1983:156),⁴ pudo quizá también influir en su técnica de escritura, bajo el supuesto de que hizo caso a esta recomendación. El lector conoce cada uno de los pensamientos y sentires de Carlos y Adrián gracias a la serie de monólogos interiores que van construyendo la obra. Desde su ideología:

[...] entonces es más inteligente pensar en irse definitivamente [...] para en un lugar apartado pensar en la nueva cultura en la que pueda partirse de un concepto igualitario y

³ Se refiere a Francisco Prieto, un dramaturgo, narrador, ensayista, profesor de literatura y alguna vez director del Departamento de Comunicación de la Universidad Iberoamericana; cubano, radicado en México desde 1957.

⁴ André Gide fue uno de los escritores abiertamente gays del *Modernism*. Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1947; además de haber utilizado la técnica del monólogo interior, trabajó con el tema de la homosexualidad en textos como *El inmoralista* (1902) y más explícitamente en el ensayo *Corydon* (1911-1920) y en su autobiografía *Si la semilla no muere* (1924).

democrático en que de principio no existan propiedad pública ni privada ni clases sociales de manera que Marx sea el punto de partida (1983:182-183).⁵

Hasta lo que pasa por su cabeza mientras realizan el acto sexual:

[...] lo demás es otro mundo Carlos Carlos de mi vida no es sueños ni promesas ni esperanzas porque tú eres quien eres y yo quien soy y somos lo que somos para que lo demás no importe que se hable de belleza masculina y que digan de nosotros lo que quieran que lo importante pasa en esta cama y lo demás es otro mundo Carlos Carlos de mi vida (1983:142).

La técnica del monólogo interior permite que penetremos en lo más íntimo y humano de esta pareja y crea la sensación de que lo que se nos muestra es algo auténtico, de ahí que sintamos un vínculo especial con los personajes y que el pacto de ficción se cumpla.

Regresando un poco al prólogo, considero que no está de más atender un par de reflexiones de Calva en torno de su propia obra, además de que él admite utilizar de forma consciente el monólogo interior, como ya lo vimos. Desde el siglo XX, los formalistas rusos proponían estudiar la obra literaria sin involucrar demasiado cuestiones ajenas a la obra misma como, por ejemplo, la vida del autor. Los escritores entonces, desde el formalismo ruso, no deberían ser los encargados de explicar sus propias obras, pero sí nos ayudan en ocasiones con pistas que son claves para hacer una lectura más precisa. En mi opinión, el prólogo de Calva es parte de la obra. Incluso metaficcionalmente silencia a sus personajes para ahora convertirse él en el protagonista de esas páginas (Calva, 1983:155). Además, aporta datos útiles que ayudan en la comprensión e interpretación de la novela. Por ejemplo, el título de su obra está inspirado en tres cuestiones según Calva: primero en *Utopía* (1516) de Tomás Moro, libro en el que se habla de un lugar y una sociedad ideales; segundo, en la pretensión de un ideal amoroso homosexual; tercero, alude a un término musical que da idea del ritmo y carácter de la prosa a lo largo de la novela (1983:158-159). Sobre el segundo punto, Calva además insiste en una

⁵ En cuanto al estilo formal de la novela, Calva decidió que el personaje de Adrián se distinguiera del de Carlos a través de la omisión de todo tipo de signos de puntuación en sus monólogos interiores. Esto parece un acierto, sobre todo porque el personaje de Adrián es más disperso, franco, visceral, y el formato con el que se expresa se corresponde a ello. En cambio, Carlos es más ordenado en su pensamiento, por lo que los signos de puntuación, correspondiéndose con su forma de ser, sí aparecen en sus monólogos.

pretensión moral. Desde el imaginario del autor, a partir de su representación de la homosexualidad, es muy difícil vivir una relación entre dos hombres sustentada en el amor y que sea duradera. La promiscuidad está ahí de fondo como un *habitus* propio del grupo de los gays. No obstante él piensa que, aunque difícilmente, sí se puede lograr, tal y como él lo ha experimentado. De igual forma, José Rafael Calva declara la intención última de su novela, también en el prólogo: “cuestiona[r] la moral establecida [...]” (1983:160). La moral a la que se refiere, lógicamente es la de la sociedad mexicana de finales de los setenta. Manifiesta: “[...] la homosexualidad [...] está muy injustamente reprimida al punto de que por ejemplo en México oficialmente no existe, como tanto digo en el texto, y debemos todos esforzarnos por llevar su existencia a plena luz para así poder demostrar que es algo constructivo y perfectible” (1983:159). José Rafael Calva siente el compromiso de nombrar lo innombrable, de empezar a hablar de los temas que son tabús en ese momento, como la homosexualidad, de hacerla visible, esto en consonancia con las demandas de muchos otros, como las de los integrantes del Movimiento de Liberación Homosexual. Por último, en el prólogo resulta interesante leer que, si bien Calva considera mera ficción la idea de que Adrián y Carlos vayan a tener un bebé, también representa un anhelo de él como ser humano que tiene una relación estable: tener un hijo (1983:157). En la sociedad heterosexual de la época, el hecho de tener una relación estable con una pareja es una de las máximas aspiraciones, pero en el ámbito gay esto no es común. En cuanto a lo del hijo de Carlos y Adrián, no es que el autor crea que en algún momento un hombre vaya a poder concebir, pero sí considera la opción de que una pareja gay pueda criar a un ser. Hoy las cosas son diferentes, un poco más favorables en ese sentido, pues, aunque biológicamente no es posible que un hombre conciba, sí hay mayor apertura, y en algunos países las adopciones homoparentales son legales desde finales de los noventa, y han resultado con éxito. Países como Canadá, Estados Unidos, Francia, Irlanda, Argentina, Reino Unido y México —en la Ciudad de México—, entre otros, permiten esta acción. Esto quiere decir que las opciones, aunque lentamente y con mucha controversia de por medio, se están diversificando. La intención de los homosexuales no es negar su naturaleza y particularidades, pero sí desean, como seres humanos, poder contar con los mismos derechos que los heterosexuales, entre ellos el de la paternidad.

Continuando con el aspecto de lo formal, también es importante mencionar que Calva hace uso tanto de monólogos interiores, como de diálogos y poemas a la vez: “[...] / que no hay democracias sino minorías que se ponen de acuerdo alrededor de un interés / y piensa que si quieres puedes rebelarte / ser tú mismo / [...] / y dar a luz a la libertad / una nueva humanidad / [...] / para dejar surgir una nueva y mejor vida / hacer de la tierra una Utopía” (1983:163-164), lo que convierte la novela en

una obra poco convencional, dinámica, en la que el juego con el tratamiento del lenguaje y los formatos son visibles y adecuados, pues siempre están en función de lo que los personajes necesitan expresar. El tono que predomina en la novela es de ironía y sarcasmo, lo que le imprime un toque de humor muy ameno para el lector, aunque esto no implica que las reflexiones sean poco profundas, sino muy al contrario, son más agudas. La intertextualidad es otro de los elementos recurrentes en *Utopía gay*, donde constantemente los personajes en sus monólogos interiores hacen mención de obras de la filosofía, la sociología, la literatura, la pintura, la música, la religión. Nietzsche, Platón, Marx, Hegel, Walt Whitman, Goya, Mozart, Beethoven y la Biblia⁶ son algunas de las figuras y textos con los que dialogan los personajes de la novela, presentando una nueva lectura de estos autores y logrando así que el lector también repense sus interpretaciones de dichas obras e ideas.

También la intertextualidad se presenta, no solo por la vía de los personajes, sino que los epígrafes iniciales de los capítulos y el prólogo nos ayudan a colocar la novela dentro de la problemática y la reflexión del ser gay. El primer epígrafe es un fragmento de *Song of myself* de Walt Whitman que habla sobre la aceptación propia: “Hermoso es cada uno de mis órganos y mis atributos,/ y los de otro hombre cualquiera sano y limpio./ No hay en mi cuerpo ni una pulgada vil; /nobles son todos los átomos de mi ser/ y ninguno me es más conocido que los otros” (1983:9),⁷ y a la vez hace alusión a una especie de relación íntima con un compañero: “Estoy satisfecho:/ veo, danzo, río, canto.../ Cuando mi amante fervoroso camarada, que ha dormido a mi lado toda la noche,/ se levanta y se va sigilosamente al amanecer,/ dejándome canastas, tapadas con blancos lienzos que llenan y alegran mi casa con su abundancia, las acepto sin remilgos [...]” (1983:9).⁸ En la novela estos versos pueden vincularse a la aceptación de los personajes como sujetos gays, a la conformación de sus identidades y a su relación amorosa. El segundo epígrafe es un fragmento de *Recinto* de Carlos Pellicer que habla de una puerta tras la que se oculta un amor prohibido: “Pero en la noche/ la puerta se echa encima de sí misma/ y se cierra tan ciega y claramente,/ que nos sentimos ya, tú y yo, en campo abierto/ escogiendo caricias como joyas/ ocultas en las noches con jardines/ puestos en las rodillas de los montes,/ pero solos tú y yo” (1983:25). En la obra la puerta se relaciona con el

⁶ Nietzsche (Calva, 1983:110, 123), Platón (1983:16), Marx (1983:11, 20, 46, 76, 78, 80, 85, 90, 91, 109, 110, 124, 169, 183, 190), Hegel (1983:37, 46, 169, 192), Walt Whitman (1983:91, 192), Goya (1983:180), Mozart (1983:193), Beethoven (1983:192) y la Biblia (1983:14, 19, 20, 46, 85, 87, 117, 129, 145, 146, 185).

⁷ Traducción de León Felipe en Whitman (2007).

⁸ Traducción de León Felipe en Whitman (2007).

ocultamiento de la condición gay debido a la no aceptación de esta por parte de la sociedad heteronormativa. El tercero es un fragmento de *The Wild Palms* de William Faulkner, que trata, al igual que el fragmento de Pellicer, sobre un amor ilícito, y de igual modo es una crítica a la sociedad por el rechazo de este, que va con lo que piensan los personajes de la novela de la sociedad en la que se insertan: “No es el romance del amor ilícito lo que los atrae [...]; es debido a que la idea del amor ilícito es un reto para ellos, que ellos sienten un irresistible deseo de apropiarse del amor ilícito y hacerlo respetable” (1983:81, traducción propia). El cuarto epígrafe es una cita de Laurence Sterne que menciona que el *Shandéismo* o *Shandysmo*,⁹ a pesar de cualquier crítica, posibilita que se viva de manera libre y auténtica, como Carlos y Adrián en la novela intentan aunque se les presenten obstáculos sociales: “El verdadero *shandismo*, piensa lo que quieras en contra de él, abre el corazón y los pulmones, y como todos esos afectos que forman parte de su naturaleza, obliga a la sangre y a otros fluidos vitales del cuerpo a correr libremente por sus conductos, hace girar la rueda de la vida larga y alegremente” (Calva, 1983:153, traducción propia). Y el quinto epígrafe es un fragmento de *La tentation d'exister* de E.M. Cioran que considera la posición de las minorías y se dirige a ellas con el fin de que tomen conciencia de su estado y asuman su libertad lejos de esa civilización que los afecta, algo así como lo que Carlos y Adrián, en particular este último, desean alcanzar con su utopía: “Si queremos recobrar nuestra libertad, lo que nos cuadra es deponer el fardo de la sensación, no reaccionar ya al mundo por medio de los sentidos, romper nuestros lazos. [...] Sólo se libera el espíritu que, puro de todo contubernio con seres y objetos, se ejerce en su vacuidad” (1983:165).

Utopía gay y *El jinete azul*,¹⁰ de José Rafael Calva, son de las novelas siempre mencionadas en los artículos que dan cuenta de la producción narrativa mexicana con temática gay u homosexual; sin embargo, después de haber hecho una revisión, me atrevo a decir que, a diferencia de obras de otros autores que abordan la misma materia, y que incluso pertenecen a la misma época, como las de Luis Zapata, sobre todo, son muy pocos los estudios académicos que hacen un análisis profundo de

⁹ Shandy es el narrador y protagonista de una de las novelas más famosas de Laurence Sterne, titulada *The Life and Opinions of Tristram Shandy, Gentleman*. Esta novela es considerada por la crítica como una obra muy peculiar y valiosa debido a su compleja pero rica estructura narrativa, sus juegos de palabras, su original puntuación, su manejo de la ironía y el sarcasmo y su uso particular de la sintaxis y la tipografía. Algo de esto también se presenta en *Utopía gay*, como se ha mencionado en párrafos anteriores, aunque en un nivel distinto.

¹⁰ Novela publicada en 1985 por la editorial Katún.

Utopía gay y de *El jinete azul*, y más bien se quedan casi en mera referencialidad. Mario Muñoz, Luis Martín Ulloa y León Guillermo Gutiérrez son tres de los escasos estudiosos que hacen mención de estas novelas. Muñoz dedica alrededor de una página a la novela *Utopía gay* en su artículo “En torno a la narrativa mexicana de tema homosexual” (1992:28-29), Ulloa hace solo mención tanto de *Utopía gay* como de *El jinete azul* en el penúltimo párrafo de su ponencia “El tema homosexual de la narrativa mexicana del siglo XX” (2007) y Gutiérrez menciona *Utopía gay* en su artículo “La ciudad y el cuerpo en la novela mexicana de temática homosexual” (2009:285). Desde luego que el hecho de que la novela que aquí se aborda, pese a no haber pasado desapercibida por la historiografía literaria, haya sido un poco olvidada por la crítica, no tiene que ver propiamente con la calidad de dicha novela, sino que más bien todo parece apuntar a una cuestión editorial y de mercadotecnia, pues de una u otra manera son un elemento más de su configuración. En el caso de *Utopía gay* no se llevó a cabo un trabajo de difusión tan amplio como ha sucedido en otros casos de novelas con esta temática de la misma época.

De los pocos artículos que hacen un análisis formal de la novela, son “*Utopía gay*, de José Rafael Calva, y las contradicciones dentro del discurso narrativo de la diferencia” de Bladimir Ruiz (2006) y “*Utopía gay* de José Rafael Calva: novela subversiva y transgresora” de María Eugenia Rojas (2010). En el primero se analiza la novela desde la teoría gay y *queer*, se ve como una obra en la que inicia la representación literaria positiva de las relaciones homosexuales, en la que se critica el sistema capitalista de la sociedad occidental, pero sobre todo como un ejercicio de deconstrucción de las dinámicas excluyentes y opresoras de la hegemonía patriarcal en el contexto sociocultural y político del México contemporáneo. Ahonda el artículo sobre el modelo utópico que se propone en la novela y habla de las contradicciones de este, resultado de una absorción de premisas ideológicas que, aunque posibilitan un tipo de liberación, también inician y perpetúan sistemas de exclusión y discriminación. Desarrolla el cuestionamiento en la novela de la heterosexualidad como estatus normativo. Y se estudia esta comunidad utópica propuesta en la que todo parece ser democrático y en la que predominan la solidaridad y otros valores. En el segundo artículo, desde el metalenguaje, la postmodernidad y la otredad, con respecto también a la teoría *queer*, se analiza la obra para explicar el género y el sexo como construcciones sociales. Y de igual manera se habla de la lucha, la identidad y la diversidad, presentes en la novela debido a la condición sexual de los personajes principales.

Es importante considerar que sobre *Utopía gay* no se han elaborado muchos textos académicos, y sobre todo que no se ha trabajado desde el enfoque propuesto

en este texto. Así, con este trabajo se pretende ofrecer una nueva interpretación del discurso literario, además de dedicar unas líneas académicas a *Utopía gay*. En los siguientes apartados se identifican en la novela algunas representaciones sociales y *habitus* visibles que son parte de la realidad del mundo ficcional de los personajes principales para así dar cuenta de los imaginarios sociales que componen la misma y observar cómo van construyendo sus identidades Carlos y Adrián.

Las fronteras de la identidad

Tanto Carlos, como Adrián, tienen una perspectiva muy similar de la vida. Coinciden sobre todo en lo que a su configuración como miembros pertenecientes a una minoría en un país occidental se refiere. Por la información que el autor ofrece podemos saber que ambos son de clase media. De ahí que sea normal que compartan representaciones y *habitus* incluso antes de mantener una relación. Recordemos que los *habitus* son de clase, pues según Bourdieu, están asociados a una clase particular de condiciones (1993:92), sociales en el caso de Carlos y de Adrián, pero también de grupo, como gays. Ambos personajes comparten experiencias e ideas antes de ser pareja y, sin embargo, no es sino hasta que establecen una relación, cuando comienzan a concretar y a externar las representaciones que tienen de lo que los rodea. En la novela se captan dos esferas de interacción social distintas: la primera, la esfera en la que interaccionan con otros sujetos sociales, miembros de su familia y amigos, y, la segunda, la esfera íntima a través de los monólogos interiores de cada uno de los personajes principales.

Por un lado, como minoría, y como elementos de un grupo social concreto, poseen referencias colectivas, o sea representaciones sociales, que los ayudan a modelar sus relaciones y a interpretar su realidad; por otro lado, los dos se han ido formando también representaciones como pareja, que divergen en muchos aspectos con las de los otros miembros de su grupo social y establecen grados de tolerancia ante la incongruencia, cumplen fines prácticos de entendimiento, de comunicación y de acción. Adrián lo expresa en la siguiente cita:

[...] y entonces sentí ser yo mismo por primera vez y desde entonces junto con Carlos veo a los demás como otra cosa y hablo del hombre y de los hombres como si yo fuera extraterrestre o sea extranjero en mi propio planeta o extraño como aberrante fuera de mis propios hermanos [...] (Calva, 1983:17).

Y de igual modo aquí: “[...] por eso acepté cuando dijo Carlos que aparte de la putería estamos nosotros y que nuestra homosexualidad es diferente [...]” (1983:36). Es decir, Adrián refiere un antes y un después en la configuración de su identidad, a partir de su relación con Carlos. Adrián se asume como sujeto homosexual, pero se distingue junto a Carlos como un ser aparte, como si su condición tuviera coincidencias con los demás sujetos gays, pero a la vez no se identificara con estos.

Carlos también considera que su relación los vuelve distintos. No por ser una relación homosexual, sino debido a que es una relación muy diferente a la que viven otros individuos con los que comparten grupo. Y todavía más por el hecho de que tendrán un bebé, caso único: “[...] seremos un grupo aparte de entes extraños. [...] ya no seremos como los demás, ni siquiera como los demás homosexuales” (Calva, 1983:83-84). La cuestión aquí es identificar qué es lo que tiene de especial su relación que los hace identificarse entre ellos, en el entendido de que identificación, según Stuart Hall, es un proceso siempre en construcción, nunca terminado; se construye con base en el reconocimiento de un origen común o características compartidas (1996:2-3). En el caso de los personajes de Calva la identificación es un proceso asentado en la forma en que llevan su amor, distinta a la de otros gays. Y hay evidencia de que su relación realmente es muy distinta a la que llevan otros homosexuales porque, de entrada, es exclusiva, monógama; algo que critican ambos muy duramente es la promiscuidad en la homosexualidad, el *habitus* de la promiscuidad, tema que se tratará más adelante. En la relación se complementan lo intelectual de Carlos y lo pasional de Adrián.

Siguiendo con las representaciones que nos están ayudando a delinear a los personajes principales de *Utopía gay*, Carlos tiene la representación de Adrián como una persona que “intuye más que piensa” (1983:67), que “no tiene dogma ni dirección definidos” (1983:139). Adrián es un ser libre, sensible, que se deja llevar más por la parte emocional humana que por la racional. Carlos, en cambio, es intelectual, maestro de filosofía y marxista, más racional. Algo muy interesante que comenta Bourdieu es que la sociedad androcéntrica se ha regido por binarismos, por dicotomías en cuanto al género, en donde “[...] las oposiciones tradicionales entre lo interior y lo exterior, la sensibilidad y la razón, la pasividad y la actividad” (Bourdieu, 2000:28) son válidas. Como permite interpretar el par de citas anteriores de *Utopía gay*, Adrián y Carlos son parte de esta sociedad y precisamente la sensibilidad es atribuida a Adrián, como el elemento femenino, y la razón a Carlos, como el masculino.

Con la base anterior, convendría hablar sobre cómo es su dinámica de pareja. Además de serse fieles el uno al otro, es decir, de no tener relaciones ni románticas ni carnales con otros individuos, de amarse como expresa Carlos: “Si mi suegra supiera

que hoy ya no quiero ver a nadie más que a Adrián. Lo amo” (Calva, 1983:70), y de ser felices juntos como externa Adrián: “[...] la vida sería distinta si todos vivieran procurando ser felices como Carlos y yo” (1983:37), es evidente que hay un juego de roles a veces bien marcados entre ellos, los cuales están cimentados en el binomio sexo-genérico mujer/hombre, como los que se acaban de mencionar de acuerdo con Bourdieu, pese a que a lo largo de la novela muchas veces se cuestionan los principios de la heteronormatividad y la patriarcalidad que acotan y etiquetan las sexualidades y las identidades. Carlos, por ejemplo, se muestra preocupado ante el hecho de la posible pérdida del mando de su relación: “[...] pero me perturba más cuando cambia bruscamente de parecer ante algo porque empiezo a creer que él está tomando las riendas de nuestra relación y yo estoy valiendo madres como marido y siguiéndolo porque no me queda de otra [...]” (1983:67). Su frustración y perturbación deriva de la idea de la validez del binomio dominador/dominado que se vincula directamente con el rol activo/pasivo del binomio masculino/femenino. Carlos tiene una representación de sí mismo como el sujeto masculino de la relación, el activo, el que domina, y ante una posible pérdida de control, de alguna manera también teme dejar de ser hombre. Como después se verá en este mismo capítulo, incluso entre los homosexuales impera la masculinidad y se rechaza lo femenino. En el imaginario de la época, no solo en el heteronormativo sino también en el homosexual, por lo menos desde la información que Carlos y Adrián nos proporcionan, la feminización de los gays es mal vista. De distintas maneras se refuerza para nosotros como lectores la idea de que Carlos lleva a cabo un papel masculino y Adrián uno femenino en su relación de pareja. Adrián, por ejemplo, se hace llamar con un nombre de mujer: “Beatriz” o “Beti” (1983: 60, 63) cuando está con sus amigas. Carlos no. Adrián lleva a cabo prácticas o ha adoptado *habitus* que en el imaginario de la sociedad mexicana se consideran como femeninos tales como tejer o cocinar (1983: 30, 44), Carlos no. De igual manera, Adrián es quien carga en su vientre a su futuro bebé, es él quien ha sido penetrado y fecundado. Incluso al hablar de su vida sexual, Adrián mismo admite no asumir en demasiadas ocasiones el rol activo, indica el poco uso que hace de su pene cuando dice tener: “un pizarrín que casi no uso” (1983:179). Como reflexionan tanto Butler como Bourdieu, no es que lo pasivo o lo activo tenga algo que ver para identificar a un hombre como hombre o a un homosexual como tal, pero:

Encima, o debajo, activo o pasivo, estas alternativas paralelas describen el acto sexual como una relación de dominación. Poseer sexualmente, como en francés *baiser* o en inglés *to fuck*, es dominar en el sentido de someter a su poder, pero también engañar, abusar, o como decimos “tener” [...]. Las manifestaciones (legítimas o ilegítimas) de

la virilidad se sitúan en la lógica de la proeza, de la hazaña, que glorifica, que enaltece (Bourdieu, 2000:33).

Lo activo entonces identifica a Carlos ante él mismo y ante los demás como el más hombre, el menos femenino. Empero, Carlos y Adrián están constantemente siendo críticos con esta forma propia de actuar de ellos basada en dualidades; por ejemplo, Adrián en el segundo capítulo dice: “[...] si le hago su cena favorita y lo seduzco esta noche lo contento pero me siento chantajista y mujeril por lo que tengo que fajarme los pantalones y quedarme como si nada [...]” (1983:50). Analiza su propio discurso y sus deseos y reconsidera su decisión. No le parece una opción adecuada actuar con los vicios que desde su imaginario representan a las mujeres. Debate internamente consigo mismo. Adrián también discute con Carlos sobre estas actitudes dualistas: “—¿Te callas, Adrián? / —tú te callas Carlos que no por ser mi marido me vas a mangonear” (1983:129). Carlos intenta ejercer un dominio sobre él, como un hombre sobre una mujer, pero Adrián objeta esta reproducción de formas denigrantes. Marta Lamas dice que: “Las unidades del discurso cultural son creadas por el principio de oposición binaria” (2015:97), y entre estas oposiciones, una de las más importantes es la que refiere a lo masculino/femenino. “Lo que define el género es la acción simbólica colectiva. Mediante el proceso de constitución del orden simbólico, en una sociedad se fabrican las ideas de lo que deben ser los hombres y las mujeres”, agrega Lamas (2015:101-102). Las diferencias de género son simbólicas, impuestas y heredadas, pero están tan arraigadas y las hemos interiorizado tan profundamente que parecen ser naturales. Y ¿cómo es que debe ser o es la situación de las mujeres según estos preceptos? Subordinadas, separadas de la producción, de los medios de destrucción y represión, excluidas de los medios para obtener los más importantes saberes, mantenidas al margen o en un lugar secundario en discusiones y toma de decisiones de interés general o de su propio destino, valoradas cuando son dóciles, fieles, cooperadoras (Lamas, 2015:102). Adrián y Carlos no son mujeres, pero sí hay que considerar que se manejan muchas veces a través del binomio de género del que habla Lamas, de ahí que sea importante mencionar la condición de la mujer de antes, según las evidencias que nos da Calva en su novela, pues de ello deriva la crítica a la feminización, a la pasividad, al travestismo, a lo que los lleva a emparentar con el sexo femenino. Desde luego que después de más de treinta años las cosas han cambiado, por lo que no podemos hablar en los mismos términos de las mujeres de hoy en día, aunque también hay ciertos aspectos del pasado que prevalecen en el imaginario social actual.

En cuanto a que serán padres, ambos coinciden en que este hecho es positivo, es algo que siempre ansiaron, pero que no creyeron posible debido a su naturaleza

masculina. Adrián dice: “[...] cuando cogíamos Carlos y yo tanto deseábamos tener un hijo de los dos y dicen que cuando algo se desea de verdad y con fuerza se cumple [...]” (Calva, 1983:15). Los heterosexuales, debido al lazo social que contraen al momento de llegar a vivir juntos, tienen la misión, entre muchas otras, de los hijos (Peralta, 2006:89). Esto es algo que tanto Carlos como Adrián critican, que la finalidad última de su unión y su sexualidad sea procrear. Sin embargo, ellos de alguna manera sienten la necesidad, aunque inconsciente, quizá, de imitar las conductas heterosexuales que reflejan los roles tradicionales del hombre y la mujer (Peralta, 2006:92), aunque como muestra de igualdad, y no tanto por un contrato o una obligatoriedad. Más bien desean que su amor se refleje en un producto, en este caso un hijo. Para Adrián su hijo está por encima de todo, incluso cuando se entera de la muerte de uno de los personajes, amigo de Carlos, y considera por un momento ir al funeral, opina: “[...] como si Guillermo fuera más importante que mi Carlos Adrián” (1983:184). Es decir, ni siquiera la muerte es tan extraordinaria como para que él ponga en riesgo a su hijo, producto del amor con Carlos. Carlos también valora a Adrián en cuanto al tema del bebé: “[...] de lo importante que era para él tener un hijo que nos pudiera sacar de este mundo” (1983:171). Estima que, para su pareja, la salvación a la situación que viven como sujetos gays en un mundo normativamente heterosexual es tener un hijo. ¿No es esta también la solución que muchas familias heterosexuales intentan ante un mundo que no les provee de lo que necesitan?

Con referencia a cómo asumen su homosexualidad los protagonistas, según lo que ellos declaran, lo hacen desde la aceptación. En el siguiente apartado se contrasta lo que piensan de la homosexualidad y cómo la viven ellos en relación con lo que piensan y viven otros gays. Ni Carlos ni Adrián muestran inconveniente en aceptar que tienen preferencias erótico-afectivas por otros hombres, pese a los problemas que han enfrentado con la sociedad, que desde un imaginario efectivo heteronormativo impone la heterosexualidad como ley. Adrián ayuda a probar este punto cuando dice: “soy feliz así” (1983:104). Si los demás tienen un inconveniente con su forma de ser, no es relevante, lo que es fundamental es que él se acepta tal y como es; asume una identidad de sujeto homosexual. En el caso de la identidad, según Giménez, puede decirse que: “Todo actor social está dotado de una identidad. Esta es la imagen distintiva que tiene de sí mismo el actor social en relación con otros. Se trata, por lo tanto, de un atributo relacional y no de una ‘marca’ o de una especie de placa que cada quien lleva colgado del cuello” (Giménez, 2005). En el caso de los personajes aquí tratados, asumen una identidad de sujetos homosexuales que parte de una distinción entre lo que ellos son y lo que son los demás, llámense heterosexuales u homosexuales. También agrega Giménez: “En

estrecha relación con su identidad, todo actor social tiene también un proyecto, es decir, algún prospecto para el futuro, alguna forma de anticipación del porvenir”. El proyecto de Carlos y de Adrián consiste en ser una pareja estable y formar una familia, lo que afianza su identidad. Desde luego que no siempre fue así ni para él ni para Carlos, como en el siguiente apartado se ve más detalladamente; otra vez cito a Adrián cuando afirma: “[...] soy un *gay* de corazón y ya olvidé lo mucho que me costó aceptarme como soy” (Calva, 1983:177). Claramente Adrián enuncia un pasado en el que su identidad tambaleaba, precisamente debido a una no aceptación del aspecto sexual de su vida. Esto trae a colación algo que recalca Giménez: “Todo actor social se encuentra en constante proceso de socialización y aprendizaje, lo cual quiere decir que está haciéndose siempre y nunca termina de configurarse definitivamente” (Giménez, 2005). Es decir que las identidades no son fijas, están en constante cambio. Ni Carlos ni Adrián son ahora lo que fueron antes ni serán en el futuro lo que ahora son. Pero volviendo a la obra de Calva, esta negación de Adrián, enunciada en tiempo pasado de su identidad, en parte tiene mucho que ver con la internalización de representaciones y *habitus* que responden a ese gran imaginario androcéntrico heteronormativo que, se sugiere, impera en la sociedad de la novela construida por Calva, que a su vez está en diálogo con la sociedad del México de finales de los setenta, década en la que se inserta la obra.

Otro aspecto que viene al caso resaltar, y que nos da una pista de quiénes son los personajes, es que en repetidas ocasiones en la novela se hacen comentarios que se desprenden de teorías marxistas o que dejan muy clara la ideología o postura filosófica y económica de los protagonistas; dice Adrián: “[...] creo que Marx es de lo mejorcito que ha dado Occidente” (1983:20). El mismo Carlos, como maestro universitario de filosofía, y siempre como sujeto homosexual, hace alusión a haber sido activista marxista en su juventud: “Entonces yo quería hacer la revolución marxista en México, salvar al proletariado” (1983:76). Y a la vez que muestra inconformidad con algunas prácticas marxistas tal y como las llevan a cabo en el medio en el que él se desenvuelve, rescata a ultranza la esencia de esta concepción. Manifiesta Carlos: “[...] vuelves al marxismo con más amargura que como algo con sentido, ya no en el activismo, sino como ideólogo de los activistas, porque de pronto tu lucidez es sorprendente y no [es] que [no] te convence Marx, es que no te convence nada, vas enfrentando tu realidad homosexual y el mundo no te ofrece ubicación porque no entras en los moldes” (1983:78). También externa: “[...] y Marx, qué lejos está de todo esto y sin embargo es quien ofrece la mejor opción para crear un sistema en el que vivan mejor más hombres por lo que al mismo tiempo Marx está muy arriba en importancia en las sociedades socialistas” (1983:85).

Así, debe ponerse atención a Carlos y a Adrián como sujetos homosexuales, sí, pero también como homosexuales con un cierto nivel de estudios, con una ideología muy particular, y como seguidores de una doctrina, más allá de la *praxis* de esta en su época. Parte de la conformación de sus identidades tiene que ver con este aspecto. Incluso, es curioso cómo José Rafael Calva nombró, y no creo que arbitrariamente, a uno de sus personajes “Carlos”, el equivalente en castellano del nombre de origen germánico “Karl”, en referencia a Karl Marx. Y llama todavía más la atención que es al profesor de filosofía, al mayor, al que estuvo involucrado como activista marxista, el que le enseñó a Adrián todo sobre esta doctrina, a quien Calva le dio este nombre. En su prólogo, Calva alude directamente a Marx al intentar explicar el porqué del título de su libro: “La razón entonces de que mi utopía sea *gay*, es para enfatizar que toda utopía tiene su encanto que podemos hacer de nuestra vida y espacio vital una utopía definida algo así como un sueño hecho realidad, lo que está a tono con Marx en cuanto a transformar la realidad y no sólo conocerla” (1983:159). No es raro que el autor de *Utopía gay* tomara como punto de partida a Marx, pues como se mencionó en el primer capítulo, en la primera etapa del Movimiento de Liberación Homosexual Mexicano, que coincide con el período en el que se inserta esta obra, los grupos de homosexuales estaban fuertemente influidos por los movimientos sociales, en especial por el Movimiento del 68. Recordemos, por ejemplo, que la primera vez que un contingente homosexual salió a la calle como grupo público (cerca de doscientas personas), fue en 1978 en la marcha conmemorativa de los diez años de la matanza de Tlatelolco, en donde la recepción no fue amable pero tampoco hostil, y a partir de ese momento surgieron grupos como parte del Movimiento de Liberación Homosexual Mexicano (Monsiváis, 2010:256). Están ligados entonces dichos movimientos, aunque indirectamente, pues ambos buscan justicia, igualdad y mejores condiciones de vida.

El mismo Carlos, en la novela, expresa haber participado en el Movimiento del 68 (1983:76). Y en este sentido, se habla de que la principal formación histórica, económica y filosófica de quienes participaron en dicho movimiento era marxista. Según los testimonios de personas que participaron en el Movimiento del 68, que aparecen en *La noche de Tlatelolco* de Poniatowska, para finales de los años sesenta, por lo menos entre la comunidad universitaria, y sobre todo entre los estudiantes de las facultades de Filosofía y Letras y de Economía, el marxismo leninista era la formación que destacaba entre los jóvenes (1971:35), e incluso entre los jóvenes de Ciencias Políticas que cargaban sus libros de Marx regularmente bajo el brazo (1971:102). Del mismo modo lo advierte Pedro Castillo, maestro en Teoría Política e integrante de la Dirección Política del Movimiento del 68: “El pensamiento político

y filosófico, así como sus expresiones artísticas y en general culturales —literatura, poesía, teatro, cine, pintura, escultura, etcétera— que influían en el mundo del conocimiento, estaba permeado por dos vertientes liberadoras: el Marxismo y el Existencialismo” (citado en Gómora, 2013:5). En resumen, tiene sentido la relación tan estrecha entre el marxismo y la decisión de Calva de que fuera uno de los ejes de la novela, por un lado, y por el otro entre esta concepción y su apropiación como parte del imaginario social de la época y el medio en los que se ubican los personajes. Aquí sí convendría decir que, entre realidad y producción de la obra y el artificio literario, hay coincidencias incuestionables.

Nosotros, los otros

Los protagonistas de *Utopía gay* se asumen como individuos disidentes de la heteronormatividad predominante en la sociedad occidentalizada en la que se insertan. Los dos padecen las repercusiones de ese disentimiento a lo largo de toda su vida, y consideran que uno de los principales factores que ha ocasionado la desnaturalización pública de su condición es el de las formas de la civilización occidental. Adrián lo advierte en la siguiente afirmación: “[...] por eso Occidente no entiende nada y manipula a las masas con mitos que sin agua se tragan para seguir sometidos a los consumidores y los productores al sistema [...]” (Calva, 1983:16). Para él son las imposiciones de Occidente las que prevalecen en el mundo en el que habitan, que se asumen como verdad. Se trata de imágenes culturales con una larga historia, pero que son resignificadas y jerarquizadas a partir de la impronta del ser gay. Judith Butler,¹¹ en *Cuerpos que importan. Los límites materiales y discursivos del sexo* (2002), trata el asunto del sexo y sus distinciones, como una construcción meramente artificial producida por la matriz heteronormativa imperante en las sociedades actuales, en función de sus necesidades e intereses, y que se asume como natural gracias a su reiteración desde la instancia del poder:

En otras palabras, el “sexo” es una construcción ideal que se materializa obligatoriamente a través del tiempo. No es una realidad simple o una condición estática de un cuerpo,

¹¹ Siguiendo a Selden (2001), Judith Butler y Eve Kosofsky son dos figuras de importancia en el surgimiento de la teoría *queer*. Los estudios *queer* fastidian a las ortodoxias y promueven o provocan estas incertidumbres, moviéndose más allá de la sexualidad lesbiana y gay para incluir una nueva gama de sexualidades que alteran esta categorización prefijada.

sino un proceso mediante el cual las normas reguladoras materializan el “sexo” y logran tal materialización en virtud de la reiteración forzada de esas normas (Butler, 2002:18).

De alguna manera, la categoría de “homosexual” designada en la novela a sujetos como Carlos y Adrián es, como dice Butler, una construcción discursiva artificial que se materializa gracias al poder, a la reiteración y al tiempo. Y tanto para otros, como para personas como ellos, a veces es confuso entender y asumir estas definiciones, pues no son naturales sino fabricadas, aunque prevalezcan en el imaginario social de la mayoría. Adrián lo demuestra:

[...] si es tan difícil aceptar para uno aceptar y entender lo que uno es porque uno es *gay* y lo vive y es casi imposible para quien no es porque no puede explicarse este fenómeno que ni siquiera ha podido definirse de manera científica de forma definitiva y satisfactoria porque para empezar no hay dos cosas iguales [...] (Calva, 1983:45).

Carlos y Adrián tienen conciencia de lo que son; no obstante, aceptan que es de difícil comprensión, tanto para ellos mismos que lo viven, como para los demás. En este caso, el imaginario heteronormativo es el que de alguna manera actúa internalizándose en los partícipes de una misma sociedad, evitando que sea fácil una apertura a la comprensión de sexualidades disidentes, y eso se refleja también en la comprensión de su propia identidad.

Al mismo tiempo, sujetos pertenecientes a las minorías como ellos no pueden conformar su identidad tan fácilmente, pues la realidad edificada en la novela es una realidad que no les da un espacio digno y confortable como medida represiva por sus preferencias sexuales distintas. Carlos así lo propone: “[...] vas enfrentando tu realidad homosexual y el mundo no te ofrece ubicación porque no entras en los moldes, no por segregación sino porque ignoran represivamente tu existencia como homosexual [...]” (1983:78). Y, de igual forma, cuando se les considera solo con base en los preceptos de la sexualidad hegemónica, en este caso la heterosexualidad como representación objetivada del “deber ser”, en la que la relación ideal es entre un hombre y una mujer. En la sociedad en la que se insertan los personajes hay espacio únicamente para sujetos heterosexuales. Los homosexuales son desplazados, no considerados. Incluso Carlos habla de que la posibilidad de un tercer sexo es imposible; o se habla de hombre o se habla de mujer, en términos binarios, pues, pero no se habla de homosexuales (1983:74). Esto nos hace constatar que si los imaginarios y las representaciones están propiciando una naturaleza heterosexual, lo más probable es que las identidades de las personas que no se ajustan a esto van a ser mucho más inestables de lo que en sí ya son las identidades *per se*. Dice

Butler que “el discurso construye al sujeto” (2002:27), por lo tanto, las identidades se moldearán según el discurso dominante o intentarán ceñirse al mismo, y quien no lo haga tendrá conflictos.

Tomando en cuenta lo anterior, es evidente que hay dos imaginarios sociales coexistiendo: por un lado, un imaginario efectivo heteronormativo, impuesto por las instituciones, y, por otro lado, un imaginario radical gay que es instituyente, es decir, que busca romper con lo ya instituido, dentro del cual se ubican Carlos y Adrián, aunque desde luego, se ve más adelante, también poco a poco ellos han ido conformando su propio imaginario social de pareja. Ellos construyen su identidad a partir de la apropiación de determinados repertorios culturales considerados simultáneamente diferenciadores y definidores de la propia unidad y especificidad (Giménez, 2005). Los sujetos consideran su identidad a partir de la función diferenciadora y contrastiva de representaciones sociales objetivadas en su entorno. Stuart Hall comenta: “La identificación es, entonces, un proceso de articulación, una sutura, una sobredeterminación, no una subsunción. Siempre hay ‘demasiado’ o ‘demasiado poco’ —una sobredeterminación o una falta, pero nunca un ajuste adecuado, nunca una totalidad—. Como todas las prácticas significantes, está sujeta al ‘juego’ de la *différance*”¹² (1996:3, traducción propia). En este sentido, la identificación, como parte integrante de la identidad, y como la propone Hall, viene a ser este proceso de confrontación u oposición que ayuda a los individuos a representar e imaginar su propia identidad y la de los otros, a través del “juego” de la *différance* o la diferencia. Como individuos gays, Carlos y Adrián poseen, con respecto a otros grupos, representaciones que dejan ver a través de su discurso a lo largo de la obra, como, por ejemplo, con las lesbianas, las mujeres, los heterosexuales, los hombres heterosexuales que tienen sexo con hombres e incluso con respecto a los mismos gays.

En este apartado se han evidenciado y explicado algunas representaciones sociales que los protagonistas de *Utopía gay* tienen con respecto a miembros de otros grupos, como los que se mencionaron en párrafos anteriores, e incluso con respecto a los miembros de la misma colectividad a la cual pertenecen, y de igual manera se han analizado algunos de sus *habitus*, con el objetivo de identificar los imaginarios que propician la construcción de sus identidades.

Los personajes principales de *Utopía gay* convienen algunas veces con los de su grupo social, pero ni siquiera con ellos empatan del todo, más bien lo que los hace

¹² Las palabras y los símbolos están imposibilitados para aludir y sintetizar por completo lo que significan, únicamente pueden ser definidos mediante las palabras que las difieren (Derrida, 1989).

coincidir es su marginalidad, y con respecto a los que quedan fuera de su grupo no sienten ni una mínima aproximación. Por lo tanto, es entendible que tanto Carlos como Adrián, a la hora de sus reflexiones internas, manifiesten explícitamente cada uno su opinión acerca de otros grupos, y de igual modo acerca de los demás gays, con los que son en extremo críticos. Continuamente muestran las representaciones que poseen con respecto a los otros, que además las han conformado en pareja, por lo cual son casi idénticas y son visibles a través de estos discursos.

Me baso en algunos ejemplos para evidenciar lo anterior, que desarrollaré en los párrafos siguientes. Para iniciar, Adrián externa su punto de vista con respecto a las lesbianas, con las que comparte la condición, de alguna manera, de diferencia sexual en cuanto a la heteronormatividad dominante. Él opina de ellas:

[...] si la mujer que hace de su complejo de castración su fuerza motriz ni logra por eso ser hombre sino sólo es un eunuco castrante [...] o bien de allí surge el lesbianismo que no lo entiendo porque no hay coito sin pene digo yo [...] si por eso las lesbianas son tan conflictivas y acaban en el suicidio [...] si con el deseo sexual nunca llegan a su plenitud y con todo y orgasmo se autoaniquilan hasta que lo único que les queda es una vida que ya no quieren y entonces matan como culminación de su propia destrucción [...] (1983:48).

No obstante, aun compartiendo una condición de marginación, él ve en el lesbianismo una forma peligrosa de sexualidad, pues considera que toda mujer, debido al complejo de castración, corre el riesgo de ser infeliz, e incluso de dañar a los demás, por la necesidad de tener un falo propio. Pareciera, entonces, que Adrián lo que hace es una crítica negativa a la manera en que las lesbianas ejercen su sexualidad. Para este personaje es necesaria la existencia del órgano sexual masculino a fin de alcanzar la plenitud tanto en el aspecto sexual, como en la vida. Adrián entre líneas esboza un tipo de discriminación en cuanto a las formas de sexualidad distintas a la suya. Para el lector puede parecer esto un poco conflictivo e incongruente, pues demandando todo el tiempo ser aceptado y reconocido, y siendo tan crítico con las imposiciones de preferencias que en su país y en el mundo se dictan, uno esperaría de Adrián más tolerancia y apertura con las prácticas ajenas; sin embargo, tanto él como Carlos, como más adelante se mostrará, son personajes muy complejos y ricos, que no cumplen con patrones preestablecidos y que tanto se posicionan en el lado de los segregados, como en el lado de los que juzgan y excluyen.

De igual manera, lo que está dejando ver Adrián es misoginia, un machismo que se ha hecho parte de su valoración del mundo. La representación de la mujer, sea lesbiana o no, es la de un ser inferior que, siguiendo a Freud, tiene envidia del pene. A la mujer siempre le va a faltar ese miembro que solo el hombre tiene y que, por

lo tanto, le hace superior. Como nota, cabe mencionar que el psicoanálisis es varias veces mencionado por Carlos y Adrián (1983:14-15, 72, 171) en la novela, siempre de forma positiva, sugiriendo que únicamente a través de un psicoanálisis de la persona esta logrará entenderse y aceptarse tal y como es. La obra no solo refleja la influencia tan grande que tenía el marxismo en la época, sobre todo en personas de las élites, es decir, en intelectuales, sino que también podemos observar que el psicoanálisis estaba todavía vigente y en auge, por lo menos en México. En testimonios reales de la época, en el caso de este país, nos cuentan que a las lesbianas les iba muy mal, que había una rivalidad real entre ellas y los gays; en vez de ser amigos y unir fuerzas, eran enemigos (Laguarda, 2009:116).

Complementando la representación que tanto Carlos como Adrián tienen de las mujeres, independientemente de las preferencias sexuales de estas, Adrián piensa de las mujeres heterosexuales: “jamás nos llamaron la atención las niñas como ahora no nos importan las mujeres” (1983:14); del mismo modo opina: “ustedes las mujeres se complican la vida” (1983:175); y: “eso también tenemos de las mujeres esa falta de solidaridad y camaradería producto de considerar a todas rivales en potencia” (1983:61). Estas reflexiones nos llevan de entrada a conocer su rechazo automático hacia las mujeres. No se interesan en ellas de modo erótico o afectivo, del mismo modo que también se han formado ideas sobre las mujeres como seres problemáticos en comparación con los hombres, como seres pérfidos y traicioneros, lo que explica que las juzguen de forma negativa. Carlos agrega después: “las mujeres son poca cosa ante el homosexual por su superficialidad ante la vida y su humanidad” (1983:87). Así, desde su perspectiva, las mujeres comparadas con el homosexual, de sexo masculino, desde luego, son inferiores, poca cosa, superficiales. Pero, ¿de dónde nace esa idea? Bien. Como se dijo líneas arriba, pese a que Carlos y Adrián pertenecen a una minoría, la de los gays, y que no disfrutaban de un lugar honroso en la sociedad, no dejan de pertenecer a la élite de los hombres, lo cual los hace un poco más valiosos que las mujeres. La sociedad mexicana de la época de finales de los setenta, por lo que refleja la novela, es androcéntrica, misógina, machista. Los protagonistas no se salvan de estos imaginarios que se han vuelto parte de ellos y de su identidad misma. En el imaginario de los personajes, ellos siguen teniendo un grado superior al de la mujer. Poco importan las preferencias sexuales de ellas o las condiciones de las mismas; Carlos y Adrián como gays piensan, pese a ser menospreciados y relegados, que al tener pene siguen estando por encima de las mujeres en las jerarquías de género.

Con respecto a la mujer, Adrián también agrega:

[...] la mujer sufre de un traumatismo postedénico que consiste en manipular al hombre maniáticamente para que le construya un Edén pero su obtusa imagen determina el nuevo Edén y el hombre [...] cuando no sucumbe a las debilidades que engendra la vanidad femenina se convierte en el cómplice activo al llevar a cabo las frivolidades de quien desde su coño ejerce un enorme poder [...] la mujer tan pendeja ni sabe la magnitud del poder que tiene si no no hubiera perdido todo y es que la muy pendeja se siente frustrada porque no tiene pene y no piensa que si lo tuviera estaría supeditada a la vagina [...] (Calva, 1983:47-48).

Y Carlos opina: “Si la frágil femineidad no es más que un yugo suave sobre el hombre y las mujeres tiernas y entregadas son las más dominantes, con su estoicismo femenino como coraza de un autoritarismo de caricias y opiniones sutiles” (1983:73-74). Ambos coinciden en el gran poder que tienen las mujeres, y observan que en ocasiones, sin embargo, ni ellas mismas lo alcanzan a percibir o, cuando lo hacen, lo disfrazan de debilidad. Las mujeres, para estos personajes, no conocen el alcance de su situación, y esto mismo las hace querer ocupar el papel de los hombres para así sobresalir y dominar, cuando ellos consideran que en muchas ocasiones son los que se someten a ellas.

Perciben a las mujeres como las que realmente dominan en las relaciones heterosexuales, aunque ni ellas ni los hombres son conscientes de ello, y creen que el pleito de nunca acabar entre hombres y mujeres, que la lucha entre ambos géneros, es una lucha por el poder. Incluso Carlos habla de pérdida de voluntad en una parte: “[...] al fin que para seducir y mangonear ustedes las mujeres se pintan solas. Si yo digo que nosotros somos solteros mientras no entremos en la voluntad de una mujer porque entonces perdemos la nuestra (Calva, 1983:97)”. El trasfondo es, pues, el poder. De nuevo, insisto, se hace evidente la representación de la mujer como un ser malo, ventajoso, que no quiere sino poner en peligro el papel dominante del hombre. No es que este tenga que ser el que necesariamente deba dominar, eso lo sabemos hoy día, pero en el caso del imaginario de la sociedad mexicana de esos años sí se consideraba así. Si un hombre se sometía a la mujer dejaba de ser lo que lo hacía hombre, su identidad se veía trastocada. La masculinidad hegemónica en este caso dictamina que el hombre es el dominador y la mujer la dominada.

Acerca de la heterosexualidad, su juicio es mayormente negativo, pues desde sus perspectivas, debido a esta dinámica que hombres y mujeres practican de lucha constante por el poder, tanto unos como otras terminan lesionados, y ellas son finalmente las que ganan todas las batallas sin siquiera saberlo.

Estas reflexiones muestran conjuntos más o menos estructurados o imprecisos de nociones, de creencias, de imágenes, metáforas y actitudes con los que los personajes definen las situaciones y las llevan a cabo (Jodelet, 1986). Carlos manifiesta su desprecio, al igual que Adrián, por las relaciones y el sexo “buga”¹³ o heterosexual, como a continuación se muestra:

[...] como cuando platico con los profesores y tengo que oírles sus pendejadas de sexo buga que es tan elemental en la mayoría de los casos porque no están pensando en nada sino en hacer lo que deben y ni siquiera ven que su rabiosa heterosexualidad los coloca por debajo de las mujeres al adorarlas y hacer todo lo que ellas quieren tal y como ellas quieren aunque ellos digan otra cosa así es. Lo que pasa es que ellas hacen todo siguiendo las iniciativas de ellos por eso es sólo un juego de espejos en el que interviene una doble inversión que la vista interior del irreflexivo no percibe porque todo parece tan real y evidente que no puede tratarse de una treta en que las mujeres dominan a los hombres (Calva, 1983:73).

Es decir, lo malo para Carlos de las relaciones y el sexo heterosexual es que hay una lucha constante por el poder. De igual manera, un desacierto que ve en la heterosexualidad es que, como la sociedad es la que dicta la norma, o lo que es lo mismo, la sociedad es la que impone que las relaciones deben ser forzosamente entre hombre y mujer, quizá la autenticidad del amor y la conformidad con la relación se base exclusivamente en una obligación o seguimiento de la norma. Adrián agrega para complementar la idea: “la ternura y la fraternidad que nos rodea en la cama no la tiene una pareja de hombre y mujer” (1983:21). Adrián cree que lo que une a los gays, en especial a los que experimentan las relaciones como ellos, va más allá del deber ser, es una fraternidad genuina. Además ve en la homosexualidad una mejor opción, porque al presentarse esta entre individuos con características similares, no hay una competencia aparente y ambos pueden realizar las mismas funciones; si así lo quieren, intercambiar roles, por ejemplo, a la hora del acto sexual: “[...] como gay ejercito la libertad al máximo gozar sexualmente dando las nalgas teniendo un pene enfrente que se excita y hasta eyacula y si quiero también puedo ser activo y no necesitamos a la mujer y hay dos penes en lugar de uno o ninguno en la relación”

¹³ “Buga” es como en ocasiones se refieren los personajes a los heterosexuales, no solo los de *Utopía gay*, sino en las otras dos novelas que aquí se abordan: *El vampiro de la colonia Roma* y *Las púberes canéforas*. Esto se encuentra en relación directa con la realidad, porque en esos años, y todavía a la fecha, así se le llama a los heterosexuales.

(1983:49). Sin embargo, esto que los protagonistas de *Utopía gay* comentan, estas representaciones poco favorables que tienen de los papeles que juegan los heterosexuales en sus relaciones, también son practicados por ellos. Carlos y Adrián en muchas ocasiones se conducen con una dinámica heterosexual fundamentada en el binomio masculino/femenino, como ya se vio en el apartado anterior. Adrián es quien representa mayormente el papel de la mujer y Carlos el del hombre. Aunque claro, como ya también se trató, no son permanentes o estables las representaciones de estos papeles, siempre se ponen en tela de juicio desde ellos mismos.

Sobre el amor, los dos protagonistas de la novela tienen la representación de que es algo excelso. Adrián comenta: “[...] el amor es tal vez lo único propio del hombre y se puede dar en su totalidad a una sola persona que para los demás hay otras maneras como la fraternidad” (1983:37); “[...] lo que hay que enseñar es a amar” (1983:131); “[...] es que el amor es lo único que personifica verdaderamente al hombre” (1983:115). Estas citas nos hablan de que, en primer lugar, la relevancia se la dan al amor monógamo, con una sola persona, y que llevarlo a cabo de otra manera no es algo deseable por ellos, y en segundo lugar, que el amor es una especie de panacea. El amor, para Carlos y Adrián, lo puede todo, es lo que llevará al hombre a dignificarlo. Pervive en ellos un imaginario tradicionalista en el que la fidelidad y el amor que se pone en práctica de forma conservadora es la elección. Ahora bien, Carlos agrega un elemento más a esta unión sublime del amor: el sexo. El sexo no se ve en la novela como un elemento aislado ni de una condición distinta a la del amor. Más bien el sexo es, o debería ser por lo menos, el que origina el amor: “[...] el amor nace del sexo y en el sexo está la vida y el amor es el único lazo que tiene el hombre con esa armonía cósmica que ha perdido por lo que el amor es el único camino hacia la vida” (1983:86). Se le quita el carácter de morbo o de hedonismo puro al sexo para otorgarle un atributo de celestial, divino, glorioso.

Conforme avanza la historia se puede ver que ni Carlos ni Adrián son la persona gay promedio, ambos tuvieron un pasado regido por la promiscuidad y el sexo por el sexo; sin embargo, en el presente se concentran en su amor y son monógamos, algo que no es muy común, según los dos, en su grupo social, el de los gays. Carlos y Adrián cambian sus *habitus* en el momento en que inician una relación y deciden no ser como todos, en el momento en que se distinguen de los demás, y de igual manera con mayor razón cuando se enteran de la noticia de que serán padres. Así permite conjeturarle Carlos:

[...] y el amor hacia Adrián y tu pasado promiscuo adquiere sentido y proporción cuando se vuelve la serie de intentos fallidos y experiencias necesarias para poder amar porque viéndolo bien ni Adrián ni tú podían amar antes y sólo te basta recordar a los anteriores

que no podías haber amado y que de haberlo intentado no hubiera sido más que fracaso absoluto [...] (Calva, 1983:79-80).

De igual manera lo expresa en el siguiente párrafo:

Si mi suegra supiera que hoy ya no quiero ver a nadie más que a Adrián. Lo amo [...]. Lo único que sé es que me equivoqué antes cuando buscaba a alguien según mi idea y que así como Adrián es lo amo y lo necesito, a pesar de sus carencias y defectos; creo que en el fondo lo amo porque es incuestionable para mí, porque sólo es para mí y para qué quiero más. La infidelidad conyugal parte de que el otro tiene que ser alguien o algo que no es, ahora estoy seguro. Antes mi vochito era tanto, lo atendía y cuidaba como la solterona a su gato y ahora que nos transporta a los dos a donde queremos ya no es más que mi coche (Calva, 1983:70-71).

Estas citas, y otras que se ven más adelante, nos permiten suponer, por lo menos dentro del texto, como *habitus* propios de los homosexuales los que tienen que ver con la promiscuidad, con la imposibilidad de mantener una relación estable. Adrián y Carlos experimentaron situaciones de ese tipo antes de conocerse el uno al otro, pero se dieron cuenta de que no era lo que buscaban ni lo que los hacía sentir plenos. Se puede hablar entonces de que, de manera parcial, la idea de los protagonistas es una idea tradicional de pareja, como ya antes se había dicho. No siempre fue de esta manera para ellos, pero en el ahora de los protagonistas sí se ajusta a este modelo típico que se desprende de los imaginarios del México en el que viven, que aunque con todo y la revolución sexual iniciada en los años sesenta de manera global y que permeó en el país, el conservadurismo y la contradicción moral siguen perdurando en esa época, por lo que puede observarse.

En cuanto a cómo conciben Carlos y Adrián su homosexualidad, lo hacen de manera muy particular, tienen de ella una representación peculiar. Por una parte, en general, consideran la homosexualidad como una inclinación sexual perfectamente normal. Carlos dice: “[...] y es que la homosexualidad no es una desviación ni enfermedad, es sólo el ser sexuado del ello en la mente porque el ello es sexuado desde el principio y se inclina por un sexo aparte de prejuicios y normas [...]” (Calva, 1983:72). Piensan también que los conflictos que conlleva esta inclinación se desprenden de la represión y la impotencia que la heteronormatividad imperante ha hecho que recaiga en los gays: “El homosexual, por represión o impotencia —o tal vez ambas— no ha construido su mundo propio en la sociedad sobre bases reales pero en realidad tiene las mismas capacidades que el heterosexual para llevar una vida normal en sus términos” (1983:73). Es decir, no tienen ningún problema en

aceptar su homosexualidad, pero al mismo tiempo son conscientes de que en la sociedad sí se presentan conflictos a la hora de darles un espacio y un valor. Por otra parte, ellos se distinguen no solo de los heterosexuales y los demás grupos sociales, como ya se ha visto a lo largo del capítulo, sino también de los demás individuos que forman parte de su grupo social.

Carlos y Adrián entienden su relación de pareja como lo que los hace sobresalir del resto, su representación de la homosexualidad se encuentra ligada a esta; Adrián dice: “[...] y Carlos y yo hacemos un mundo aparte porque no nos queda otra como dementes en un mundo desquiciado donde ni se puede predicar para concientizar ni vale la pena hacerlo por eso nos acusan de egoísmo y es que no se puede vivir como las supuestas mayorías si es que eso es vivir o si es que existen las mayorías [...]” (Calva, 1983:40). Las representaciones que se han ido formando de ellos mismos y, como pareja, de los otros, son las que les han ayudado a colocarse bajo un imaginario social que comparte elementos del imaginario radical gay que se opone al imaginario efectivo heteronormativo, que termina por ser radical frente al imaginario gay, y de ese modo ir configurando su identidad. Finalmente, son las diferencias lo que realmente nos otorga la identidad, son las fronteras las que la delimitan.

Estos contrastes son esenciales en la construcción de las identidades tanto de Carlos como de Adrián, mas la médula de sus identidades puede decirse que es su amor de pareja. Su existencia cobra sentido cuando inician una relación y deciden estar juntos por siempre y formar una familia con la aceptación del hijo que esperan; cuando se definen ante el resto de las cosas y de las demás personas del mundo ficcional de la novela. El amor es muy importante para ellos, el sexo forma parte del mismo, pero el amor va más allá de lo físico, ambos tienen una representación casi sagrada de este; Adrián al respecto comenta:

[...] y hoy la gente confunde el amor con la pasión sexual y cree que el amor se siente en el sexo y ni allí ni en el corazón sino en todo el ser y es que el amor es lo único que personifica verdaderamente al hombre sobre todo en nuestro siglo veinte al grado que si soy el amante yo soy plenamente yo y soy alguien diferente de cualquier otro y el amado es el tú que es la personificación de mi amor o sea parte de mí mismo y mi existencia al mismo tiempo que es otro que es en tú para mí y eso ya va más allá de las sensaciones y emociones y requiere de fe y de lucha constantes [...] (Calva, 1983:115).

La cohesión que da el amor a su relación es lo que los hace diferentes al resto de los gays y de la sociedad en general. Ellos se amparan en ese amor y gracias a él pueden continuar su vida y ubicar su lugar en el mundo, que es un lugar especial, aparte del resto de la gente. Dice Adrián:

[...] y por eso no dejo de ser el hombre más feliz del mundo por amar a Carlos y él a mí y vivir juntos como matrimonio y que yo esté embarazado como ningún hombre puede estar porque así tengo ya elementos que me distinguen de la demás gente y no puedo ser juzgado junto con ellos o como ellos si por eso el concepto en que me tengan es lo que menos me importa porque en lo que se logren poner de acuerdo en lo que soy yo ya estaré bien muerto e incinerado y mis cenizas no cesarán de reírse de esta humanidad tan grotesca con la que me ha tocado vivir [...] (Calva, 1983:191).

No importan los juicios de la sociedad. Lo que a ellos les da felicidad es estar unidos como matrimonio y ese anhelo de ser padres y de vivir alejados del resto en Baja California, para allá en soledad poder disfrutar de ellos mismos sin censuras ni reproches de los otros y poder criar a su primogénito según sus ideales. Las que ofrecen una ubicación a ambos en el mundo son precisamente estas representaciones que tienen, como pareja, de todo y de sí mismos, de su relación, de su pareja. Son las que dan un poco de estabilidad a sus identidades, y lo que las caracteriza es el amor que en conjunto viven, experimentan.

La representación que tienen de sí mismos como individuos es la misma que tienen de ellos como pareja, pues juntos la han ido moldeando. Además de que el amor es el centro sobre el que giran ambos, y la base de su forma de apreciar el mundo, visualizan que para completar sus vidas precisan de establecerse en un lugar distinto del que habitan y allá realizarse:

[...] si por eso pienso tanto en la casita en Baja California que haga con mis manos para que vivamos como ermitaños del huerto y el trabajo de la tierra pero eso sin Carlos ni pensarlo porque sin él no sería completa la vida allá y con él y Carlitos sí me iría aunque no vaya a la escuela si lo podemos educar mejor nosotros así y le enseñamos a vivir con la naturaleza porque el hombre de hoy tiene más miedo de caminar por una milpa solitaria en el silencio de las tres de la tarde que andar solo por un barrio de maleantes a las tres de la mañana porque además Carlitos sabrá pescar con las redes que haya manufacturado y podrá distinguir perfectamente diferentes especies de animales y plantas terrestres y marinos los cantos de las aves y música *di fronde e piante* antes del *Andante* de *La primavera* de Vivaldi [...] (Calva, 1983:50).

La representación de su relación incluye otro hogar. Se imaginan en un lugar que está en el extremo noroeste de su país, en Baja California, y planean cambiar por completo su estilo de vida: la agricultura y la pesca son dos de los *habitus* que incorporarán a este, así como también la crianza de su hijo y su relación con la naturaleza. Carlos dejará la enseñanza de filosofía en la universidad y Adrián su

empleo y estudios. El giro que desean dar a su presente no podría estar completo sin cambiar también esas prácticas que los mantienen en donde están. Ese nuevo entorno de naturaleza, de soledad, les posibilitará modificar cada uno de los aspectos que forman parte de ellos y así ser lo que desean. Es importante resaltar que los *habitus* no solamente son prácticas, sino como dice Bourdieu, por ejemplo, “La homogeneización objetiva de los *habitus* de grupo o de clase que resulta de la homogeneidad de las condiciones de existencia, es lo que hace que las prácticas puedan estar objetivamente concentradas sin cálculo estratégico alguno ni referencia a una norma [...]” (Bourdieu, 1993:101). Este proceso los hará concretar la conformación de sus identidades, bajo un imaginario social propio, el que han asumido a partir de sus representaciones sociales y *habitus* particulares. Algo importante sobre lo que habría que reflexionar es por qué eligen Baja California como lugar para su retiro. Este estado se encuentra muy lejos de la capital del país, por lo tanto, uno como lector puede pensar que su intención es alejarse lo más que puedan del mundo en el que viven. Además, según un censo del INEGI de 1970, Baja California tenía apenas 870 421 habitantes,¹⁴ mientras que la Ciudad de México 6874 millones.¹⁵ La diferencia es significativa; de alguna manera el hecho de que la población sea menor en Baja California brinda cierta seguridad de que la vida será por lo menos más tranquila. Además, cuenta con playas, lo que hará posible el sueño de ambos de vivir en una especie de *locus amoenus*. Y pueden dedicarse a la agricultura, la ganadería, la silvicultura, la pesca y la caza, como ellos quieren: un 22.25% de la población se dedicaba a eso según el censo de 1970.¹⁶ De igual manera, recordemos que la influencia de Estados Unidos sobre México en cuanto a los cambios en la percepción de la homosexualidad y en cuanto a la liberación homosexual era muy fuerte en esos años. Quizá también el deseo de los protagonistas de mudarse a un estado fronterizo se debía a sus deseos de estar más cerca de un país en el que se experimentaba de manera más libre la sexualidad, y en la que los cambios eran más visibles. Asimismo, habría que considerar también si la decisión de los protagonistas de *Utopía gay* está basada en la evasión y en un presente que vivían como homo-

¹⁴ http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos//prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/historicos/1290/702825413798/702825413798_1.pdf (consultado en marzo de 2016).

¹⁵ http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/integracion/sociodemografico/indisociodem/2001/indi2001.pdf (consultado en marzo de 2016).

¹⁶ http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos//prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/historicos/1290/702825413798/702825413798_1.pdf (consultado en marzo de 2016).

sexuales y que los afectaba a tal grado que no les permitía alcanzar una estabilidad emocional, económica, social y mental, ni ser felices. El querer moverse a un lugar en el que las condiciones probablemente no serán tan problemáticas e incómodas para ellos, primero nos hace pensar en que su experiencia ha sido lo suficientemente desagradable como para tomar una decisión tan radical. Es decir, la sociedad está ejerciendo una presión en seres como ellos que no se ajustan a los parámetros de heterosexualidad, pero de igual manera la dinámica que se vive entre los gays de su entorno es algo con lo que no están de acuerdo. No se ajustan ni a la norma ni a la marginalidad. Segundo, nos hace pensar que tal vez se trate de una salida fácil. Lo que se tiene que hacer, según Butler y su teoría *queer*, es politizar la abyección, “[...] en un esfuerzo por reescribir la historia del término [*queer*] y por impulsar una apremiante significación” (2002:47); y Bourdieu propone, un poco a tono con Butler, invertir el signo del estigma para transformarlo en emblema, transformar las categorías incorporadas y pasar de la invisibilidad a la visibilidad, todo a través de una subversión simbólica (2000:145-148). Esto quiere decir, luchar en pro de una transformación real y digna del estatuto de la homosexualidad y no dejar que las imposiciones afincadas en una supuesta naturalidad perjudiquen a las minorías, aunque Adrián aclara casi al final de la obra:

[...] largarse y abandonar a la sociedad ya no es un crimen de evasión porque cuando una sociedad está mal pero tiene remedio y puede canalizarse la insatisfacción politizando al pueblo y preparando la lucha revolucionaria o quey pero cuando ya no se trata de una evasión sino de una sociedad gangrenada y cancerosa y a punto de morir sin remedio posible entonces es más inteligente pensar en irse pero sin volver jamás [...] (1983:182).

Justifica su marcha porque la representación que tienen de la sociedad en general es la de una sociedad muy viciada, sin remedio, una sociedad que solo puede perjudicarlos. No es que no quieran luchar, es que consideran que ya no hay motivos para hacerlo. Por eso prefieren empezar de nuevo en un lugar que no esté tan corrompido, tan pervertido. Ellos planean, precisamente como el título sugiere, alcanzar o lograr una utopía. ¿Y cómo es esta utopía o no lugar? En cuanto al plano de la no ficción, ¿qué sucedía? Había varios grupos que se estaban organizando para ser reconocidos como comunidad y que se respetaran sus derechos, sin embargo no eran todos. Muchos preferían mantenerse en el clóset, vivir una doble vida o resignarse a una heterosexualidad impuesta y ser infelices.

Con respecto a los hombres que mantienen relaciones sexuales eventuales con hombres, también emiten juicios; para Adrián, son hombres heterosexuales que re-

podían aparentemente la homosexualidad, pero que en algún momento tienen experiencias homosexuales, y que sin embargo las ocultan porque no quieren ir en contra de lo que dicta la sociedad. De igual modo opina que en México abundan este tipo de individuos, pero que están muy bien escondidos tras una máscara heterosexual:

[...] porque además de todo hombres como él se emborrachan y se acuestan con nosotros felices de la vida si por eso pienso que si no existiera la leyenda negra contra nosotros México sería el primer país en homosexualidad porque se volvería una Sodoma de antología pues si liberados habemos tantos a la luz del día más otro inmenso grupo de *underwater* se sabe que es *gay* y los que no son pero tienen sus movidas homosexuales de vez en cuando o ni tan de vez en cuando [...] (Calva, 1983:55).

Guillermo Nuñez ha llevado a cabo investigaciones recientes sobre masculinidad e identidades, sobre todo en el norte del país. Desde los estudios de las masculinidades, rama actual que en los últimos años está cobrando fuerza, se pueden también analizar los imaginarios de los protagonistas a través de sus representaciones y *habitus*. En una especie de prólogo que Monsiváis le hace al libro de Nuñez, *Masculinidad e intimidad. Identidad, sexualidad y sida*, nos habla precisamente de que el acoso implanta la duda en las personas que quieren vivir una sexualidad plena pero sin vivir contra corriente:

¿Cómo me verán realmente los que no son como yo, así sean mis padres, mis hermanos, mis otros amigos cercanos, mis jefes, mis compañeros de trabajo? ¿Cómo me juzgan los que no comparten mi manera de ser? ¿Hasta qué punto aceptan esta manera de ser los que no la comparten? (Nuñez, 2007:25).

Los entrevistados por Nuñez en su trabajo de campo comparten la premisa de la otra sociedad homoerótica: “[...] lo que hace uno con su cuerpo es muy distinto a lo que hace con su vida” (2007:31). Separan de forma tajante las licencias que se toman para disfrutar de relaciones sexuales entre pares y la vida pública que llevan. Ellos dicen ser hombres pero a su manera (2007:32). En la sociedad en la que habitan Carlos y Adrián, la heterosexualidad es la sexualidad impuesta y dominante, e individuos que aparentemente la asumen, como al que se refiere Adrián, lo que hacen es tener aventuras con hombres de forma subrepticia pero sin abandonar jamás de manera pública la forma de sexualidad aprobada por la mayoría para no poner en riesgo su integridad. En el *slang* gay se conocen como mayates (2007:33). Incluso ya desde la época de los setenta:

La palabra mayate, lo más común, proviene de una palabra náhuatl (el idioma de los Aztecas) que se usa para designar a una especie de escarabajo verde brillante cuyas larvas crecen en el estiércol. Mayate entonces hace alusión a la vestimenta colorida del hombre proletario así como a una metonimia fecal para describir su sexualidad (Domínguez-Ruvalcaba, 2007:133, traducción propia).

El mayate es el hombre que tiene sexo con hombres, pero que se define como heterosexual, reconociéndose a sí mismo, pese a todo, dentro de la norma dominante (Domínguez-Ruvalcaba, 2007:137).

Adrián también habla de algunas de sus experiencias sexuales, y entre ellas recuerda la vez que tuvo relaciones con su amigo Francisco, y cómo todo sucedió de manera inesperada y a escondidas debido a la no aceptación de las ganas de estar con otro hombre por parte de Francisco, a quien, según el parecer de Adrián, el medio social lo aplastaba y no lo deja vivir su sexualidad de manera libre:

[...] si me acuerdo de la pena que me daba el Francisco en la prepa después de aquella fiesta en su casa porque él tan deportista y extrovertido con ese pegue con las muchachas del colegio que no en balde era tan guapo y con ese cuerpazo que tenía y tan buen amigo que siempre fue conmigo insistió tanto en que fuera a la fiesta de su casa hasta morir que me dejé convencer [...] y Francisco bien pedo baila y baila fajando con la Eloísa que hasta ahora me cae en los huevos [...] y a mí que me ofrecían aventón a mi casa y Francisco “espérate, acuérdate en lo que quedamos, yo te llevo” “al ratito, cabrón, no te vayas” [...] y Francisco ahogado de borracho me pidió que me quedara con él [...] y me gustó la idea de quedarme en un caserón de película mexicana de los cincuentas y todo muy bien hasta que en el cuarto cierra la puerta y me dice “siéntate en la cama, vamos a platicar” [...] y él bien pedo se me acerca y me agarra mi cosita como si nada y que se me va parando y él más que me sobaba y me mira “contigo no hay problema porque tú sabes de esto [...] además quiero decirte que siempre me habías gustado pero nunca supe cómo decírtelo” y yo en un tacón que ahí me di cuenta que siempre me la había sabido [...] “[...] yo no entiendo pero no sé porqué [sic] me gusta tanto la verga y bien grande si me encantan las viejas y no soy mariquita pero tú sí me coges y no dices nada después, ¿sí?” y qué mamada me dio como nadie en la vida [...] y que tenía y sigue teniendo una cruda moral cada vez que lo hace porque no podía aceptar eso y yo fui su primer cómplice verdadero a quien no podía yo amar ni yo a él que a la fecha no acepta su homosexualidad y le pone los cuernos a su mujer [...] y su sexualidad es un vicio que lo consume por dentro hasta que lo hagan pedazos sus angustias y todo porque a él el medio lo aplasta (Calva, 1983:148-149).

De nuevo se enuncia una situación en la que el deseo homosexual existe, pero que reprime por el qué dirán, porque a partir de ciertas representaciones en el imaginario está internalizada la homosexualidad como algo prohibido, se condena dicha práctica. ¿Y qué les queda a los que no quieren ir en contra de los preceptos morales de la sociedad en la que se insertan? Diferenciar entre *habitus* deseables decretados por la ley heterosexual y *habitus* propios de la homosexualidad, y llevar una especie de doble vida.

De día y públicamente presentarse ante los demás como heterosexuales, y de noche y en espacios privados o clandestinos disfrutar del homoerotismo. Igualmente debe resaltarse que los hombres de este tipo, como Francisco, no terminan nunca de asumir una identidad homosexual; él mismo afirma no ser gay, y hasta se refiere a ello con una palabra peyorativa: “mariquita”. Siempre están justificando sus prácticas a través de una especie de homosociabilidad; esto es, mientras estos hombres mantengan relaciones con mujeres, asumen que pueden darse ciertas licencias para interactuar sexualmente con hombres y no por eso dejarán de ser lo que son, lo que no afectará su identidad ni su virilidad. Pero, ¿realmente están tan seguros de conservar su identidad de “hombres” aun manteniendo relaciones sexuales con otras personas de sexo masculino? El hecho de que la mayor parte del tiempo surjan estas situaciones a escondidas, en secreto y en espacios privados nos habla de que no. Dice Connell que en el mundo occidental contemporáneo ninguna relación entre hombres tiene tanto peso simbólico como la que se establece entre heterosexuales y gays. Hay una suposición en el imaginario colectivo y es la de que los opuestos se atraen, por lo tanto, si sientes una atracción hacia un hombre entonces debes ser femenino (2003:199). “Históricamente, la relación entre la masculinidad hegemónica y la homosexual ha supuesto que el sexo entre hombres es un crimen” (Connell, 2003:213-214). Hombres como Francisco no quieren ser criminales, no quieren ir en contra de la masculinidad hegemónica, no quieren asumirse como detractores de la virilidad. Ejerce un poder muy grande sobre ellos el hecho de seguir los caminos deseados.

En relación con el predominio del imaginario heteronormativo de Occidente, en las reflexiones que Carlos y Adrián hacen acerca de sus primeras experiencias sexuales es obvio también este fenómeno. Carlos, por ejemplo, al hablar de su primera relación sexual deja claro el choque emocional tan fuerte que fue para él, porque por un lado estaba yendo en contra de lo aceptable, pero por el otro solo en esa experiencia con un hombre había descubierto su propia vida y la vida misma. Y el compañero de Carlos con el que tuvo sexo da señales también de, por un lado, el deseo de una relación sexual entre iguales, y, por el otro, de un miedo incontrolable a la sociedad en su encubrimiento de ese deseo. Carlos lo cuenta:

[...] si nunca olvidaré que mi primera experiencia sexual fue en el campamento en el que el raro de Luis se metió en mi eslipin porque tenía miedo según él, pero de que no me lo cogiera, supongo, si a los diez minutos me dio las nalgas, porque el asco que sentí no fue a la homosexualidad sino, [...] al sentir la bajeza y vomitivo psicológico que era para Luis todo esto, [...] si por ese asco me tuve que salir de la tienda después de venirme, si por eso de vuelta lo golpeé hasta cansarme, porque me sentí contagiado de un mal incurable, así lo entendí entonces, pero es que me gustó aun sintiendo que eso tenía que estar mal y yo sin entenderlo de otra manera pero aceptándolo contra mi voluntad lo golpeaba porque quería más pero de otra manera porque para mí esa noche fue el abrirse la vida en mi vida [...] (Calva, 1983:112).

A partir de esta cita podemos observar que tanto Carlos como Luis, su compañero, en su adolescencia, llenos de dudas y herederos de representaciones, *habitus*, de un imaginario heteronormativo, y como aspirantes a cumplir con las expectativas de la masculinidad hegemónica, intentan reprimir sus intereses particulares. Después se les presenta el dilema del ser/deber ser. Ellos eligen ser, pero de manera parcial, con miedo, en secreto. Y lo que ocasiona esta decisión es un conflicto moral tan fuerte entre ambos que la situación terminó de manera violenta, un poco como si, a través de la violencia, de nuevo desde el imaginario social heteronormativo propio del sujeto que se ajusta la masculinidad hegemónica, se negara la sospecha de esa carencia de hombría. Sus identidades, que creían un poco estables, que consideraban que estaban conformadas siguiendo el modelo y los estatutos del sistema, son puestas en duda por ellos mismos. Y surge la pregunta ¿quién soy? Las identidades siempre están en función del contraste de lo que soy con lo que no soy, como afirman Hall (1996) y Giménez (2005). Empero, Carlos reconoció esa noche que no era lo que creía ser. Su paradigma de lo que era se vio alterado.

Carlos también habla en el mismo tono de otra de sus experiencias sexuales tempranas con otro hombre, Juan:

Todo fue por no creer que sospechaban y que la covacha era el escondite perfecto si por eso al pinche Juan lo metía casi diario a la casa y muy macho me lo llevaba allá para cogérmelo bien a oscuras hasta el día que mis hermanos y papá entraron de pronto y casi nos matan a Juan y a mí a golpes. Al pinche Juan nunca más lo vi, capaz que lo mataron y está enterrado en el jardín porque nunca supe si estuve uno o dos días en el suelo de la covacha sin poder pararme, [...] y salí no supe que mamá no sabía de mí nadita y estaba preocupada por mí y que al verme y explicarlo yo todo creyendo que aceptaría mi situación, me dio la bofetiza de mi vida... (Calva, 1983:110).

En esta cita Carlos presenta la situación en su familia como represiva, en la que la heterosexualidad se impone a los gustos personales y bajo la que se tiene que vivir. El imaginario heteronormativo es una vez más el que sobresale aun en el ámbito familiar. Cornelius Castoriadis hace énfasis en que los imaginarios sociales son fundados y reforzados por la institución de la sociedad (1993:55). En el caso particular de Carlos, la institución de la sociedad es la que conforma ese imaginario, sí, pero también, y sobre todo, la institución de la familia, que es la más próxima a él. A través de la reiteración y la enseñanza de cómo es o debería ser el mundo se perpetua ese imaginario. El testimonio de Carlos también refuerza la evidencia que ya habíamos puesto sobre la mesa, que ante una expresión de homosexualidad la respuesta en muchas ocasiones es la violencia. Otra vez, como si proceder guiados por la fuerza y la agresión, propias de la masculinidad imperante y que se oponen a la feminización y la debilidad, características que se le atribuyen a la homosexualidad, fuera la medida indiscutible para dar resolución a lo que sucede. El caso que plantea el personaje de Carlos también demuestra que a finales de los setenta, en el México que recrea la novela, los gays no solo sufrían represión y censura, sino que además vivían en constante peligro de ser heridos físicamente. Carlos Monsiváis desde sus investigaciones y su experiencia describe el caso particular de México, en coincidencia con la situación que ha vivido Carlos:

A lo largo de la historia de México a los homosexuales se les quema vivos, se les lincha moral y/o físicamente, se les expulsa de sus familias, de sus comunidades y (con frecuencia) de sus empleos, se les destierra de las ciudades, se les encarcela por el solo delito de su orientación sexual, se les exhibe sin conmiseración alguna en los medios informativos, se les considera anatema, se les condena por su condición de víctimas o de enfermos. “Por ser lo que son de esa manera”, el siglo XX les depara a los gays dosis generosas de vandalismo judicial y policial, razias, extorsiones, golpizas, muertes a puñaladas o por estrangulamiento, marginación laboral, abominación en las familias, choteo rituales... en síntesis procesos de deshumanización [...] (Monsiváis, 2007:10).

Notoriamente, también la sociedad no solo dicta la manera en la que se debe pensar y sentir, sino que también controla las prácticas y los cuerpos de los individuos. Es la reiteración de lo que debe hacerse, siguiendo más o menos a Butler, lo que determina el *establishment* y construye paulatinamente de forma discursiva y material el cuerpo, el género. La reiteración de las prácticas también forma parte de esa construcción, y los *habitus*, creo yo, como esquemas de actuar, pensar y sentir que están directamente relacionados con la ubicación social de los individuos, y que

se van aprendiendo, sobre todo en la socialización primaria, a través del cuerpo de forma no consciente, y que homogenizan de algún modo a personas que comparten un entorno y estilo de vida similares, son cruciales en este proceso.

En la novela, como se ha visto con estos últimos ejemplos, el estigma que recae sobre los hombres que practican sexo entre hombres es grave, y en la institución familia es en donde inicia la censura a esto. La historia se objetiva por medio de los *habitus* y por la incorporación de los mismos en las instituciones, como expone Bourdieu (1993:98). El *habitus* realiza la reactivación del sentido objetivado en las instituciones. El *habitus* es aquello por lo cual la institución encuentra su plena realización (1993:99). La familia, en este sentido, vendría a ser una institución que subsiste a través de prácticas con la heterosexualidad como base. En la familia del México en el que habitan Carlos y Adrián, lo que se enseña es a “ser hombres”, a hacer cosas de hombres, a visitar los lugares que estos regularmente visitarían, a usar el cuerpo de manera masculina, ya sea en los juegos, en el andar. Carlos en uno de los capítulos cuenta cómo siempre se percibía diferente y sentía un rechazo por esas formas de la masculinidad, por esas prácticas que se iban aprendiendo conforme los años pasaban, aunque pese a eso las seguía, quizá por intentar encajar o hacer lo “correcto”:

[...] si mamá luego notó que yo sentía diferente y me tuvo más cerca de ella y si hice todo lo que mi padre y hermanos fue por la cabrona autodisciplina y eso porque nació con ella y no tuvieron que inculcármela –porque a ellos nada les debo– pero siempre me cayó en los huevos ir al lienzo charro y hacer todas esas cosas que no sirven de nada [...], o eso de ir a los *gay* escauts donde hay tanto puto traumatado [...] (Calva, 1983:111-112).

Esos *habitus*, en el sentido de estructuras heredadas, de alguna manera son los que se encuentran en el interior de los personajes principales de la novela en un principio, los que fueron adoptando en el proceso de familiarización con el mundo; sin embargo, conforme más edad y autonomía adquirían, Carlos y Adrián fueron despojándose de tales y adoptando otros *habitus* que los homogenizaban más con el grupo social de los *gays* y no con su familia o la sociedad heterosexual.

Por ejemplo, en ese mismo proceso de descubrimiento y aceptación de su homosexualidad, Carlos exhibe los *habitus* que interiorizó a partir de ese nuevo proceso de aceptación de la homosexualidad:

[...] porque de pronto no te resistes a putear en todos tus ratos libres, incluso faltas a los mítines y dejas de ir a las colectas para sacar a los compañeros del bote por irte a

ligar. [...] Ves que si no reconocías diferencias entre los hombres ni discriminabas clases anteriormente cuando buscaste sexo sí lo hiciste [...] y te resistes a actuar así por eso te refugias en los baños de ambiente en donde desnudos, homosexuales buscando sexo, todos son iguales. [...] son sólo cuerpos, no existen nombres, ni la palabra y la complicidad ante el deseo de todos de coito homosexual es el centro y lo que cuenta allí y la sociedad allí vale madres [...] hasta que puedes salir de eso y tomar café en los sanborns *gay* y otros cafés semejantes en la Zona Rosa, puedes pensar en un amante, te sales de casa de tus padres violentamente y pones un departamento que más bien es un cuchitril de la calle Florencia que esperas sea tu nidito de amor algún día, y amantes van y vienen como ilusiones hechas de carne y humo y todo empieza a ser igual [...] (Calva, 1983:76-77).

Para gays como Carlos, desde luego antes de que cambiara drásticamente tras iniciar su relación con Adrián, la vida se resumía a buscar con quién tener sexo, a frecuentar lugares en los que se reunían los hombres que gustaban de los hombres, a tener muchas parejas sexuales y a independizarse para no ser censurado por la familia y poder hacer lo anterior. Por lo menos estas prácticas son las que el autor nos está insinuando que definen al gay promedio del México de esa época. Lugares como los famosos baños públicos de ambiente, como los Ecuador, los Sanborns de la ciudad, y los cafés y bares de la Zona Rosa eran los puntos de reunión y ligue gay en el México que retrata la novela.

Monsiváis cuenta en *Apocalipstick* que la Zona Rosa era entre 1970 y 1979 un espacio de ligue, y no donde se gozaba de completa libertad sexual, pero algo parecido, por ejemplo, el Bar 6, famoso bar gay (2009:177). También narra que un poco más adelante en la Zona Rosa se produjo una apertura a tribus contraculturales y oficios como el del sexoservidor o chichifo (2009:179). Con respecto a la Zona Rosa, Peralta también comenta: “parece reserva de jovencitos dispuestos a todo” (2006:64). Y Rodrigo Laguarda la menciona como clave a finales de los setenta y principios de los ochenta en el mundo gay de México (2009:91-94). En las entrevistas que hace Laguarda, los Sanborns también son mencionados como espacios gays en esos mismos años (2009:100-102). Y los baños, precisamente el Ecuador, el más famoso, como una opción para ligar, aunque no eran tan populares como los bares (2009:103). Son estos espacios específicos y limitados los que están destinados a los homosexuales, fuera de la vista de la mayoría, donde se reunían casi siempre de noche y de manera clandestina. Sobre estos lugares afirma Adrián: “[...] los bares *gays* solo existen semiocultos unas horas de la noche y los demás sitios son de lo más indeterminado por lo que con los cánones burgueses de *la realidad* la homosexualidad no es parte de la realidad sino que es un ente parasitario” (Calva,

1983:60). Así como basado en un capricho de diferenciación biológica lo público pertenece a los hombres y lo privado a la mujer (Bourdieu, 2000), en el caso de los homosexuales se produce una:

[...] negación de [...]su] existencia pública y visible. La opresión entendida como “invisibilización” se traduce en un rechazo de la existencia legítima y pública, es decir, conocida y reconocida, especialmente por el derecho, y en una estigmatización que sólo aparece tan claramente cuando el movimiento reivindica la visibilidad (Bourdieu, 2000:144).

Después se puede ver, como ya se advirtió en párrafos anteriores, que Carlos y Adrián dejaron atrás el hecho de actuar conforme *habitus* propios de otros gays contemporáneos y los cambiaron por *habitus* personales y distintivos.

La promiscuidad y el “joteo”¹⁷ son otros de los elementos que, como *habitus*, los gays han incorporado a su forma y estilo de vida desde el punto de vista de los personajes principales de *Utopía gay*. Sobre la promiscuidad llevada a cabo con regularidad por los gays, Adrián deja ver cómo a causa de la discriminación y de la no aceptación de la homosexualidad por parte de la sociedad en general, la promiscuidad se vuelve parte esencial en sus vidas, en parte como escape: “[...] surge el refugio en la promiscuidad que embalsama nuestras llagas y fortalece el espíritu para poder surgir a cuestras con una cadena que nos es impuesta y no la creamos” (Calva, 1983:61). Y en cuanto al joteo hay un doble discurso; por un lado, tanto Carlos como Adrián coinciden en que es una práctica natural entre gays y que es necesaria y sana si se lleva a cabo moderadamente:

[...] el joteo es un acto más de higiene mental para echar afuera todo el veneno que nos corroe y esa represión sexual en que viven tantos va siendo poseída de una depravación que funciona así como un elemento más de autotormento infligido por la ideología hegemónica de la sociedad porque ese joteo es siempre controlable y como jototerapia es estupendo si se vive bien [...] (Calva, 1983:61).

¹⁷ Utilizo el término “joteo” para referirme a las prácticas y comportamiento femeninos de parte de los gays en la novela, pues así es como se refieren a ello los personajes principales de la misma: “[...] si se portan peor que mujeres si por eso los hombres las aguantan nomás un ratito porque no dejan de jotear ni un minuto las pendejas” (Calva, 1983:43-44). Me es útil, pues, para nominar y explicar este *habitus* propio de este grupo social, según Carlos y Adrián lo perciben.

Por ese lado el joteo es apropiado de forma no consciente por parte de sujetos gays como Carlos y Adrián como un *habitus* que compone sus identidades. En su representación del ser gay esta forma de desenvolverse es aceptable siempre y cuando haya límites, como en los párrafos siguientes se explica, pues, por otro lado, en ese doble discurso también se observa un rechazo a este *habitus* propio del grupo de los homosexuales desde su parecer. Por lo común se observa también entre los homosexuales una homofobia interiorizada, incluso con sexismo y clasismo: el odio a las locas, a la pasividad, a los travestis (Peralta, 2006:106). “Porque un homofóbico no sabe que la homosexualidad es una condición pero también parte de una identidad” (2006:107).

Los anteriores son conocimientos de sentido común, son actitudes, valores y vivencias que les permiten ordenar su mundo inmediato, conforman *habitus* y construyen representaciones sociales para explicar su interacción entre sí y con el grupo social al que pertenecen y del que al mismo tiempo quedan afuera. Tanto Carlos como Adrián tienen representaciones de su realidad que los identifican como pareja distinta a los demás, que explican y dan cuenta de lo que ocurre al interior de su relación a partir de sus experiencias como individuos gays con particularidades. Ahora, en este doble discurso, los protagonistas critican a los homosexuales en muchos sentidos, sobre todo debido al hecho de que tienen comportamientos femeninos, como el joteo, pues consideran que con ello demuestran la falta de aceptación para con su sexualidad. La feminización de los gays, piensan, es uno de los aspectos más objetables de sus semejantes. Ellos adoptan una postura negativa en cuanto a esto; aunque ya se vio que aprueban “jotear” de vez en cuando, rechazan a quienes lo hacen la mayor parte del tiempo, a quienes se encuentran en “representación constante” (Calva, 1983:72), representación en el sentido de que dejan de ser hombres que tienen interés en otros hombres y tratan de parecerse a mujeres y actuar como tales. Carlos, por ejemplo, reafirma, una y otra vez, el hecho de haberse enamorado de Adrián por ser un hombre y no por comportarse como una “loca”, es decir, como un gay femenino:

Yo que me enamoré de él porque es tan hombrecito, porque me gustan los hombres y no los mariquitas, ¿qué chiste tiene cogerse a una loquita como sus hermanas? El chiste es sentir a un hombre gozar con tu verga adentro, si de relajo está bien jotear, hasta yo a ratos porque es la terapia más divertida pero ¿las veinticuatro horas del día? A fuerza de resistirse a su homosexualidad y fingir aceptarse para sí mismos y justificar las propias debilidades acaban sintiéndose mujeres sin serlo en el mínimo sentido y como nenitas o muñequitas reinas son el esperpento de sí mismos ante la impotencia de afrontarse,

lamentándose luego que ninguna relación amorosa es duradera o que nadie, ni otro *gay*, los acepta tal y como son (Calva, 1983:71).

Esto nos lleva a reflexionar sobre los prejuicios que pueden darse dentro del mismo grupo de los homosexuales. Los gays también son homófobos por mecanismo de defensa, por odio interiorizado, por temor al asco, por un estereotipo que se pretende imponer (Peralta, 2006:103–104). Butler dice que “[...] sujeto como entidad idéntica a sí misma ya no existe” (2002:233), es decir, que las identidades no son homogéneas, sino cambiantes, Hall (1996) y Giménez (2005) también lo dicen, y aunque Carlos y Adrián comparten ideas y comportamientos con los demás gays, jamás van a ser iguales porque las situaciones de vida de cada uno han sido distintas y porque sobre unos pesan más las imposiciones de la heteronormatividad, el androcentrismo y la masculinidad hegemónica, como en el caso de Carlos y Adrián que no aceptan la feminización del homosexual. Y no la aceptan porque, pese a todo, en ellos hay una homofobia internalizada, tienen un “[...] terror homofóbico a [...] perder el género apropiado” (Butler, 2002:334). Tienen miedo a dejar de ser hombres porque ven el mundo dualmente (hombre/mujer). En México el significado de las prácticas adquiriría sentido conforme al binomio activo/pasivo, y se ha estigmatizado al que se presume que desempeña un papel anal/pasivo, asociado a lo femenino (Laguarda, 2009:28).

Al mismo tiempo, Carlos y Adrián creen que la feminización de los gays ha sido la principal causa de que la homosexualidad sea tan fervientemente juzgada por las sociedades occidentalizadas. Carlos dice: “Y eso me da coraje porque es precisamente lo que ha elaborado nuestra leyenda negra —o más bien un mito negro— ante el hombre y la cultura occidental [...]” (Calva, 1983:72). Ese saber compartido se objetiva en la cotidianidad de los personajes, en su manejo práctico con respecto a lo amoroso, conformando así un repertorio de conocimientos funcionales. A lo largo de la obra encontramos insistentemente comentarios que exhiben el rechazo pertinaz de esta parte femenina que los gays pueden exteriorizar. Carlos afirma:

Sí, soy inmensamente feliz de ver que mi Adrián no se ha perturbado: en realidad esperaba que se afeminara de veras, que se ajotara en todos sus ademanes al punto de que se transformara en una de esas locas travestistas que cantan y bailan en los bares *gay* porque no hubiera soportado verlo destruirse sin que yo también quedara hecho pedazos para siempre (Calva, 1983:66).

Carlos exhibe la aversión tan grande que siente hacia el afeminamiento y la dicha que le causa que su pareja no caiga en ese arquetipo homosexual. En otra

oportunidad también menciona a las “locas travestistas”, a quienes se refiere de manera despectiva, aunque no ahonda en sus cualidades. En cuanto a la dicotomía heterosexual/homosexual, en esos años no se prestaba tanta atención a otras formas como el travestismo, la intersexualidad o la bisexualidad, por mencionar algunas, y simplemente se integraban al binomio ya mencionado, sin particularizarlas. En la obra se mencionan solamente lo andrógino y el hermafroditismo, cuando Adrián reflexiona sobre quién es ahora que está embarazado, ¿un hombre?, ¿una mujer?, ¿un andrógino?, ¿un hermafrodita? (1983:18, 58). Refiere estos casos cuando siente cierta inseguridad con respecto a su identidad, aunque finalmente se autoidentifica como un hombre, que por amor y por un motivo insólito, sin tener las condiciones físicas, quedó embarazado. Se autoidentifica como: “algo original” (1983:18), sin correspondencia con categorías ya establecidas. En cuanto a la originalidad, hemos visto que Carlos y Adrián manejan todavía una perspectiva de mundo asentada en binarismos. Precisamente la propuesta de Judith Butler al hablar de una teoría *queer*, que surge después de las teorías lésbicas y gays, se vincula con el objetivo de liquidar los binarismos que constriñen la sexualidad y las identidades a dos modelos exclusivos, cuando realmente el abanico de posibilidades es mucho más amplio y no se limita al ser heterosexual u homosexual o a ser hombre o mujer.¹⁸

Adrián también ostenta su rechazo a lo anterior. Al principio de la novela enuncia: “yo no soy travestista ni me interesa serlo porque me repugna” (Calva, 1983:12). Más adelante suma el comentario: “si nos gustamos [Carlos y yo] precisamente por ser masculinos ambos y por no ser amanerados ni femenoides” (1983:37). Comparte con su pareja esta antipatía hacia el travestismo y hacia lo femenino. Asimismo, se jacta de su masculinidad y de la de Carlos, y cuenta con mucho orgullo que eso es lo que los hizo enamorarse y estar juntos. Sus identidades tienen claramente bases en un imaginario gay distinto al del resto, un imaginario gay muy emparentado y procedente de uno heteronormativo y androcéntrico.

En relación con la apariencia también tienen ideas muy estrictas. Ahora que Adrián está embarazado, tanto él como Carlos se preocupan exageradamente porque la figura de Adrián no es la misma y porque puede que después del parto quede desfigurada. Adrián dice: “[...] y no sé si con esto me voy a arruinar la figura lo antiestético que me veo con una barriga de embarazo” (Calva, 1983:12). Y Carlos: “[...] y es que también él, con ese cuerpo como el de David, que ojalá no le quede

¹⁸ Durante los años ochenta el término *queer* fue reivindicado por una generación de activistas políticos. “En 1990 la ‘Teoría *queer*’ designa un replanteamiento radical de la relación entre la subjetividad, sexualidad y representación” (Selden, 2001:306).

desfigurado después del parto” (1983:139). Estas son pruebas de que dan mucha relevancia al aspecto físico, lo cual resulta un poco paradójico para los lectores, pues en varias ocasiones, como ya se ha enunciado, lo que critican tanto de las mujeres como de los homosexuales femeninos o locas es precisamente su superficialidad. No son la excepción, sino que se suman a ese mundo en el que las apariencias son lo más importante, ya sea en referencia a la materialidad o al físico. Los imaginarios se comparten y son reforzados por las instituciones, de manera que es muy difícil evitar internalizarlos.

Otro punto merece una atención especial: la familia, pero no la familia de Carlos o Adrián, sino el nuevo modelo familiar que ambos protagonistas piensan instaurar juntos al mudarse a Baja California, tener a su hijo, criarlo allá y cambiar de *habitus*. Al principio de la novela dice Adrián: “[...] y ahora este niño que no va a tener madre que Carlos y yo seremos como Adán y Eva fundando una nueva institución familiar sin nada más que nuestro buen sentido que nos oriente para educar al niño” (Calva, 1983:13). Un acierto, sin duda, es que Adrián reconoce que la familia que van a erigir no es una familia tradicional, sino una que va a romper con el modelo de familia clásico conformado por padre, madre e hijos. Pero a la vez también es cuestionable que haga una comparación con Adán y Eva como iniciadores de una nueva institución, pues finalmente sigue siendo un prototipo heterosexual del que se está partiendo.

Sobre el bebé que esperan, se refieren a él con entusiasmo, como una personita que los puede sacar del mundo en el que viven (Calva, 1983:171), como un proyecto por el cual vale la pena continuar adelante y hacer cambios en su beneficio. Carlos hace un comentario en el que reconoce que es probable que Adrián ame más al hijo que esperan que a él mismo. De nuevo, esto se desprende de un imaginario que considera que las mujeres deben tener un vínculo más estrecho con el bebé porque lo gestan en su vientre durante nueve meses, y como Adrián es quien lo lleva en su vientre y a quien se ha personificado de manera más femenina, por ello su pareja hace tal suposición. Otros dos datos importantes sobre el bebé que esperan es que aseguran que va a ser hombre y que lo llamarán Carlos Adrián (1983:91). En cuanto al primer dato, de nuevo, desde el imaginario androcéntrico, ellos desean fervientemente que el bebé sea varón (1983:88), y no consideran la posibilidad de que sea niña porque, como ya hemos visto, la misoginia es algo que los caracteriza. Y sobre el segundo dato, el que lo llamen como ellos, indica que no solo lo consideran su primogénito, sino que además viene de alguna manera a complementar, a perfeccionar sus identidades. Ellos son también a partir de ese hijo que esperan, que es producto de su fusión de ideas, juicios, valores, prácticas y, desde luego, de su amor. Pero aún hay algo más que añadir en relación con el hijo que esperan, y es

que se presentan contradicciones, tanto para ellos a la hora de hablar de las posibles futuras preferencias sexuales de su hijo, como para nosotros como lectores. Adrián por un lado dice: “[...] y no sabemos cómo educar al niño porque claro que tendrá nuestras ideas y crecerá sano pero es que no sabemos si orillararlo a la heterosexualidad o a la homosexualidad aunque independientemente de lo que quisiéramos él será sexualmente lo que ya es [...]”. Es decir, les cuesta trabajo decidir si dejarlo vivir su sexualidad plenamente, tal y como ellos hubieran deseado, o imponerle la homosexualidad porque para ellos ha resultado la mejor forma de vida, lo que los ha hecho felices. Pero casi al final de la novela Adrián añade: “[...] y así seremos unidos siempre los tres hasta que tengamos que ayudar a Carlos Adrián a conseguirse un hombre que lo ame para que también sea feliz” (Calva, 1983:181). Finalmente, la balanza se inclina a asumir el compromiso de que su hijo sea feliz y de que elija el modo de serlo, tal y como ellos decidieron al optar por el amor homosexual. Sin embargo, esto nos lleva a reflexionar sobre si son ellos los que están tomando una postura homonormativa en este punto, porque finalmente se están rigiendo bajo imposiciones, nuevas, pero aun así imposiciones, y someterán a su primogénito a sus deseos y voluntades como en su momento quisieron hacerlo sus familias con ellos.

Sobre la masculinidad hegemónica como telón de fondo en su relación, me gustaría incluir las representaciones que Adrián muestra sobre lo que debería ser un hombre: “[...] si le digo a Carlos que lo tiene muy bien entrenado porque siempre me funciona muy bien y casi nunca me falla” (Calva, 1983:31); “[...] pero quien lo hace bien es porque tiene los huevos bien puestos que un hombre hace gozar verdaderamente a otro como yo a ti requiere de mucha virilidad si por eso sólo he gozado con homosexuales” (1983:140). Esta cita provoca muchas reflexiones. La primera de ellas es la siguiente: ¿qué es un hombre concebido desde su imaginario? Un hombre, para ser realmente hombre, debe apegarse al modelo de masculinidad dominante, es decir, debe ser, como dice Olavarría, distinguido, importante, recto, protector, autónomo, racional, emocionalmente controlado, no miedoso, fuerte físicamente, competitivo, heterosexual y sexualmente activo; debe también empeñar su palabra, tratar de igual a otros varones y ser superior a mujeres y niños (2005:150). Adrián está suscrito irrevocablemente a esta masculinidad que exige que un hombre siempre debe estar dispuesto a tener relaciones sexuales, que lo debe hacer de la mejor manera y que no puede dar muestras de que su libido sea más baja de lo esperado.

Otra institución que ayuda a reforzar los imaginarios de la masculinidad hegemónica, la heteronormatividad y el androcentrismo, es la religión católica, que es practicada en México por la mayor parte de la población, entonces y en la actualidad. Esto se hace patente cuando menciona Adrián: “[...] cuando adolescente [...] el cura [...] me dijo que el semen era sagrado y que yo lo tiraba en excusados y rectos con

lo que cometía una aberración para Dios” (Calva, 1983:18). *Habitus* de grupo como el ejercicio del sexo entre pares son rechazados y prohibidos por la Iglesia, aunque esta la justifica mediante la figura de Dios. En México la mayoría de la población ha sido fervientemente católica y lo sigue siendo ya avanzado el siglo XXI. En materia sexual, a finales de los setenta del siglo pasado el papa, como autoridad representante de la Iglesia, insistía en la abstinencia sexual y continuaba condenando la homosexualidad, como antaño, aunque con una estrategia de invisibilización, que finalmente es opresión también (Laguarda, 2009:49). Así, en este caso, la realidad se encuentra en estrecha relación con la ficción. Sin embargo también se muestra el lado incongruente y la doble moral de la Iglesia católica, pues, por ejemplo, en la novela se refleja que si bien la Iglesia prohíbe la homosexualidad, una de las amigas —hombre gay— de Adrián tiene una relación con un cura gay (1983:62). Y esto sucede debido a que nadie quiere incurrir en el quebrantamiento de la ley, pero también de cierta forma las personas tienen que buscar lo que les hace sentir bien.

En resumen, en la sociedad en la que están insertos, tienen la representación como pareja de que todos son: “*open mind* de dientes para afuera” (1983:170), de que viven en una “ciudad cada día más *open mind* y anónima”, al mismo tiempo que “las cosas no han cambiado [...porque] con otros métodos la represión es la misma y la vida en apariencia solo en apariencia es diferente” (1983:170), y de que la “sociedad [es] neurótica y represiva” (1983:15). Esto nos hace concluir que el discurso quizá puede que sí estuviera dando un giro a finales de los setenta en cuanto a cómo se percibía la homosexualidad, pero en la práctica la represión y las consecuencias que sufrían quienes vivían al margen de la sexualidad dominante eran reales y graves. Por eso, Carlos y Adrián pensaban que debían empezar de cero en otro lugar para no verse afectados por esos juicios de valor negativos en contra de personas como ellos. Adrián lo dice: “lo que nos da el derecho [...] de vivir como queramos al margen de todo esto” (1983:16).

Capítulo 3

El vampiro de la colonia Roma.
La nueva picaresca: de triunfo y erotismo



Sobre *El vampiro de la colonia Roma*

El *vampiro de la colonia roma. Las aventuras, desventuras y sueños de Adonis García*,¹ publicada en 1979, es una novela escrita por Luis Zapata,² y está considerada como una de las más trascendentes de la literatura gay mexicana y como un hito en la producción de la literatura con esta temática en el país. Muñoz considera que es esta novela la que da la pauta para que se formalice con el tiempo lo que hoy se conoce como auténtica “literatura gay” mexicana (1992:26). Aunque desde mucho tiempo atrás el tema de la homosexualidad ya había sido abordado, no fue sino hasta finales de los años setenta cuando en México llegó a ser el eje central de algunas tramas, se dio voz a personajes gays y se intentó de diferentes maneras que los lectores pudieran penetrar en esta cultura de una forma más abierta.

¹ Este es el título original de la novela; sin embargo, en realidad es conocida por la mayoría de las personas como *El vampiro de la colonia Roma*, su forma abreviada, de modo que a partir de ahora me referiré a ella con esta última variante.

² Luis Zapata es considerado como uno de los escritores más prolíficos de la literatura de temática gay. La figura gay aparece recurrentemente en la mayoría de sus obras, entre las que se encuentran *Hasta en las mejores familias* (1975), *Melodrama* (1983), *En jirones* (1985), *La más fuerte pasión* (1995) y *La historia de siempre* (2007). Zapata nació en Chilpancingo, Guerrero; es narrador, dramaturgo y traductor.

El vampiro de la colonia Roma, ganadora del Premio Juan Grijalbo, fue publicada por esta misma editorial poco después de que se dieran a conocer los primeros grupos homosexuales organizados y públicamente asumidos (Laguarda, 2007:175). En 1981, bajo el sello de Gay Sunshine Press, fue editada en Estados Unidos como *Adonis García, A Picaresque Novel*, hecho que la convirtió en la primera novela latinoamericana con temática gay que se tradujo al inglés. Se convirtió en un clásico de la literatura gay mexicana, y algunos estudiosos como Muñoz afirman que a partir de esta obra empezó a formalizarse verdaderamente un género, porque hay una continuidad de fondo en la producción literaria de Zapata, pero, además, porque paralelamente han surgido otras propuestas con esta temática (Muñoz, 1992:27), como por ejemplo las de José Rafael Calva y José Joaquín Blanco, que son estudiadas también en este libro. Como afirma Gutiérrez, en la década de los setenta tanto México como toda Latinoamérica constituían un mercado de consumo masivo de la industria de Estados Unidos, a la vez que asumían tendencias libertarias. En cuanto a lo literario en esa misma década, la novela de Zapata irrumpe y arroja sobre la doble moral de la sociedad mexicana la visibilidad de la práctica de la homosexualidad (Gutiérrez, 2010:238-239). Debido a que fue publicada en 1979, en el período de emergencia de la identidad gay en México, es posible considerar esta novela, según Laguarda, como un texto de transición porque en él se identifican concepciones tradicionales de la homosexualidad a la vez que concepciones más modernas (2007:180). En cuanto a su recepción por el público, puede decirse con seguridad que *El vampiro de la colonia Roma*, desde su publicación, tuvo una aceptación enorme, primero entre los grupos homosexuales, y más adelante entre los demás lectores, hecho que puede probarse por el éxito editorial que hasta la fecha ha tenido tal obra. Ariel Rosales, editor de Penguin Random House, antes Grijalbo, menciona que fueron veinticinco mil ejemplares los que se tiraron los primeros dos meses tras el lanzamiento del libro, lo que habla de una alta demanda de consumo del mismo en la época. De igual manera, otro dato que proporciona Rosales es que, por lo menos, hasta 2014 la cantidad de libros vendidos de *El vampiro de la colonia Roma* rebasaba los trescientos mil ejemplares, un número considerablemente alto (Palapa, 2014). De ahí que no pueda negarse su éxito editorial.

Algunos testigos cuentan en la obra de Laguarda *Ser gay en la ciudad de México. Lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982*, la trascendencia de la novela de Luis Zapata para los homosexuales de finales de los setenta y principios de los ochenta; uno de ellos dice: “Fue verdaderamente un bombazo en el mundo gay. En aquella época no sólo me gustó, sino que me sirvió como fuente de información para identificar un montón de cosas que sucedían en el mundo gay de la ciudad de México que yo no necesariamente sabía” (Laguarda, 2009:134). Es decir, la novela era consumida mayormente por gays, a quienes, además de que

lograban sentir una identificación con los protagonistas, los lugares, los hechos y las acciones de la misma, les servía como fuente para conocer más datos con respecto a su grupo y ambiente. En otro de los testimonios se afirma: “[...] los lugares de encuentro de la época estaban bien retratados en *El vampiro*, así como el lenguaje que se usaba en algunas situaciones que se vivían” (2009:135), y por último un tercero dice: “[...] sí, lo leí, todo el mundo lo leía y luego lo comentábamos, como un libro ‘nuestro’, aunque tuvo, y sigue teniendo, gran éxito editorial” (2009:135). Así, con base en estos testimonios puede considerarse *El vampiro de la colonia Roma* como una obra que de una u otra manera fungió un papel significativo en el camino a la consolidación de una identidad de grupo, una identidad gay, pues debido al contexto en el que surgió, a la cercanía de su trama y a la presencia de personajes con la realidad homosexual que se vivía en ese tiempo, los gays la adoptaron como insignia, como un texto que los representaba.

El vampiro de la colonia Roma es una obra provocativa que no justifica ni condena, que simplemente expone de manera explícita, sin censuras, la situación de la homosexualidad en el México de finales de los setenta. El argumento es básicamente el autorrelato de la vida de Adonis García, el personaje principal, quien siendo gay, por distintas circunstancias —entre ellas la experimentación y la necesidad— comienza a dedicarse a la prostitución en la Ciudad de México. La novela aborda una muy variada serie de tópicos que giran en torno al tema marco de la homosexualidad, tales como las prácticas sexuales, la prostitución, el cuerpo, las drogas, el alcohol, la orfandad, la soledad, el amor, el hastío y las enfermedades de transmisión sexual, entre otras, las cuales considero que son relevantes para la literatura occidental debido a que siempre han interesado por su carácter universal. Como dice Muñoz, la novela trata sobre “las peripecias eróticas” (1992:26) de Adonis García. Recurriendo a las normas de la picaresca, Zapata describe el viaje interior y exterior que realiza el personaje principal en los distintos ambientes y círculos sociales de la Ciudad de México, motivado sobre todo por el desenfreno erótico que al final lo lleva a un estado de paroxismo (Muñoz, 1992:26).

No solo la temática gay que aborda Zapata en la novela impresionó a los receptores de esta cuando fue publicada, sino que también lo formal dio mucho de qué hablar. La técnica narrativa de *El vampiro de la colonia Roma* es sin lugar a dudas innovadora para la época, al desarrollarse toda la historia sin ningún uso de puntos ni comas a manera de testimonio grabado; se usan en cambio espacios en blanco de distinta medida entre palabras u oraciones para simular las pausas orales y de igual forma para controlar la lectura: “[...] bueno total ni yo ni mis cuates desfilamos ni compramos el uniforme nos hicimos pendejos y no nos pudo hacer nada la directora ni siquiera reprobamos educación física” (Zapata,

1979:29).³ La disposición del texto está más encaminada a lo conversacional u oral que a lo escrito. Los únicos signos de puntuación que aparecen son los paréntesis que separan los sueños que abren y cierran cada cinta del relato de las aventuras en sí: “[...] llegábamos a una fiesta un cuate y yo [...]” (1979:13-14), las comillas cuando el narrador-personaje cita algún diálogo: “en eso dice ‘oye ¿qué tal si nos ligamos a un cuate y vamos tres?’” (1979:66), o los signos de admiración y los de exclamación: “[...] de repente me asomaba al balcón del hotel y ¡zas! pasaba una luz así como rapidísimo” (1979:175). Hay presentes varias alteraciones gráficas como por ejemplo la ausencia de mayúsculas al referirse a nombres propios: “[...] había otro cuate que escribía sobre artistas y copiaba las noticias de México canta que angélica María se fue a España a filmar con no sé quién que Vianey Valdés está haciendo un programa en Monterrey” (1979:28). El lenguaje es coloquial, aparece sobre todo mucho argot de la juventud de finales de los setenta, y específicamente el utilizado por la comunidad gay de esos años: “[...] y también uno de esos monos se padroteaba a otra loca que trabajaba en la lotería nacional y había otro que también había tenido su pasado medio mayatón así es que en realidad eran bugas solamente en sus actitudes” (1979:112).

La novela se compone de un epígrafe inicial, una cita tomada de la segunda parte del *Lazarillo de Tormes*, siete apartados o capítulos, titulados con el nombre de “cinta”, y un complemento, además de un epígrafe de distintas novelas picarescas en cada uno de estos, como más adelante se tratará. Toda la novela consiste en el monólogo del narrador-personaje principal a manera de reportaje testimonial ficticio. En este punto, sin embargo, hago un paréntesis para aclarar que el vampiro de la colonia Roma realmente existió; se llamaba Osiris Pérez Castañeda y fue uno de los más conocidos prostitutos masculinos de la Ciudad de México. Zapata cuenta que era muy guapo, buen conversador, y que le contaba anécdotas tan atractivas relacionadas con su profesión, que fue eso lo que lo motivó a escribir *El vampiro de la colonia Roma* con previa autorización de él (Hilacha Voladora, 2015), por lo que sí hay ficción en la historia de Luis Zapata, desde luego, pero contiene muchos elementos de la realidad de los cuales partió el autor para escribir su novela. A través de este monólogo del que hablaba previamente, Adonis cuenta las experiencias que ha vivido a lo largo de sus años ante una grabadora y la presencia muda de un interlocutor. Si bien nunca se escucha al interlocutor, podemos saber que es quien está dirigiendo el relato de Adonis,

³ En todas las citas tomadas de *El vampiro de la colonia Roma*, las transcripciones responden al texto. Zapata no usa signos de puntuación. En vez de esto hace uso de espacios en blanco para marcarlos de alguna manera.

pues presentimos su participación mediante las referencias indirectas que hace este último: “¡puta madre! ¿contarte mi vida? y ¿para qué? ¿a quién le puede interesar?” (Zapata, 1979:15). La única información que podemos asumir con respecto al interlocutor, gracias a las pistas de Adonis, es que este, mudo, escucha con el objetivo de escribir un libro sobre la narración del personaje principal: “[...] y yo sentía medio gacho al separarme de mis amigos no quería separarme no le pongas ‘gacho’ en el libro ¿eh?” (1979:108). Según Alicia Covarrubias en uno de sus artículos, el monólogo de Adonis adquiere verosimilitud gracias al hecho de que el narrador-personaje se dirige a un alguien que está grabando lo que cuenta, y que al mismo tiempo son estas cintas magnetofónicas las que enmarcan la historia (Covarrubias, 1994:184). El hecho de que se tome en cuenta al interlocutor dentro de la novela, aunque no se manifieste propiamente, nos ayuda como lectores a crear una situación más realista, y también en parte a adentrarnos en la historia e incluso ocupar el lugar del propio interlocutor. Finalmente, en palabras de Gadamer: “[...] el texto no es un objeto dado, sino una fase en la realización de un proceso de entendimiento” (1993:333). No es estático, se termina de construir con la lectura, con la participación del lector. “La escritura [...] debe abrir en el texto mismo, de algún modo, un horizonte de interpretación y comprensión que el lector ha de llenar de contenido” (1993:332). La lectura es y debe ser un proceso de participación, dialógico, en el que tanto escritor como lector hagan sus aportaciones para al final construir el texto en coautoría. “A la tarea del escritor corresponde [...] la tarea del lector, destinatario o intérprete de lograr esa comprensión, es decir, de hacer hablar de nuevo al texto fijado. En este sentido, leer y comprender significan restituir la información a su autenticidad original” (1993:332-333). Hay siempre una situación, aunque no convencional, de interlocución. Podría agregarse también que la forma en que está escrita la obra responde a un tipo de escritura fragmentada, es decir, que muestra variaciones en la sintaxis de las oraciones y un trato no común de la coherencia semántica y del ligamento de las ideas con el propósito de dar la fluidez al relato de Adonis y causar la impresión de oralidad y de pensamiento en tiempo real, como en la siguiente cita puede advertirse:

[...] él tenía su taller así por hobby de carpintería y todo y entonces yo lo iba a ayudar a hacer muebles y ay hoy amanecí medio pendejo como que no ligo bien las ideas ¿sabes a qué hora me acosté anoche? a las tres de la mañana ¡a las tres de la mañana! y tú vienes aquí de madrugada a hacerme preguntas idiotas bueno pues con rolando oliveros aprendí a dar el barniz [...] (Zapata, 1979:108).

Al igual que en *Utopía gay*, como en páginas atrás se advirtió, en el texto de Luis Zapata aquí analizado podemos encontrar una gama variada de intertextualidad,

uno de los aspectos que ambas novelas comparten. Desde su título original, *El vampiro de la colonia Roma. Las aventuras, desventuras y sueños de Adonis García*, se revela la relación que tiene con figuras mitológicas y literarias, recurrentes, de culturas ajenas a la mexicana. En primer lugar, llama la atención desde el título la alusión a una de las figuras míticas más sobresalientes de la cultura griega, Adonis, quien representa, por un lado, la vida, la fertilidad y la naturaleza debido a que nació de la corteza de Mirra (o Esmira), y, en segundo lugar, por su cercanía y relación con Perséfone y Afrodita, se relaciona con el inframundo o la muerte, pero sobre todo con la belleza, la sexualidad y el amor, si se tiene en cuenta que el mito indica la predilección de Adonis por Afrodita.⁴ El personaje de Zapata, en este sentido, posee también estas propiedades: es muy bello, vive su sexualidad de manera voraz y de uno u otro modo está constantemente entre la vida y la muerte.

De igual manera, otro personaje mítico que ha sido innumerables veces tema de inspiración en la literatura tiene presencia en la obra de Zapata: el vampiro.⁵ El

⁴ “Adonis: El mito de Adonis es una leyenda siria a la que Hesíodo hace alusión. Su forma más generalmente admitida es la siguiente: el rey de Siria, Tías, tenía una hija, Mirra o Esmirna, a quien la cólera de Afrodita impulsó a desear un incesto con su padre. Ayudada por su nodriza Hipólita, logró engañar a Tías, uniéndose con él durante doce noches; pero a la duodécima, el padre se dio cuenta de la estratagema de su hija y, armado de su cuchillo, la persiguió para darle muerte. Ante el peligro, Mirra invocó la protección de los dioses, los cuales la transformaron en árbol: el árbol de la mirra. Diez meses después, la corteza de este árbol se levantó, rompiéndose y dando salida a un niño, que recibió el nombre de Adonis. Afrodita, enternecida por la belleza de la criatura, la recogió y la confió en secreto a Perséfone para que la criara. Pero esta se prendó a su vez del niño, y se negó a devolverlo a Afrodita. La disputa entre las dos diosas fue zanjada por Zeus —según otros, por la musa Calíope, en su nombre—, diciéndose que Adonis viviría un tercio del año con Afrodita, otro, con Perséfone, y el tercero, donde le pluguiera. Pero Adonis pasaba siempre las dos terceras partes del año junto a Afrodita, y solo una al lado de Perséfone. Más tarde, sin que se sepa a ciencia cierta por qué motivos, la cólera de Ártemis lanzó contra él un jabalí que, durante una cacería, lo hirió mortalmente” (Grimal, 1981:7).

⁵ En *Historia natural de los vampiros* de Anthony Masters se mencionan distintas obras literarias de vampiros: *La vida de Apolonio de Tiana*, de Filóstrato; el poema “Der Vampir” de Heinrich August Ossenfelder; *La desposada de Corinto* de Goethe, *Leonore* de Bürger; obras de Sade como *Juliette* y *Justine*; *The Vampire* de Polidori; el ensayo *Varney the Vampire or the Feast Blood* de Thomas Preskett Prest; *Der Vampir Und Eine Braut* de Splinder; *Der Baron Vampir* de Bauer, el poema “La Morte Amoureuse” de Gautier; *Camilla* de Sheridan Le Fanu, *The Room in the Tower* de Benson, *The Flowering of the Strange Orchid* de Wells, *The Transfer* de Blackwood, *Clarimonde* de Gautier, *The Parasite* de Doyle, *The Vampire* de Hodder, *Four Wooden Stakes* de Roman, *For the Blood is Her Life* de Crawford, *The True Story of a Vampire* de Eric; *Count Magnus* de James, *Bereniece* de Poe, *The Necromancer* de Reynold, *The Tomb of Sarah* de Loring; *Drácula*, *Dracula’s Guest* y *The lady of the Shroud* de Bram Stoker; *The Tomb* y *The Shunned House* de Lovecraft, *Fettered* de Greye La Spina, y *The End of the Story* de Clark Ashton Smith (Masters, 1974:253-271). Asimismo, en la antología *El vampiro*, de Ediciones Siruela (2006), se incluyen

origen del vampiro no se sabe con precisión; sin embargo, se considera una figura del imaginario, pues pueden rastrearse sus huellas desde la antigüedad en distintas culturas (*El vampiro*, 2006:11). Surge del folklore popular y con el paso del tiempo se introduce en las obras literarias, pero es concretamente en el siglo XIX, a partir de que los románticos usan el tema del vampiro para desarrollar su nueva estética (2006:43), que este se convierte en una figura literaria, pues antes todavía no lo era propiamente (2006:39). Sobre la carga simbólica del vampiro debe anotarse que:

El vampiro está muerto, pero aún conserva su vitalidad, alimentándose con la energía de los vivos. Para él la terrible ruptura que significa la acción de la muerte sobre la vida no existe como tal, pues la mezcla entre sangre y pasión, entre víctima y verdugo, unen la vida y la muerte en una *continuidad* que sólo la imaginación puede llegar a concebir (*El vampiro*, 2006:28).

Por lo tanto, ambas, la muerte y la vida, están asociadas significativamente con el vampiro. Sin embargo, presentan significaciones particulares: “[...] la Muerte penetra en la Vida misma como fuerza activa, mediante la sangre, que pasa de ser el nutriente de los vivos a ser el alimento de los muertos” (*El vampiro*, 2006). Es entonces, a final de cuentas, la inmortalidad, el móvil de existencia de estos seres. Su objetivo es la perpetuidad, solo que la inmortalidad perseguida no es la del alma, sino la del cuerpo. Es el deseo de conservar la carne y los placeres (2006:29) lo que los estimula. En este sentido, el vampiro, como símbolo, viene a representar la muerte, a la vez que la inmortalidad del cuerpo y los placeres, sobre todo carnales. En la novela aquí abordada, esta carga simbólica del vampiro como figura mítica y literaria se concede también al personaje principal de la novela de Zapata, como más adelante se tratará: su vida infortunada, su práctica del hedonismo, su búsqueda por satisfacer sus deseos carnales, y la importancia del cuerpo y lo fisiológico sobre los sentimientos y la razón, son indicadores de ello. Conviene agregar que estas dos intertextualidades deben tenerse muy presentes, pues son imprescindibles a la hora de definir la integración de la identidad de Adonis García.

Otra de las intertextualidades más marcadas en la novela es la relación que tiene, tanto a nivel de contenido como de forma, con el género de la picaresca. Ya se mencionó que, además del epígrafe inicial en la novela tomado de *El Lazarillo*

además de algunos de los textos ya mencionados, otros como “No despertéis a los muertos” de Johann Ludwig Tieck, “La familia del Vurdalak” de Tolstoi, “La metamorfosis del vampiro” de Charles Baudelaire y “El almohadón de plumas” de Horacio Quiroga.

de *Tormes*,⁶ acompañan a cada uno de los siete capítulos que conforman la novela epígrafes de distintas novelas picarescas. El epígrafe inicial enmarca la novela de Zapata dentro de una tradición picaresca y los demás consolidan este hecho, además de ser cada uno de ellos una síntesis de los capítulos respectivos. El epígrafe del capítulo uno pertenece a unas líneas de *El Periquillo Sarniento*;⁷ el del segundo capítulo a *El Lazarillo de Tormes*,⁸ nuevamente; el del tercero a *La pícaro Justina*;⁹ el del cuarto a *Santa*,¹⁰ novela esta última que, aunque no pertenece a la picaresca sino al naturalismo, comparte muchas características de este género, sobre todo en la construcción de la realidad de sus personajes determinada por la estratificación social y en la narración explícita y cruda de las historias; el del quinto capítulo forma parte de *Guzmán de Alfarache*,¹¹ el del sexto, de *La vida inútil de Pito Pérez*,¹² y por último, el

6 “Si he de decir lo que siento, la vida picaresca es vida, que las otras no merecen este nombre; si los ricos la gustasen, dejarían por ellas sus haciendas, como hacían los antiguos filósofos, que por alcanzarla dejaban lo que poseían; digo por alcanzarla, porque la vida filósofa y picaral es una misma; solo se diferencian en que los filósofos dejaban lo que poseían por su amor, y los pícaros, sin dejar nada, la hallan. Aquellos despreciaban sus haciendas para contemplar con menos impedimento en las cosas naturales, divinas y movimientos celestes; estos, para correr a rienda suelta por el campo de sus apetitos; ellos las echaban en la mar y estos en sus estómagos; los unos las menospreciaban, como caducas y perecederas; los otros no las estimaban, por traer consigo cuidado y trabajo, cosa que desdece de su profesión; de manera que la vida picaresca es más descansada que la de los reyes, emperadores y papas. Por ella quise caminar como camino más libre, menos peligroso, nada triste” (Zapata, 1979:9).

7 “Dios no se muere; parientes tiene (Perico) y padrinos que lo socorran; ricos hay en México harto piadosos que lo protejan” (Zapata, 1979:11).

8 “Verdad dice este, que cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer” (Zapata, 1979:35).

9 “Solo haré en general alarde de mis aventuras pretendientes, porque decir en particular de todos, fuera reducir a cuenta los átomos del sol, las estrellas del cielo, las gotas del mar y los mínimos de las cosas cuantiosas y continuas y los juramentos falsos de los mercaderes” (Zapata, 1979:61).

10 “Solo que el burdel es como el aguardiente y como la cárcel y como el hospital: el trabajo está en probarlos, que después de probados, ni quién nos borre la afición que les cobramos, la atracción que en sus devotos ejercen...” (Zapata, 1979:83).

11 “¿Quieres que te diga qué casa es, qué trato hay en ella, qué se padece y cómo se vive? Adelante lo hallarás en su propio lugar; baste parar en este, que, cuando allá llegues, mejor lo haga Dios. Después de haberte por el camino maltratado y quizá robado lo que tenías en la bolsa ó faltriquera, te pondrán en las manos de un portero y de tal casa, que, como si esclavo suyo fueras, te acomodará de la manera que quisiere ó mejor se lo pagares” (Zapata, 1979:103).

12 “La muerte y yo nos hablamos de tú desde hace tiempo; ella juega conmigo sin hacerme daño” (Zapata, 1979:129).

del séptimo procede de *La vida del Buscón llamado don Pablos*.¹³ A continuación profundizaré sobre las repercusiones tan sustanciales del género y sus características en la conformación de la identidad del personaje principal de la novela.

Sobre el resurgimiento de la picaresca española entre los escritores latinoamericanos contemporáneos como Zapata, Covarrubias opina que este es visible en las obras a través de alusiones extratextuales. Algunas de ellas son los epígrafes que citan textos picarescos, la enumeración de capítulos conforme al modelo tradicional, también mediante el discurso mismo del protagonista, en diálogo con modalidades estéticas que se le oponen, y gracias a que apuntan a personajes de la dinastía picaresca o rasgos claramente identificables en su contexto aunque aporten algunas variaciones (Covarrubias, 1994:183). Algunas características específicas que identifica la autora en estas obras contemporáneas, que las hacen cercanas a la picaresca original pero conservando su sello particular, son: 1) la importancia de la escritura como discurso; 2) la presencia de un narrador/personaje a la vez sujeto y objeto de su propia historia; 3) la configuración metatextual de la novela como discurso subversivo; 4) el discurso se conforma como testimonio textual de la vida y la época de un informante/testigo de acontecimientos históricos, y 5) el texto se ofrece como objeto de múltiples niveles de escritura (Covarrubias, 1994). *El vampiro de la colonia Roma* cumple con estas características, como se analizará a continuación.

Una de las cuestiones importantes y definitorias en el género de la picaresca es la de fungir como vehículo desenmascarador y crítico de la realidad, como sucede en *El vampiro de la colonia Roma*, obra que muestra cómo se vivía la realidad a finales de la década de los setenta, sobre todo en lo que al ambiente gay en la Ciudad de México se refiere. Claro está que la realidad es posible observarla bajo la ficción pues, como dice Zamora, la picaresca (y cualquier género literario, agregó yo) es: “recreación artística, voluntaria selección y parcelación de una realidad” (1962:12). También es necesario recalcar que en la picaresca el relato gira en torno al personaje principal. La historia se va trazando desde la adultez de este o cuando ya ha alcanzado un estado de madurez suficiente. El pícaro, que es un ser de bajo rango social o estamento, va contando, en una especie de falsa autobiografía, cada uno de los episodios por los que fue pasando desde la niñez hasta la etapa en la que se encuentra, que representan fases de aprendizaje, utilizando descripciones realistas y un tono predominantemente satírico. La autobiografía a partir del *Lazarillo* es la

¹³ “Yo, que vi que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme —no de escarmenado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador—, determiné...de pasarme a las Indias..., por ver si mudando mundo y tierras, mejoraría mi suerte” (Zapata, 1979:153).

forma consagrada de la picaesca (Zamora, 1962:15). Sobre la vida del pícaro dice Zamora:

Se trata de una vida vulgar, en la que no vamos a encontrar los arranques de heroísmo o de santidad a que la circunstancia histórica nos tiene acostumbrados, una vida casi alucinada, al borde del cotidiano portento. No; el pícaro se mueve en los medios menos literarios. Su genealogía no es, ni mucho menos, escogida, y sus proceder no revelan el ascetismo ni la profunda meditación (Zamora, 1962:10).

En el caso de Adonis, frente a la grabadora y un interlocutor mudo, platica su vida partiendo de su infancia, de su vida provinciana, y continúa con su salida a la capital, siempre, como advierte Covarrubias, desde su voluntad de selección de narrador adulto, como en la picaesca española. Adonis García parece también determinado por su condición social, como ocurre con el pícaro español, pero también por su sexualidad; dice Covarrubias que el personaje de Zapata está: “Doblemente marginado por su nacimiento y por su sexualidad, Adonis despierta a la vida forzado por los golpes de sus experiencias personales” (1994:185-186). Debemos tener en cuenta que un sujeto no solamente lleva la marca de su sexo o de su género; incluso en los estudios *queer* esta ha sido una de las cuestiones que más se han discutido. Homosexuales o lesbianas, por poner un ejemplo, no son disidentes detractores de la sexualidad hegemónica, sino también deben considerarse otros aspectos con respecto a su persona, pues eso termina de constituirlos, como su etnia, su religión o su clase social. Butler manifiesta, por ejemplo, que la heterosexualidad normativa no es el único régimen regulador que opera; la raza, por ejemplo, es otro de los ámbitos importantes de regulación social de poder, que además es inseparable de la diferencia sexual o de la sexualidad (2002:41). En el caso de Adonis, padece la marginación de ser gay, pero además procede de una clase económica baja, lo que le complica más la existencia y lo hace ser relegado doblemente por la sociedad dominante.

Adonis posee los rasgos del pícaro original, que es a su vez un antihéroe. Sabemos que en el Siglo de Oro el pícaro encarna al antihéroe (Zamora, 1962:20);¹⁴ tiene un nacimiento bastardo, una madre enferma y un padre que lo dejan huérfano entre los diez y trece años. Estas circunstancias son las que ya comienzan a delinear este

¹⁴ “Antes de Lázaro, el personaje era un ente de ficción” (Zamora, 1962:20). La picaesca le aportó los rasgos humanos a los personajes literarios y permitió a las obras mostrar el lado burdo y oculto de la realidad.

perfil. Después, a la muerte de sus padres, se ve obligado a vivir con unos parientes que no le dan el mejor de los tratos y con los que sufre hambre; por otro lado, se aburre en la escuela, comienza a bajar su desempeño y se aficiona a la vagancia y al cine. El tiempo que pasa con su medio hermano tampoco es grato, pues este es un alcohólico que además golpea a su mujer, por lo que Adonis decide partir a la capital en busca de mejores oportunidades y de una calidad de vida más elevada. Covarrubias al respecto afirma: “Como otros pícaros, el personaje sale en busca de su propio destino empujado por circunstancias sociales y económicas adversas” (1994:186). Al llegar a la capital se relaciona con René, uno de sus amantes, que es el que lo induce a la prostitución y le da el nombre de “adonis”. A partir de ese momento comienza su vida itinerante y experimenta distintas situaciones, muchas de ellas relacionadas con el sexo, que narra ante la grabadora como esas aventuras o peripecias al estilo de la picaresca. Desde la perspectiva de Covarrubias, otra de las relaciones que puede establecerse entre la picaresca y *El vampiro de la colonia Roma* radica en que los amantes de Adonis, que están separados de los innumerales clientes del mismo, vendrían a ser los amos de la picaresca tradicional, que van siendo remplazados por otros constantemente y que dejan grabada su huella afectiva o psicológica en el protagonista (Covarrubias, 1994:185).

Las aventuras, en la novela de Zapata, son circunstancias que se van presentando una tras otra y van dándole giros inesperados a la vida del protagonista, como ocurre en la picaresca original. No obstante, es evidente que la peculiaridad de los eventos que vive Adonis radica en que son principalmente de tipo sexual. La narración de las experiencias sexuales, las descripciones de los clientes de su oficio como prostituto, los lugares en los que se lleva a cabo el intercambio sexual-monetario, imágenes de auto-placer, etcétera, son lo que predomina en el discurso del narrador-personaje y lo que da cuerpo a la historia. Estos hechos se van entrelazando a través de la voz de Adonis para así conformar la novela. Este transcurrir de aventuras, a fin de cuentas, tiene en la picaresca tradicional el objetivo de ser el antecedente del aprendizaje y la transformación por los que tiene que pasar el pícaro para convertirse en un ser humano moralmente respetable. En *El vampiro de la colonia Roma* nos van indicando el transcurrir del tiempo y la adquisición de experiencia por parte del pícaro moderno, Adonis; sin embargo, el texto dispone los elementos de tal manera que, al concluir la narración, el lector no alcanza a percibir esa metamorfosis esperada, según los parámetros de la picaresca, en el personaje principal. En este sentido, la obra no se ata completamente a los preceptos del género antiguo, sino que varía en muchos puntos de este, entre ellos en el desenlace de la vida de Adonis, que parece dañado de soledad, evasivo, incierto, contrario a la actitud moralizante y a la ladera pedagógica (Zamora, 1962:15-16) de la picaresca tradicional.

De las tres novelas mexicanas que se analizan en este libro, aunque quizá esté de más decirlo por su obviedad, *El vampiro de la colonia Roma* es la que mayor atención ha recibido tanto de la crítica como de los lectores convencionales. Desde el momento de su publicación, en 1979, fue aceptada primero por los grupos homosexuales como una especie de estandarte, y con el paso de los años se fue popularizando hasta llegar a ser una de las novelas hispánicas con temática gay más reconocidas y leídas, y sobre ella se han desarrollado un número considerable artículos, ensayos de crítica e investigaciones. Algunos de los títulos más relevantes que me parece necesario mencionar aquí son: “*El vampiro de la colonia Roma. Función del espacio y el cuerpo en el discurso homoerótico*”, de León Guillermo Gutiérrez (2010); “*El vampiro de la colonia Roma: literatura e identidad gay en México*”, de Rodrigo Laguarda (2007); “*El vampiro de la colonia Roma o del travestismo posmoderno*”, de Óscar López (1999); “Prostitución y homosexualidad: interpelaciones desde el margen de *El vampiro de la colonia Roma* de Luis Zapata”, de Bladimir Ruiz (1999); “*El vampiro de la colonia Roma, Mexico City’s Maps and Gaps*”, de Chris T. Schulenburg (2010); “De nómadas y ambulantes: *El vampiro de la colonia Roma* o la utopía suplantada”, de Alberto Medina (2008), y “*El vampiro de la colonia Roma, de Luis Zapata: la nueva picaresca y el reportaje ficticio*”, de Alicia Covarrubias (1994). La atención de estos autores se fija, por un lado, en las cuestiones que rodean el tema de la homosexualidad como la identidad, la sexualidad, la erotización y el uso del cuerpo, la prostitución y el travestismo, y, por otro lado, en materias más formales como la intertextualidad de la novela con el género picaresco o la presencia de la cultura de finales de los setenta en México. Por último, debo agregar que, desde luego, hay más estudios sobre la novela en cuestión; sin embargo, por economía los omito, no sin estar consciente de su importancia.¹⁵

Aunque lo anterior demuestra que la obra *El vampiro de la colonia Roma* ha sido estudiada en numerosas ocasiones, y quizá se piense que no habría necesidad de agregar más información, el hecho de que el texto en general, como signo, demande la interpretación del lector, permite que con cada lectura que de él se haga se pueda decir algo por primera vez. El texto cifra su significado entre líneas, pero es el ojo avizor del lector el que hace posible el mismo. Como diría Gadamer: “[...] lo que caracteriza al texto es que sólo se presenta a la comprensión en el contexto de

¹⁵ No está de más decir que el resto de la producción literaria de Zapata, ha sido también muy estudiada y ocupa un lugar importante en la literatura gay en lengua española. Pero desde luego que, como novela fundacional de este tipo de literatura, *El vampiro de la colonia Roma* presenta una consideración esencial.

la interpretación y aparece a su luz como una realidad dada” (1993:328), es decir, que no es fijo su significado y depende por completo de las interpretaciones para poder existir, de ahí que cada una de estas sea válida y a través de ellas se recree también el texto, pues como también advierte Gadamer: “Es frecuente que sea la interpretación la que conduzca a la creación crítica del texto” (1993:329), y mucho más en relación con los textos literarios, en los que la participación del lector es imprescindible y constante. Así, llevar a cabo un análisis de esta novela no está de más, sino que, por el contrario, complementa las otras lecturas que de ella ya se han hecho. Además, mi propuesta, si bien comparte ejes temáticos con los estudios mencionados, en los que es inevitable coincidir, pues la obra, por su naturaleza, exige comentarios referentes a temas como la homosexualidad, la identidad, el uso del cuerpo o la prostitución, se acerca desde un enfoque completamente distinto, que es el de ubicar los imaginarios sociales que fomentan la identidad del personaje principal de la misma, en este caso Adonis García, llegando a ellos a través de las representaciones sociales y los *habitus*.

Adonis García, el “chichifo” de la Roma

El caso de la conformación de la identidad de Adonis García es muy particular debido al hecho de que a lo largo de la novela el personaje va definiendo aquella a través de la serie de cambios y experiencias por los que atraviesa. Un Adonis de veinticinco años, aparentemente con una identidad ya más o menos fija, narra, a manera de la picaresca, tanto las aventuras por las que pasó desde la niñez hasta el presente, como su desarrollo moral, psicológico y social en cada una de las etapas de su vida.

Dando por sentado que “[...] las identidades se construyen precisamente a partir de la apropiación, por parte de los actores sociales, de determinados repertorios culturales considerados simultáneamente como diferenciadores (hacia afuera) y definidores de la propia unidad y especificidad (hacia adentro)” (Giménez, 2005), puede decirse que Adonis, conforme va creciendo y reconociendo al otro, va definiendo, primero para sí y después para los demás, la totalidad de su ser. Afirma Giménez que: “[...] la identidad no es más que la cultura interiorizada por los sujetos, considerada bajo el ángulo de su función diferenciadora y contrastiva en relación con otros sujetos” (2005). En este sentido, es a partir del contraste que Adonis establece con el otro como comienza a advertir los gustos, prácticas, ideas y sentimientos que lo definen como individuo y a la vez como parte de una colectividad. Adonis va siendo en contraste con lo que no es.

En retrospectiva, nuestro protagonista va narrando su vida desde la infancia hasta la etapa adulta. De entrada, y en este ejercicio de comparación con los demás propio de la definición de la identidad, como antes se mencionó, es visible que carece de autoestima por lo que hasta el presente ha vivido, y encuentra su vida poco interesante y provechosa si la compara con otras:

[...] ¿contarte mi vida? y ¿para qué? ¿a quién le puede interesar? Además yo tengo muy mala memoria estoy seguro de que se me olvidarían un chingo de detalles importantes o bueno no importantes porque en realidad no creo que me haya pasado nunca algo de-
veras importante como a todas las gentes que les pasan cosas que de repente cambian sus vidas que se sacan la lotería o se casan o les llega una herencia o desde niños tocan el piano y de grandes van a ser grandes pianistas yo creo que a mí no me tocó destino o si me tocó se me perdió en el camino [...] (Zapata, 1979:15).

Su sentido común le indica que son el éxito público, monetario y sentimental, y hazañas de otra magnitud, las que verdaderamente cobran relevancia al momento de dictaminar si la vida de una persona es valiosa o no. Es parte de su imaginario social, o *background*, en palabras de Taylor (2006), esta idea con respecto a la existencia, y debido al hecho de su concepción colectiva, el sentimiento de legitimidad de la misma es tan profundo. Adonis ve con el filtro de este trasfondo lo que hay a su alrededor y su propia vida. Y de alguna manera, por lo mismo, termina su identidad oscilando eternamente, como más adelante se podrá observar.

De su niñez, el mismo Adonis manifiesta: “[...] ni siquiera tuve una infancia feliz digamos para recordar cuando esté ruco es más ni siquiera tuve infancia” (Zapata, 1979:15).¹⁶ La pérdida temprana tanto de su madre como de su padre lo arrojaron a una orfandad que sin duda marcó profundamente su carácter y le dejó desprotegido del mundo, o por lo menos él así lo sentía: “[...] me dolió mucho la muerte de mi papá entonces sí me sentí ya totalmente solo abandonado a la vida me quedé solo era la única persona que quería y se murió” (1979:25). La ruptura del núcleo familiar, que dejó a Adonis y a su hermano como únicos miembros, los obligó a depender de una tía muy pobre que los recogió. Adonis nunca se

¹⁶ Debido a la falta de socialización de Adonis y debido a que lo aquejaban problemas de tipo familiar y económico en su infancia, el protagonista no menciona ningún tipo de maltrato o sufrimiento a causa de su “diferencia” en esa etapa de su vida. Sin embargo, testigos que vivieron en esa misma época mencionan que en su infancia sí sufrieron discriminación, agresiones físicas, maltrato verbal y psicológico a causa de su condición (Laguarda, 2009:45-48).

sintió bien en esa situación, pero la necesidad lo hizo sobrellevarla por un tiempo: “[...] así que me sentía muy incómodo por la mala vida y porque también yo veía que a la tía no le encantaba que estuviéramos ahí” (1979:25-26). Después, al crecer, su hermano también lo abandonó y, con el tiempo, Adonis se fue de Matamoros, Tamaulipas, el lugar en el que nació, a León, Guanajuato.

El personaje de Zapata hace énfasis en su sexualidad, en el relato de su vida desde los primeros años. Un gran apetito sexual, atracción por personas de su mismo sexo y reiteradas prácticas eróticas son constantes propias de la identidad de Adonis. Sobre el período de su infancia tardía o preadolescencia, confiesa el narrador: “[...] en aquellas épocas ya me había vuelto yo muy inquieto sexualmente muy precoz fui ¿no? andaba de caliente todo el tiempo y ya me masturbaba y tenía sueños mojados y todo pero fíjate qué curioso siempre me masturbaba pensando en chavos” (Zapata, 1979:21). Deja en claro su inquietud sexual temprana, que persiste posteriormente. Siempre tuvo bien definidos sus gustos, deseos y preferencias. No obstante, conviene aclarar que, aunque Adonis ha tenido definidos estos puntos, también en algún momento le causaron conflictos internos. En su infancia parece no haberse preocupado por sus inclinaciones ni comportamientos sexuales, o por lo menos no reflexiona acerca de ellos. Sin embargo, manifiesta: “[...] era un niño serio [...] me imagino que el hecho de que era muy introvertido me llevaba a apurarme en la escuela ¿verdad? porque casi no tenía amigos ni jugaba o sí jugaba pero solo” (Zapata, 1979:18); en este sentido, era de esperarse que no fuera sino hasta que comenzó a relacionarse con otras personas cuando se enfrentó con los demás, pero también consigo mismo. Empezó a trazar, ahora sí, su identidad, a asumirse en el lado de la “diferencia” y a darse cuenta de que su comportamiento y sus deseos no eran bien vistos por la sociedad en general, que eran incluso motivo de malos juicios y de segregación. Adonis narra una de las primeras experiencias que tuvo en la secundaria y que lo llevaron a tomar conciencia de su propia conformación como sujeto marcado por la diferencia, según los preceptos de los imaginarios sociales de la época y del medio en el que se movía:

[...] éramos unos viles teporochos y nos poníamos cada borrachera entonces en esas borracheras era cuando me salía con más ganas lo caliente ¿verdad? yo no recordaba nada pero por ejemplo en la mañana después de una buena noche de pedo me despertaban diciéndome ‘caray mano que le agarraste la verga a fulano’ que quién sabe qué ‘¿yo le agarré la verga?’ ‘sí le agarraste la verga qué se me hace qué se me hace’ y entonces yo me sentía muy mal muy incómodo no culpable pero sí me sentía mal ¿mentientes? me sentía raro en relación con ellos me sentía diferente yo entonces ni siquiera sabía lo que era la homosexualidad ¿ves? a mí se me figuraba que no no sé pero sí me sentía mal sobre todo porque me chingaban a cada rato con eso [...] (Zapata, 1979:27).

Así, con esta apropiación de repertorios culturales, en este juego de reconocimiento a través del otro que, como vimos con Giménez (2005), es necesario para la consolidación de la identidad, Adonis empieza a ser para él y los otros. Comienza a enfrentarse y a reconocer de forma indirecta, tal vez, que hay imaginarios heteronormativos y masculinidades hegemónicas que se imponen en la sociedad y que le impiden de alguna manera disfrutar de lo que él es sin sufrir repercusiones.

Otro de los aspectos relevantes para entender el proceso de configuración del personaje principal, y seguramente el más significativo pues es el que lo representa de manera más íntegra, es el referente a su profesión. Un día Adonis decide irse a la Ciudad de México con el deseo de superarse y triunfar:

[...] así es que un buen día o un mal día quién sabe porque yo pienso que en ese momento cambió mi vida se dio un volteón mi destino le dije a un cuate que tenía y que estaba medio loco le dije “vámonos a méxico a ver si allá sí la hacemos” [...] y mientras se iban alejando poco a poco las lucecitas de la ciudad nosotros pensábamos que allá sí triunfaríamos que allá sí la haríamos [...] (Zapata, 1979:33).

Al llegar a la Ciudad de México se fue a vivir con su hermano y el amante de su hermano. Ahí en la ciudad conoció al primer hombre con el que tuvo sexo. ¿Por qué solo en la ciudad logra Adonis consumir el acto sexual? En los años que retrata Zapata, la capital mexicana es una ciudad grande y todavía en vías de un mayor crecimiento, una ciudad en la que se concentran todos los movimientos surgidos por la reivindicación de los derechos, sobre todo estudiantiles, que se mencionaron en el primer capítulo de la presente investigación. Debido a la influencia tan marcada de lo global sobre lo local, germinan los grupos homosexuales y hay una manifestación más evidente, y quizá un poco menos riesgosa que en provincia, de las preferencias homoeróticas. Carlos Monsiváis afirma que antes de la década de los ochenta, fuera de la Ciudad de México, impera el “espíritu provinciano” que combina el fundamentalismo católico y el analfabetismo científico y protege la exaltación de los prejuicios, aunque esto no se limita a la provincia, sino que ahí se acentúa, pues en la capital también se experimentan cuestiones de este tipo (2010:152-153). Después de ese primer acto sexual, el protagonista entabla una relación con ese hombre, que le da el apodo de Adonis:

[...] y de que a veces me chiveaba cuando rené me hacía algún cumplido ¿ves? como preguntarme cómo era posible que no tuviera amante si era un chavo tan guapo tan bueno que era un adonis un adonis imagínate así me decía y se me quedó desde entonces todo el mundo me decía así [...] (Zapata, 1979:42).

A partir de ese momento, la carga semántica de belleza y erotismo de su nuevo nombre comienza a precisarse en el personaje principal. Heidegger menciona: “[...] el ser de cada cosa que es reside en la palabra. De ahí la validez de la frase: el lenguaje es la casa del ser” (1987:68). En este sentido, es la palabra o el nombre lo que otorga propiedades a la cosa y lo que hace que la cosa exista. El nombre configura de alguna manera o termina de moldear al protagonista de la novela, y este toma e internaliza con él los atributos de su denominación. Al mismo tiempo que adquiere un nuevo nombre, empieza a prostituirse con hombres en la Zona Rosa de la Ciudad de México para poder solventar sus gastos, zona en la que, como se menciona en un testimonio de Laguarda, durante aquellos años, a pesar de la represión que imperaba en la ciudad, se sospechaba que había espacios solapados por las autoridades (2009:94). Explica Adonis:

[...] no quise ir a su casa me daba no sé qué me daba miedo miedo de que me fuera a hacer algo ¿no? de que me fuera a pasar algo o no sé entiende que yo era novato así es que me regresé al hotel fracasado sintiéndome muy pinche porque por puro miedo había perdido un cliente y porque también se me hacía muy mala onda o sea se me hacía mala onda haber perdido al cliente pero también talonear ¿no? llegué al hotel pensando que no volvería a la zona rosa a talonear claro pero al día siguiente recapacité y me dije ‘bueno si es una forma fácil de ganar dinero ¿por qué no hacerlo’ [...] porque yo tenía ganas de hacer algo ¿entiendes? de juntar dinero y hacer algo ser algo [...] (Zapata, 1979:46-47).

Si bien al principio duda un poco sobre dedicarse o no a la prostitución, termina por hacerlo y sentirse bien con ello. Nunca manifiesta el porqué de su indecisión; empero, a lo largo de la novela los distintos imaginarios sociales se hacen visibles y nos permiten argumentar en este trabajo el conflicto que le causó su decisión y sus incesantes recapacitaciones sobre la ocupación elegida.

Por último, se puede decir que lo que termina de construir a este personaje es su desplazamiento a la colonia Roma. Es en ese momento cuando él mismo se reconoce como un vampiro, como: “adonis garcía vampiro de la colonia roma” (Zapata, 1979:91). Es la connotación de vampiro lo que completa, por la vía de lo semántico, tanto la autoconcepción de sí mismo, como la forma en que los demás lo perciben. Como bien se aclaró previamente, el vampiro como figura del imaginario y como figura literaria es la imagen de la muerte, la inmortalidad del cuerpo y la complacencia del deseo sexual. Con su nueva vida en la capital del país, con los contornos de su identidad mejor dibujados y con la aceptación de su homosexualidad y del desempeño de su profesión, Adonis también emprende la exploración

de su sexualidad a través del uso autónomo de su cuerpo. Él es el vampiro que tiene sed de inmortalizar su cuerpo, ser de vida a través de la muerte, y que no solo pretende disfrutar de su cuerpo y de su sexualidad, sino además hacer de estos dos elementos su fin, a la vez que su medio. Adonis termina de convertirse en ese momento en lo que el vampiro representa. El placer que le brindan las prácticas sexuales pasa a ocupar un lugar primordial para él y, por lo mismo, se conduce en la búsqueda constante del mismo. Desde que Adonis tiene su primera relación sexual lo reconoce:

[...] porque entonces supe por primera vez lo que eran los placeres — después de cachondearnos un ratito — porque la cosa se puso muy acelerada — así — muy violenta — se la metí — era la primera vez que le metía la verga a alguien y gocé como nunca — qué bárbaro — yo nunca había pensado que se podía sentir eso — todos mis pensamientos y mis masturbadas se habían quedado cortos ante un culo de a deveras — no sabes — me desparramé en esperma — me volví todo mecos — y entonces pensé que mi vida ya estaba completa — que ya no podía pasar otra cosa que me sorprendiera — ¿entiendes? — me di cuenta — o a lo mejor eso fue después — de que la vida vale únicamente por los placeres que te puede dar — que todo lo demás son pendejadas — y que si uno no es feliz es por pendejo [...] (Zapata, 1979:45).

Anthony Masters, en *Historia natural de los vampiros* (1974), tomando el ejemplo particular de la vida del asesino Peter Kürger, también llamado “El vampiro de Düsseldorf”, hace un comentario con respecto a los vampiros del siglo XX; él explica, partiendo de teorías freudianas, que hay un nexo de tipo sexual entre el vampiro moderno y el vampiro tradicional, que la espera de la descarga del semen puede compararse con la sed de sangre, pues el semen, al igual que la sangre, reúne las características de calidez y viscosidad, y porque además puede experimentarse una sensación de exaltación o de culpa derramando uno u otro líquido (Masters, 1974:301). Puede decirse entonces que Adonis es un vampiro moderno, un vampiro del siglo XX, con apetito y sed desmesurados de saciar su deseo sexual. Para el personaje principal, el sexo cumple en la novela la función de la sangre, fuente y dadora de vida, de inmortalidad.

El uso que hace Adonis de su cuerpo y la libertad de su práctica sexual lo definen en cierto sentido, le indican al resto de las personas que es un individuo gay, que se dedica a la prostitución y que además disfruta de su sexualidad por sobre la media, a la vez que reafirma su identidad para consigo mismo. Esto, desde luego, lo lleva a enfrentarse con la violencia simbólica que es producto de los imaginarios de la cultura en la que está inserto. Bourdieu aclara que la particularidad de

la dominación simbólica, en el caso de los homosexuales, no va unida a los signos visibles (signos fisiológicos), como ocurre con la dominación simbólica en las mujeres, sino a la práctica sexual de los mismos, que de alguna manera se aprecia como una práctica femenina por la presencia en esta del principio de penetración o pasividad (2000:144). La sociedad a la que pertenece Adonis es predominantemente androcéntrica y heteronormativa, y el imaginario social que posee es uno efectivo heteronormativo; es efectivo en el sentido de que ya está instituido, de que no se cuestiona, de que se mantiene por tradición o costumbre y de que es así por el hecho de favorecer al sexo masculino por sobre el femenino y a la heterosexualidad por sobre otras formas y prácticas de la sexualidad. Y de ahí que las prácticas sean reguladas también en función de este. Butler explica que el género como construcción social es impuesto sobre la superficie de la materia, pues las normas reguladoras del sexo obran de manera performativa para construir la materialidad de los cuerpos, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar la diferencia sexual en aras de consolidar el imperativo heterosexual (2002:18). Estas normas se desprenden de quien tiene el poder, del que domina; en el caso de la novela de Zapata, la sociedad heteronormativa impone y los demás, los “diferentes” como Adonis, acatan y se rebelan. Más adelante se explica.

Al final de la novela, debido al tipo de discurso que el personaje principal emplea, uno como lector puede asumir que este no acepta por completo ni la realidad en la que se inserta, ni su aparente identidad. En cuanto a esa realidad que le molesta, las líneas finales son contundentes, son la clara prueba de que a pesar de su resignación, Adonis preferiría salvarse de lo que lo rodea: “[...] ¡puta! me cae que yo sí me iba me cae que no lo pensaba dos veces dejaría todo tirado así sin llevarme nada que me recordara este mundo [...] y desde la nave iría viendo cómo se hace chiquita la ciudad [...] y entonces cerraría los ojos y pediría un deseo que no volviera nunca pero nunca por ningún motivo a este pinche mundo” (Zapata, 1979:176-177). Y con respecto a esa realidad aparente no asumida de manera íntegra, y vuelvo a llamarla aparente porque alrededor de ella suele haber desconfianza de algún tipo, o incertidumbre, que aunque por momentos Adonis logra ignorar permanece latente y en ciertos períodos le molesta e intenta dejar atrás con la modificación de ciertos rasgos de la misma, son las constantes vacilaciones y consideraciones, sobre todo acerca de su profesión y sus prácticas, lo que nos revela la inestabilidad de la misma:

[...] la verdad es que sí me había espantado sí me había puesto a pensar en lo que iba a ser después me la había pintado tan gacha que ya hasta me imaginaba que iba a terminar como santa ¿sí viste la película? [...] entonces dije ‘¿esto es lo que me espera?

¿eh? ¿es mi triste futuro?’ como que le saqué [...] hay veces en que te pones grave pero grave de gravedad de seriedad [...] y hay otras veces en que todo lo entiendes de una manera cómo te diré pachanguera cuando te dices que nomás vas a gozar la vida como se presente [...] (Zapata, 1979:99).

Considerando lo anterior, puede hablarse de la identidad de Adonis como de una identidad inestable, inacabada, que se va transformando conforme Adonis absorbe los imaginarios sociales dominantes de la época. En este sentido, cuando Stuart Hall dice: “La unidad, la homogeneidad interna, que el término identidad postula como fundacional, no es natural, sino una construcción a partir de una conclusión. Todo nombramiento de una identidad es necesario, incluso si silencia y mantiene tácito eso otro que está ausente” (1996:5, traducción propia), tiene mucha razón. Las identidades no son homogéneas pese a la creencia de que es así; si bien la identidad se nombra y se establece porque es necesario, como hemos podido observar con Adonis, se encuentra en constante cambio y, de igual manera está en relación con los imaginarios de las sociedades y épocas en las que uno se encuentra inmerso. Desde luego, con las pruebas que se han presentado hasta el momento es indiscutible que el protagonista no tiene conciencia de los imaginarios sociales que lo rodean y que al mismo tiempo lo habitan; primero, porque una de las gracias de estos es que no son completamente racionales, sino que lo racional pertenece o se desprende de ellos, como afirma Castoriadis (1993:29), y, segundo, porque, como bien dice Taylor, no se expresan a través de teorizaciones (2006:37) sino de imágenes, formas y figuras significativas. Adonis identifica qué comportamientos, ideas o prácticas resultan aceptadas por los otros y cuáles responden a su necesidad e intereses, y es de esta manera que fluctúa entre un lado y otro, hace reformas a su vida o decide continuar con lo que a él le parece mejor. Por un lado puede situarse a Adonis de parte de un imaginario social radical gay que va en contra de lo establecido por la heteronormatividad, pues ejerce su sexualidad libremente, desde sus preferencias, hasta el uso que hace de su cuerpo, pese a que la mayoría del resto de la población no entre en este marco. Y por otro lado es evidente que existe un imaginario social efectivo heteronormativo coexistiendo con el radical, tal y como ocurre también en *Utopía gay*; y no solo esto, sino que a veces directamente y a veces indirectamente causan un impacto en la autoconcepción de Adonis como individuo, como parte de una sociedad y como actor de un grupo específico, en las representaciones que se forma de la realidad y en las que se forma del otro, en su modo de actuar y en su modo de dirigir su discurso.

Adonis: homosexualidad, triunfo y erotismo

El personaje principal revela a través de sus acciones y palabras los valores, ideas y prácticas que pueden traducirse en representaciones sociales y *habitus*, que se desprenden de los imaginarios sociales que lo rodean y lo integran. Adonis, en diferentes momentos de su vida, confronta la realidad del modo en que él la aprecia con la realidad como la perciben el resto de las personas. Esta confrontación le permite poder identificarse a sí mismo como individuo, como elemento de una sociedad y como miembro de un grupo social específico, y a la vez hacerse un esquema mental y una clasificación de su presente y de sus semejantes.

La identidad de Adonis vacila gracias a su captación del mundo filtrada por los distintos imaginarios sociales que prevalecen en el mismo. Las opiniones y valores que él se ha ido formando, al paso del tiempo, con respecto a los otros, como representaciones sociales, confirman fragmentos de su identidad. En las siguientes líneas me apoyo en algunos ejemplos visibles de representaciones sociales contenidas en la novela, y de ahí parto para explicar la identidad de Adonis García en relación con los imaginarios sociales que posee.

En relación con sus preferencias sexuales, puede mencionarse que Adonis, desde que tuvo conciencia de su sexualidad, asumió su gusto por el sexo masculino. En el apartado anterior se aludió a este tema. El protagonista de *El vampiro de la colonia Roma* no tiene inconveniente en aceptar su condición sexual y tampoco la minimiza; sin embargo, sí puede hablarse de que reconoce una “diferencia”. Él tiene representaciones sociales bien fijadas sobre los heterosexuales y los homosexuales que reconoce por intuición:

[...] se veía que todos eran heterosexuales es decir tenían cara de heterosexuales pues no te puedo decir cómo son las caras de los heterosexuales pero uno como homosexual ha aprendido a ver en la cara de la gente su este su onda sexual haz de cuenta tú no puedes describir una cara de menso pero ves alguien en la calle que tiene cara de menso y dices “ah pus este buey tiene cara de menso” entons así es ¿no? lo ves lo sientes aunque no lo sepas definir (Zapata, 1979:13).

Gracias a los imaginarios y las instituciones que se desprenden del sistema patriarcal en el que Adonis está inserto es que juzga de manera dicotómica a las personas. La heterosexualidad es precisamente una de las instituciones del sistema patriarcal a la cual me refiero. Wittig dice que:

La categoría de sexo es una categoría política que funda la sociedad en cuanto heterosexual. En este sentido, no se trata de una cuestión de ser, sino de relaciones (ya que las “mujeres” y los “hombres” son el resultado de relaciones) aunque los dos aspectos son confundidos siempre cuando se discuten. La categoría de sexo es la categoría que establece como “natural” la relación que está en la base de la sociedad (heterosexual), y a través de ella la mitad de la población [...] es “heterosexualizada” [...] y sometida a una economía heterosexual (Wittig, 2006:26).

La heterosexualidad se normativiza en las sociedades gracias a la naturalidad que se le atribuye a los sexos y debido a ello se imponen preferencias, modos, conductas y costumbres de manera general sin tomar en cuenta las particularidades de cada individuo.

Es a través de una especie de sentido común, adquirido con el tiempo y sus relaciones, que Adonis sabe exactamente quiénes pertenecen a su grupo social —el de los gays— y quiénes no. Las representaciones sociales, como se ha mencionado, son sistemas de sentido práctico gracias a los cuales el sujeto puede organizar la realidad. Otra de las cuestiones que surge de la cita anterior es que Adonis estima ambos grupos, el de los homosexuales y el de los heterosexuales, como antagónicos en el mismo sentido de esta dicotomía o binario heterosexual/homosexual con el que capta su realidad a través del tamiz de la heteronormatividad.

A veces se apropia, además, de su sexualidad como una sexualidad marginal, en el sentido de que de cierta manera sabe y reconoce que la sociedad a la cual pertenece así lo ha resuelto, y llega a ser esto en ocasiones un impedimento para que disfrute con total libertad de sí mismo:

[...] hasta otra vez que la fui a ver que me dice “oye ese muchacho rené es medio femenino ¿verdad?” y yo así haciendo alarde de recursos dije “¿él? pus sí efectivamente es así medio raro luego los cuates se ríen de él” aunque claro ella ya sabía que yo era gayo o por lo menos se lo imaginaba ps si era siquiatra debería saber todo eso pero yo no me atrevía a decirle que éramos amantes sin embargo no seguía portando muy cuatita conmigo (Zapata, 1979:54).

Por esta cita puede inferirse que Adonis distingue las diferencias entre él y los demás a nivel de prácticas sexuales, se menciona a sí mismo como “gayo”, que significa homosexual o gay. La representación que tiene de sí es la de un hombre que siente atracción por hombres, y a su vez se representa como distinto a la mayoría. Adonis sabe, porque así lo ha aprendido, que lo que se impone por ley es la heterosexualidad y que él, al quedar en los márgenes de esta ley, no solo no es igual a los

demás, sino que su diferencia lo convierte en un ser que cumple con la categoría de lo abyecto. Lo abyecto, según Butler, es lo “invivable” de la vida social que ocupan quienes no gozan de jerarquía de sujetos, pero cuya condición es necesaria en sí para circunscribir la esfera de los sujetos. Lo abyecto es el límite que define el terreno del sujeto. Y el sujeto se va a construir con base en esta fuerza de exclusión-abyección (2002:20). De la mano de esta situación, Adonis tiene la representación de los demás, su tía en este caso, como sujetos inclinados a juzgar, criticar o descalificar su condición, de ahí su miedo y la decisión de mantener ocultas sus preferencias. Hablamos entonces de un profundo miedo a la homofobia. Foster menciona que:

[...] la homofobia es la consecuencia del miedo irracional a la homosexualidad y que se canaliza en formas de repudio violento identificado con lo homosexual; dicha violencia puede ser verbal, estructural o a veces física, a veces conducente a daños y prejuicios apreciables, inclusive a la muerte del individuo que “provoca” la reacción homofóbica (Foster, 2009:21-22).

Bourdieu, en *La dominación masculina*, hace referencia a la dominación simbólica que sufren los homosexuales; él considera que la invisibilidad es una manifestación de la misma y asegura que personas con esta condición muchas veces se ven obligadas a imponerse disimulo o discreción por este motivo (2000:143-144). Esto ocurre con Adonis, que por temor a represalias y a violencia no necesariamente física, sino de tipo simbólico, opta por no revelar su sexualidad. Desde antaño y hasta la fecha los homosexuales han experimentado discriminación tanto en el ámbito social como en el laboral, además de maltrato físico y verbal, por lo que no es de sorprender que en ocasiones prefieran guardar silencio y mantener un perfil bajo, como Adonis decide hacerlo con su tía.

En otras ocasiones pareciera que con la ejecución libre de su sexualidad, y el autorreconocimiento de la misma como natural, intentara una homogeneización entre las distintas vertientes erótico-amorosas:

[...] si hubiera sabido que la homosexualidad es una cosa de lo más normal ¿no? como pienso ahorita que cada uno tiene derecho a hacer con su vida sexual lo que se le pegue la gana ps no me hubiera sentido tan mal ¿verdad? pero entonces a mí sí me sacaba mucho de onda sentirme diferente y yo siempre decía que no era cierto que no me acordaba en fin siempre tratando de teparle el ojo al macho (Zapata, 1979:27).

Seguro de su condición y de la naturalidad de esta, argumenta que la vida sexual debe llevarse según lo decida cada quien. Se representa con seguridad como una

persona igual a las demás y merecedora de su libertad sexual. La representación que tiene de los partidarios de la sexualidad dominante también se deja ver aquí, en primer lugar porque, al reconocer que le afectaba ser “distinto”, reconoce que hay otros que son “normales”. Y en segundo lugar porque, al haber querido él ser como los otros, tiene la representación de ellos como los árbitros de las prácticas eróticas. Sin embargo, aunque habla en tiempo pasado de su malestar por sentirse distinto a los demás y de sus constantes intentos por ocultar lo que era, la recurrencia de esos comentarios en varios momentos de su vida, incluso ya adulta, y el final tan desesperanzador y de disconformidad con su vida misma y con la gente que lo rodea, dan la impresión de que Adonis no está totalmente conforme con la dinámica entre él, como sujeto gay que además se dedica a la prostitución y gusta de la satisfacción sexual sobre otras cosas, con la sociedad heteronormativa dominante. Bourdieu, en el apéndice que dedica a movimientos de gays y lesbianas en *La dominación masculina* (2000:143-149), en un comentario muy interesante sobre los gays y las lesbianas menciona que el hecho de que asuman las categorías definitorias de su sexualidad nacidas en el seno de la heteronormatividad, los hace formar parte de la misma, de manera represiva e invisible, pues siguen siendo construcciones sociales pertenecientes al orden simbólico dominante.¹⁷ Así, Adonis, pese a asumir su sexualidad con naturalidad como individuo homosexual, se integra a los roles impuestos por la heteronormatividad sin siquiera darse cuenta. La representación social que tiene de sí mismo se desprende de aquella.

Continuando con el tema del orden dominante en el mundo creado por Zapata en la novela, es oportuno mencionar que de ahí se derivan también *habitus* específicos. Los *habitus* como estructuras estructuradas y estructurantes duraderas y transferibles, sin ser totalmente conscientes o estar sujetos a reglas, asociados a una clase particular de condiciones de existencia (Bourdieu, 1993:92), se materializan en las prácticas que Adonis lleva a cabo, en la producción de ellas o en su privación, así como también en el uso o desuso que el personaje principal hace de su propio cuerpo, pues los *habitus* son ley que se inscribe en los cuerpos (1993:102). Sobre sus primeras experiencias eróticas, Adonis recuerda:

¹⁷ Esto ameritaría toda una discusión, pero también muchos teóricos tienen la inquietud de saber de qué forma es posible no usar el orden dominante para asumirse. Sin duda, es una cuestión en la cual no hay acuerdo, pero es muy interesante y, por tal motivo, proporcionaría material para muchas reflexiones.

[...] tenía un amiguito [...] y jugaba mucho con él [...] y una vez que íbamos en la bici él venía en los diablos y yo manejando ¿no? entonces como que me pegaba el pito en la cintura me lo pegaba y yo así por dentro sintiendo bien rico pero diciéndole “no” que quién sabe qué “hazte para atrás no mames” y yo “pégamelo más” en mis adentros je y entons con ese amiguito [...] no me acuerdo bien cómo estuvo la cosa pero total nos agarramos la verga creo que primero él a mí y luego yo a él “no que agárrame la verga” y “no que agárramela tú” y que no sé qué y no sé cuánto pero nunca pasamos de eso ¿verdad? de agarrarnos la verga por encima del pantalón (Zapata, 1979:21-22).

El recuerdo de esta experiencia de su infancia nos permite observar el resultado de la incorporación de estas formas de actuar, sentir y pensar, aprendidas a través del cuerpo de forma no consciente, o *habitus*. Adonis desde pequeño se sujeta a una regularización del cuerpo y de su sexualidad que depende de la institución heteronormativa dominante de la época. Casi de manera automática, el personaje principal intenta demostrar control sobre sus instintos, para así coincidir con el imaginario social sobresaliente heterosexual. Solo a través de un juego, en el que quien se atreve a “agarrar” o tocar primero los genitales del otro es, por decirlo de alguna manera, menos hombre, y en el que no se cruzan los límites de la ropa, es como Adonis logra gozar de esta situación tan deseada por él, según lo dejan apreciar sus pensamientos internos. ¿Por qué? ¿Cómo debe ser el hombre de acuerdo con la masculinidad? Como aclara Connell, “[...] desde el punto de la masculinidad hegemónica, la normalidad se subvierte completamente si el objeto de selección sexual no es el correcto” (2003:216). En otras palabras, lo que se establece es el binomio hombre/mujer; si alguien se atreve a violar este binomio, deja de ser normal y pasa a ser juzgado y rechazado por la sociedad. Es por esto que ni Adonis ni su amigo se permiten la experiencia de tocarse libremente, pues desde pequeños han internalizado esos conocimientos que se desprenden de un imaginario heteronormativo y patriarcal.

Respecto a las prácticas sexuales de Adonis, el vampiro, hay mucho material y ejemplos, además del anterior, que pueden mencionarse, en los que se evidencian los imaginarios sociales predominantes en la novela y la forma en que coadyuvan en la disposición de su identidad. Por aludir a uno, incorporo la siguiente cita: “[...] me ciscaba mucho pero también me atraía se me antojaba muchísimo acostarme con él porque nunca había tenido relaciones con nadie nunca había cogido ¿mentientes? ya era todo un señor de diecisiete años y seguía siendo virgen” (Zapata, 1979:43). La realización del acto sexual en la juventud temprana es uno de los *habitus* incorporados en Adonis, ya sea por su clase social, por sus

preferencias sexuales o simplemente por corresponder a la época a que pertenece. Pero pareciera como si de modo irreflexivo accediera a que existe un límite permitido para seguir conservando la virginidad según estándares ajenos a él, y por lo mismo iniciara el ejercicio de su sexualidad. Otro aspecto referente al sexo es la culpabilidad. Adonis comenta que la primera vez que tuvo relaciones sexuales, por una razón que considera peculiar, no experimentó la sensación de culpabilidad que se espera con este evento: “[...] lo chistoso es que después no me sentí mal digo porque ya ves que toda la gente cuando coge por primera vez se siente mal pero yo no me sentí mal ¿ves? ni culpable ni nada a pesar de que era la primera vez que lo hacía bueno sí me sentía mal no no mal más bien como apenado ¿ves?” (Zapata, 1979:45). La representación que Adonis tiene de este acontecimiento es, digamos, una representación de pecado. Tras la primera relación sexual, vista como una transgresión a los preceptos morales y religiosos, viene el sentimiento de haber cometido un delito. Adonis se extraña de sí al descubrir que no padece la sensación que comúnmente experimenta la mayoría, según él lo sabe. ¿Por qué ocurrirá esto? Puede ser precisamente a causa de que, en realidad, en la vida de Adonis no hay instituciones como tales, ya sean la familia o la religión, que le hayan enseñado o impuesto tan tajantemente, excepto por la sociedad en la que se inscribe, cómo se debe o no ser. Testigos reales de la época cuentan cómo la educación religiosa repercutía directamente en la representación que tenían de sí mismos como sujetos homosexuales, que estaban cometiendo actos indeseables. También otros que coinciden con la formación de Adonis en cuanto al desapego de la Iglesia o de las religiones, y manifiestan una mayor facilidad para vivir el día a día sin remordimientos o sin sentir que lo que hacen sea malo (Laguarda, 2009:51).

La narración de Adonis, como se ha mencionado, refiere fundamentalmente a su sexualidad. Sus costumbres y creencias respecto al tema presentan a un Adonis abocado a la concupiscencia. La novedad en esta materia, por ejemplo, es una de las necesidades más fuertes del protagonista de la novela; él hace mención constante al deseo de probar distintos cuerpos y al tedio que le provoca mantener una pareja sexual por un tiempo prolongado. Como parte de sus *habitus*, cambiar de pareja sexual constantemente y experimentar es lo que él conoce y ejerce. Pollak opina que, fuera del plano literario, la prohibición de la homosexualidad reforzó y aceleró la separación de la sexualidad de las tendencias afectivas (1987:75-76). Esto quiere decir que la posibilidad de tener múltiples parejas sexuales se convirtió, por así decirlo, en un *modus vivendi* para los gays. De muchos testimonios de esos años se desprende que, mientras resultaba fácil encontrar parejas sexuales, establecer relaciones significativas y duraderas era mucho más difícil (Laguarda, 2009:109). La siguiente cita nos permite observar lo dicho anteriormente de Adonis:

[...] porque en aquella época decía “bueno” a cualquier cosa cualquier cosa nueva me parecía mejor que otra como que siempre tenía la necesidad de estar cambiando constantemente y hasta la fecha ¿ves? mira por ejemplo yo no puedo coger más de tres veces con el mismo cuate al cabo de dos o tres cogidas su cuerpo me empalaga me aburre me parece como si llevara quince años viviendo con él siempre tengo la necesidad de estar viendo nuevas pingas nuevas nalgas nuevo todo ¿no? [...] (Zapata, 1979:51).

Como puede verse, para Adonis es una especie de impulso eso que lo lleva a involucrarse eróticamente con muchos hombres y a no limitar su abanico de posibilidades. Visto desde afuera, transgrede el modelo de monogamia predominante en el imaginario de los setenta en México, pero también coincide con el estereotipo de la promiscuidad en la homosexualidad, que también se desprende de los imaginarios sociales que permean la novela.

En cuanto a la variedad de parejas sexuales, si bien Adonis se dedica a la prostitución, y por lo tanto eso en parte determina también que aquella se presente, se puede observar una marcada diferencia, desde la perspectiva del personaje, entre clientes y amantes. Él establece esta división, y con base en ello regula sus *habitus* y representaciones. Expresa:

[...] después se quitó la bata yo me encueré y ya ¿ves? ahí le di su piquete así de rápido me lo piqué y ya me vestí creo que esa vez ni me vine aunque así por lo general no me vengo con los clientes se me hace un desperdicio ¿no? además yo cumplo con ellos metiéndoles la verga o dejándomela meter según sus gustos ¿no crees? no es necesario que me esté yo derritiendo de placer prefiero guardar ese semen para cuando lo haga por deporte (Zapata, 1979:48).

Adonis asume diferentes roles con respecto a una misma práctica, el sexo. Por un lado toma con seriedad su profesión de prostituto, pues, según afirma, cumple con los deseos particulares de los clientes, que finalmente es lo que estos buscan. Pero, por otro lado, la seriedad de lo que hace no implica que involucre sentimientos o que él disfrute de esta práctica. Como prostituto asume de manera implícita esa carga de objeto de deseo y cambio que la sociedad establece. Se representa entonces de esta manera, para sí y para los otros. Y sus *habitus* se diferencian por las situaciones y contextos: trabajo/vida íntima. En el primero hace lo que el cliente pide, lo que el otro impone, y en la segunda se aproxima más a su deseo y necesidades, aunque no sin tener en cuenta el hecho de que estos no son completamente auténticos, sino que responden también a lo social.

También a la cuestión de la prostitución pueden agregarse otras observaciones que se desprenden de la lectura de la novela. El personaje principal presenta una serie de sentimientos encontrados en diferentes momentos de su vida que se desprenden de su profesión y ponen en conflicto su identidad. La decisión de Adonis de dedicarse a la prostitución es autónoma, y por eso se ve en primera instancia como algo de lo que está orgulloso y con lo cual no tiene problemas:

[...] yo ahorita por ejemplo no tengo ganas de ver a nadie absolutamente porque son cosas que quizá no comprenderían digo lo del talón en concreto [...] yo pienso que iría a verlos hasta que tuviera un trabajo o una actividad o algo de lo que no me avergonzara o sea no es que me avergüence del talón sino más bien son ellos los que se avergüenzan digamos que yo no tengo prejuicios pero la gente sí (Zapata, 1979:55).

El personaje afirma que no siente vergüenza de ser prostituto y que está libre de prejuicios vinculados al tema. Pero tampoco puede dejarse de lado el hecho de que Adonis no se atreva a mostrarse tal y como es con los demás miembros de la sociedad. De una u otra manera, los prejuicios morales que dan forma a los imaginarios sociales del mundo que habita el personaje de la novela se hacen visibles no solo en el resto de las personas que participan en él, sino en el propio Adonis. La representación de la prostitución, vista como una práctica indecente, está presente tanto en las personas comunes y corrientes, como en el imaginario de Adonis. Y los *habitus* se llevan a cabo o se frenan dependiendo de las circunstancias y la resolución de los conflictos internos.

En esta otra cita es más claro el peso de los prejuicios en Adonis, no solo morales sino además religiosos, relacionados con la prostitución:

[...] como que de repente me entró una onda que quién sabe desde hace cuánto tiempo había estado arrinconada en mi cabeza o sea de pensar que el hecho de cobrar a alguien por coger era pus no pecado ¿verdad? porque yo no creo que existan los pecados pero sí injusto digamos o no sé pero me sentía bastante mal por cobrar me sentía un vil putito y me empecé a aplatanar bastante me sentía deprimido tomaba mucho y muy seguido en fin ahora pienso que sí me debió afectar un poco la separación de René ¿verdad? [...] como que en el fondo sí me chingó porque ps no sé René era para mí como un apoyo ¿verdad? (Zapata, 1979:80).

A pesar de que es ante una situación de vulnerabilidad, según lo deja ver el anterior texto, cuando Adonis reconsidera lo que hace con su vida y su cuerpo, con-

sidero que es igual de significativo recuperar la disputa entre esa parte de sí mismo que está conforme con lo que hace y esa otra parte que depende por completo de la moral, la religión y los juicios de valor sociales; es decir, ese conflicto interno por el que no logra encontrar una realización plena de su felicidad. Los imaginarios sociales compartidos en la novela como esquemas de apreciación de la realidad se imponen de manera no racional y predominan en el diario transcurrir de Adonis.

Como último comentario por ahora, referente a la profesión del personaje de Zapata, me referiré a lo que exhiben las siguientes líneas en comparación con los anteriores ejemplos: “[...] me empezó a entrar no sé qué como nostalgia o como ganas así desas que no puedes controlar de chichifear de volver a llegarle a esas ondas aunque fuera por un rato de volver a sentirme independiente de saber que yo podía valerme por mí mismo por mis propios medios” (Zapata, 1979:100). Adonis se mueve de un polo a otro de representaciones, *habitus* e imaginarios sociales, en el sentido de que no es estable su postura acerca de la prostitución. Él, como sujeto homosexual, extraña llevar a cabo esas prácticas, esos *habitus* que ha vuelto parte de su condición como sujeto gay, pues así lo percibe desde ese imaginario radical. Al dejar de lado tales actos siente un poco que deja de ser él, que pierde lo que forma parte de su identidad. También es oportuno comentar que Adonis ve en su oficio la ejecución de su autonomía; es en el uso de su cuerpo, según su voluntad, donde él encuentra el punto de su independencia, la cual consigue en la transgresión de los *habitus* impuestos desde la moral y en la consideración del cuerpo como un instrumento propio de trabajo. Transgrede *habitus* impuestos, pero aprende otros que se apegan más a su deseo de ser, a su cercanía con un yo con el cual se identifica.

Adonis se ha formado también representaciones al interior del grupo de los gays; a veces comparte con ellos posiciones, características y formas de operar, pero también difiere de ellos en ocasiones. La clasificación más simple que hace es la de la representación de los gays masculinos o “serios” y la de los gays femeninos o “locas”. Se desprende del imaginario social que los hombres deben de poseer ciertas características propias de su configuración sexo-genérica derivada de lo dominante. Si bien como homosexual sufre marginación por su rol equiparable al de las mujeres, Adonis estima importante proteger su naturaleza como varón, discurso que está enraizado en cierto sentido en el androcentrismo y en la masculinidad hegemónica de su sociedad. Existe, no solo en la novela sino en la vida real, una “estratificación por género” en la sociedad mexicana, incluida la propia comunidad gay, en la que hay un sujeto “masculino” y uno “afeminado” o “menos masculino” (Núñez, 2004:323). En uno de los capítulos dice Adonis: “[...] se llamaba efrén efrén algo pero le decían frenchi imagínate frenchi qué horror ¿no? las locas

son las que nos desprestigian a los homosexuales de corazón a los homosexuales serios je a los que no tenemos que andar gritando a los cuatro vientos que somos putos” (Zapata, 1979:41). Para él las locas desacreditan la homosexualidad, pues estos sujetos hacen visible su género y condición en todo momento, mientras los gays serios como él no requieren de tomar estas medidas para definir lo que son o para reconocer su identidad. Esta postura de Adonis frente a los dos tipos de homosexualidad presentes en la novela, si se mira con detenimiento, es desencadenada por el régimen de la sexualidad dominante comprendido en los imaginarios sociales con los que convive. La autocensura es una de las características de la dominación simbólica ejercida por la sociedad falocentrista sobre los grupos gays y lésbicos, como ya se vio con Bourdieu. Todavía en los años setenta en México había una fuerte presencia de los binarismos sexo-genéricos que reducían el panorama de los sexos a hombre/mujer, sin margen alguno para otras opciones; no eran bien aceptados los bisexuales, los transexuales, los intersexuales o cualquier otra clase de persona que no estuviera bien definida o se ajustara a moldes, a roles de género. Desde el punto de la masculinidad hegemónica, la homosexualidad se asimila con la feminidad (Connell, 2003:119), así que mientras más visiblemente femenino resulte el homosexual, como en el caso de las “locas”, mayor rechazo padecerá por parte de la sociedad, incluso dentro de su mismo grupo pues, como ya se trató, la sociedad mexicana en general en los setenta era androcéntrica y heteronormativa; y prueba de ello es la cita anterior de Adonis y la manera en que juzga a otros gays por no coincidir con él en sus *habitus* pese a que comparten preferencias homoe-róticas. Y la masculinidad dominante siempre ejerce una presión en sujetos como Adonis para percibir la realidad y llevar a cabo sus acciones y discursos. Guillermo Núñez dice que:

[...el] “sistema sexual mexicano” es en realidad una especie de “sistema homoerótico dual”: uno de origen hispano, estructurado en la dicotomía “activo-pasivo” y otro de origen noreuropeo y norteamericano, estructurado a partir de la intercambiabilidad de los papeles eróticos de la noción de “gay”. El primer sistema, es “tradicional”, es dominante; el segundo, “moderno” (Núñez, 2004:324-325).

Otras de las cuestiones importantes en la novela, y que se presentan con recurrencia, son las que conciernen a las enfermedades de transmisión sexual. Las prácticas sexuales como *habitus*, y estos a su vez como internalización de lo social, nos permiten observar las relaciones existentes entre lo individual y lo social y esa conformación de la identidad a partir de la oposición entre el yo y el otro. Como sujeto sexualmente activo y como sujeto que cambia constantemente de pareja sexual

y que se involucra con muchas personas, no solo por ser prostituto, sino por gusto propio, Adonis no tiene una educación sexual formal. Él no ve el sexo más allá del placer, ya sea por falta de educación, inconsciencia o ignorancia, y por lo mismo descuida su salud sexual. Sufre en distintos momentos enfermedades relacionadas directamente con el sexo, tales como gonorrea, condiloma, ladillas y hepatitis.¹⁸ Y lo interesante es que no solo padeció de ellas una vez, sino varias:

[...] ps he tenido treintaidós gonorreas en mi ya larga carrera o quizá más [...] y que cada vez que he tenido gonorrea he jurado y perjurado no volver a meter la verga he odiado encabronadamente a los putos y he prometido volverme buga si salgo de ésta ¿verdad? pero pus no tampoco es para angustiarse eso le pasa a toda la gente hasta a los hijos de familia además muchos se contagian por ejemplo nomás de sentarse en un excusado [...] así es que por lo menos mis gonorreas son con provecho (Zapata, 1979:57).

Sobre la anterior cita pueden hacerse distintos comentarios. Uno: Adonis ha sufrido estas enfermedades a tal grado que en ocasiones ha pensado en cambiar sus *habitus* radicalmente, es decir, se ha propuesto, aunque sin mucha determinación, dejar de practicar sexo con hombres y a cambio volverse buga o heterosexual. Otro comentario oportuno sería exponer la representación social que Adonis tiene de los heterosexuales como individuos sanos e higiénicos, libres de riesgo de contagio de enfermedades de transmisión sexual, representación seguramente derivada de las ideas de la sociedad en la que se ubica. Y por último, es interesante el hecho de que pese al hecho de que hace una distinción tan marcada entre homosexuales y heterosexuales en cuanto a la posibilidad de contraer enfermedades venéreas, no la haga entre clases sociales. Para él tanto gente con dinero como personas de clase social baja corren el mismo peligro.

Continuando con el tema de las enfermedades de transmisión sexual, Adonis, y de nuevo lo repito, sea por su clase, grupo social o ignorancia, no tiene conciencia de las amenazas a las que se expone al tener relaciones sexuales sin preocuparse

¹⁸ En 1981 se hicieron los primeros descubrimientos sobre el VIH (Apezteguia, 2008:21), en 1983 fue aislado, y en 1985 su secuencia genética fue descrita (Sánchez, 2008:39). Por la misma razón, para el año en el que Zapata publica la novela, que coincide con la época en la que habita Adonis, el tema del SIDA no era abordado y no se tenía en cuenta. Tampoco era tan importante la salud sexual y la prevención de enfermedades de transmisión sexual. Con el descubrimiento del SIDA, se empezó a tomar conciencia de las graves consecuencias que podría llegar a tener la negligencia en la práctica sexual y comenzó a darse importancia al uso del condón para prevenir todo tipo de enfermedades de transmisión sexual.

por lo que circunda al acto erótico, y por lo mismo es negligente con su salud, por ejemplo, al rechazar el uso del condón:

[...] también me acuerdo de otro cliente que les tenía pavor a las enfermedades venéreas pero pavor del bueno y ése a todas las enfermedades no nomás a las crestas [...] me ligó y me llevó al hotel alameda entonces ahí sacó su preservativo y lo puso disimuladamente a un ladito y me empezó a meter mano ¿verdad? [...] y ya que la tenía bien parada que agarra el preservativo y me lo pone ¿no? [...] y me la empieza a mamar a mamar ¿te imaginas? no se midió fue lo más chistoso es el colmo del miedo a las enfermedades venéreas (Zapata, 1979:67).

Para él, es irracional el miedo a las enfermedades venéreas; pese a haber presentado varias de ellas en numerosas ocasiones, él sigue sin darles demasiada importancia. Se distingue de su cliente, que si bien disfruta del placer carnal, antepone su integridad física. A Adonis, en cambio, lo que le preocupa sobre lo demás es su complacencia. Y el condón, en este sentido, lo limita, lo restringe como ser sensual, de ahí que sienta un desprecio por él y evite usarlo.

Algunas otras representaciones sociales que Adonis tiene con respecto a los otros, y que van de la mano de *habitus* fijos, son las de los “bugas”, las mujeres, los hombres heteroflexibles, los travestis y los policías. Doy ejemplos de algunas de ellas. El protagonista de *El vampiro de la colonia Roma* tiene representaciones sociales claras sobre lo que es un “buga” u hombre heterosexual y los *habitus* que vincula a tales representaciones. En uno de los capítulos expresa:

[...] pero también pasaba mucho tiempo en la casa me iba a ver a mis cuates bugas porque tenía cuates bugas ¿no? los del billar y esa onda y me iban a ver y nos poníamos a tomar a echar desmadre a contar chistes y yo me divertía ¿ves? me entendía bien con ellos ahora no siempre que estoy con un buga me pasa lo mismo que con las viejas no se me ocurre de qué hablar no sé ni qué onda no es lo mismo que estar con alguien de ambiente no puedes estar diciéndoles ‘mira qué cuero está ese cuate qué ricas nalgas tiene’ porque te mandan al carajo te dicen ‘pinche putó’ y en un descuido a lo mejor hasta te madrean ¿no crees? (Zapata, 1979:53).

En este párrafo podemos observar que Adonis, como parte de su reflexión, relaciona a los hombres heterosexuales con la fiesta, la diversión, el alcohol, y les designa lugares propios de la masculinidad dominante, como los billares. Esta serie de *habitus* los hace ser heterosexuales, hacen evidente su condición. En uno de sus ensayos, López y Recio, a través de un análisis en torno de la publicidad que nos

rodea, reparan en que precisamente los hombres realizan tres acciones arquetípicas de la masculinidad tradicional: el deporte, la evaluación de la belleza masculina y el consumo de bebidas alcohólicas (2008:268); de ahí que, como en la novela, los heterosexuales se apeguen a esta virilidad hegemónica o tradicional y sea también de esta manera como se conciban en el imaginario de la sociedad. Asimismo vemos, a partir de la cita anterior, que Adonis, como homosexual, se representa con características y costumbres muy distintas, propias de su grupo, como el hablar constantemente de su objeto de deseo. Es por esta diferencia de representaciones, que ubica a través de los *habitus*, que se inclina por la convivencia con personas del grupo de los gays, en vez de con heterosexuales o mujeres. Prefiere compartir con individuos con los que siente mayor afinidad y con los cuales se identifica, y previene así el rechazo, la discriminación y la posible violencia de los que no pueden comprenderlo completamente porque no son como él, pues según su imaginario la probabilidad de que esto ocurra existe siempre.

En una ocasión, Adonis, motivado por la presión de sus amigos heterosexuales, se ve obligado a involucrarse sexualmente con una mujer:

[...] y yo pensé “esta es la oportunidad que estaba esperando” “ y agarré y me la cogí ahí chaca chaca chaca chaca” [...] yo lo único que quería era lo único que quería era cumplir con la ps con que me la cogiera y dejaran de chingar así tal y como estábamos nomás agarré y se la metí ni siquiera la besé ni nada así como animales [...] ya los otros cuates dejaron de chingar con que me la cogiera y yo dejé de sentir presiones (Zapata, 1979:89).

Adonis parece reconocer, de cierta forma, haber realizado dicha acción incitado por un anhelo de pertenencia y de no quedar al margen de la sociedad debido a sus preferencias sexuales. Al llevar a cabo el coito con una mujer, lo que hace es intentar adoptar el rol del hombre dominante, según los modelos de la época y la sociedad en la que se sitúa, es decir, de la masculinidad hegemónica, la del hombre heterosexual. Recordemos que, como dice Olavarría, la masculinidad hegemónica dicta que: “Los hombres deben ser/son heterosexuales activos” (2005:150). No obstante, el protagonista tiene definido el aspecto de su identidad relacionado con sus gustos y está convencido de no sentir atracción por las mujeres; en consecuencia se limita a la penetración, sin goce ni besos, pues bien pudieran figurar como afecto. Simplemente aprovecha la circunstancia para atestiguar su hombría, pues aunque no titubea sobre su sexualidad, como ya lo he advertido antes, la sociedad es tan imponente, que muchas veces modifica sus *habitus* y se presenta al otro como algo distinto a lo que es.

Ahora bien, en su encuentro desde su identidad gay con personas pertenecientes a otros grupos sociales, es pertinente mencionar las características de su relación de choque con los policías como figura de autoridad. Adonis mantiene una actitud de reserva hacia ellos. En su comprensión, en la significación de sus estructuras mentales o su imaginario, una persona gay es una víctima potencial de ellos. La representación que tiene de los policías es la de seres violentos, discriminatorios, cerrados de mente, los malos, uno de los tantos enemigos de su grupo social:

[...] pensé “¿y si de repente nos agarra la tira?” que nos viera una patrulla y nos empezara a seguir [...] y que nos detuvieran que se nos cerraran y nos detuvieran y nos preguntaran que por qué íbamos a esa velocidad y tantos monos en el coche y los chavos esos ahí abrazándose y que entonces sospecharan y dijeran “¡ah! con que son puros muchachitos” “y de ambiente jefe” diría el otro [...] y que nos empezaran a golpear o no que primero nos bolsearan y que nos quitaran la toda la lana y que después eso sí nos madrearan y nos dejaran tirados en la banqueta de estudios churubusco (Zapata, 1979:70).

Adonis en su imaginario concede a la policía la facultad de preservar el orden. Y dentro del orden de su disposición social, temporal y espacial, de lo normativo, es la heterosexualidad la que se impone. Por lo tanto, lo que teme Adonis es que se imponga la “Ley” sobre ellos, que de alguna manera son vistos por los otros como criminales que atentan a la moral y a las buenas costumbres. Teme que el uso de su cuerpo y sus gestos, inscritos en ellos como *habitus*, adheridos a la homosexualidad, y que a la vez los representa, los delate y se utilice por tanto la violencia física como represalia, pues es como él registra la relación entre autoridad y gays. En ese tiempo era muy usual que en México se llevaran a cabo redadas policiacas en las que arrestaban a homosexuales sin una justificación humanamente válida. Los agredían y los extorsionaban. Precisamente en 1979, el Grupo Lambda de Liberación Homosexual intentó lanzar una campaña en contra de tales actos. Sus argumentos en la “Primera campaña del Grupo Lambda de Liberación Homosexual en contra de la represión policiaca a los homosexuales” fueron los siguientes:

La represión en nuestro país se implementa de diversas formas: extorsión, chantajes, aislamiento, torturas y hasta asesinatos. Las corporaciones policiacas constitucionales y anticonstitucionales arremeten contra los homosexuales y “sospechosos” en cualquier parque público, cine, calles. Este tipo de violencia policiaca autorizada por el gobierno mexicano, se lleva a cabo en toda la república, adquiriendo sus propias características en cada ciudad. Principalmente en la ciudad de México, la persecución a los homosexuales se

ha fortalecido en los últimos años. Los lugares de reunión de homosexuales como baños públicos, bares, discotecas, etc., a donde se nos confina en nuestras relaciones afectivas y sexuales, nunca están exentos de las arremetidas por parte de las fuerzas del orden burgués. Cotidianamente son interceptados por la policía uniformada, agentes secretos, elementos de la “brigada blanca” y los “ganchos”, muchos compañeros homosexuales, por su forma de caminar, hablar, moverse o adornarse. Las acusaciones que se nos hacen cuando somos detenidos son falacias deliberadas, tratando siempre de mezclarnos con “faltas a la moral”, “corrupción de menores”, “iniciación de comercio carnal” o “consumo y tráfico de estupefacientes”. No dudamos que existan casos de homosexuales que cometen estos “delitos”, quienes en todo caso no deberían de ser reprimidos, pues esa no es la solución viable a los problemas provocados por una sociedad tan opresiva como es en la que vivimos. Sin embargo, el hecho de que se utilicen estos cargos mañosamente es con el claro propósito de justificar la represión oficial, así como para desprestigiarnos ante la opinión pública (1979:2).

Pese a la realidad que se vivía en la Ciudad de México, Adonis se lleva una sorpresa, rompe con su esquema de percepción, con ese imaginario social, la inesperada participación activa de estos mismos policías en una reunión orgiástica que llevaron a cabo él y sus amigos: “[...] nomás te digo que los cuates esos se portaron a la altura mamaron vergas prestaron nalgas y picaron como nunca en su vida habían picado ya como a las siete se fueron y fíjate todavía nos dejaron lana cuando se enteraron que éramos del talón y así fue como cogimos muy rico por cierto con dos dignos cueros representantes de la ley” (Zapata, 1979:71). Se alejan de la representación de los policías como agentes de la masculinidad heterosexual y provocan un resquebrajamiento en la forma en la que Adonis ha aprendido los roles. Aunque, claro, todo se hace en la privacidad, lejos del espacio público, pues el lugar destinado para ese tipo de prácticas es la clandestinidad.

Por último, para cerrar este apartado, me gustaría reparar en algunos de los sitios que Adonis menciona como espacios propios de los homosexuales, en sus ritos, usos y desusos del cuerpo, y en la situación, desde lo gay, de la Ciudad de México que Luis Zapata construye en la novela. Lugares como los Sanborns, el metro, las tiendas de discos, los baños públicos, la Zona Rosa y los cines de ambiente eran propicios, según el protagonista, para que se diera alguna aventura o romance, además de que estaban catalogados como lugares gay:

[...] si querías ligar en la mañana te ibas a cualquier sanborns y ya ¿ves? ligabas o en el metro en la estación insurgentes o en las tiendas de discos [...] se ligaba mucho en los baños del puerto de liverpool o en los baños de ecuador o en otros ba-

ños públicos los finisterre los mina los riviera me acuerdo en especial de los ecuador que eran son increíbles porque es totalmente otra onda o sea ahí ves desde señores que dejaron afuera su galaxie y que nomás van a que les den su piquete hasta albañiles y carpinteros y demás [...] hay muchísima cooperación entre todos ¿ves? como si todos fueran iguales ahí las clases sociales se la pelan al sexo ¿verdad? [...] no sabes es padrísimo después al medio día ligabas en Toulouse o en cualquier esquina de la zona rosa [...] en las tardes claro estaban los cines [...] a mí me gustaba mucho ir al internacional que también era cine de ambiente (Zapata, 1979:160).

En el mundo en el que habita Adonis existen muchos espacios en los que los homosexuales pueden ligar, vivir un romance o una aventura, esto es evidente. Pero llama la atención también el número limitado de estos sitios, como si la mayoría de los espacios públicos pertenecieran a la sexualidad dominante y ellos tuvieran que conformarse con unos cuantos lugares que además son privados o rozan con lo privado. En el imaginario social de los sujetos que conforman *El vampiro de la colonia Roma*, lo público es masculino y heterosexual, y lo privado femenino y homosexual. También sobre esta cita destacaré la representación que Adonis hace de estos lugares como punto de encuentro entre hombres que desean a hombres, en los que gracias al ansia de la carne se homogenizan clases sociales, colores de piel, niveles de educación, etcétera.

Puede decirse que la información que Zapata brinda a través de Adonis con respecto a los lugares de moda frecuentados por los gays, o espacios destinados para ellos en la Ciudad de México, guarda correspondencia con espacios reales o que existieron fuera de la ficción. Por ejemplo, un testimonio:

Los Sanborns, en general, eran un buen lugar para ligar, desde la mañana hasta la noche, a toda hora. [...] en general en los Sanborns se hacía de todo, adentro de los baños. Era impresionante. Se armaban or-gí-as, y un alma caritativa siempre era el que daba el pitazo para que los empleados no vieran el aquelarre, qué cosa (Laguarda, 2009:101-102).

Otro de los testimonios habla de los cines como un buen lugar para ligar: “en aquella época había cines como era el cine Roble, sobre el paseo de la Reforma, el cine más hermoso que hayamos tenido aquí en México. Asistía mucha gente de ambiente, y se propiciaba mucho el ligue” (Laguarda, 2009:102-103). Un tercero cuenta de su experiencia en los baños Ecuador: “En los setenta, los baños Ecuador eran los más famosos. Una vez fui con un amigo a los Ecuador un domingo en la noche. Era un lugar muy cutre, cutrecísimo, horrendo. Tenía un privadito para que

te cambiaras y regaderas, masaje, un sauna. Y el sauna tenía poca iluminación y rincones muy oscuros” (2009:103). Y, desde luego, la Zona Rosa tenía fama de ser el área homosexual de la ciudad (2009:93).

La Ciudad de México en esa época, según lo describe Adonis, era una “[...] ciudad cachonda”, que “favorecía las [...] relaciones sexuales” (Zapata, 1979:159). En la que “[...] parecía como si se acabara de descubrir la homosexualidad”, porque de pronto “[...] hasta los que no eran de onda ps también andaban en ese desmadre”, cosa que a Adonis le agradaba, pues consideraba que así “[...] todo el mundo tenía la impresión de vivir en un país libre” (1979:166). Se sentía cómodo con la aparente autonomía sexual que muchos miembros de la sociedad manifestaban. Y a la edificación de su identidad, esto le daba un poco de fijeza. La ciudad, desde la posición en la que él la miraba, era muy sensual, destacaba esta cualidad en ella. Y es curioso que enuncie esa liberación sexual, propia de los años setenta, en la que con los antecedentes del feminismo, los movimientos sociales de los sesenta y otro tipo de cambios económicos y sociales en el mundo, fue más fácil para los homosexuales empezar a mostrarse, e incluso, como insinúa Adonis, para los que se decían heterosexuales, experimentar, en un momento y lugar en el que décadas atrás hubiera sido más difícil hacerlo.

Capítulo 4



Las púberes canéforas:
multiplicidad de voces, diversidad de identidades

Sobre *Las púberes canéforas*

Las *púberes canéforas* de José Joaquín Blanco se publicó por primera vez en México en 1983. No solo es una novela pionera de la narrativa mexicana con temática homosexual, sino que es además, de entre las novelas fundadoras de este género, me atrevo a decir, de las que mayor mérito estético y literario tienen. Es una novela autorreferencial y metatextual, muy densa, que emplea el discurso no lineal y la multiplicidad de voces para contar la historia de distintos personajes residentes en la Ciudad de México. Dichas historias se entretajan por los hilos de la noche, el crimen, la corrupción, el poder, la soledad y la homosexualidad, y tienen como punto de convergencia una identidad sexual “alternativa”. Por un lado, un narrador que, según descubrimos casi al finalizar la obra, aparece a la vez como personaje dentro de ella, cuenta las historias de Felipe y Guillermo, y va también cediendo la voz a dichos personajes a la par que narra. Felipe es un joven *chichifo*,¹ o prostituto, de dieciocho años. Guillermo es un señor burócrata de cuarenta, y escritor frustrado. Ambos dejaron de tener una relación comercial, es decir, cesa-

¹ El empleo de la palabra *chichifo* en este capítulo no es arbitrario, pues así es como se conoce dentro de la comunidad LGBTTIQ a los hombres que se dedican a prostituirse con varones, por lo que referirnos a ellos simplemente como prostitutos exigiría una explicación más amplia y menos práctica. Además, es esta terminología la que se emplea dentro de la novela.

ron de ser cliente y prestador de servicios, y comenzaron a tener “algo” de índole íntima. En cuanto a sus sexualidades, presentan algunas diferencias: Guillermo es un homosexual definido, en tanto que la sexualidad de Felipe es mucho más compleja; este se prostituye con hombres, pero mantiene una relación sentimental, o algo cercano a este tipo de relación, con Analía, una joven prostituta. Lo interesante de Felipe es que no termina de quedar clara la construcción de su sexualidad. Esto remite un poco a las palabras de Butler en cuanto al concepto de género en relación con las identidades:

[...] el género no es, de ninguna manera, una identidad estable; tampoco es el *locus* operativo de donde procederían los diferentes actos; más bien, es una identidad débilmente constituida en el tiempo; una identidad instituida por una repetición estilizada de actos. Más aún, el género al ser instituido por la estilización del cuerpo, debe ser entendido como la manera en que los gestos corporales, los movimientos y las normas de todo tipo constituyen la ilusión de un yo generizado permanente (Butler, 1998:297).

De esta manera, es comprensible que Felipe se muestre ante nosotros como un ser inacabado, incompleto o, mejor dicho, variante, fluctuante, sobre todo en cuanto a identidad sexual se refiere. Es un personaje, en este sentido, muy alejado de los arquetipos; es más elaborado que el resto de los personajes que se ubican en su misma novela y otras. Por otro lado, Guillermo relata desde su punto de vista, como parte de su proyecto literario, la historia de Felipe a partir del asesinato de Claudia, la prostituta madura con la que compartía Analía habitación en el Hotel Radamanto, focalizando su atención en el estilo de vida de Felipe, en su personalidad, gustos, ocupación, etcétera. Y además, vamos entre una narración y otra descubriendo otros personajes muy importantes como la Gorda —un dentista homosexual amigo de Guillermo—, que es el que resulta más contestatario, según lo permite ver el final de la novela, cuando decide enfrentar a la policía al salir de los baños Jáuregui, pues como dice Víctor Federico Torres:

[...] asume una postura de enfrentamiento, una opción política, que responde al reclamo de Blanco de conformar una especie de “subversión dentro del conformismo de nuestra clase media” que lo lleva a enfrentar la persecución, a pesar de contar con los recursos económicos o la “falsa credencial de policía judicial”, con todos los riesgos que esto implica (Torres, 2010:97).

Otros personajes trascendentes son Ignacio y Fabián. Ambos son amigos que, resguardándose en la fraternidad y la amistad, una noche tienen relaciones sexuales.

Aquí lo que sucede es que el discurso fraternal les permite la homosociabilidad,² a grado tal que consideran que no es sino una prueba de su amistad lo que pasa entre ellos. No obstante, ambos personajes son muy diferentes entre sí: Ignacio es un estudiante de preparatoria que no solo se dedicaba a la prostitución en el pasado, sino que tenemos conocimiento, por sus acciones, como después se verá, de que lo hacía por placer, además de por dinero. Fabián, en cambio, es un obrero empleado en la Fábrica Clincson, S.A., que tiene una relación seria y estable con Margarita.

La novela está compuesta por diez capítulos, de los cuales el último corresponde exclusivamente a dos versos de “Salmo IV”, poema de Quevedo: “Nada me desengaña; /el mundo me ha hechizado” (Blanco, 1983:149), que en el contexto de la obra vendrían a ofrecer un rescoldo de esperanza en la humanidad y en la vida, sobre todo después del final tan duro y crítico que tiene la historia, al haberse entregado la Gorda a los policías sabiendo las consecuencias fatales que esta decisión tenía, pero consciente también de la acción política que estaba llevando a cabo.³

En *Las púberes canéforas* hay una presencia significativa de intertextualidades poéticas, como la que se cita en el párrafo anterior. Es oportuno mencionar que la novela inicia con el siguiente epígrafe, tomado de “Responso a Verlaine” de Rubén Darío:

Que púberes canéforas te ofrenden el acanto;
que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,
sino rocío, vino, miel;
que el pámpano ahí brote, las flores de Citeres,
¡y se escuchen vagos suspiros de mujeres
bajo un simbólico laurel! (Blanco, 1983:9).

Precisamente estos versos sirven para dar título a “las novelas”, es decir, la de Guillermo, la del narrador-personaje y la de Blanco,⁴ como más adelante se ve,

² Originalmente el término de homosociabilidad fue acuñado por Rosabeth Moss Kanter, y quiere decir que los hombres se sienten más cómodos relacionándose entre sí, por lo que hacen de lado a las mujeres (Kanter, 1977).

³ Žižek comenta que un acto político “[...] no ocurre simplemente *dentro* del horizonte de lo que parece ser ‘posible’ —redefine los propios contornos de lo que es posible (un acto logra lo que, dentro de un universo simbólico dado, parece ser ‘imposible’, incluso cambia sus condiciones, de forma tal que crea retrospectivamente las condiciones de su propia posibilidad)” (2000:121).

⁴ La del narrador-personaje y la de Blanco pueden, o no, ser la misma.

y para que la historia tenga un punto de partida. El asesinato de Claudia, la señora prostituta con la que Analía vivía, es, en este caso, puesto sobre la mesa con este fragmento del poema de Darío, y suscita la narración y la reflexión.

A lo largo del libro, además, se va citando a poetas y narradores, como Sor Juana Inés de la Cruz, Tablada, Salvador Novo, Scott Fitzgerald, Jaime Gil de Biedma, Norman Mailer, Góngora, López Velarde y en especial a Quevedo. Los versos y líneas que tanto el autor como los narradores eligen y comparten son mayormente de tipo barroco, excesivos, muy elaborados, que son comprendidos por el lector solo en relación con la historia; y que por un lado nos hablan de la formación culta-burguesa, y un poco pretenciosa, de Guillermo, mientras por otro lado nos advierten de una realidad ficcional rebuscada y compleja.

Continuando con el aspecto formal, es significativo ver cómo la novela de José Joaquín Blanco comparte e integra, como observa Marina Pérez de Mendiola, una triple clasificación, tres géneros a la vez; esto le da un mérito muy grande, y es una de las tantas razones, además de otras que desarrollo en párrafos siguientes, por las cuales reafirmo que tiene un mérito estético y literario especial. Es una novela que podría clasificarse no solo bajo la categoría de literatura urbana, sino también bajo la de literatura policiaca y la de literatura de denuncia o “gay” (1994:135). Sin duda hay una hibridez de géneros, pero esta no es tampoco fortuita.

Como literatura urbana, más allá de la ficción, pone en relieve los problemas y peculiaridades, tanto de la Ciudad de México, como de sus habitantes, en el México de los setenta y principios de los ochenta. Explora sobre todo las grandes construcciones comerciales y modernas que pertenecen al lado nuevo de la urbe, las que coteja con esa cara tradicional, cargada de historia, de la capital, en las cuales se ubican distintivamente el centro, los edificios antiguos, los establecimientos de siempre: baños públicos, hoteles, vecindarios de clase media y baja, etcétera. La ciudad se convierte, en la obra de Blanco, en un componente elemental para construir un mundo en el que casi todo es oropel, apariencia, espectáculo, y en el que las verdaderas identidades solo se manifiestan en lo oscuro e íntimo de la noche, en la clandestinidad.

Como literatura policiaca, inicia con la incógnita de un caso: el asesinato de una mujer. Parte de la intención de la novela será, pues, que el lector adopte el papel de detective, junto con Guillermo y el otro narrador, y vaya uniendo las piezas hasta formar el rompecabezas de lo que realmente ocurrió y de cómo los personajes que van apareciendo se relacionan unos con otros. Pero, sobre todo, como literatura de denuncia o literatura “gay”, su naturaleza es más que evidente. De alguna manera, lo que más capta la atención del lector son esos ingredientes que requieren que el análisis se concentre en la inscripción de la homosexualidad y en la configuración

de las distintas identidades coexistentes en un mismo espacio y tiempo. Por último, conviene indicar que Vek Lewis opina que lo abyecto, la transgresión del género sexual y la perturbación de la sexualidad normativa han sido centrales en la tradición policiaca (2003:87), por ejemplo, por lo que podemos concluir que el trabajo de José Joaquín Blanco no tiene que ver solamente con la yuxtaposición de géneros, sino que más bien parte de una complementariedad de categorías, pues lo abyecto, lo despreciable, lo vil, tanto tienen que ver con la novela policiaca, como con la literatura gay, y de igual manera la temática homosexual en la modernidad tiene su auge en los espacios citadinos, y la ciudad y los crímenes sin resolver resultan más convincentes y complejos en dicho espacio por la naturaleza de este. A lo que trato de llegar es a que los tres géneros están estrechamente ligados, y a que no funcionan uno sin el otro en la novela.

Detallando el plano de la forma, la narración es un foco de interés incesante a lo largo de toda la obra. Se puede hablar de dos, o incluso de tres narraciones, como se mencionó párrafos atrás: a) la de Guillermo, b) la del narrador que aparece como personaje casi al final de la obra y c) la de José Joaquín Blanco. La primera narración, la de Guillermo, está determinada por varios aspectos. Uno es el hecho de que Guillermo es un escritor fracasado que, no obstante ello, conserva la esperanza y una atracción por la vida gracias a la literatura; que decide, según la información que se nos proporciona, llevar a cabo la empresa de retomar su labor literaria y escribir, o por lo menos contarse a sí mismo, una historia a partir de lo que Felipe le había platicado. Otro aspecto es el hecho de que la vida del homosexual, según el punto de vista del mismo narrador, ya referido, implica largas caminatas y espacios de soledad, que se prestan a la reflexión y al contacto más inmediato con la creatividad y la formulación de una propuesta de constructo literario, que funciona simultáneamente como espacio catártico y organizador de las emociones y las ideas personales. En este sentido, el relato de Guillermo nos ayuda a recrear una situación específica, la del crimen, pero también nos permite conocer a Felipe desde una perspectiva, conocer a otros personajes y conocer al propio Guillermo por los juicios que hace y las decisiones que toma.

La segunda narración, la del narrador-personaje, es la que más puede desconcertar. No es sino hasta en el capítulo nueve donde confirmamos que el narrador, que aparenta ser extradiagético, forma parte también de los personajes de *Las púberes canéforas* de Blanco. El narrador, que aparentemente es un narrador en tercera persona, omnisciente o testigo, termina por descubrirse a sí mismo como parte de los individuos que conforman el mundo de la novela. Y según lo que el mismo narrador logra adivinar de los comentarios que Guillermo hace, se sabe que los demás, como el mismo Guillermo, opinan de él que:

Es un escritor superficial, un petulante, de los que se ufanan de tomar cualquier tema y en ocho horas [...] tiene listo un ensayo, un artículo, un capítulo de novela, un poema, jlo que sea! [...]. Y claro, todo le sale inútil, sobreintelectualizado, sin vida interior. [...] se pavonea, sabihondo y pontifical, de sus genialidades provincianas como de rancho (Blanco, 1983:134).

En este sentido, el narrador le da un giro a la historia con esta información que proporciona, y nos permite además penetrar un poco en su personalidad con las opiniones que acerca de él registra. Otra de las cosas importantes que podemos conocer, por la comprobación de la disposición compleja de dicho narrador, también en el noveno capítulo, es la probabilidad de que el relato que está haciendo no solo forme parte de la novela que nosotros como receptores apreciamos, sino que sea parte también de un proyecto literario más, el de Guillermo; proyecto que, casi seguro, está inspirado, en su mayoría, en la novela que Guillermo de alguna forma está escribiendo, pues como él mismo menciona, este escritor muchas veces tiende a robar ideas y frases de uno y otro autor. Y como se puede observar en las palabras que siguen, el narrador ha tenido contacto con dicha novela: “[...] le digo que voy avanzando en la novela que, por supuesto, nunca escribiré; le cuento pasajes enrevesados, improviso charadas y contradicciones, hasta le doy pedazos de texto, escritos en la oficina precisamente para engañarlo, todo un magma” (Blanco, 1983:134).

Como tercera narración puede considerarse la novela en su completitud; uniendo todas las historias y perspectivas de narradores, el resultado es la novela *Las púberes canéforas*, el producto final de José Joaquín Blanco. Esta narración es la que en definitiva evaluamos y reconstruimos a partir de las diferentes piezas que se nos van ofreciendo a lo largo del texto. Y finalmente, no quisiera pasar por alto que las tres narraciones que se acaban de plantear no pueden disociarse, pues una se subordina siempre a la otra.

Adentrándonos en las especificidades y logros del texto, conviene subrayar lo que acertadamente menciona Marina Pérez, y es el hecho de que la morfogénesis de la obra y la técnica narrativa de la que se vale Blanco permite la participación activa del lector, tanto de escritura como de creación, en todo momento (Pérez, 1994:136). Es el lector quien deberá ir atando cabos sueltos, como en la novela detectivesca o policiaca,⁵ sí, porque todo inicia con un caso no resuelto, pero también porque la

⁵ “En el texto policial, la estrategia generativa es la del desafío. El autor inventa una realidad que encierra un crimen, generalmente un asesinato, plantea como misterio la identidad de la persona que lo ha cometido y por último, crea un personaje que resuelve el misterio al final de la narración: el de-

multiplicidad de voces, de perspectivas y de narraciones nos obliga a trabajar con la información dosificada que se nos va dando y a procurar integrarla en una sola obra, por lo menos a través de la lectura y nuestra comprensión. Hay una multiplicidad de voces que hacen rica la novela, en parte por lo refrescante de las opiniones y miradas, pero también porque esta particularidad permite que tengamos una visión más amplia, menos reduccionista, de la situación relacionada con la identidad y la sexualidad en el México urbano de los ochenta que se refiere de cierta manera en la novela. A nivel mundial, fuera de la ficción, impactó mucho la liberación sexual europea y estadounidense, y en México se produjo poco a poco esta aceptación o apertura a “nuevas formas” de vivir la sexualidad (Lagurada, 2010:156). El que sean varios los personajes homosexuales a los que se les ceda la voz y de los cuales conozcamos, el que la totalidad de la historia podamos ultimarla solo con base en los tres niveles narrativos que se nos ofrecen, incide directamente en un entendimiento más cabal de la homosexualidad en la novela, sus características, generalidades y singularidades. Permite además, a la par, la construcción de otra novela y de otras identidades; que el discurso no se monopolice y no nos conformemos con una visión, sino que edifiquemos nuestras propias realidades a partir de unas bases textuales. Se promueve una variedad de lecturas; el texto, así, como dice Vek Lewis, es un juego de percepciones y perspectivas (2003:86), sobre todo con respecto a la prostitución, al cuerpo, a la homosexualidad, al amor, a la vida, etcétera.

Y no está de más mencionar algunos puntos finales en cuanto a la parte formal de la novela, que tanto Marina Pérez como Vek Lewis, estudiosos de la misma, han enfatizado en dos de sus trabajos. La primera autora, por ejemplo, considera que la técnica de *mise en abyme* contribuye a que se borre la frontera entre narrador/personaje narrado (Guillermo) y autor (Blanco y Guillermo) de las novelas, y que por otro lado también ayuda a provocar en el lector el sentimiento de que está frente a una maqueta de las varias versiones posibles de una misma novela (Pérez, 1994:136-137), como se había sugerido ya en el párrafo anterior de este trabajo. Y el segundo autor realza la importancia y trascendencia de que la poesía, a través de numerosas citas, se conjugue con la prosa y ambas den un resultado único y especial, que resulta a manera de *collage* (Lewis, 2003:86); señala también que el uso de la ironía, la hibridez de géneros y su metatextualidad consiguen que la novela se convierta en un texto nada fácil de leer, observación en la que coincide; y recalca

tective. El misterio de la narración desafía al lector y evoca una estrategia interpretativa contrapuesta a la generativa: el lector modelo es una persona que se deja intrigar por el misterio e intenta llegar a una solución –encontrar al culpable– antes de que el detective se la revele” (Klinton, 1998:145).

que el uso de la perspectiva narrativa es muy variado, que el discurso está lleno de saltos temporales y espaciales, y que eso la convierte en una novela posmoderna, en comparación, por ejemplo, con otras como *El vampiro de la colonia Roma* o *La virgen de los sicarios*, que también abordan el tema de la sexualidad marginal (Lewis, 2003:86).

Aprovechando que se trajeron a colación dos de los estudios que ha motivado la novela referida, haré una exposición de estos y de otros trabajos que la han abordado, o que por lo menos la han mencionado como obra representativa de una época y un género. Empezaré precisamente por los estudios más profundos y serios acerca de esta novela: Marina Pérez, Vek Lewis y Demetrio Anzaldo González son los autores de dichos estudios. Marina Pérez, en “*Las púberes canéforas de José Joaquín Blanco y la inscripción de la identidad sexual*” (1994), analiza principalmente el vínculo entre la formación de la identidad sexual y el contexto urbano, y las tensiones dialécticas entre el mundo homosexual y el heterosexual y la sexualización de las relaciones. Vek Lewis, en “*La noche delincuente: la representación del prostituto en El vampiro de la colonia Roma, Las púberes canéforas y La virgen de los sicarios*” (2003), hace un estudio comparativo entre las tres novelas, centrándose sobre todo en la representación de la figura del prostituto en cada uno de estos constructos literarios. Y Demetrio Anzaldo González, en “*Las púberes canéforas, la sensibilidad social y sexual en la nocturna ciudad de México*” (2004), habla de una historia que no puede deslindarse de su contexto, una historia en la que la Ciudad de México es el espacio idóneo para que la vida homosexual tenga permiso de suceder y en la que la noche es el momento preciso para dicho acontecimiento. Los tres autores coinciden en algunas cuestiones, y convergen sobre todo al hablar del espacio urbano y nocturno del México de los ochenta como determinante en la composición de los personajes homosexuales de la obra. Porque, como ya hemos visto en capítulos anteriores, y con base en las significaciones de los imaginarios sociales que se tenían en esos años de este grupo, solo podía pretenderse una semilibertad sexual en la clandestinidad, en el espacio-tiempo de la noche, en lo privado. Y aunque son muy pocos los estudios formales que se han dedicado a *Las púberes canéforas*, quizá por el reto que implica su lectura, o porque no ha tenido un éxito editorial tan grande como otras obras de su misma especie —*El vampiro de la colonia Roma*, por ejemplo—, en numerosas ocasiones es mencionada en la historiografía de la literatura con temática homosexual del país, no ha pasado inadvertida en este sentido. Algunos de los estudiosos que hacen alusión a ella son Luis Martín Ulloa, en “*El tema homosexual en la narrativa mexicana del siglo XX*” (2007); Mario Muñoz, en los textos “*En torno a la narrativa mexicana de tema homosexual*” (1992) y “*La literatura mexicana de transgresión sexual*” (2011); León Guillermo Gutiérrez, en “*La ciudad y el cuerpo en la novela mexicana de temática homosexual*” (2009); Luis Zapata,

en el prólogo que escribe al libro de Schuessler y Capistrán, *México se escribe con J*, titulado “*Highlights de mi vida como gay*” (2010), y Víctor Federico Torres en “Del escarnio a la celebración. Prosa mexicana del siglo XX” (2010), un excelente texto que intenta no solo dar cuenta de la literatura con temática gay producida en el siglo XX, sino además dar información un poco más especializada en torno de los trabajos que considera meritorios.

Finalmente, la novela de Blanco es una obra difícil, compleja, pero a la vez rica, diversa. Nos ofrece distintas miradas y permite que nuestro panorama con respecto a lo que sucede en la historia —lo real— y a los temas y espacios que aborda, sea mucho más amplio. Va más allá de las relaciones afectivas o sexuales entre hombres, va más allá de la frivolidad y el carnaval del mundo gay. Es, como dice Víctor Federico Torres, una obra que “[...] trasciende la anécdota amorosa y se inscribe en un contexto urbano: el mundo de la violencia de la capital mexicana poblado de asesinos a sueldo, políticos corruptos, prostitutas y chichifos” (2010:97). José Joaquín Blanco, en su ensayo de 1979 *Ojos que da pánico soñar*, manifiesta su preocupación por hablar del tema de la homosexualidad y la marginación sexual en México pero, más que nada, muestra su preocupación por el hecho de que no se analizara la situación como parte de un problema mayor, de que no se considerara la homosexualidad dentro de un contexto en el que la pobreza, la corrupción y el capitalismo son latentes. Le parece necesario hacer una distinción entre los homosexuales de clase media y los de clase baja, o los de clase media y los indígenas, y aclarar, por ejemplo, que para los de clase baja la situación es siempre peor, pero no porque tengan preferencias distintas, sino porque quedan relegados del sistema económico. Y opina que los homosexuales no necesitan que se les homogenice o se les incluya en el sistema, porque de hecho ya están muchos adentro; no depende ello de sexualidades, sino de poder; lo que necesitan es, según Blanco, que se les respete y que se les dé un espacio para ser ellos. A su parecer en ese ensayo, la homosexualidad tenía que ser lo que era: diferenciación política, disidencia, para poder sobrevivir auténtica y libremente en el sistema alienante capitalista. Así, en una versión ficcional, Blanco contempla las ideas planteadas en su ensayo de 1979 para realizar una crítica social de la realidad del país en el que habita y vive como homosexual, y lo hace de una forma muy refinada.

Que púberes canéforas te ofrenden el acanto

Para poder hablar de las identidades de los personajes que están en relación con los imaginarios sociales del espacio y tiempo que habitan, a través de las representa-

ciones sociales y los *habitus* que poseen, es necesario señalar algunas cuestiones, sobre todo del aspecto formal de la obra, como se explica a continuación.

“Que púberes canéforas te ofrenden el acanto”, verso de Darío que inspira de alguna manera el título de la obra y el motivo de esta, me ayuda a exponer las particularidades de la novela. Federico García Lorca escuchó alguna vez este verso e inmediatamente exclamó: “De todo eso solamente he entendido ‘que’” (citado en Hurtado, 2014). Evidentemente, tanto este verso como el poema de Darío en su totalidad no son los más sencillos de leer e interpretar. Como el mayor exponente del modernismo hispanoamericano, el nicaragüense maneja en el poema un estilo rebuscado, mezcla versos alejandrinos y eneasílabos, emplea un vocabulario elevado y, sobre todo, hace múltiples referencias cultas que solamente con conocimiento previo pueden apreciarse. Así, *Las púberes canéforas*, el título de la novela, no solo nos indica, por mediación de la referencia previa de “Responso a Verlaine”, que la muerte va a jugar un papel fundamental en la novela de Blanco, sino que anticipa también la complejidad del texto con la que nos vamos a enfrentar al leerlo.

Otra cuestión indispensable es pormenorizar las historias y condiciones de cada uno de los personajes que interactúan en la novela, así como las relaciones que existen entre ellos y las características de la ciudad que habitan, para así poder hablar de la identidad de cada uno. Como afirma Van Dijk, en todos los niveles de discurso podemos encontrar huellas del contexto (2008:46). Así, cada historia de vida es diferente y tiene sus particularidades. En este capítulo no solo me concentro en los personajes que en primer lugar pudieran identificarse como principales: Felipe y Guillermo, pues considero que en la novela de Blanco es imposible que el resto de los personajes pasen inadvertidos. Si bien Felipe y Guillermo son el pretexto de las narraciones, personajes como la Gorda, Ignacio y Fabián cobran un papel determinante, una vez que las distintas narraciones nos permiten conocer su situación. Únicamente al conocer a estos cuatro personajes, sus gustos, su pasado, sus planes y las decisiones que toman cada uno de ellos, podemos completar la lectura de la novela; y es que conocemos y comprendemos el mundo que recrea el autor, porque lo que él pretende es ofrecernos distintas apreciaciones de una realidad compartida.

El mundo creado por José Joaquín Blanco es de forma clara androcéntrico y heteronormativo, y en él precisamente no se consienten formas contrarias de sexualidad y prácticas no conservadoras; debido a esto, profesiones como la prostitución, condiciones como la homosexualidad, e incluso categorías sociales laterales como la clase baja, obrera o campesina que se presentan en la novela, solo pueden ser posibles en espacios privados y en el anonimato de la noche. Un pensamiento de Guillermo vendría a resumir esto de lo que hablo: “[...] ¿cómo imaginar incluso la ‘noche delincuente’ en que se vive, trágico estallar de putería, ni la vida subterrá-

nea de los abandonados en la periferia del paraíso de los magníficos almacenes?” (Blanco, 1983:124-125). Reflexionando acerca de su vida y de la novela que está escribiendo, Guillermo se pregunta por, y tiene conciencia de, esa noche transgresora, en la que la “putería”, que bien puede interpretarse como prostitución y como homosexualidad, y la existencia anónima de los seres excluidos y marginados por su condición social, dejan su virtualidad, le quitan la virtualidad a esa otra realidad que no se ve a la luz del día ni en espacios públicos, la cual todos conocen aunque nadie la mencione. De este modo, se puede hablar de que un imaginario social heteronormativo y un imaginario homosexual coexisten en un mismo espacio, al igual que en las dos novelas analizadas con anterioridad, pero que, como se ve más adelante, se ignoran, se confrontan, y se diluyen también, en el sentido de que hay espacios y situaciones en las que parece no haber diferencia entre ambos.

Las calles del centro de la Ciudad de México, que son por las que transitan tanto Guillermo, como Felipe y la Gorda, son calles “inhabitadas y desiertas”, en las que se puede observar todo tipo de cosas, sobre todo a la luz de la luna: “[...] gatos congelados en umbrales, y de pronto un grito y alguien que corría; de pronto un cadáver, de pronto dos obreros borrachos, abrazados, cantando”. Son calles que sirven como “[...] refugio de los homosexuales pobres, en umbrales de viejas vecindades y edificios de departamentos donde la plomería no funcionaba” (Blanco, 1983:22). Y en sus espacios, prácticas relacionadas con el deseo, la carne y lo prohibido, pero también con la clase social menos favorecida, son llevadas a cabo:

[...] las cogidas rápidas en escaleras oscuras de madrugada, a las que se llegaba por puertas descompuestas o de plano romper a pedradas la luz del farol, para coger a su sombra; y tantos recursos del sexo sin dinero, amedrentado pero enfurecido por su propio miedo: la verga dura y los labios temblantes; y de repente, en mitad del acto baldío, sentir el cañón de una pistola en el cuello, o la navaja y el picahielo en la espina, y se había acabado el amor:

—Suelta la feria, hijín (Blanco, 1983:22).

De esta manera, una realidad controlada por el imaginario heterosexual y la moral provoca que haya, de alguna manera, una división, por lo menos espacio-temporal, entre el mundo heterosexual de clase media y “las buenas costumbres”, y el mundo homosexual de clase obrera y “los comportamientos indecentes”. Es evidente que no solamente la homosexualidad es puesta en discusión en la recreación de Blanco, sino que la segregación sexual, como se ve en la cita anterior, no es exclusivamente sexual, como pudiera pensarse en un principio; la segregación sexual es también segregación social. Este último punto debe recalcar, pues como

más adelante se desarrolla, es una de las tesis principales de la novela. Por lo tanto, las identidades de los personajes se construirán también a partir de su estatus económico y no nada más sexual.

En cuanto a los personajes, quiero perfilarlos como individuos, pero también en sus relaciones, para ir dejando claro cómo funcionan en la novela. Por un lado, se encuentran Felipe y Guillermo, quienes mantienen una relación de tipo sentimental que en un principio fue meramente comercial.⁶ Guillermo y Felipe habían pasado de tener una relación de cliente/servidor, a una relación de amantes. Sin embargo, el hecho de que su vínculo la hubieran iniciado con un pretexto comercial y el hecho de que fueran muy distintos entre sí, tanto en edad como en ideologías y anhelos, los definía como individuos y como pareja.

Guillermo es un abogado que se dedica a la burocracia, no por convicción, sino porque en esa ocupación tiene la posibilidad de desarrollarse económicamente. Su pasión, sin embargo, es, como se evidencia aquí y en otras partes del libro, la literatura: todos los mundos ficticios que se recrean en los libros, sus personajes y atmósferas.⁷ Había fracasado como escritor y había pospuesto su sueño de serlo, hasta que su empleo le diera la fluidez económica necesaria para permitirse el lujo de dedicarse al arte, en el entendido de que para él, y también según el imaginario en el que se inserta, el arte es un lujo. Marcuse, en *Eros y civilización*, dice:

Sólo un orden de abundancia es compatible con la libertad [...]. El campo de la libertad se ve yaciendo *más allá* del de la necesidad: la libertad no está dentro sino fuera de la “lucha por la existencia”. La posesión y el abastecimiento de las necesidades de la vida son el prerrequisito, antes que el contenido, de una sociedad libre. El campo de la necesidad, del trabajo, es un campo de ausencia de libertad porque en él la existencia humana está determinada por objetivos y funciones que no le son propios y no permiten el libre juego de las facultades y los deseos humanos (1965:203).

⁶ Guillermo define la relación de la siguiente manera: “[...] después de durante unos meses haberlos visto, comercialmente, a unos mil pesos por vez, uno o dos días a la semana, habíamos empezado a ser amigos; excedimos el trato original y a embrollarnos en una mezcla de negocio, amistad y amor en la que nunca sabíamos bien a bien dónde estábamos parados” (Blanco, 1983:47-48).

⁷ En la novela está descrito como un homosexual de: “[...] casi cuarenta años de edad [...que] vivía de un desahogado puesto burocrático de mediana importancia; no acababan de extinguirse en él los más tercos sueños de su juventud: el amor encendido, el deseo de aventura (la emoción y la libertad límites que da el riesgo), y una pasión novelística por personajes, atmósferas, situaciones, que él, por desgracia, había pospuesto desde su adolescencia, hasta que se recibiera de abogado; y luego, hasta que hubiera consolidado una posición capaz de permitirle el lujo del arte” (Blanco, 1983:21).

De esta manera, puede entenderse que para Guillermo y la sociedad a la que pertenece, el trabajo y el juego o la libertad —refiriendo a Marcuse, en este caso el arte de la escritura—⁸ no pueden integrarse, pues la principal característica del trabajo es priorizar la posesión y el abastecimiento, y eso no da lugar a la autonomía ni al goce. Así, Guillermo es un individuo que se conforma con lo que tiene y, lo que hace, lo hace solo en aras de una estabilidad económica y social. No lleva a cabo su verdadero sueño, no se realiza en este sentido. Para Guillermo es más importante el peso de lo social que la satisfacción. La identidad de este personaje se encuentra acotada por el *establishment*, por las convenciones sociales; él se apega siempre a lo establecido, a lo que le dicta la sociedad que tiene que hacer para lograrse como ser humano. De igual modo, también debe hacerse mención a que Guillermo estuvo casado con Irene, y esto ayuda más a confirmar las anteriores aseveraciones, en el sentido de que su fracaso matrimonial puede hablar de una insatisfacción y de decepción del proyecto heterosexual expedido por la sociedad. La identidad de un individuo, como dice Giménez, “[...] se define principalmente por el *conjunto de sus pertenencias sociales*” (2005), de modo que no resulta para nada extraño que Guillermo esté en una constante disputa por ser él, pero a la vez por ajustarse a los preceptos sociales, y de esta manera “pertenecer”.

Los recientes estudios de género sobre masculinidades han permitido entender que, como dice Olavarría:

Los atributos que distinguen a los varones están sostenidos y reforzados por mandatos sociales que son internalizados y forman parte de sus identidades. [...]La] exhibición de estos atributos y mandatos y el ejercicio de los mandatos [es] lo que los hará varones. Algunos de estos mandatos señalan que: los hombres se deben distinguir/se distinguen; deben ser/son importantes; deben ser/son rectos, protectores y empeñan su palabra; deben ser/son autónomos y tratan de igual a igual a los otros varones y como superiores de mujeres y niños; deben ser/son racionales y no se dejan amilanar por condiciones afectivas o emocionales que afecten sus decisiones; deben ser/ son emocionalmente controlados, valientes y no demuestran miedo; deben ser/son fuertes físicamente, resistentes y están

⁸ Para estas aseveraciones tomo como referencia el *Homo Ludens* de Huizinga (2012), en el que le atribuye la característica de la libertad al juego y de igual manera ve en la poesía, no por mera cuestión estética, sino por su función vital, social y litúrgica, el elemento lúdico. Yo hago extensiva esta idea a la prosa literaria, porque considero que este tipo de literatura, aun sin tales funciones, también posee el elemento lúdico, y por ende de libertad, en cierta medida, por el simple hecho de ser una construcción ficcional que pretende, como dirían los formalistas rusos, causar extrañamiento o presentar una realidad que, si bien tiene coincidencias con la realidad que está afuera de los libros, no es igual.

dispuestos a competir con otros hombres para intentar vencerlos. Los hombres deben ser/son de la calle, la casa es el lugar para las mujeres y los niños. Los hombres deben ser/son el trabajo. Los hombres deben ser/son heterosexuales activos. [...] La competencia de un hombre es con otros hombres: compite por mayor poder, prestigio, respeto, fuerza, inteligencia y, especialmente, por las mujeres (Olavarría, 2005:150-151).

Bajo esta luz teórica puede entenderse la construcción de Guillermo como personaje masculino característico de los ochenta en México, como un individuo que evidentemente ha internalizado los mandatos sociales que han dirigido su vida desde el momento en que nació biológicamente como hombre. De ahí la necesidad de Guillermo de “ser”, de “poseer”, de “pertenecer”, de conservarse dentro de ciertos estándares como hombre. Por eso se casa, pese a ser gay, aunque luego se divorcia. Porque tiene la necesidad de ser un heterosexual activo, como dice Olavarría. Por eso es burócrata. Porque los hombres se distinguen, son importantes, son el trabajo, como también menciona Olavarría (2005). Alcanzar cierta relevancia a partir de su trabajo es algo que, siendo escritor, sería poco probable que lograra. Guillermo compite con otros hombres por esos atributos propios de la masculinidad, dictados por la masculinidad hegemónica, que es el punto de partida del resto de las masculinidades.

En cambio, Felipe es un personaje completamente diferente. Es un joven de dieciocho años proveniente de una familia de clase trabajadora. Su abuelo era campesino y su padre, Ismael, se dedicaba al negocio de los camiones de carga para la construcción, además de que robaba y traficaba con el material de construcción que transportaba para ganar un dinero extra. Aparentemente, en el México de clase no privilegiada del que forman parte los personajes de la novela solo unos cuantos poseen riquezas y tienen los recursos suficientes para vivir de buena manera. En el caso de las personas de clase baja y media baja, que son a las que pertenecen individuos como Ismael y su familia, tienen que valerse de este tipo de medios para cubrir sus necesidades y obtener lo que desean. No es que, por ejemplo, Ismael tenga la voluntad de delinquir, pero las circunstancias de la vida parecen arrojarlo a cometer actos de estas características para estar a la par de los demás en calidad de vida. Un dato importante es el que Ismael comenta: “[...] sus hijos le habían salido como si fueran de otro, como si fueran hijos de rico; todo por educarlos bien, por adecentarlos; no tenían fibra, ni ingenio y todo lo querían fácil o mejor no; no le hallaban gusto a la lucha por la vida” (Blanco, 1983:109). De esta manera, podemos conocer algunas de las características de Felipe como hijo de Ismael. Se percibe así que, aunque Felipe pertenezca a una familia de clase trabajadora, los esfuerzos que su padre hizo por él y sus otros hijos para que tuvieran una mejor educación y una

posición económica más elevada habían impactado, de alguna manera, en ellos, tanto así que Felipe y sus hermanos eran jóvenes a quienes no les gustaba esforzarse y se centraban en banalidades.

Desde esta perspectiva, Felipe⁹ es un joven, como ya se mencionó, proveniente de una familia de trabajadores que había abandonado la preparatoria debido a que se había impresionado con la suntuosidad de la Ciudad de México. Sus intereses eran en gran medida materiales o superfluos: ropa, coches, fiestas, viajes, *discotheques* de fin de semana, belleza y diversión. Por esta razón, su padre lo había corrido de la casa. Felipe pertenece a una generación de jóvenes excesivamente preocupados por los bienes materiales, que confieren valor especial a las apariencias, al resplandor de la noche y sus atracciones. La modernidad se caracteriza por traer consigo logros, adelanto, progreso, pero también por suscitar un sinnúmero de preocupaciones artificiales y necesidades materiales. Además, se sabe de Felipe que “Le interesan los precios de todo”, que “Le gustan los edificios modernos” y que “[...] le encantan las ciudades norteamericanas” (Blanco, 1983:44-45). Esto confirma, por un lado, que Felipe le otorga un valor primordial al dinero, y nos habla de él como un sujeto fascinado con el mundo moderno y sus símbolos representativos, como las grandes construcciones y las metrópolis de Norteamérica. Esta atracción de Felipe por lo antes mencionado no es en vano, en cierta forma nos anuncia su tendencia a buscar el progreso y sus manifestaciones, pues anhela la pertenencia a esa realidad que aprecia como ideal.

Con lo que hemos tratado, es evidente que Felipe desea formar parte de una clase y un grupo. En el México que la novela presenta, todo parece indicar que hay divisiones y subdivisiones de clase social y grupo. Como veremos con otros personajes, solo unos pocos pertenecen a una clase influyente, y la mayoría, como Felipe, pertenecen a una clase que no goza de privilegios y están además en un intento constante de cambiar de estatus y de ser como los primeros. En el imaginario de la sociedad mexicana de clases media y baja de la novela persiste la representación de la riqueza y el poder como éxito y felicidad, y por lo mismo los individuos actúan y se dirigen por la vida con base en esto; además, sus identidades están también

⁹ En la novela se define a Felipe como: “[...] un muchacho de una familia de trabajadores, hasta con cierto dejo campesino, que en mitad de la preparatoria costeadada con dificultad por sus padres, se deslumbró con la ciudad y dejó los estudios por las películas, las chamarras finlandesas, los tocacintas, los reventones en condominios falsamente palaciegos, los coches, las motos, y si había suerte hasta algún viaje a Acapulco; todo ello iluminado con los resplandores intermitentes de una pista de discotheque de fin de semana. Y el bailar las horas enteras con ropa nueva en una pista llena de gente hermosa y decidida fatalmente a divertirse” (Blanco, 1983:44).

moldeadas a partir de ese objetivo. Felipe no es la excepción como integrante de esta clase y sus acciones están guiadas por concepciones de este tipo; en cuanto a su identidad, si bien tiene claro que no es como las personas de clase alta, sus comportamientos nos hablan de que no está conforme con lo que es, y pretende siempre ser como ellos. Stuart Hall afirma: “En el lenguaje del sentido común, la identificación se construye en la base de un reconocimiento de algún origen común o características compartidas con otra persona o grupo, o con un ideal, y con la conclusión natural de solidaridad y lealtad establecida en estas mismas bases” (1996:2, traducción propia). De ello se puede suponer que Felipe, de algún modo, construye esa identificación, que forma parte de su identidad, con base en ese ideal de clase pretendido al que nos hemos referido antes.

De igual manera, es esencial hacer referencia a la profesión de Felipe y a la forma en la que lleva a la práctica su sexualidad y sus relaciones. Este personaje se dedica a prostituirse con hombres. El apego innegable que siente hacia el dinero, y el anhelo de pertenecer a una clase, parecen ser los motivos por los cuales se dedica a vender su cuerpo. No le interesan ni las críticas ni la moral, el fin último para él es el dinero y el poder, los medios no le importan mucho, el objetivo de su vida lo tiene muy claro y firmemente determinado. En el cuarto capítulo de la novela se menciona lo siguiente: “Él seguía trabajando, le iba cada vez mejor, en lugar de seguir como pendejo estudiantito miado [...]; ahora, decía, estaba conociendo el mundo, cada día era una universidad, cada experiencia relucía; y era libre y dueño de su mundo” (Blanco, 1983:48). Esto confirma que, en efecto, lo que le importaba era lograr su objetivo, no las condiciones ni lo que dijera la gente acerca del trabajo que tuviera que realizar. Incluso él veía la prostitución como un medio no solo para lograr riqueza, sino para tener libertad y autonomía. Él es dueño de su cuerpo y decide sobre él, de manera que lo aprovecha como instrumento de trabajo para obtener ganancias que le dan estabilidad económica y social; por lo tanto, se siente un individuo autosuficiente, y en consecuencia también libre, pues la libertad, desde su enfoque, tiene una relación estrecha con el dinero. Felipe se siente, frente a los demás, un sujeto independiente, su identidad parte de esta autonomía y de esta diferenciación con el otro. Lo mismo ocurre en la actualidad, prostitutas mexicanas masculinas siguen viendo la prostitución como una benéfica fuente de ingresos económicos. “‘Para mí, este empleo significa dinero’, dice [un testigo joven], pues ha ganado hasta 17 mil pesos con un solo cliente” (Ponce, 2016).

Otro punto que no puedo dejar de lado, al hablar de Felipe, es un hecho referente a su sexualidad. Me refiero a que Felipe se dedica a prostituirse con hombres, sí, y así estableció una relación con Guillermo que iba más allá de lo comercial, sí, pero Blanco complejiza aún más a Felipe cuando nos hace saber, casi desde el principio,

de la existencia de Analía, la novia de Felipe, la mujer por la cual abandona definitivamente a Guillermo. En uno de los capítulos dice este joven: “Analía es mi novia, Guillermo es mi novio: son mis únicos novios, para siempre, para siempre” (Blanco, 1983:52). Felipe en un tiempo tiene una relación con ambos: con Analía y con Guillermo; sin embargo, después decide terminar con Guillermo y quedarse únicamente con Analía. Los motivos de su determinación nada tienen que ver con que prefiera al sexo femenino en vez de al masculino; más bien, por las evidencias que muestra la obra, derivan de las diferencias ideológicas y profesionales que tienen Felipe y Guillermo. Felipe siente mayor afinidad con Analía porque ella es joven como él, tiene aproximadamente veintidós años, y también se dedica a la prostitución; en cambio, pareciera que a Guillermo y a él únicamente los une una simple circunstancia. Felipe implica un reto para nosotros como lectores, pues no es un personaje blanco o negro, tiene muchos matices, sus especificidades no pueden dejarse de lado. Felipe es único: por una parte, encaja en las convenciones sociales en cuanto a su tendencia materialista;¹⁰ pero, por otra parte, en cuanto al desarrollo de su sexualidad se presenta ante nosotros como un individuo que no se ajusta al binarismo sexo-générico esperado: heterosexual/homosexual. Por lo mismo, al hablar de la sexualidad y de la identidad de Felipe se incurriría en reduccionismos y categorizaciones si se quisiera utilizar esta explicación dual.

En el caso de Felipe, en cuanto a las masculinidades, también podemos detectar una internalización de la masculinidad hegemónica, pues es este ideal de grandeza, riqueza y poder el que, como ya vimos, motiva a Felipe a trabajar día a día para alcanzar una posición. Olavarría dice que: “A algunos varones este modelo de masculinidades les produce grandes satisfacciones; a otros en cambio les provoca incomodidad, molestias, fuertes tensiones y dolores que los ponen en conflicto por las exigencias que impone” (2005:151). Guillermo parece ser del tipo que sufre de estos malestares, no así Felipe, quien no parece tener inconvenientes con el hecho de intentar alcanzar esta pretendida masculinidad. Incluso se olvida del aspecto sexual de este modelo y se fija exclusivamente en el económico. Felipe se dedica a la prostitución con hombres y esto no le preocupa. Su objetivo es alcanzar una posición, un estatus y mucho dinero, sin importar los medios que necesite para llegar a donde quiere.

¹⁰ Aquí se utiliza la siguiente acepción de la palabra materialista: “3. adj. Dicho de una persona: Excesivamente preocupada por los bienes materiales. U. t. c. s.”. Ver: <http://lema.rae.es/drae/srv/search?key=materialista>

La Gorda desempeña en la novela *Las púberes canéforas* uno de los papeles más trascendentales; es el personaje más auténtico y el que maneja un discurso más legítimo, pues se asume como un ser humano con errores y aciertos sin importarle el qué dirán; además, resulta ser al final, pese a que en un principio parece caer en la corrupción y los vicios de la sociedad capitalina, el que realmente transgrede el sistema heteronormativo hegemónico. La Gorda es un dentista amigo de Guillermo, como ya se había mencionado. Se la describe de la siguiente manera: “La Gorda [...] era un chaparrón fuerte y bastante esbelto [...]. Hacía gimnasia, jogging y pesas tres veces a la semana, seguía dietas y no se dejaba echar el cuerpo a perder. Cuarenta años” (Blanco, 1983:55). Su estado físico era uno de los aspectos que más le importaban como ser humano; sentía que gracias a la apariencia se podían conseguir muchos beneficios y placeres. Su identidad, en este caso, está fuertemente vinculada con la seguridad que le brinda un aspecto físico deseable. Giménez (2005) propone que la identidad, además de la diferenciación del individuo con los demás sujetos, también requiere el reconocimiento de estos. Teniendo en cuenta esto, puede hablarse de la identidad de la Gorda como una que ha sido constreñida por la concepción de belleza que pervive en el imaginario de los integrantes de la sociedad a la que pertenece, que designa a la juventud, a los cuerpos y a los cuerpos ejercitados, como superiores. Una de las cuestiones de la masculinidad, como vimos párrafos atrás, es que implica que los hombres son fuertes físicamente. Los cánones de la belleza cambian a lo largo de la historia. Reforzando el imaginario al que se ajusta la Gorda y la implicación de la masculinidad de que los hombres son fuertes físicamente, fuera de la novela, en los años ochenta los hombres musculosos constituían el estereotipo (“La belleza en el S.XX”, 2007).

Otro punto a tratar, si hablamos de la Gorda, es el de su origen. La Gorda, a diferencia de Felipe, por ejemplo, procede de una familia poderosa y acomodada de provincia. Su padre es un diputado federal del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y su tío algo tiene que ver con las grandes construcciones de Tuxtla.¹¹ Aunque la Gorda nunca sufrió por falta de alimento, ropa o techo, él menciona la pena que le causaba que personas de su familia tuvieran ese tipo de puestos y que además estuvieran vinculados con el crimen y la corrupción. Así, la Gorda tiene conciencia de sus raíces y de los perjuicios que provocan acciones como las llevadas a cabo por su padre y su tío; sin embargo, después parece ser que esta forma de operar

¹¹ Recordemos que el PRI estuvo durante 77 años consecutivos en el poder, desde que Plutarco Elías Calles formó el Partido Nacional Revolucionario (PNR). De ahí el poder del partido y de las personas adscritas a él.

también le brinda, de alguna manera, por conveniencia sobre todo, la posibilidad de desempeñar un rol en el mundo, y más teniendo en cuenta el hecho de que es gay. Menciona: “En este país quien gobierna es la policía, y más vale estar con los que *mandan*” (Blanco, 1983:66-67). Este personaje evidencia un obvio individualismo. A él lo que le interesa es salvaguardar sus intereses y si la policía, por ejemplo, es la que gobierna, usando artimañas, como después se podrá observar, pues mejor tenerla como aliada que como enemiga. Sin embargo, al final de la obra (y otra vez Blanco logra dar matices a sus personajes), la Gorda, como ya se ha dicho, es el único que decide “luchar” contra el sistema heteronormativo, contra el único medio que los homosexuales tienen de obtener tranquilidad momentánea y disfrutar de su sexualidad, y contra la red de corrupción, precisamente al enfrentarse a la policía. Por último puede, y debe decirse, que la Gorda como sujeto homosexual siempre aceptó sus inclinaciones y gustos y jamás ocultó su condición; nunca tuvo miedo de que se supiera de sus preferencias y asumió su identidad por completo desde un principio.

La Gorda parece ser un personaje que se adscribe totalmente a la masculinidad hegemónica exceptuando, claro, el factor de su sexualidad. A lo largo de este trabajo se ha visto que dentro del grupo marginal de los homosexuales hay unos tipos de homosexualidad más pertinentes que otros: la homosexualidad activa y, desde luego, la homosexualidad de personas con dinero, poder o influencias. Dependiendo de sus estatus son sus *habitus*. Es corrupto, es dentista, le interesa el dinero, se preocupa en exceso porque su apariencia física sea la de un hombre fuerte, es un ser muy sexual. Sin embargo, al final de la novela, como se acaba de mencionar, es también la Gorda el único que se pronuncia contra el sistema heteronormativo, y de esta manera también contra ese ideal de masculinidad. Tras ser detenido por la policía por sus prácticas sexuales, al no acceder a las presiones de soborno para que lo dejaran ir, lo que hace es afirmarse políticamente como un sujeto homosexual. Y nos da a entender su decisión de pelear para que se reconozca esta identidad que apenas él, en ese momento, termina de asumir.

Los otros dos personajes, Ignacio y Fabián, son un asunto aparte y a la vez están atados a los tres descritos antes y al mundo propuesto en la novela. Son dos jóvenes de clase no privilegiada. Ignacio es estudiante, pero en el pasado se dedicaba a la prostitución con hombres e incluso tenía una relación con la Gorda; Ignacio no le habla a nadie de su antigua profesión. Para Ignacio, a diferencia de Felipe, la prostitución no es solo un medio a través del cual obtener ganancias, sino que además logra establecer vínculos emocionales con algunos de sus clientes, con la Gorda, por ejemplo, como acabo de mencionar. Fabián es obrero de Clincson S.A. y está comprometido con Margarita; de él se sabe además que en ocasiones no se

modera con el alcohol y que le gusta mucho irse de fiesta con sus amigos. A Ignacio y a Fabián los une una amistad, pero también los vincula una noche en la que ambos interrumpieron momentáneamente sus roles para dejarse llevar por el deseo y tuvieron relaciones sexuales. Lo que llama la atención de esto son los términos en los que ocurrió, pues únicamente habían acordado tener relaciones sexuales, como amigos, independientemente de sus actuales o futuras relaciones sentimentales con alguna mujer.¹²

Esta situación nos enfrenta, sobre todo, con esta aparente homosociabilidad con la que Fabián lleva su amistad a otro nivel. Como dice Pérez de Mendiola, Fabián limita esta actividad sexual a una lógica de hermandad, rechaza la posibilidad de un *continuum* entre lo homosocial y lo homosexual, pues de algún modo la homosociabilidad es la máscara que le permite protegerse de la censura social (1994:145). Fabián, así, se identifica con la heterosexualidad, pero también encuentra en los cabos sueltos de dicha institución¹³ la posibilidad de experimentar sus inclinaciones de una forma en la que no será juzgado. En cambio, Ignacio es más reservado, no quería “quemarse en su barrio”, y además pensaba que: “Esas cosas siempre trascendían” (Blanco, 1983:116). Así, Ignacio está configurado como un sujeto más cauteloso, que busca adaptarse a la sociedad y no transgredir el sistema. Curioso es que se vea obligado a vivir su homosexualidad siempre tras bambalinas, en el anonimato. Su identidad es con respecto a los otros; y en comparación con este sistema hegemónico y sus pautas, él es y se siente como un ser abyecto. A ambos, los preceptos de la masculinidad hegemónica les impiden disfrutar de lo que realmente desean, y es la homosociabilidad, en cambio, el pretexto que les permite tener relaciones sexuales y compartir momentos eróticos entre iguales.

En resumen, Guillermo, Felipe, Ignacio y Fabián son muy distintos entre sí. Todos comparten una ciudad, una condición sexual e imaginarios sociales, pero la

¹² “Habían decidido ya no dormir. Platicaban abrazados en la cama de Ignacio. Se habían prometido ser como hermanos, ‘pero cogelones’. Lo de Margarita era aparte: un rollo la mujer, el cuate otro muy diferente, ¿no? Incluso, Ignacio debía de buscarse ya una chava padre, sería, que cogiera bien —pero no demasiado bien porque entonces Fabián se iba a poner celoso— y para toda la vida, o por lo menos para muy buen rato. ‘Y lo nuestro, pues acá de vez en cuando, muy entre nos’” (Blanco, 1983:121).

¹³ Partiendo de Castoriadis, la llamo institución, pues está conformada por un carácter funcional en cuanto a que tiene una orientación y una finalidad, y al mismo tiempo está determinada por lo simbólico. Como institución “crea continuamente nuevas ‘necesidades’ y se extenúa en satisfacerlas, todas estas no pueden ni ser descritas, ni comprendidas en su *funcionalidad misma* si no se relaciona con unas miras, orientaciones, cadenas de significaciones” (1993:50). La heterosexualidad busca continuamente una legitimación y permanencia a través de su discurso y las prácticas que admite y reitera.

construcción de sus identidades es muy distinta. Primero, porque tienen experiencias de vida diferentes; segundo, porque sus aspiraciones de vida son diversas, y tercero, porque provienen de distintos grupos y clases sociales, y eso otorga características muy específicas a cada uno. La identidad, como apropiación de solo unos repertorios culturales distintivos (Giménez, 2005), es lo que vuelve a estos personajes tan diferentes entre sí. Y pese a esto, tampoco puede pasarse por alto el hecho de que esos imaginarios sociales, compartidos cultural y socialmente entre ellos, están de alguna manera repercutiendo en sus identidades. Para tener más clara la forma en la que los imaginarios sociales y las identidades van de la mano en la novela, las representaciones sociales y los *habitus* de cada uno de los personajes son traídos a colación en el siguiente apartado, pues los imaginarios sociales son abstractos, de cierta forma virtuales, y las representaciones sociales y los *habitus* no: estos dos se manifiestan directamente en las acciones y en los discursos de los individuos.

Pensamiento y acción

Los personajes, a través de sus representaciones sociales y *habitus*, nos permiten conocer sus imaginarios sociales, los cuales están en concordancia con sus identidades. En la novela, gracias a las actividades y formas de proceder de cada uno, y también gracias a los juicios y apreciaciones que ellos tienen acerca de distintos hechos, grupos, individuos y circunstancias, es que aparecen sus representaciones sociales y *habitus*. Por medio de estos dos factores los personajes se autodefinen y ubican su lugar en el mundo; definen a los demás y le sentido a lo que los rodea; encuentran puntos de coincidencia y de distinción entre ellos y la otredad.

Presento a continuación algunos ejemplos de las representaciones y los *habitus* que poseen Guillermo, Felipe, la Gorda, Ignacio y Fabián, para así ir acercándonos cada vez más a sus identidades. En cuanto a Guillermo y la Gorda, además de tener una amistad y coincidir en edad, concuerdan respecto a la representación que tienen de sí mismos como homosexuales mayores, principalmente en comparación con los jóvenes de su grupo social. En el quinto capítulo, se da a conocer esto:

Desde hacía mucho tiempo a Guillermo y a la Gorda les daba por sentirse viejos; en parte porque la gente que circulaba públicamente por los lugares más o menos homosexuales de la ciudad, solían ser muy jóvenes [...]; en parte porque la novedad y la sorpresa de un principio, no volverían más al *ghetto* ya totalmente conocido[...]. La Gorda y Guillermo habían ido dejando, casi al mismo tiempo, el bando ruidoso y dorado de los jovencitos seducibles (“la carne de la cual disponer”, defendía la Gorda), para encarnar todavía casi

chamacos, decía Guillermo, “la tristeza del sobreviviente mezclada con la más cómoda y sabia actitud del mañoso viejo cliente de un congal, con ojo agudo y trampas experimentadas para seducir: eso es envejecer” (Blanco, 1983:55-56).

Como puede observarse, tanto Guillermo como la Gorda concuerdan en la representación que tienen de sí mismos como homosexuales viejos, que no se ajustan a los nuevos códigos del mundo gay, del cual, se supone, forman parte. En esa época, en el México real, como dice Laguarda: “[...] también se imponían nuevas limitaciones [a los homosexuales...que] implicaban elementos disciplinarios; instancias de control individual tendentes a ‘normalizarlos’ [...] resultar atractivo; vestir a la moda, lucir con el peinado considerado correcto o ajustarse a determinada imagen social” (Laguarda, 2010:171). Además, se hace visible la representación que tienen de los jóvenes como mera “carne de la cual disponer”, como simples objetos de deseo. Pareciera entonces que la brecha generacional fuera un punto significativo de diferenciación entre los homosexuales. Por un lado, los jóvenes gays son los que están experimentando, divirtiéndose, gozando de las ventajas de su lozanía, y por otro los gays de más edad son desplazados de los espacios que supuestamente también eran de ellos, de manera que no les queda sino la tristeza y los intentos reiterados por seducir a estos mozos a los cuales desprecian, envidian y desean a la vez. Es necesario señalar que como *habitus* propios del grupo de los homosexuales se encuentran: un comportamiento festivo desenfrenado, las visitas constantes a los bares y la vida nocturna. Esto era similar en la realidad mexicana. Según otras novelas mencionadas aquí y varios testimonios que ya hemos visto, sí, la noche, la fiesta y los bares gays eran el único espacio en que podían unirse como comunidad para festejar y celebrar su identidad, para ser ellos, para tener un poco de libertad, ocultos de las miradas represoras. Guillermo y la Gorda deben remplazar estos *habitus* por otros que quedan al margen de los anteriores. Reitero: se habla de *habitus* de clase cuando estos se han adquirido en una serie de condiciones de existencia y de condicionamientos idénticos o parecidos (Bourdieu, 1992:92); así se explican las regularidades de gustos, comportamientos y preferencias, por ejemplo, entre los integrantes de un mismo grupo, en este caso, los homosexuales. La juventud destaca como principal símbolo de la homosexualidad. En el imaginario social, tanto heterosexual como homosexual, “gay” significa diversión, sexo, desenfreno y, sobre todo, juventud. Esta es la representación social que se tiene de la homosexualidad, y es la que pervive y a través de la cual se puede explicar dicha condición sexual, pues la representación social es “[...] una modalidad del conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos” (Mora, 2009:7). Estos son los elementos que dan exoidentidad y au-

toidentidad a los homosexuales.¹⁴ En este sentido, tanto la identidad de Guillermo, como la de la Gorda, ambos gays maduros, tambalean. No hay un fuerte sentido de pertenencia, sino una nostalgia de lo que representa a su grupo social y ellos ya no poseen: juventud.

Continuando un poco con este aspecto de la juventud, Guillermo tiene una representación de Felipe como joven también. Casi al final del último capítulo, menciona:

Me aburría la complacencia de Felipe en su juventud, en sí mismo, y me dio por regañarlo: el cuerpo no lo era todo, debería leer un poco, cultivarse; la juventud no duraba siempre, la cabeza también era importante, etcétera, ¿por qué no regresaba a la escuela y terminaba la preparatoria? [...] Felipe no me hacía caso: seguía concentrado en sus ejercicios de gimnasia, que hacía con toda precisión y soltura, muy seriamente; y cuando descansaba [...] evitaba mirarme y se quedaba con los ojos fijos en la televisión (Blanco, 1983:46).

Así, es evidente que Guillermo ve a Felipe como un individuo que no se preocupa sino exclusivamente por el aquí y el ahora, que privilegia el cuerpo y la apariencia sobre la escuela y la intelectualidad. En este sentido, Felipe representa de alguna manera a esa juventud de homosexuales del México de los ochenta. A Guillermo le molestaban estos aspectos de Guillermo y de la juventud en general, “[...] traducía a los jóvenes a un despectivo lenguaje de burdas comparaciones mercantiles: ‘esa putería urbana [...], esclava de sensualidades industriales insatisfactibles, del tipo del Apolo industrial que encarna en los modelos de ropa y de los Olimpos extraídos de los comerciales de televisión’” (Blanco, 1983:39). No le parecía bien que la juventud se guiara por banalidades y que se concentrara en temas insignificantes y pasajeros. Sin embargo, al mismo tiempo hay indicios de que Guillermo siente envidia por dicha condición:

[...] más que irritación porque Felipe tardaba demasiado, pensó que en el fondo lo que no le estaba perdonando a Felipe era su juventud. Que su amor por Felipe estaba lleno de avidez por ese apogeo corporal de sus dieciocho años, y a la vez de odio por la superioridad que el deseo de Guillermo le daba a Felipe sobre él (Blanco, 1983:38).

¹⁴ La autoidentidad, según Giménez (2005), sería la autoafirmación; en cambio, la exoidentidad es la asignación identitaria. Cuhe (2002), basándose en Pierre-Jean Simon, habla también de la autoidentidad como una afirmación definida por sí misma y de la exoidentidad como una asignación de identidad definida por los otros.

En esta cita se comprueba, de alguna manera, que si bien siente un odio por jóvenes como Felipe y lo que representan, sabe que lo que más le molesta en el fondo es sentir también atracción hacia ellos y enojo porque tienen un poder inevitable sobre él.

Para la Gorda el conflicto con la juventud se resolvía de alguna manera mediante una especie de imitación y sacando provecho de dicha condición. En la representación que este personaje tenía de los jóvenes, sus cuerpos envidiables y apetecibles eran lo que más destacaba; por lo mismo, en un intento por regresar un poco el tiempo y recuperar este elemento, él se dedicaba a cuidar mucho su aspecto físico, pues tenía la necesidad de pertenecer también a ese mundo que representaba el grupo al cual pertenecía, el de los homosexuales: “desde entonces se había dedicado a ‘construir su físico’” (Blanco, 1983:130). Su vida giraba en torno a conseguir un cuerpo musculoso, sano, atractivo, como el de los jóvenes de la Ciudad de México.

En cuanto a la sexualidad, tanto de la Gorda como de Guillermo, en la novela se nos ofrecen distintas construcciones. La Gorda había tenido su primera experiencia sexual a los doce años con un chofer de camiones de carga. La Gorda, “[...] escuinclillo precoz y caliente, poco a poco se le fue acercando y frotando” al chofer, que Guillermo imaginaba como “[...] un hombre panzón, feo, fuerte, entrecano, con barba y mugre de una semana, con las uñas negras en manos pequeñas y callosas”. El chofer “[...] le cogió la nuca, prácticamente lo obligó a tragarse el miembro completo, hiriéndose la garganta, conteniendo la sensación de vómito” (Blanco, 1983:67). Así, de esta manera poco grata es como la Gorda había tenido su iniciación sexual. Desde pequeño sintió un deseo por la figura masculina, como se lee en el párrafo anterior, y de igual modo un interés por el sexo y el placer. Además, se sabe que nunca tuvo problemas en aceptar su homosexualidad y que los demás se enteraran. La identidad sexual de la Gorda es asumida por él y por los demás sin mayores problemas. El caso de Guillermo es parecido, él “[...] había sido un muchacho tímido. Su primer ligue, [fue] cuando tenía unos catorce años, con la primera gente que quiso tomarlo, sin muchas explicaciones y sin hacer caso del pudor ni de los delicados escrúpulos de un adolescente” (Blanco, 1983:105). Había decidido que quería probar y no le había importado con quién fuera; recordaba que había sido con:

[...] un hombre mayor, en un carro, alguna mañana, en algún aventón. No recordaba mucho: sólo que apenas había habido algunas caricias, unos besos no muy placenteros, y que el hombre le decía ¡muchachote!, [...] al morderle levemente el labio inferior, mientras lo masturbaba dentro del coche [...] y echaba recelosas miradas por el espejo retrovisor, no fuera que se acercara [...] algún policía (1983:105).

Al igual que la primera experiencia de la Gorda, la de Guillermo había sido con un hombre mayor y no había sido placentera. Más bien se trató de un evento de aprendizaje que sirvió para que el propio Guillermo pudiera comprobar sus inclinaciones sexuales y ver de qué se trataba la homosexualidad. Sin embargo, parece ser que, en cuanto a la aceptación de su sexualidad, Guillermo más adelante tiene algunos conflictos internos. Analizando al personaje a través de la novela, podemos darnos cuenta de su incansable empeño por formar parte de la sociedad, tanto que se dedica a algo que no le gusta con tal de gozar de privilegios; de igual manera, el hecho de que Guillermo se hubiera casado con una mujer, y que además la hubiera engañado con un hombre: “Después de años de no saber el uno del otro, Guillermo había vuelto a tratar a quien había sido su esposa, Irene, hasta el día que lo descubrió en la cama con un amigo (Blanco, 1983:133)”, confirma que Guillermo está constantemente vacilando entre el “ser” y el “deber ser”. Él se reconoce como homosexual, su identidad la asume como tal; no obstante, en esta diferenciación de su yo con respecto a los otros, que es clave de las identidades, le cuesta trabajo aceptar que parte de ser homosexual, en la época y el espacio que habita, es transgredir la normatividad y ser apreciado por los demás como tal.

La representación que tenían Guillermo y la Gorda de la homosexualidad era muy distinta entre sí. Guillermo “[...] insistía en que la homosexualidad era un modo de vida perfectamente natural y libre, sin nada de fatalmente perverso o sucio en ella; y en que por ello dependía de la voluntad y del talento de los propios homosexuales no solamente repeler a la opresión ajena, sino sobre todo ennoblecer [...] sus vidas personales” (1983:143); consideraba que estaba en su derecho, como sujeto homosexual, de ser tratado igual que los heterosexuales, y no solo eso, sino que estaba en su derecho de acabar con la dominación heteronormativa de la que se sentía víctima. De alguna manera, lo que busca Guillermo es la “visibilidad invisible” que Bourdieu menciona en *La dominación masculina* (2000:147) como el producto de la mayoría de las luchas de los homosexuales, la cual es un arma de doble filo, pues por un lado se logra que la sexualidad disidente a lo heteronormativo se considere en el sistema, pero por otro lado los cambios son únicamente discursivos y diplomáticos. En contraste:

[...] la Gorda defendía con garras y dientes sus prestigios infernales. [...] No había escogido esa perra vida, decía, para convertirla en miembro de los coros angelicales, sino precisamente por lo que tenía de perra, de sórdida, de delincuencial. [...] Claro que la homosexualidad no es natural: es lo más antinatural del mundo, afirmaba, su principal chiste es violentar la naturaleza; sí, es contranatura y artificiosa; y además ¿dónde está lo

natural [...]? [...] Sólo los débiles y los pasguatos se andan con el cuento de la naturaleza y la normalidad; los bravos violentamos, forzamos la naturaleza, para vivir en un mundo artificial (Blanco, 1983:143-144).

A la Gorda no le interesaba que se regularizaran las sexualidades, para él lo interesante de ser homosexual era transgredir la sexualidad normativa, violentar las convenciones. Afirmaba que el mundo era artificial y que parte de esta artificialidad eran también la construcción de este tipo de sexualidades peculiares. La Gorda, en relación con la matriz heteronormativa, es un sujeto abyecto, pues no coincide con los preceptos de esta en cuanto a sus preferencias y prácticas, y por lo tanto es despreciado. Como sujeto que se encuentra posicionado en esta zona de abyección, asume tanto al interior como al exterior las condiciones que le corresponden. Dice Butler:

Esta zona de inhabitabilidad constituirá el límite que define el terreno del sujeto; constituirá ese sitio de identificaciones temidas contra las cuales —y en virtud de las cuales— el terreno del sujeto circunscribirá su propia pretensión a la autonomía y a la vida. En este sentido, pues, el sujeto se constituye a través de la fuerza de la exclusión y la abyección, una fuerza que produce un exterior constitutivo del sujeto, un exterior abyecto que, después de todo, es “interior” al sujeto con su propio repudio funcional (Butler, 2002, 20).

En otras palabras, es esta condición de abyecto lo que hace que sujetos homosexuales como la Gorda sean definidos por esa matriz heteronormativa como diferentes, y al mismo tiempo esa exclusión los hace autodefinirse y asentar su identidad basándose en la distinción. Finalmente, como dice Giménez, “la primera función de la identidad es marcar fronteras entre un nosotros y los ‘otros’” (2005); de esta manera, ser distinto es también uno de los propósitos cuando se habla de identidad.

De esta representación también se desprende la representación del sexo que tienen ambos. Guillermo opina:

Lo absurdo no es que sigamos en nuestro enfandango, carnal, digital, oral, sexual deseo de nalgas, vergas, bocas, chiches, pestañas, adorando piernas y pies y falsas sonrisas; [...] lo absurdo es que insistamos en darle a ello *un brillo* que lo defienda del mero garrajo, del mero acto salival o excrementicio; y eleve nuestra pinche pulsión carnal a una visión más optimista y dorada de la vida —a la que, por supuesto, no tenemos derecho (Blanco, 1983:53).

Guillermo considera el sexo como una mera práctica fisiológica. No está de acuerdo en la metafísica del sexo que al parecer las personas a su alrededor profesan. Él cree que el sexo es una pulsión carnal y ya, y que todo ese “brillo” que le dan no es necesario. Para nada quiere decir esto que Guillermo vea el sexo de manera cruda; al contrario, pues en otras partes de la novela se hace referencia a él como un sentimental, como un romántico que cree que el sexo y el amor van de la mano; más bien nos habla del rechazo de Guillermo por el materialismo¹⁵ y la banalidad. La Gorda coincidía con Guillermo en que el sexo era pulsión carnal; sin embargo, él le restaba el carácter romántico que Guillermo sí le concedía:

¿Para qué andarle buscando amor a un mundo que no lo tiene?, se decía la Gorda: todo es pulsión sexual, carnal, y siempre resulta artificiosa; en algún futuro o incluso en el presente, en alguna otra parte del mundo y hasta de la misma ciudad de México, alguien artificiosa, verídicamente copularía con botellas, con puertas, con cerraduras, con sedas o con suéteres (Blanco, 1983:144).

En sintonía con estas representaciones, los *habitus* de ambos son propios de su grupo y de su edad. Los dos salen en el anonimato de noche a los bares de ambiente de la ciudad. Como comentario, dice Laguarda que la apropiación de la identidad gay en México tuvo soporte en la socialización producida en los círculos homosexuales, y en especial en espacios de sociabilidad específicamente establecidos para los gays, como los bares (2010:171). “El *habitus* como sentido práctico realiza la *reactivación* del sentido objetivado en las instituciones” (Bourdieu, 1993:99). Es decir, conectando con los comentarios anteriores, estos espacios son representativos y propios de la homosexualidad como institución, y de algún modo el hecho de que Guillermo y la Gorda, como homosexuales ya maduros, los visiten, los hace continuar con la perpetuación de la homosexualidad y reafirmar su sentido de pertenencia a ella. Otras prácticas, además de esta, se desprendían de su grupo social; por ejemplo, la Gorda siempre buscaba la manera de quedarse hasta el final para irse con “hermosos jovencitos” (Blanco, 1983:37), en un intento por mantenerse a la par que ellos. Además iba a los “gimnasios lumpen [en los que...] reinaba la Gorda, recibía [...] admiración, les daba consejos [a los demás] para mejorar sus ejercicios, se dejaba cachondear y coger en los excusados” (1983:132). Y tanto la Gorda como Guillermo eran clientes de jóvenes chichifos, en primer lugar porque les gustaba pagar por

¹⁵ Materialismo se usa con la siguiente acepción: “2. m. Tendencia a dar importancia primordial a los intereses materiales”. Ver: <http://lema.rae.es/drae/?val=materialismo>

sexo, y en segundo lugar porque también su edad los ponía en desventaja y no les quedaba sino conseguir placer a través del dinero. Hasta la fecha la prostitución sigue existiendo, se paga por tener sexo con hombres, y las razones no distan mucho de las expuestas en la novela; lo hacen por miedo a declararse homosexuales, por inseguridad, por soledad, porque piensan que su edad ya no les permitirá entablar una relación o ligar con alguien.

Los chavos buena onda —es decir, los chichifos— coinciden en que la mayoría de sus clientes son homosexuales, aunque en muchas ocasiones “de closet”, pues gran parte de ellos están casados e incluso son padres de familia. “El perfil del cliente son hombres con vida heterosexual, casados, algunos con familia, de clase media alta y mayores de 30 años. Otros son de los que simplemente buscan sexo con otros hombres”, explicó Alexander. “Creo que la soledad [de los clientes] los motiva a venir. No se sienten capaces de ligar a alguien, quieren ser escuchados o hay unos muy calientes que literalmente les sale más económico venirse acá que ligar en un antro”, cuenta Alexander (CiudadanosENRED, 2014).

En este punto resulta ilustrativo recordar lo que Bourdieu indica sobre la homogeneidad de los *habitus* de grupo o clase: “La homogeneidad objetiva de los *habitus* de grupo o de clase resulta de la homogeneidad de las condiciones de existencia, es lo que hace que las prácticas y las obras sean inmediatamente inteligibles y pre-visibility, percibidas, pues, como evidentes” (1993:100–101). La condición de ambos como homosexuales maduros es lo que los hace coincidir en el consumo de sexo joven. La Gorda disfrutaba de “[...] los proletas artificiales: los niños-bien que se hacían pasar por chichifos, con algo de gimnasio y overol” (Blanco, 1983:64–65), y se habla también de la Gorda como cliente frecuente, de su lujuria incansable. Y de Guillermo se sabe de su relación cliente-servidor con Felipe, que luego llegó a convertirse en algo más que eso.

Felipe también tiene representaciones sociales y *habitus* propios referentes a su sexualidad. Primero que nada, consideraba la prostitución como una práctica profesional que le daba la oportunidad de hacer dinero para obtener lo que deseaba y a la vez como una forma práctica de libertad; decía: “El chichifo venderá otra cosa, pero no su mente: al contrario, la desarrolla; es una especie de intelectual de la acción, de la vida en bruto, etcétera” (Blanco, 1983:48). Como afirma Vek Lewis, en el caso de Felipe: “El cuerpo es un vehículo hacia el servicio del placer y una ruta hacia acceso y agencia culturales y económicas” (2003:89). Es a través de la prostitución como Felipe puede acceder a ese mundo económico que tanto anhela, y por lo mismo decide dedicarse a dicha profesión. La prostitución en este sentido: “[...] no es sinécdoque de la violencia del mundo urbano de la gran ciudad, sino una respuesta a ‘las fuerzas de conservatismo que promueven represión, censura

e intolerancia y la homofobia que le niega al individuo que exprese y desarrolle su sexualidad' en que radica esa violencia" (2003:89). Felipe no le temía a nada, no se asustaba de lo sucio ni de lo maldito, y tampoco de ir en contra de las buenas costumbres. Por esta razón, el asunto de ser chichifo no le causaba conflictos; este es uno de sus *habitus* que se desprende de su grupo social, en el sentido de que otros integrantes de su grupo contemplan la prostitución como una forma fácil de hacer dinero y llevan a cabo dicha profesión. Destaca también, por ejemplo, el caso de Ignacio. En cuanto al sexo, la representación que tenía de esta práctica era muy sencilla: "Se admiraba de que el sexo fuera tan importante para la gente: tan dramático, tan deformador; de que las personas resultaran tan débiles, tan deseosas, tan esclavas de apetitos exagerados" (Blanco, 1983:73). Le parecía también que el sexo era mera pulsión sexual, que toda la parafernalia lúbrica y romántica que había alrededor de él salía sobrando. Digamos que, de alguna manera, su sentido común le dictaba que era un elemento constitutivo más de la humanidad, pero no motivo de tanto desgaste físico ni emocional.

De igual manera puede hablarse de la representación que Felipe tiene de las relaciones afectivas. Aparentemente él no hace distinciones de sexo y puede entablar una relación tanto con una mujer como con un hombre. En la novela se ofrecen evidencias de que Felipe mantiene en un momento una relación amorosa con Guillermo, pero también con Analía: "Analía es mi novia, Guillermo es mi novio: son mis únicos novios, para siempre, para siempre —decía Felipe, fajando al mismo tiempo con los dos" (Blanco, 1983:52). Y no solamente prueba que tiene la capacidad de entablar un vínculo amoroso por igual con un hombre que con una mujer, sino que también esto demuestra que su concepción del amor nada tiene que ver con la monogamia. Felipe puede sostener una relación con Analía al mismo tiempo que con Guillermo, y esto no le influye. Su identidad no se ve afectada por esta variedad de gustos; al contrario, se caracteriza por estas amplias posibilidades. En las otras novelas que se tratan en este libro no se observa esto; mucho tiene que ver con que en 1983, año de publicación de *Las púberes canéforas*, comenzaba a darse mayor apertura sexual, pero también con la visión de José Joaquín Blanco y su deseo por el cambio y la aceptación de la diversidad.

De las representaciones que Felipe tiene de la vida, vale la pena insistir en esa fascinación que, desde la perspectiva de Guillermo, Felipe tenía por la riqueza. Según Guillermo, Felipe vivía "[...] encandilado por el resplandor del dinero, esperando que le llegara su oportunidad de, mágicamente, ocupar su sitio entre los [...] semidioses" (Blanco, 1983:47). Por lo mismo, la idea que "Felipe tiene de los ricos y la riqueza" es "una idea inocente y deslumbrada". Piensa que tanto los ricos como la riqueza son como lo muestra "[...] la publicidad para el consumo de los pobres"; según

Guillermo, Felipe debe imaginarse a los ricos como “[...] personajes altos, robustos, muchos de ellos rubios, todos sanos, sin maldad alguna” (1983:49). Es decir, que en el México en que él habita el dinero tiene un papel privilegiado, pues otorga poder, como lo hemos visto con la Gorda, y confiere estabilidad, como Guillermo nos ha permitido percibir, pero también otorga nobleza según las pistas que Felipe da.

En cuanto a los *habitus* de Felipe, esas prácticas que se inscriben en los cuerpos por similares condiciones (Bourdieu 1993:102), él comparte con los de su grupo social, los homosexuales jóvenes, *habitus*, como ir a la *discotheque* con frecuencia, salir de noche, cuidar en extremo su cuerpo,¹⁶ dedicarse a la prostitución, etcétera. Y también comparte *habitus* con Analía, con quien no solo coincide en edad, sino en condiciones de clase, de profesión y de vida. Ambos se dedican a la prostitución, se salieron de su casa, no gozan de una posición económica favorable y aspiran a un mejor futuro. Por lo tanto:

Podían hacer el amor entre ellos, pero también no hacerlo, o ir al cine, o echarse largas correrías por Insurgentes, robando ropa y chucherías en las tiendas de autoservicio. [...] Y aun al hacer el amor entre ellos, no lo hacían como sus clientes bufadores desesperados, sino con cierto retozo, entre risas y alegría [...] de modo que finalmente lo sentían como lo más limpio y deportivo de la tierra (Blanco, 1983:73).

Estar en las mismas circunstancias los hacía compartir prácticas de ese tipo, y de igual manera les daba una representación similar de lo que eran el amor, el sexo, la vida. De este modo, tanto Analía como Felipe interiorizaron ciertos aspectos de su cultura que los hacían converger en algunos puntos, pero a la vez diferenciarse de los demás individuos con los que compartían tiempo, espacio y relaciones. La representación que tienen de los demás, de su profesión, de la sociedad a la que pertenecen y de los contextos en general es similar. Muy distinto ello si analizamos meticulosamente a Guillermo en comparación con Felipe, sus *habitus* en contraste y la representación que tienen el uno del otro.

Deteniéndonos un poco en el punto anterior, es conveniente ser más explícitos en cuanto a lo que Felipe, el joven chichifo, manifiesta acerca de Guillermo. El primero considera que el segundo es: “[...] una monserga [...], un pretencioso, un mamón”. Y lo que más le molesta es que, según su representación, Guillermo todo el tiempo está “[...] luciendo su cultura y su dizque humanismo” y dando consejos

¹⁶ “Se cuidaba y se examinaba con rigor: la elasticidad y la firmeza de sus músculos, el gusto y el estado de su ropa, la claridad de su rostro tan encantadoramente apto para la sonrisa” (Blanco, 1983:51).

morales (Blanco, 1983:76). Y siente que, con acciones de este tipo, Guillermo intenta humillarlo y hacerlo quedar como un ignorante. Felipe además opinaba que Guillermo era un ser tan sexual como cualquier otro, pero que tenía que: “[...] inventarse explicaciones y teorías, y sacar a relucir versos” para no parecer lujurioso y mundano. Por último, para finalizar con la representación que Felipe tiene de Guillermo, el joven lo define como un “[...] lacayo de burócratas” (Blanco, 1983:76), pues no solamente trabajaba con burócratas, sino que además lo hacía a pesar de sí mismo, motivado por la comodidad de vivir bien.

El propio Guillermo tiene una representación muy clara de las clases sociales; y como representación social, que es el conocimiento a través del cual el sujeto puede hacer asequible la realidad y encontrar un lugar de pertenencia para sí mismo y las cosas, se ubica en una de estas clases de manera consciente. Guillermo pertenece a una clase privilegiada, en el sentido de que es un burócrata que goza de ciertas comodidades y privilegios, en contraste con otros personajes de la novela. “Finalmente, anotaría Guillermo en sus papeles, yo era un burócrata aburrido que ya había desistido de darles por mí mismo, por mi trabajo o por mi inventiva, un verdadero atractivo a mis días; y lo andaba buscando en el amor, en las tretas sentimentales para hacer soportable la fría necesidad de amor” (Blanco, 1983:44). Este personaje, pese a tener una estabilidad económica, ofrece indicios, como en la cita anterior, que nos orillan a interpretar que no está satisfecho con su vida. Él se ve como alguien que: “[...] ha agotado su juventud sin cumplir ninguna de sus verdaderas ambiciones, y vende su tiempo por servir a jefes pendejos y corruptos sólo para tener una seguridad económica mezquina, unas comodidades mezquinas” (1983:43). La clase social a la que pertenece Guillermo, desde su propia representación, lo posiciona en una situación contradictoria, en una situación que lo hace conflictuarse; por un lado, no se preocupa por dinero, tiene casa, comida, diversión; aunque por otro lado no se siente realizado, pleno, porque no tiene amor, pero además porque, como ya mencionamos líneas arriba, no se dedica profesionalmente a escribir, que es lo que en verdad le apasiona, y en lugar de eso se “vende” a jefes corruptos a cambio de comodidades que en su interior considera mezquinas.

También, y para continuar con la representación que Guillermo tiene de sí mismo como sujeto que pertenece a una clase social particular, cabe mencionar que las diferencias de clases son un obstáculo significativo entre individuos en la novela de Blanco. Ello porque, por ejemplo, Guillermo, pese a estar escribiendo, de la forma más objetiva posible, una novela en la que los personajes pertenecen a estratos sociales diferentes al de él, y aun teniendo la mejor disposición y tratando de ponerse en el lugar y la condición de los personajes que aborda, no es capaz de comprenderlos. Esto se debe a su situación acomodada, como se menciona en el

texto: “[...] había sido educado para odiar todo eso, para mantenerse aparte, y a pesar de todas sus desesperaciones, explosiones e intentos de buena fe para incorporarse (así fuera como turista) a ello, su educación y los mezquinos y fundamentales intereses de bienestar cotidiano, seguían triunfando sobre él” (Blanco, 1983:126). La vida de Guillermo, quien forma parte de una clase social media alta, y la de sujetos obreros o de clase trabajadora, que de algún modo Guillermo intenta retratar en la novela que está escribiendo, nos presentan: “[...] vidas tan socialmente ajenas que [...] son] prácticamente [individuos pertenecientes a] otro país” (1983:126). La representación que Guillermo tiene de sí y la que tiene de los demás se oponen de manera rotunda, sobre todo por la cuestión de la clase social. Y de igual manera, el país en el que habita Guillermo termina por ser uno muy diferente al de los de clase baja, porque experimentan, aunque en un espacio compartido, realidades completamente distintas.

Asimismo, Guillermo tiene otras representaciones sociales de clase. Por ejemplo, sobre la clase media externa algunos comentarios que nos permiten observar dichas representaciones. En algún momento menciona que existe una insaciable ambición clasemediera por la juventud, el ocio, el cuerpo, como mercancía (1983:40). Nos sugiere una clase media que concentra su atención y su labor en lo material, en lo efímero. De igual manera, en un momento de frustración Guillermo expresa, en referencia al arte y a la predilección de la clase media: “¿Para qué andarse con libros, sentenció: el arte del siglo veinte es el comercial de televisión?” (1983:125). Esto, de alguna manera, admite que interpretemos la realidad del México de clase media en la novela como un país que opta por lo sintético, por la comodidad, por lo inmediato, por el entretenimiento, y no por lo que propicia la reflexión, por lo que conlleva un mayor esfuerzo intelectual.

En cuanto a la clase y la cultura campesinas, Guillermo las observa como más naturales y modestas en lo que a sexo y sentimientos se refiere, a diferencia de la clase media que tiende a glorificar el sexo, la juventud y los sentimientos, y los acompaña de una parafernalia específica. Es curioso observar cómo Blanco no circunscribe la problemática de la estratificación social en México meramente al factor económico, sino que además, como se mostró con anterioridad, se hace evidente la existencia de relaciones directas entre la clase y otros aspectos como la sexualidad y las relaciones humanas. Pero más interesante todavía es que Blanco, a través de Guillermo, expone la situación de desventaja, no olvidando la clase social, en la que se encuentran los sujetos homosexuales en el México que se construye en la novela. Recuperando las reflexiones de Guillermo, en la obra de Blanco se dice: “Si a patadas se trataba a los obreros y a los campesinos y demás ‘mayorías’, ¿por qué habrían de recibir mejor trato un montón de putos?” (1983:146). Ello expresa que

en la época y en el país en el que habitan los personajes de *Las púberes canéforas*, vivir una sexualidad no hegemónica implica un rechazo aún mayor que el de clase. México en la novela es clasista, sí, y también, antes de ser clasista, es homofóbico y heteronormativo. Ser pobre es inoportuno, pero ser homosexual parece que es igual o incluso más desafortunado; y ni qué decir del homosexual que, además de tener preferencias “distintas”, es pobre. Los homosexuales son tratados prácticamente como “delincuentes”, y como tales tienen que enfrentar a la “policía” día a día. El mismo José Joaquín Blanco, en 1979, en *Ojos que da pánico soñar*, texto ensayístico predecesor de *Las púberes canéforas*, expone abiertamente su consternación ante la situación de los homosexuales más marginales, los que vivían en la pobreza total, y expresa su imposibilidad de comprender cabalmente su estado (2010:256). Esto indica la evidente inquietud del autor, desde finales de los setenta, por mostrar la realidad mexicana que él percibía y por hablar de homosexualidad y clase social como un fenómeno orgánico y no como factores que se repelen.

La situación política y económica de los ochenta en México es claramente representada en *Las púberes canéforas*. Para poder decir esto, no está de más recordar que la situación del país era muy precaria. En el sexenio de López Portillo (1976-1982), el gasto público, que se incrementó un 50 por ciento, fue el impulsor de la economía y se utilizó para dotar a Pemex con la infraestructura necesaria. La inflación bajó, pero se incrementaron la deuda externa y el déficit gubernamental debido a los muchos empréstitos solicitados (*México cien años*, 2001:362). Asimismo, en 1982 el peso se devaluó debido a que el Banco de México se retiró del mercado cambiario. También la inflación y los precios se dispararon, por lo que la desconfianza se generalizó y fue inevitable la fuga de divisas al extranjero. José López Portillo nacionalizó posteriormente la banca para enfrentar la situación, pero nada se solucionó con ello. Su sexenio culminó con el dólar a 70 pesos y la deuda se elevó a 80 000 millones de dólares (2001:363). Por lo anterior, al siguiente presidente, Miguel de la Madrid, se le entregó un país completamente en crisis. La inflación, el desempleo y la pobreza eran efectos visibles de lo que López Portillo había hecho. El sexenio de Miguel de la Madrid no fue mejor que el anterior, el crecimiento de la economía promedio al año fue prácticamente nulo, pues fue de 0.1 por ciento. La inflación fue de 4771 por ciento. La deuda externa pasó de 84 000 a 100 000 millones de dólares. El peso cayó a 2285.25 por dólar. Muchas empresas nacionales se fueron a la quiebra. El nivel de vida de los mexicanos bajó: 70 por ciento sufría desnutrición, el desempleo subió 20 por ciento y más de la mitad de la población engrosó las listas del desempleo o cayó en la economía informal (2001:367).

Entonces, tomando en cuenta lo anterior, es lógico que Blanco aborde el tema de la homosexualidad, pero vinculándolo en todo momento a la problemática económica

y política del país. Para el autor, es esencial hablar no solo del conflicto identitario y de marginalización en el que se encuentran los individuos gays de su novela, que a la vez reflejan una sociedad que está fuera de la misma, sino que es necesario también representar en su texto cómo dichas cuestiones tienen un trasfondo muy amplio y significativo, como lo es la realidad mexicana que se estaba viviendo a principios de los ochenta. La pobreza, el desempleo, la inestabilidad económica y el deseo de que el país se recuperara y que la situación cesara de afectar sobre todo a la clase obrera, se reflejan en el texto de Blanco. La postura crítica del autor se puede observar en la composición de sus personajes y en la representación de un mundo en el que las diferencias de clase, raza y sexualidad están definidas de manera clara. La intención de reprobar y mostrar la realidad mexicana tal y como es, por parte del autor, es más que obvia. Blanco intenta llegar más allá que otras novelas en las que también se trata el asunto de las sexualidades marginales. No se queda en el plano superficial, sino hace un análisis más meticuloso del fenómeno y considera obligatorio vincular cada uno de los factores que tienen que ver con las diferencias de clase, raza y sexo, para así entregarnos un trabajo con una visión innegablemente global y orgánica.

La Gorda, al igual que Guillermo, expone también algunas representaciones de clase en la novela. Por ejemplo, tiene una representación de sí mismo como homosexual desde la clase social. Como se comprendió, Blanco no hace una división tajante de los distintos aspectos del ser humano (políticos, económicos, sociales, sexuales, etcétera), sino que más bien configura los elementos de la realidad de su novela como en un *continuum*. Por ejemplo, la Gorda jamás se avergonzó de ser gay, pero, en cambio, el peso de saber que pertenecía a una clase acomodada a costa de que su padre, diputado del PRI, fuera un hombre corrupto, era muy fuerte para él, tanto que sentía la necesidad de ocultar su procedencia. La representación que tiene de su clase, por lo tanto, es una representación negativa, sobre todo por el aspecto moral.

De igual manera, la Gorda hace mención de representaciones sociales que en Tapachula, Chiapas, su lugar de nacimiento, se reproducen desde que era niño, y que de alguna manera se insertan en el imaginario social de clase de los habitantes de esa ciudad, y quizá, extrapolándolos al país, en el imaginario de los mexicanos. La Gorda habla del racismo que advierte en Chiapas hacia las personas de piel más oscura o que usan ropa tradicional indígena. Incluso confiesa que se identificaba con este tipo de discriminación. En cuanto al racismo indígena, Castellanos, Gómez y Pineda afirman: “El colete es de sangre azul, es de alcurnia, es superior a toda persona que renga raza indígena, hay orgullo de [esta] alcurnia, de la superioridad y de la tradición [...] La exclusión del indio puede ser absoluta cuando se afirma

esta forma de hispanidad y el mestizaje es un recurso retórico” (2007:302). Es así como funciona el racismo. Sin embargo, la Gorda, por otro lado, menciona también la fascinación que sentía desde pequeño por los indígenas:

Pero desde chiquito me encantaban los indios. Puta que es uno desde recién nacido, ¿verdad? No es común verlos aislados, más que al borde de la carretera, esperando el camión; sino más bien en grupos, cuando bajan a la plaza en las fiestas y para ir al mercado. Los veía yo, ¿cómo te diré?, como más físicos, como más carnales; hasta un poco animales, la verdad (Blanco, 1983:57).

Esto se debía a que, pese a que la representación de los indígenas como seres inferiores, más primitivos e incluso perversos, está fijada en el imaginario social de los mexicanos de los ochenta de la novela, paralelamente existe una representación del indígena como un ser más lúbrico, entregado a los placeres físicos, esto determinado por sus instintos y su carácter primitivo. En cuanto a lo anterior, Castellanos, Gómez y Pineda mencionan:

Desde diversas tradiciones de pensamiento se produjeron figuras del indio que perduran en el imaginario social. El asombro, la admiración suscitada por su civilización, la imagen del *buen salvaje*, el reconocimiento de su igualdad y sus capacidades, de sus virtudes, a costa de “despojarlo” de todo lo propio, son juicios y actitudes que expresan una línea de pensamiento vinculada a la tradición cristiana distinta a la aristotélica, subyacente tras disquisiciones acerca de la inferioridad natural de los indios, de si poseían alma, eran dignos de ser cristianizados o si eran esclavos por naturaleza (2007:295-296).

La Gorda, con sus comentarios, confirma ese conocimiento de sentido común, es decir, la representación que de los indígenas tiene la sociedad. Él nos permite observar que la concepción que la sociedad tiene del indígena es la de un ser disminuido a la categoría de animal, un ser sumamente sexual y diabólico. La Gorda representa, de alguna manera, el racismo hacia los indígenas inscrito en el imaginario de los mexicanos. Este es un punto de referencia para la construcción de las identidades de los propios mexicanos, pues por un lado se encuentran los mestizos, como sujetos racionales, templados y puros, y por el otro, en contraposición, los indígenas. Y si somos más precisos y recordamos la concepción que Felipe tiene de los rubios, todavía se observa otra distinción entre los mismos mestizos en la sociedad que se construye en la novela, y es que las personas rubias y de piel blanca son todavía superiores a las mestizas de piel morena, pues no tienen maldad alguna, son fuertes, sanas y sobre todo ricas. La jerarquía por razas, así como también

se vio con la jerarquía de clases, está bien delineada: mestizos blancos, mestizos morenos e indígenas.

En el mundo creado por la novela, clase, raza y sexualidad no pueden verse sino con una misma lupa. Lo hegemónico en cada una de estas categorías es legitimado en función de la presencia de una marginalidad, y lo marginal lo es también porque existe una hegemonía. En el caso de la clase, se produce, en primera instancia, una distinción entre clase acomodada y clase obrera. En cuanto a la raza, la distinción es entre mestizos blancos, mestizos morenos e indígenas. Y en el caso de la sexualidad la diferenciación es entre heterosexuales y homosexuales. Sin embargo, claro está, lo complejo y valioso de esta novela es que muchas veces estas distinciones de categorías se cruzan; y entonces no es lo mismo un personaje como Guillermo, que si bien es homosexual y por eso se encuentra del lado de la marginalidad en cuanto a sexualidad se refiere, no deja de tener un rango alto en la jerarquía de clase pues no pertenece a la clase obrera. En cambio, Felipe está también en una situación marginal con respecto a la sexualidad, pero además pertenece a una clase social baja, tanto así que debe prostituirse para sobrevivir. Como luego se tratará, tampoco es igual Felipe a Ignacio, el amante de la Gorda, quien además de compartir con Felipe lo anterior, tiene rasgos indígenas. La identidad de los actores colectivos de los personajes de la novela de Blanco parte finalmente de estas representaciones y distinciones que resultan de los imaginarios presentes en la sociedad de la época.

Volviendo a la Gorda, este personaje, con el paso del tiempo, adopta la conciencia de que sus prejuicios son discriminatorios, de que lo que él piensa sobre los indígenas es parte de una herencia de ideas colectivas. Su identidad se va construyendo desde la infancia a partir de toda una serie de representaciones que forman parte del imaginario social de su entorno. Aunque luego la Gorda, tras sus experiencias y estudios y después de darse cuenta de que incurría en racismo, va desvelando lo que se da por sentado y comienza a tener otra representación de las personas y las situaciones, no por ello cambia totalmente sus gustos:

Y en cambio, con la gente que está abajo, con los campesinos y los obreros y sobre todo los indios, como están más cerca del diablo y de los animales, ahora sí que salí bien racista; pues como que los sientes más sensuales. [...] Claro que luego te sale todo lo contrario, [...] los indios son peores de puritanos que la gente decente (Blanco, 1983:58).

Continuando con las representaciones que poseía la Gorda, es de suma importancia mencionar lo que este personaje piensa acerca de los policías. Y cuando menciono de suma importancia, lo digo sin afán hiperbólico, pues es precisamente la relación de la Gorda con la policía lo que hace de este personaje homosexual el

más ambivalente; y esta ambivalencia hace de la Gorda también, según mi opinión, el personaje menos maniqueo y con mayor mérito de todos.

La Gorda siente una fascinación por la figura del policía: “Desde Villa y Zapata, decía, no hemos podido crear sino dos tipos de mexicanos que con frecuencia son el mismo: el político y el policía, el arte de hacer ilegalidad de la ley y delincuencia del orden público” (Blanco, 1983:146). Este personaje, por su propia experiencia y por proceder de una familia de políticos, sabe que los ámbitos de la política y la justicia en México no son sino terrenos de corrupción y exclusión, y en parte siente repulsión hacia esto. Pero la Gorda también piensa que la vía de la corrupción es la única que existe para obtener un poco de libertad, sobre todo como individuo homosexual. Es por esto que prefiere aliarse a la policía.

Lo poco que hemos conseguido, afirmaba la Gorda con convicción, es gracias a la policía y a la corrupción. Los espacios en los que más o menos podemos movernos y respirar, no nos los han dado las Damas Vicentinas ni los Caballeros de Colón ni la Cámara de Diputados, sino la policía; a cambio, como todo, de dinero (1983:145-146).

Esto sugiere que, aunque la Gorda tiene una representación de la policía y de la política como esferas corruptas, cree que es necesario que sean así para que la sociedad pueda funcionar y, más que nada, para que los homosexuales puedan gozar, aunque con restricciones y a cambio de una cuota, de su sexualidad tal y como es. En el México que habita la Gorda, la homosexualidad es menospreciada, pero también, como se ha estado diciendo, el motivo del dinero es fuerte en este país, y si se paga una cuota, se hacen concesiones en lo que respecta a las sexualidades no hegemónicas. El dinero es la panacea de este país. En el México bajo el régimen de Miguel de la Madrid, contexto en el que surge *Las púberes canéforas*, hubo, sin duda, ausencia de liderazgo presidencial y la corrupción llegó a lo más hondo de las estructuras políticas y sociales. Es decir, en el México que queda fuera de la obra ficcional, pero que a la vez se refleja o se representa en ella, la corrupción es el *modus operandi* tanto de las personas en el poder, como de cualquiera que pueda beneficiarse de un privilegio o de una relación. Al parecer, un epíteto idóneo del mexicano es “corrupto”.

Pero lo curioso e interesante, lo que viene a completar la ambivalencia de la Gorda con respecto a esta cuestión, es que al final de la novela es el único personaje que se rebela y se enfrenta a la policía, sujeto colectivo que representa el instrumento de regulación de la hegemonía sexual heteronormativa y de la hegemonía de clase. Lo que sucede es que la Gorda va, como de costumbre, a los baños Jáuregui, que son del tipo de los que frecuentan con regularidad los homosexuales

a manera de *habitus*. Y hago aquí una anotación necesaria: los baños de vapor en el México de *Las púberes canéforas*, que nos proyectan un ejemplo de los *habitus* de los sujetos gays en la novela, son espacios que “[...] se habían convertido en rincón de homosexuales, sobre todo a ciertas horas” (Blanco, 1983:143). Ahí, por acuerdo tácito, está permitida cualquier manifestación de la sexualidad, pues es un espacio privado. Antes también se hizo referencia a los baños de vapor como uno de los lugares propios de los homosexuales. Fueron mencionados también los cines, los Sanborns, algunos bares, etcétera. La particularidad de estos espacios es que no son totalmente públicos, pues quedan en parte como ámbitos privados o clandestinos, aun cuando toda la sociedad sabe de su existencia.

[...] baños de vapor y enormes cines de tercera ofrecían la variante mexicana, mucho más auténtica, de la vida gay de los países desarrollados [...]. En México también ocurría de todo en cines y baños, pero nunca estaba uno seguro: ¿será policía?, ¿será una trampa?, ¿será buga pero quiere? Siempre quedaba la fantasía de que se tratara de un heterosexual con ganas. Abundaban las historias de tipo: me dijo que su mujer está a punto de parir y lleva por eso meses aguantándose. Esta fantasía es imposible en un bar civilizado de Berlín, París o San Francisco (González de Alba, 1998:143).

Vuelvo a mencionar que lo público es propio de la heteronormatividad y lo privado de la homosexualidad. Por eso también, como se dijo en este capítulo, el día, que es público, es para vivir siguiendo los preceptos hegemónicos, y la noche es para ser uno mismo y disfrutar de su sexualidad.

Retomando: la Gorda, al final de *Las púberes canéforas*, al salir de los baños Jáuregui tiene un encuentro con unos policías. Por ello Guillermo dice: “Pinche Gorda, no jodas, ¿cómo es eso de que te llevas con unos judiciales? No seas cuento” (1983:67), y porque el narrador comenta: “La Gorda pudo [...] sacar la falsa credencial de policía judicial que la Cacahuata le había vendido” (1983:148), como lectores tenemos conocimiento de que este personaje tiene contacto directo con la policía, y cuenta con la posibilidad de ser eximido por alguna conducta que se considere moralmente mala. O incluso, el narrador hace posible la facultad de que la Gorda se libere de la policía con un soborno o con servilismo. Sin embargo, lo que sucede es que, al salir de los baños Jáuregui, dos agentes se acercan a él y lo acusan de haber mantenido relaciones sexuales con un menor dentro de los baños. Claro está que el verdadero objetivo de los agentes no es sancionarlo, sino simplemente conseguir una cantidad monetaria considerable de parte de este personaje a cambio de perdonar su “falta”. Ya se mencionó que en esa época la corrupción se imponía sobre muchas formas de ser y de actuar, pero la Gorda, pese a su discurso “procorrupción”, pese

a sus influencias y pese a su moral corrompida, en esta última parte de la novela, y como si en ese instante hubiera tenido una revelación, no cede, y en vez de eso permite que se lo lleven los agentes:

Comprendió de pronto, al ver al más soez de los dos agentes, que el ideal viril al que desde pequeño se habían encaminado sus deseos, no se realizaba tanto en la apostura como en el resplandor de la fuerza y que nada embellecía más al prepotente como el desprecio. Pasaron velozmente en su memoria episodios de homosexuales apedreados en baldíos, degollados en pequeños departamentos o aparecidos en cualquier calle, asesinados, con la mandíbula desencajada a tiros. [...] La Gorda pudo haberse puesto servil y amable, como otras veces, y pagar la extorsión; o sacar la falsa credencial de policía judicial que la Cacahuata le había vendido [...], sólo para mostrar que él también las podía.

—Estuviste cogiendo en los baños con menores de edad —lo amenazaron.

Pero en algún momento se llegaba al final de la calle, a la consumación de un destino. Quizás el suyo empezaba en ese Volkswagen café, sin placas, con la portezuela abierta, que estaba junto:

—¡No te hagas pendejo! ¡al coche!— le ordenó el agente (Blanco, 1983:147-148).

Este final tan inesperado, primero que nada, me parece que logra un impacto en el lector y que da a la obra literaria un mayor valor, pues una de las cuestiones más importantes de la literatura son esos instantes singulares que generan en el lector un choque entre lo habitual y lo insólito. Y en segundo lugar, completan la ambivalencia de la Gorda que, por un lado, es partidaria de la corrupción, pero que, por otro lado, en esta situación reflexiona en un instante acerca de los crímenes tan crudos y la violencia que han tenido que soportar los homosexuales, y también acerca sobre el poder y sobre funciona. Y como el poder, según él, se acrecienta con la sumisión, lo que hace es tomar una nueva conciencia de lo que es él, de su identidad —representando al mexicano de clase media—, y decide, en un acto contestatario, asumirse como sujeto homosexual y, por ende, hacer frente a las consecuencias que esto le va a ocasionar.

El final de *Las púberes canéforas* es importante y significativo porque, con esta acción de la Gorda, el modelo del homosexual, por lo menos el que se percibe en la novela —el de un individuo que es marginado y que solo puede formar parte de la sociedad en lo oscuro de la noche y en la privacidad, y que nada más puede disfrutar de su sexualidad formando parte de ese ciclo de la corrupción a través del pago al instrumento de regulación de la sexualidad y las jerarquías, es decir, a la policía, por este derecho—, viene a desplomarse cuando la Gorda decide parar con dicho ciclo. Él se sugiere como el precursor de la afirmación política de la sexualidad y

del cambio en las estratificaciones sociales, alejándose del conformismo no solo homosexual, sino también clasemediero.

Jordi Diez divide el Movimiento de Liberación Homosexual Mexicano en tres etapas: una que va desde 1978 hasta su debilitamiento en 1984; otra que va de 1984 a 1997; y una última etapa contemporánea que va de 1997 a la fecha (2011:689). Lo importante en este punto es observar que, siguiendo a Diez, la decisión de Blanco de dar este final a la novela esté quizá relacionada con estas etapas. La primera etapa del movimiento se caracterizó por las demandas de liberación, por parte de los homosexuales, en un espacio de apertura política, como ya se ha dicho. La novela se inserta en esta primera etapa. Esto, en parte, pudiéramos pensar, se ve reflejado en esta última acción de la Gorda, de quien hemos venido hablando, pues se afirma como homosexual ante la policía, instrumento regulador hegemónico. Sin embargo, también debe considerarse que la novela se publica casi al final del primer período del movimiento, por lo que no sería errado pensar que la creación de la novela es más bien una anticipación de la segunda etapa, caracterizada por el debilitamiento de la identidad colectiva, según Diez (2011:699). La acción afirmativa de la Gorda nos hace recapitular y tomar conciencia de la situación que están enfrentando los personajes en la novela. Nos lleva a pensar que hay claramente un problema de identidad homosexual y que los personajes se encuentran en una posición riesgosa en ese momento. Del mismo modo, esto, extrapolado a la realidad que se vivía en México en cuanto a temas de estas características, podría tener relación, pues quizá Blanco, como homosexual, con ojo avizor, estaba especulando sobre el debilitamiento del Movimiento y el tratamiento de la sexualidad en su país. De igual manera, no debemos dejar de lado lo que antes se indicó acerca de la situación política y económica del país, pues de alguna manera este final también se desprende de tal circunstancia. La Gorda se reconoce como gay, se afirma como tal, pero también se reconoce y afirma como sujeto mexicano que está cansado de la corrupción, la pobreza, la crisis y todos los problemas de este tipo que los malos gobiernos han provocado. Y básicamente la crítica del autor hacia afuera es al PRI, al partido que duró sesenta años ininterrumpidos en el poder, lo que contribuyó a que millones de mexicanos vivieran en situaciones precarias, bajo la tiranía de los políticos y asumiendo con naturalidad la corrupción en todos los niveles.

Y un poco dejando de lado a la Gorda... Ignacio y Fabián son dos personajes que, aunque aparecen poco en la historia, no pasan inadvertidos. Ambos pertenecen a una misma clase social, son de clase trabajadora, por lo que hay muchas similitudes entre ambos. Sin embargo, también existen diferencias entre ellos, sobre todo en lo que respecta a la perspectiva que tienen de la sexualidad. Ambos tienen una representación social acerca, por ejemplo, del sexo entre pares. Ignacio,

por un lado, intenta mantener en secreto su antigua profesión, la prostitución con hombres: “[...] se había hartado de esa vida de vergas, culos, pantalones entrea-biertos en coches estacionados y cogederos en grupo como de jaurías en los rincones nebulosos de los baños de quinta, Ignacio había vuelto con sus viejos amigos de la cuadra, al fútbol y a los domingos en el balneario, ‘y a la vida sana’” (Blanco, 1983:113). De alguna manera, Ignacio desapruueba su profesión, o por lo menos esos aspectos denigrantes y envilecidos de la prostitución. Tenía sus reservas en cuanto a esta y no se entregaba con total voluntad a ella. No obstante, nada tiene que ver con el hecho de involucrarse con hombres, pues a diferencia de Felipe, Ignacio sí parece encariñarse con sus clientes y sentir una especial atracción por los del sexo masculino. Su enamoramiento con la Gorda lo prueba. También puede hablarse de una representación de la homosexualidad por parte de Ignacio como una condición que no es la más conveniente, ni en el México de la época ni en la clase a la que él pertenece. Cuando piensa en la posibilidad de tener sexo con Fabián, lo único que pasa por su cabeza es que los vecinos del barrio eventualmente se enterarían y eso dañaría su reputación, y de igual manera que es más importante conservar a un amigo que perderlo por una noche de pasión. La representación que Ignacio tenía del sexo entre amigos hombres era que “[...] después del acostón de borrachera, siempre seguía el desprecio” (Blanco, 1983:119). Como asegura Mora, según Moscovici, “[...] las representaciones sociales emergen determinadas por las condiciones en que son pensadas y constituidas, teniendo como denominador el hecho de surgir en momentos de crisis y de conflictos” (Mora, 2009:8). A partir de lo mencionado, es comprensible que la representación que Ignacio tiene de las relaciones entre hombres haya surgido al interior del grupo social al cual pertenece, el de los gays, tras el rechazo y discriminación que enfrentan. Pesaban sobre él la moral, la presión social y sus sentimientos. Por otro lado, Fabián logra encontrar el pretexto ideal para justificarse ante sí mismo y ante Ignacio, y así poder consumir su deseo de tener relaciones sexuales con este. Le había propuesto seguir siendo amigos, hermanos, “[...] pero cogelones”, mantener ese tipo de relación en la que su sexualidad no se ponía en duda, pero en la que a la vez eran libres de satisfacer sus apetitos. La representación que él tenía de esa noche y del sexo entre hombres era diferente a la de Ignacio, o más bien su discurso así lo hacía parecer. La homosociabilidad era la excusa perfecta para que Ignacio y él pudieran ser ellos en lo oscuro de la noche y en el anonimato de un hotel de paso.

Habitus como el de tener relaciones sexuales a escondidas entre hombres se desprenden del imaginario heteronormativo que impera en la época y el espacio en los que habitan estos personajes. Fabián e Ignacio aceptan con naturalidad que este tipo de actividades solo pueden realizarse en la libertad que la privacidad les puede

dar, donde no serán juzgados por nadie y ellos no se sentirán tampoco limitados y restringidos por lo que les dicta la sociedad. En cuanto a los *habitus* particulares de Ignacio, puede decirse que “[...] chichifeaba de vez en cuando, decía que nada más para sacar sus gastos, porque en su casa no podían ayudarlo mucho” (Blanco, 1983:112). Al igual que Felipe, Ignacio se ve en la necesidad de dedicarse a la prostitución para conseguir dinero. Esta práctica lo pone en un estado parecido al de Felipe: como sujetos homosexuales que no poseen bienes materiales ni la solvencia necesaria para sobrevivir, han sido prácticamente arrojados a tomar decisiones de este tipo. Sin embargo, la diferencia entre Felipe e Ignacio es que el primero no le da mayor importancia al asunto, por su forma osada de ser, mientras a Ignacio sí le pesa un poco, incluso menciona en algún momento que “[...] se había prometido cortar para siempre con la chichifez y la putería” (1983:112). Tomemos en cuenta que no solo en ese entonces, sino hasta la fecha, “Para los hombres, vender el cuerpo y pagar por tener sexo es una actividad más discriminada y marginada que la prostitución femenina, y en consecuencia la negligencia de las autoridades resulta mayor” (Ponce, 2016).

Reflexiones finales



Al principio de este libro nos propusimos identificar las significaciones de los imaginarios sociales en las novelas *Utopía gay* de José Rafael Calva (1983), *El vampiro de la colonia Roma* de Luis Zapata (1979) y *Las púberes canéforas* de José Joaquín Blanco (1983), con el objetivo de explicar por medio de un análisis la incidencia que estas tienen en la configuración de las identidades de los personajes principales de dichas novelas como individuos, como elementos de una sociedad y en particular como parte de un grupo social concreto. Para tal objetivo, la metodología a seguir fue la interpretación a partir del análisis de las representaciones sociales y los *habitus*, ya que estas categorías permiten concretar la virtualidad de los imaginarios sociales, que solo son posibles de reconocer a través de otros aspectos o categorías como las antes mencionadas.

Antes de exponer los resultados obtenidos, cabe referir que hubo varias coincidencias en las conclusiones sobre las tres novelas. Mucho tiene que ver con que las tres son de escritores mexicanos, homosexuales cercanos en edad, pero sobre todo tiene que ver con que se produjeron entre los años 1978 y 1984, en lo que se conoce como el primer periodo del Movimiento de Liberación Homosexual Mexicano, en un país en el que la literatura gay vino a ser un elemento que fungió un papel importante como refuerzo y motivo de identificación para los sujetos homosexuales en este periodo de emergencia de la identidad gay. Los resultados obtenidos indican que los imaginarios sociales de la época que ambientan las novelas, que de igual manera concuerdan con la época que va más allá de la ficción, están vinculados directamente con las identidades de los personajes principales de tales obras. Tanto

el entorno social, como las ideas y juicios de valor que se suscitan en este, moldean a los personajes de dichas novelas. Así es posible percibirlo a través de su discurso y sus acciones.

Los autores, Calva, Zapata y Blanco, representan, por medio de la ficción, un México en el que predominan el androcentrismo, la heteronormatividad, el machismo, la misoginia, la homofobia, el clasismo y el racismo. A través de los *habitus* y las representaciones de los personajes principales podemos darnos cuenta de que el mundo de las novelas está dominado por la heterosexualidad, en el sentido de que es este el único modelo que se acepta como oficial y a partir del cual se juzgan todas las demás expresiones erótico-afectivas. El imaginario que predomina es ese. A los personajes principales, que comparten el hecho de pertenecer al grupo social de los homosexuales, se les rechaza, se les maltrata física, verbal y psicológicamente, precisamente por no ajustarse a los parámetros sexuales deseables y sus identidades son forjadas con base en esto. Viven con miedo, sufren rechazo, les cuesta trabajo aceptarse tal cual son y mostrarse al mundo de esta manera. También se observa que hay un imaginario social genérico predominantemente binario. Las concepciones de la realidad se dividen en masculino/femenino, hombre/mujer. Los homosexuales son los otros, los marginados, los seres abyectos. Y son ellos también quienes han interiorizado este binarismo como parte de su imaginario social. Han asumido el androcentrismo. Por ejemplo, presentan un desprecio muy evidente por la mujer, la consideran como un ser inferior; de igual manera, en su mismo grupo hay una estratificación genérica muy marcada entre ellos, los gays femeninos, pasivos o “locas”, son los de menor rango, mientras que los activos y los que se presentan con características más masculinas son los de mayor rango y los que son aceptados por ellos mismos. Su identidad como colectividad se apoya en estas dos grandes divisiones.

En las novelas que aquí se abordaron, otra cuestión que cabe destacar es que, como parte del imaginario social de la época, prevalecen *habitus* y representaciones sociales de los homosexuales como sujetos sexuales promiscuos, con relaciones poco estables, con ánimo de fiesta, involucrados en el mundo del carnaval, de las drogas, del alcohol y de los excesos en general. De igual modo, es indiscutible, en las mismas, que hay un espacio y tiempo designados para los heterosexuales y otro espacio y otro tiempo en los que los homosexuales pueden más o menos gozar de una libertad coartada. Lo público y el día son espacio y tiempo respectivamente heterosexuales, y lo privado y la noche, de lo homosexual. A los gays solo se les permite disfrutar en la clandestinidad, en bares exclusivos para ellos, en los baños públicos o en los de Sanborns, en los cines pornográficos, en las calles oscuras o

en fiestas privadas, tal y como ocurría en el México de esos años según los testigos a quienes les tocó experimentarlo y presenciarlo.

Asimismo, el análisis de personajes en estas obras nos demuestra que las identidades pueden ser vacilantes. Finalmente la identidad no es estática, se construye en oposición a los otros, a la diferencia, aunque esto no quiere decir que no tenga puntos fijos. Es posible visualizar también, gracias a las propuestas de los autores, que es incuestionable la existencia de una gama muy diversa de la homosexualidad —de ahí el título *Arcoíris de la disidencia*—. Y de igual manera, nos motivan a ampliar la consideración de las sexualidades disidentes como un fenómeno complejo, orgánico, que en una sociedad como la mexicana, es imprescindible entender en relación, no solo con la heteronormatividad, sino también con la clase social y la raza.

Para finalizar, cabe aclarar que, si bien en *Utopía gay*, *El vampiro de la colonia Roma* y *Las púberes canéforas*, tanto los protagonistas como su entorno social son ficciones, los imaginarios sociales que recrean remiten a los esquemas hegemónicos del México urbano de los años setenta y ochenta, época que coincide con la representada en las novelas y con el año de publicación de estas. El tema que desarrollan las novelas es el de un conflicto simbólico entre las esferas de lo individual y lo social, por lo cual resulta pertinente analizarlo con los instrumentos que ofrecen las ciencias de la cultura y de los fenómenos sociales. El propósito no es hacer un estudio sociológico de un mundo ficticio, sino permitir que este constructo imaginario (la obra literaria) despliegue su potencial crítico y deconstructivo sobre los problemas humanos.

Referencias



- AGUSTÍN, José (1990). *Tragicomedia mexicana 1. La vida en México de 1940 a 1970*. México: Planeta.
- AGUSTÍN, José (1992). *Tragicomedia mexicana 2. La vida en México de 1970 a 1988*. México: Planeta.
- ANZALDO González, Demetrio (2004). “Las púberes canéforas, la sensibilidad social y sexual en la nocturna ciudad de México”. En *Ciberletras: Revista de Crítica Literaria y de Cultura*, núm. 11.
- APEZTEGUIA, Fermín (2008). “Así ocurrió todo”. En *Crítica*, núm. 953, abril-mayo, pp. 20-23.
- BAJTÍN, Mijaíl (2003). *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BERGER, Peter y Thomas Luckman (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BLANCO, José Joaquín (1983). *Las púberes canéforas*. México: Océano.
- BLANCO, José Joaquín (2010). “Ojos que da pánico soñar”. En Michael K. Schuessler y Miguel Capistrán (coords.), *México se escribe con J*. México: Planeta Mexicana, pp. 254-262.
- BOURDIEU, Pierre (1993). *El sentido de lo práctico*. Madrid: Taurus.
- BOURDIEU, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- BUTLER, Judith (1998). “Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista”. En *Debate Feminista*, núm. 18, pp. 296-314.
- BUTLER, Judith (2002). *Cuerpos que importan. Los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- CABO Aseguinolaza, Fernando y María Do Cebreiro Rábade Villar (2006). *Manual de teoría de la literatura*. Madrid: Castalia.
- CALVA, José Rafael (1983). *Utopía gay*. México: Oasis.

REFERENCIAS

- CASTELLANOS Guerrero, Alicia, Jorge Gómez Izquierdo y Francisco Pineda Castillo (2007). “El discurso racista en México”. En Teun A. Van Dijk (coord.), *Racismo y discurso en América Latina*. Barcelona: Gedisa.
- CASTORIADIS, Cornelius (1993). “La institución imaginaria de la sociedad”. En Eduardo Colombo (comp.), *El imaginario social*. Montevideo: Altamira, pp. 27-63.
- CIUDADANOSENRED (2014). “La dura vida de los chavos que se prostituyen”, 28 de mayo. Recuperado de: <https://ciudadanosenred.com.mx/la-dura-vida-de-los-chavos-que-se-prostituyen/2/>
- CONNELL, R. W. (2003). *Masculinidades*. México: PUEG-UNAM.
- COVARRUBIAS, Alicia (1994). “*El vampiro de la colonia Roma*, de Luis Zapata: la nueva picaresca y el reportaje ficticio”. En *Revista de Crítica Literaria Hispanoamericana*, año XX, núm. 39. pp. 183-197.
- CUCHE, Denys (2002). *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- DERRIDA, Jaques (1989). *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- DICCIONARIO de la lengua española 2012 (2012). Madrid: Real Academia de la Lengua Española. Recuperado de: <http://lema.rae.es> (consultado en mayo de 2015).
- DICCIONARIO panhispánico de dudas (2005). Madrid: Real Academia Española. Recuperado de: <http://buscon.rae.es/dpd/?key=gay&origen=REDPD> (consultado en septiembre de 2013).
- DIEZ, Jordi (2011). “La trayectoria política del movimiento Lésbico-Gay en México”. En *Estudios Sociológicos*, vol. 29, núm. 86, mayo-agosto. México: El Colegio de México, pp. 687-712.
- DOMÍNGUEZ-RUVALCABA, Héctor (2007). *Modernity and the Nation in Mexican Representations of Masculinity. From Sensuality to Bloodshed*. Nueva York: Palgrave MacMillan.
- DURKHEIM, Emile (1986). *Las reglas del método sociológico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- EL vampiro* (2006). Selección y prólogo de Conde de Siruela. Madrid: Siruela.
- FOSTER, David William (2009). *Ensayos sobre culturas homoeróticas latinoamericanas*. México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- GADAMER, Hans-Georg (1993). *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, t. II. Salamanca: Sígueme, pp. 319-347.
- GIMÉNEZ, Gilberto (2005). “La cultura como identidad y la identidad como cultura”. Conferencia presentada en el III Encuentro Internacional de Promotores y Gestores Culturales, Guadalajara, Jalisco. Recuperado de: http://sic.conaculta.gob.mx/ficha.php?table=centrodoc&table_id=70 (consultado en septiembre de 2013).
- GÓMORA, Héctor (2013). “En busca del 68. La historia no oficial de un movimiento estudiantil en México”. En *Laberinto*, s/f. Recuperado de: <http://www.laberinto.uma.es> (consultado el 30 de mayo de 2013).
- GONZÁLEZ de Alba, Luis (1998). “Those Were The Days...”. En *Nexos*, núm. 241, pp. 141-145.
- GRIMAL, Pierre (1981). *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona: Paidós.

- GUTIÉRREZ, León Guillermo (2009). “La ciudad y el cuerpo en la novela mexicana de temática homosexual”. En *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 38, pp. 279-286.
- GUTIÉRREZ, León Guillermo (2010). “El vampiro de la colonia Roma. Función del espacio y el cuerpo en el discurso homoerótico”. En *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, núm. 27-28, octubre. México: Instituto Tecnológico de Monterrey, pp. 235-247.
- HALL, Stuart (1990). “The Emergence of Cultural Studies and the Crisis of the Humanities”. En *The Humanities as Social Technology*, núm. 53, pp. 11-23.
- HALL, Stuart (1996). “Introduction: Who Needs ‘Identity’?”. En Stuart Hall (ed.), *Questions of Cultural Identity*. Londres: SAGE Publications.
- HALL, Stuart (2010). “Estudios culturales y sus legados teóricos”. En Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich (eds.), *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Popayán: Enviñón Editores, pp. 51-71.
- HEIDEGGER, Martín (1987). “La esencia del habla”. En *De camino al habla*. Barcelona: Serbal, pp. 141-194.
- HILACHA Voladora (2015). “Osiris Pérez Castañeda”. En *Obituario LGBTTI mexicano*, 25 de febrero. Recuperado de: <http://obituarioigbtiti.org.mx/osiris-perez-castaneda/> (consultado en abril de 2016).
- HOBBSAWM, Eric (1995). *Historia del siglo XX. 1914-1991*. Barcelona: Crítica.
- HUIZINGA, Johan (2012). *Homo ludens*. Madrid: Alianza.
- HURTADO Oviedo, Víctor (2014). “Púberes Canéforas”. En *La Nación*, sección “Archivo”. Recuperado de: http://www.nacion.com/archivo/Puberes-caneforas_0_1220677973.html (consultado en octubre de 2014).
- INEGI (1970). “IX Censo general de población. 1970”. México: INEGI. Recuperado de: http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos//prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/historicos/1290/702825413798/702825413798_1.pdf (consultado en marzo de 2016).
- INEGI (2000). “Indicadores sociodemográficos de México. 1930-2000”. México: INEGI. Recuperado de: http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/integracion/sociodemografico/indisociodem/2001/indi2001.pdf (consultado en marzo de 2016).
- JODELET, Denise (1986). “La representación social: fenómeno, concepto y teoría”. En Serge Moscovici *et al.*, *Psicología social II*. Barcelona: Planeta.
- KANTER, Rosabeth M. (1977). *Men and Women of the Corporation*. Nueva York: Basic Books.
- KLINTING, Hanne (1998). “El lector detective y el detective lector. La estrategia interpretativa de Isidro Parodi en ‘Las provisiones de Sangiácomo’”. En *Variaciones Borges: Revista del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges*, núm. 6. Iowa City: University of Iowa, pp. 144-159.

- “LA belleza en el S.XX” (2007). En *Los cánones de belleza a lo largo de la historia. Trabajo realizado para la asignatura de Tª de la Cultura en la Facultad de Segovia (Univ. Valladolid)*. Recuperado de: <https://canonesbelleza.wordpress.com/2007/05/24/la-belleza-en-el-s-xx/> (consultado en octubre de 2017).
- LAGUARDA, Rodrigo (2007). “El vampiro de la colonia Roma: literatura e identidad gay en México”. En *Takwá. Revista de Historia*, año 5, vol. 11-12, pp.173-192.
- LAGUARDA, Rodrigo (2009). *Ser gay en la ciudad de México. Lucha de representaciones y apropiaciones de una identidad, 1968-1982*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- LAGUARDA, Rodrigo (2010). “Los espacios de sociabilidad gay en la ciudad de México, 1968-1982”. En *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 78, septiembre-diciembre, pp. 149-174.
- LAMAS, Marta (2015). Capítulo 3 “Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género”. En *Cuerpo: Diferencia sexual y género*, 7 de septiembre, pp. 85-127. Recuperado de: <http://cdd.emakumeak.org/ficheros/0000/0585/11202105.pdf>
- LEWIS, Vek (2003). “La noche delincuente: la representación del prostituto en *El vampiro de la colonia Roma, Las púberes canéforas y La Virgen de los Sicarios*”. En *JILAS: Journal of Iberian and Latin American Studies*, vol. 9, núm. 1, pp. 73-94.
- LÓPEZ, Óscar (1999). “*El vampiro de la colonia Roma* o del travestismo posmoderno”. En *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, núm. 10, pp. 72-78.
- LÓPEZ, María y Catalina Recio (2008). “Masculinidad y feminidad: división errónea de la persona. Aportaciones desde la Didáctica de la Lengua”. En *Didáctica. Lengua y Literatura*, vol.20, pp.247-281.
- MARCUSE, Herbert (1965). *Eros y civilización*. México: Joaquín Mortiz.
- MARTÍN Criado, Enrique (s/f). “Habitus”. En Román Reues (dir.), *Diccionario crítico de ciencias sociales*. Recuperado de: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/H/habitus.htm> (consultado en julio de 2013).
- MASTERS, Anthony (1974). *Historia natural de los vampiros*. Barcelona: Bruguera.
- MEDINA, Alberto (2008). “*El vampiro de la colonia Roma* o la utopía suplantada”. En *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 32, núm. 3, pp. 507-521.
- MÉXICO Cien Años (2001). *De 1900 a la actualidad*, t. IV. En Margarita Esther González (coord.). México: Santillana.
- MONSIVÁIS, Carlos (2007). “De las variedades de la experiencia homoerótica”. En Guillermo Núñez Noriega, *Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida*. México: UNAM/COLSON/Porrúa.
- MONSIVÁIS, Carlos (2008). *El 68. La tradición de la resistencia*. México: Era.
- MONSIVÁIS, Carlos (2009). *Apocalipstick*. México: Random House Mondadori.
- MONSIVÁIS, Carlos (2010). *Que se abra esa puerta. Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual*. México: Paidós Mexicana.

- MORA, Martín (2009). “La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici”. En *Atenea Digital*, núm. 2, marzo.
- MOSCOVICI, Serge (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Huemul.
- MUÑOZ, Mario (1992). “En torno a la narrativa mexicana de tema homosexual”. En *La Palabra y el Hombre*, octubre-diciembre, núm. 84, pp. 21-37.
- MUÑOZ, Mario (2011). “La literatura mexicana de transgresión sexual”. En *Amerika*, núm. 4, 21 de junio. Recuperado de <http://amerika.revues.org/192100> (consultado en agosto de 2014).
- NÚÑEZ Noriega, Guillermo (2007). *Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida*. México: UNAM/El Colegio de Sonora/Porrúa.
- OLAVARRÍA, José (2005). “Género y masculinidades. Los hombres como objeto de estudio”. En *Persona y Sociedad*, vol. XIX, núm. 3, pp. 141-161. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- PALAPA Quijas, Fabiola (2014). “El vampiro de la colonia Roma destapó a la sociedad machista de los años 70”. En *La Jornada*, 13 de septiembre. Recuperado de: <http://www.jornada.unam.mx/2014/09/13/cultura/a05n1cul> (consultado en abril de 2016).
- PALOMO Berjaga, Vanessa (2010). “El monólogo interior en dos fragmentos modernistas: *The waves* y *Ulysses*”. En *Revista Forma*, vol. 2, otoño, pp. 95-104.
- PERALTA, Braulio (2006). *Los nombres del arcoíris. Trazos para descubrir el movimiento homosexual*. México: Grupo Patria Cultural.
- PÉREZ de Mendiola, Marina (1994). “Las púberes canéforas de José Joaquín Blanco y la inscripción de la identidad sexual”. En *Inti: Revista de Literatura Hispánica*, núm. 39, primavera, pp. 135-150.
- POLLAK, Michael (1987). “La homosexualidad masculina o: ¿la felicidad en el ghetto?”. En Philippe Aries (coord.), *Sexualidades occidentales*. México: Paidós, pp. 71-102.
- PONCE, Norma (2016). “Conoce a los prostitutas de la colonia Juárez”. En *Vice*, 26 de mayo. Recuperado de: http://www.vice.com/es_mx/read/la-dura-vida-de-los-chavos-buena-onda (consultado en octubre de 2016).
- PONIATOWSKA, Elena (1971). *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral*. México: Era.
- “PRIMERA campaña del Grupo Lambda, de Liberación Homosexual en contra de la represión policiaca a los homosexuales” (1979). En *Nuevo Ambiente. Órgano de Información del Grupo Lambda de Liberación homosexual*, núm. 1, junio, p. 2.
- PROCACCI, Guiuliano (2005). *Historia general del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- ROJAS Rodríguez, María Eugenia (2010). “*Utopía gay* de José Rafael Calva: novela subversiva y transgresora”. En *Revista de Lenguas Modernas*, núm. 13, pp. 83-94.
- RUIZ, Bladimir (1999). “Prostitución y homosexualidad: interpelaciones desde el margen en *El vampiro de la Colonia Roma* de Luis Zapata”. En *Revista Iberoamericana*, vol. LXV, núm. 187, abril-junio.

REFERENCIAS

- RUIZ, Bladimir (2006). "Utopía gay, de José Rafael Calva, y las contradicciones dentro del discurso narrativo de la diferencia". En *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 30, núm. 2, invierno, pp. 291-309.
- SÁNCHEZ Marqués, María Victoria (2008). "SIDA en África, el corazón de las tinieblas". En *Crítica*, núm. 953, abril-mayo, pp. 39-43.
- SCHULENBURG, Chris T. (2010). "El vampiro de la colonia Roma: Mexico City's Maps and Gaps". En *Chasqui*, vol. 39, núm. 2, noviembre, pp. 85-98.
- SELLEN, Raman et al. (2001). *La teoría literaria contemporánea*. Barcelona: Ariel.
- SPARGO, Tamsin (2007). *Foucault y la teoría queer*. Barcelona: Gedisa.
- TAYLOR, Charles (2006). *Imaginario sociales modernos*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- TORRES, Víctor Federico (2010). "Del escarnio a la celebración. Prosa mexicana del siglo XX". En Michael Schuessler y Miguel Capistrán (ed.). *México se escribe con J*. México: Planeta Mexicana, pp. 86-100.
- VAN Dijk, Teun A. (2008). "El estudio del discurso". En Teun A. Van Dijk (comp.), *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso*, vol. 1. Barcelona: Gedisa, pp. 21-65.
- ULLOA, Luis Martín (2007). "El tema homosexual de la narrativa mexicana del siglo XX". Coloquio de Cultura Mexicana. México: Universidad de Guadalajara/Uppsala Universitet.
- WHITMAN, Walt (2007). *Canto a mí mismo*. Prólogo y paráfrasis de León Felipe. Madrid: Akal.
- WITTIG, Monique (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Egales.
- ZAMORA Vicente, Alonso (1962). *Qué es la novela picaresca*. Buenos Aires: Columba.
- ZAPATA, Luis (1979). *El vampiro de la colonia roma*. México: Grijalbo.
- ZAPATA, Luis (2010). "Prólogo. Highlights de mi vida como gay". En Michael K. Schuessler y Miguel Capistrán (coords.). *México se escribe con J*. México: Planeta Mexicana, pp. 11-25.
- ŽIŽEK, Slavoj (2000). "Class Struggle or Postmodernism? Yes Please!" En Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek, *Contingency, Hegemony, Universality, Contemporary Dialogues on the Left*. Londres y Nueva York: Verso, pp. 90-135.

El arcoíris de la disidencia. Novela gay en México
de Ana Alejandra Robles Ruiz
se terminó de imprimir en noviembre de 2019 en
Editorial Fray Bartolomé de Las Casas, A. C., Pedro Moreno 7,
Barrio de Santa Lucía, 29250, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.
El tiraje constó de 300 ejemplares.

Ana Alejandra Robles Ruiz es doctora en Humanidades, maestra en Humanidades y licenciada en Literaturas Hispánicas por la Universidad de Sonora, México. Actualmente se desempeña como docente-investigadora en la Línea de Discursos Literarios, Artísticos y Culturales en el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (CESMECA-UNICACH). También ha sido docente en otras universidades como la Universidad Estatal de Sonora (UES) y la Universidad de Sonora (UNISON). Cuenta con publicaciones académicas en revistas especializadas de literatura, como “Utopía gay: construcción de identidades” en *Revista de Literatura Hispanoamericana* (2014) y “Un vértice para la construcción de sentidos: estudios culturales, de género y literarios” en *Revista Valenciana* (2019); así como capítulos de libros, como “La muerte en *Un viejo que leía novelas de amor* de Luis Sepúlveda” en *Memoria, selva y literatura: entre el mito y el conocimiento* (UNICACH, 2019).

La Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH) es un organismo descentralizado autónomo, de carácter público y social, al servicio de los intereses educativos, sociales y culturales del estado de Chiapas y de México, que tiene como objetivos: 1) impartir educación superior en los niveles de licenciatura, maestría y doctorado; 2) organizar y desarrollar actividades de investigación humanística, socioeconómica, científica y artística, orientada fundamentalmente a la atención de los problemas y necesidades del desarrollo regional, estatal y nacional; 3) preservar, rescatar, conservar y difundir los valores culturales, históricos y sociales del estado de Chiapas, así como su patrimonio cultural, y 4) promover la vinculación con los diferentes sectores sociales.

El Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA) es un instituto de investigaciones sociales y humanísticas de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH) dedicado a generar conocimientos sobre los procesos sociales, económicos, políticos, históricos, humanísticos, artísticos y culturales de México y Centroamérica; a formar recursos humanos a través de sus programas de posgrado reconocidos por su pertinencia y calidad, y a atender la vinculación con los sectores académico, social y estatal, para contribuir al conocimiento, así como a la búsqueda de soluciones de los problemas más apremiantes de la región.

Este libro da cuenta de la incidencia de los imaginarios sociales de una época y espacio particulares —la de finales de la década de los setenta y principios de los ochenta en México— en las identidades de los sujetos homosexuales, que se desprende de un análisis e interpretación de tres de las novelas más significativas de la llamada literatura gay mexicana: *El vampiro de la colonia Roma* (1979), *Utopía gay* (1983) y *Las púberes canéforas* (1983). Partiendo de conceptos y categorías como “representaciones sociales” y *habitus*, que coadyuvan a la visibilización de dichos imaginarios, es posible que la autora profundice en las identidades de los protagonistas de estas obras; identidades, que como dice Gilberto Giménez: “no son más que el lado subjetivo (o, mejor, intersubjetivo) de la cultura, la cultura interiorizada en forma específica, distintiva y contrastiva por los actores sociales en relación con otros actores”. El resultado es esta investigación, que se ubica en los campos de los estudios y la crítica literarios, al mismo tiempo que se apoya en la perspectiva de género por la naturaleza de los textos que aborda.

